



**Casa abierta al tiempo**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

**Unidad Xochimilco**

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

**Doctorado en Ciencias Sociales**

**"Función paterna y *pèreversion* en la familia actual"**

**TESIS**

**Que para optar por el Grado de:**

**Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Psicología Social**

**De Grupos e Instituciones**

**Presenta:**

**ABRAHAM PLIEGO ACEVES**

**Director de Tesis:**

**Dr. Hans Saettele A.**

**México, D.F., Junio de 2015**

## AGRADECIMIENTOS

**A Hans Saettele:** Por sus innumerables lecturas de las versiones del texto y sus invaluable aportaciones teóricas. Por su generosidad en la transmisión de su saber a muchas generaciones... por su bonhomía... y por su amistad.

**A Sofía Saad:** Por sus importantes reflexiones teóricas y sus invaluable aportaciones en todo el proceso de construcción del texto.

**A Leticia Hernández V.:** Por su gran disposición a la lectura, análisis y acompañamiento en la elaboración del texto. Por su gran sensatez académica y personal.

**Raymundo Mier G.:** Por su gran enseñanza a lo largo del Doctorado, su amplia disposición para la lectura del texto y sus comentarios de vasto alcance.

**Natalia Pérez V.,** Por su gran disposición para la lectura y análisis concienzudo del trabajo. Por sus atinados comentarios para enriquecerlo.

**Myriam Gutiérrez, P.:** Por su gran disposición para la lectura y análisis del texto.

**Miguel Ángel Martínez R.:** Por su apertura a la reflexión y sus comentarios críticos para poner en un contexto más amplio mi trabajo.

## INDICE

<b>Prefacio</b>	<b>5</b>
<b>Presentación</b>	<b>10</b>
<b>Capítulo 1. La función paterna en psicoanálisis</b>	<b>20</b>
1. Primer acercamiento. La pregunta por el padre Freud<>Lacan	<b>29</b>
2. Origen y preeminencia del padre: Tótem y Tabú< >Nombre-del-Padre	<b>35</b>
3. El padre freudiano: "Edipo", "Tótem y Tabú", "El Moisés"	<b>50</b>
"El Edipo" freudiano	<b>51</b>
"Tótem y Tabú"	<b>52</b>
El soberano	<b>68</b>
"El "Moisés" de Freud	<b>73</b>
4. La función paterna: Lacan: las metamorfosis del padre	<b>90</b>
El Nombre-del-Padre	<b>97</b>
La tesis de la "declinación del padre"	<b>105</b>
Del Nombre-del-Padre al "más allá del padre"	<b>110</b>
Función paterna, autoridad y servidumbre voluntaria	<b>114</b>
La autoridad de lo dicho	<b>126</b>
La perversión del padre	<b>129</b>
El sinthome: varité del síntoma	<b>138</b>
<b>Capítulo 2. Psicoanálisis y Lenguaje</b>	<b>144</b>
Nuestro approach: la "frase-significante"	<b>144</b>
Lenguaje y sujeto del inconsciente	<b>159</b>
Enunciado, sujeto de la enunciación	<b>165</b>
La frase como nivel lingüístico	<b>179</b>
La lengua y "lalengua"	<b>182</b>

<b>Capítulo 3. Familia actual: Subjetivación y Sexuación</b>	<b>186</b>
La familia como imposible	192
Subjetivación y sexuación	192
Crisol de la familia. Notas sobre la historia de la familia	202
La familia actual	213
<b>Capítulo 4. Fábrica del caso. Dispositivo de lo singular</b>	<b>216</b>
La "fábrica del caso"	218
El "Approach" en ciencias sociales	220
Nominación y nombre propio	226
Nominación y sinthome	231
Lo singular: Extimidad y Nudo borromeo	234
Nuestro approach	238
<b>Capítulo 5. "Manual de Zoología fantástica del padre"</b>	<b>256</b>
Categorías analíticas y "tipos" del padre	258
Dit-mansiones del padre: "Reinos", "Estirpes", "Especies"	261
<b>"Tabla Comparativa"</b>	<b>265</b>
<b>"Vocabu(r)lario"</b>	<b>266</b>
<b>Reino del padre imaginario.</b>	<b>266</b>
Subreino del padre ideal	266
Subreino del padre terrible	268
<b>El padre real</b>	<b>268</b>
<b>Estirpes del padre perverso.</b>	<b>269</b>
<b>Padre simbólico: especie en extinción</b>	<b>270</b>
<b>Bestiario. Versiones del padre</b>	<b>272</b>
<b>6. "Para concluir"</b>	<b>330</b>
Sobre "la familia venidera"	336
<b>Apéndice: Excursus sobre la reducción fenomenológica</b>	<b>339</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>344</b>

## Prefacio

*“La escritura metódica  
me distrae de la presente condición de los hombres.*

*La certidumbre de que todo está escrito  
nos anula o nos afantasma”*

J.L. Borges

La “escritura metódica me distrae”, nos distrae, me distrajo durante años, me “afantasmó”, como parece sugerirnos en tanto paráfrasis posible la afirmación de Borges que hicimos nuestra, para referirnos por un lado el *imposible* proyecto de dar cuenta de la *condición humana* en tanto *real*. Y en ello la familia y el padre, las *versiones del padre* en la familia actual.

Distrae también porque el discurso cientificista que domina al discurso disciplinario, académico, universitario e institucional en todos los campos -y las ciencias sociales no son la excepción-, obliga a que la producción de saber se adapte a sus exigencias de cientificidad (objetos, teorías, dispositivos, exposición, interpretación, etc.). Nuestro trabajo no es tampoco la excepción en ese sentido. Intentó descolocarse de ahí, pero a final de cuentas no es más que un síntoma respecto de sus filiaciones: el discurso científico y el discurso del psicoanálisis.

La vida humana implica una “difícil libertad”, un “*correntear* de la corriente”, parafraseando a Levinas y a Hölderlin. Un correr imparable e inagotable que nos sumerge en sus giros y remolinos, y que a veces, sólo a veces, muy de vez en cuando, nos permite encontrar un rumbo, un sentido, a su crudeza y densidad.

Léase: “vida” como *real* de la existencia, lo imposible de controlar en última instancia. Frente a ese crudo-real “faltan palabras” pues “lo real no habla”, se nos ofrece, “está ahí”. La “donación de sentido” que le atribuimos a lo *real* es producto de nuestro pensar *imaginario*. De nuestro “pensa-miento” (Lacan), de nuestro mentir sobre el ente: el ens: el *a-objeto*, resto irreductible de la existencia. Y por eso mismo “quizá sea razonable respetar la discreción de esta puerta cerrada.

Esta puerta a la vez abierta y cerrada, es la extraordinaria duplicidad del Enigma” (Levinas).

Pero además, esa escritura “afantasma”: *a-fantasma*, porque somete a querer dar cuenta de ello, cuando al pensamiento le resulta imposible por su propia naturaleza, ya que “el intelecto no es la cosa”. Apenas la balbuceamos, la “lamos”<sup>1</sup>, por ese girar gozante de lo imaginario-simbólico que es el lenguaje, por ese dar vueltas del mentir del pensar. Es lo *real* que la escritura no permite sino bordear. Es el agujero de lo *real* en lo simbólico.

Aquí podemos introducir el aforismo lacaniano: “lo real no tiene sentido”.

“El no tener sentido es un criterio de lo real, en tanto que es cuando uno ha llegado a lo “fuera de sentido” que puede pensar que ha salido de las ficciones producidas por un querer-decir. “Lo real no tiene sentido” es equivalente a lo real, no responde a ningún querer-decir. Se le escapa el sentido. Hay donación de sentido a través de la elucubración fantasmática. Elucubración de sentido en lo simbólico”.<sup>2</sup>

Este *real* lacaniano, no es “lo” real ni la realidad en sentido general ni en sentido filosófico. Es un puro real que no puede ser agotado desde el sentido, común o filosófico. Esto coloca a lo *real*, muy lejos de aquella pretensión que se denomina a sí misma “científica” y que se auto-complace al presuponer que el conocimiento producido por su dispositivo tiene el estatuto de representatividad de lo real. Y en efecto, sólo lo re-presenta, lo presenta al “pensamiento”, en un “segundo orden”, en un segundo momento, ya traducido a palabras, pero no es lo real en sí mismo. Es una elucubración científica, el imaginario del discurso científico con todas sus pretensiones de dominio. Pero:

---

<sup>1</sup> Del término “laleo” o “lalar”. Paráfrasis del neologismo de Lacan sobre “*lalengua*”. Esto lo abordaremos en el capítulo “Psicoanálisis y Lenguaje”, más adelante.

<sup>2</sup> Miller, J.-A., *Lo real en el siglo XXI*, En: *Revista Lacaniana de Psicoanálisis* n°. 13, Escuela de Orientación Lacaniana, Año VIII, Número 13, Noviembre de 2012, pp. 93 - 94.

“[...] lo real inventado por Lacan no es lo real de la ciencia. Es un real azaroso, contingente, en tanto que falta la ley natural [...] Es un agujero en el saber incluido en lo real”<sup>3</sup>. El último Lacan llega incluso a plantear que “la ciencia no es más que un fantasma y que la idea de un *despertar* es impensable en sentido estricto [...] Esto equivale a plantear también que el pensamiento no es apropiado para lo real, lo que implica bajar de categoría al pensamiento [...] en toda su última enseñanza encuadra al pensamiento en el registro de lo imaginario [...]”.<sup>4</sup>

Lo real en Lacan es equiparado a eso sintomático con lo que el sujeto no puede. No es biologismo. Es eso irreductible frente a lo cual el sujeto renuncia y fracasa una y otra vez. No es un concepto psicológico tampoco.

Nuestro “objeto-tema” es eso real que atraviesa la “relación” del padre y la familia: la subjetivación, la sexuación; lo que ahí hace síntoma y estructura, donde hay algo que por su carácter crudo parece imposible de reducir pero que al mismo tiempo estructura al sujeto y atraviesa las “relaciones” familiares. O digamos mejor: las posiciones o modalidades existenciales que se constituyen a partir de eso cuasi-imposible de extirpar. Esto determinó nuestro modo particular de aproximarnos al problema. Pero parece que en el campo de la ciencia sucede al contrario, no es el objeto lo que interroga a la teoría o al método sino a la inversa. El método subordina al tema de investigación. Como afirma Heidegger:

“[...] en las ciencias, el tema de investigación no está solamente propuesto por el método, “está, a la vez, implantado en el método y permanece subordinado a él [...] el impulso del método, cada día más subordinando a la técnica y sus posibilidades. Todo el poder del conocimiento reside en el método. El tema tiene su lugar dentro del método”.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Ibid, p. 94

<sup>4</sup> Ibidem, 125 - 126.

<sup>5</sup> Heidegger, M., “La esencia de habla”, en: *De camino al habla*, España, Ediciones Del Serbal, 19787, p. 160.

En el discurso de la ciencia el método determina el modo de concebir al objeto, lo reduce, sí, pero no lo agota. “Las ciencias están en una loca carrera”, dice, en la que ellas mismas no saben hacia dónde, pues los temas están subordinados a las técnicas y sus posibilidades. Hoy, comandadas por los intereses del discurso capitalista caracterizado “[...] por un dispositivo que facilita la hegemonía del goce que [...] genera la promoción de la tiranía de los objetos adictivos de goce y el fetichismo del consumo -del consumo del consumo [...]”<sup>6</sup>

Pero muy a pesar de la época que pretende suplantar el sufrimiento con el goce, el sujeto hace síntoma. Se “a-fantasma” y produce irremediablemente, síntomas, fantasmas, “esquirlas de goce”, que se manifiestan en la vida familiar y en el precario lazo social de nuestros días. Y así, dadas estas “nuevas” *formaciones* subjetivas, *sui generis*, propias del *sujeto del inconsciente* en tanto real, nos preguntamos sobre el tipo de dispositivo idóneo para su cernimiento<sup>7</sup>, sobre un modo de acceso tal que permitiese acercarnos y ceñirnos a su especificidad singular, en vez pretender definirlo “objetivamente”, más allá de aquéllos modelos que pretenden reducirlo a un sujeto meramente cognitivo, del discurso, de la inteligencia, de la conducta, de la voluntad, de la conciencia, de lo social.

Así, nos planteamos aproximarnos al sujeto mediante un *dispositivo de lo singular*, no de uno de lo general del “para todos”. Para cernir, *lo que se dice* del padre, por cada uno, en las frases “incandescentes”<sup>8</sup> que lo representan. Para acceder a ciertas configuraciones constituidas en torno a su “función”, en los juegos especulares de la “rejilla imaginaria” de los intercambios de palabra que se dan en el ámbito de lo familiar y el lazo social.

---

<sup>6</sup> Milmaniene, J. E., *Iluminaciones Freudianas. El psicoanálisis en la sociedad de consumo*, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 31 - 32.

<sup>7</sup> De *serrer* en francés, ceñir, apretar, como decía Lacan. Cernirlo, ceñirlo en el sentido de aproximación...

<sup>8</sup> Neologismo formado a partir de la idea de lo incandescente, como lo que no deja de brillar, de iluminar, incluso de quemar, en blanco o en rojo, por la acción de la luz o del fuego, de “estar al rojo vivo”. Pero también a partir de “hincar-decentes”, es decir, de hacer hincar, de forzar a la decencia, etc.



“Búsqueda incesante de las satisfacciones inmediatas de todas las demandas pulsionales en un tiempo maníaco, con la consiguiente disolución del campo desiderativo, correlativo de la pobreza estereotipada y la frivolidad de los estilos discursivos, que no hacen sino empobrecer aún más el debilitado orden cultural”.<sup>9</sup>

Nuestro proyecto fue en todo caso una *experiencia* como el “hacer una experiencia”, como un “caminar a lo largo de un camino” como dice Heidegger al respecto. Y esto no es tan sólo una justificación artificiosa de nuestro modo de abordaje. Es un “*approach*”, una actitud de apertura frente a lo *real*. Real que hace superfluo todo abordaje en última instancia. Nuestro abordaje híbrido, “impuro”<sup>10</sup> no deja de ser entonces una especie de “collage”, o mejor dicho, de *bricolaje*, *chapuza*, sobre ese real que se resiste a ser abordado como una totalidad, y del que sólo se alcanzan “pedazos de real”, restos, fragmentos, a partir del “*medio – decir*”, como “semblante” de verdad sobre lo real.

---

<sup>9</sup> Milmaniene, op. cit., p. 32.

<sup>10</sup> Dosse, F., *El arte de la biografía*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

## Presentación General

«Qué es un padre», ¿qué significa ser padre?, ¿cómo caracterizar la función paterna (FP) en la familia de nuestros días? ¿Cuál es el planteo del discurso psicoanalítico en torno al padre? Estas son algunas de las interrogantes que nos planteamos al inicio y que nos empujaron literalmente a emprender este largo viaje para intentar responder -aunque más no fuese sino como un «medio-decir», de qué se habla cuando nos referimos a la función paterna en la sociedad actual. Inevitablemente, nuestras filiaciones inciden en ello: nuestra «novela familiar», nuestros fantasmas, nuestros ideales, nuestro *sinthome*.

Lo *familiar* (más que *La familia* en abstracto), no puede ser pensado sin dejar de remitirse a la novela, al drama, a lo trágico, a la comedia, incluso a lo tragicómico. La vida cotidiana da cuenta de ello. Le subyace la interrogante sobre la *función paterna* paradójica en nuestros días, y el *desorden de la familia* que produce en ella. Y apenas nombramos la cuestión del *padre*, se nos vienen encima muchas otras problemáticas como: las cuestiones de “género” y la igualdad de los sexos, la “dominación masculina”, etc., que por su carácter tangencial no podremos desarrollar aquí. Incluso tampoco otras problemáticas más atingentes al saber del psicoanálisis como: los procesos de constitución subjetiva o *subjetivación*, la *sexuación* en términos de las identificaciones edípicas y la castración, entre otras, por razones de extensión. Los señalamos necesariamente sin que con ello se haya buscado abordarlos particularmente y mucho menos agotarlos. Se trata del padre, entonces, como instancia que refleja un anudamiento muy complejo incluso con discursos y abordajes desde otras disciplinas y sus polémicas. Y bajo esas consideraciones nos preguntamos, ¿cuál es la pertinencia teórica y pragmática de la pregunta sobre el padre y sus vicisitudes en la familia y la sociedad de nuestros días?, ¿cuál es la importancia y las implicaciones de los planteos del psicoanálisis acerca del padre en el *desorden simbólico* actual? ¿Cómo pensar los intrincados planteos de Freud y Lacan sobre el padre, sus especificidades, convergencias y diferencias? Para tratar de responder a ello nos embarcamos en esta ruta.

En el primer capítulo abordamos la cuestión sobre el padre. Hacemos una revisión general de las teorías que Freud y Lacan fueron construyendo a lo largo de su obra. En un primer apartado intentamos proporcionar una panorámica “a vuelo de pájaro” de sus perspectivas, sus semejanzas, entrecruzamientos, diferencias. Luego, revisamos lo que nos parece el punto de partida, la noción fundamental sobre el padre que les sirvió de fundamento para el desarrollo de sus teorías. En ese sentido el *padre totémico* y el Nombre-del-Padre constituyen las piedras basales para dicho desarrollo. Veremos que si bien ello constituyó el arranque de sus planteos no se quedaron en eso y pudieron llegar mucho “*más allá*”. Incluso se habla del “más allá del padre”, del “más allá del Edipo”, del “más allá de Freud” que Lacan realizó en su “retorno a Freud”. Retorno paradójico porque en verdad fue más allá en términos de que al final de su enseñanza Lacan se centró en lo *real*, donde el padre no puede ser pensado más sólo en términos simbólicos y no puede ocupar más el lugar hegemónico que tenía previamente en la teoría. Después hacemos un recorrido específico por las obras de cada uno, en sentido categorial más que en sentido histórico o temático progresivo. Allí, abordamos “Tótem y Tabú”, el “Edipo” y el “Moisés”, como lo que consideramos las estaciones principales en Freud; y, el “Nombre-del-Padre”, los “nombres del padre”, la “perversión” y el “sinthome” desde Lacan.

En el segundo capítulo, nos internamos de modo general al campo del lenguaje, a los modos en que desde el psicoanálisis se puede pensar éste y su relación al sujeto, dado que la aproximación al sujeto y a lo *real* sólo puede realizarse a través de él, y de que nuestro proyecto se centra precisamente en el *Decir*, en la *enunciación*, en las *frases* y los *dichos* “del” padre, pues dan cuenta de las *modalizaciones* del sujeto en torno a la él. Para decirlo brevemente, se trata del *sujeto del lenguaje (parlêtre como sujeto del goce)* más allá de las teorías que consideran al lenguaje como mero instrumento o vehículo, como factor de socialización o discursivo, en la medida que como afirma Lacan, el lenguaje *divide* al sujeto y lo aliena, al tiempo que al separarlo respecto de lo real introduce la dimensión del deseo y el goce. En ese sentido se trata del sujeto como *hablanteser*, sí, pero no sólo, porque pensarlo sólo de ese modo no lo habría

distanciado de las perspectivas filosóficas, lingüísticas o sociológicas que ven en el lenguaje un factor de determinación masiva sobre él. Se trata del *sujeto del inconsciente* del “*sujeto del goce*”, más allá del paradigma discursivo, lo cual permite diferenciarlo de dichas perspectivas y lo coloca en la dimensión del *síntoma*, del lenguaje corporeizado si puede decirse así, donde esto último no puede ser concebido como meros factores externos ajenos a la subjetividad, sino que son esenciales. Y lo que es más, como Lacan afirma, se trata de un “discurso sin palabras” donde el goce *del* y *en* el síntoma como real de goce no son sin el cuerpo. Es el “cuerpo del lenguaje” como llega a afirmar Lacan. Por eso va a hablar de hacer del psicoanálisis un discurso que no fuese del puro semblante, de lo simbólico como semblante de verdad, a medio camino entre lo simbólico y lo real, sino un discurso donde “lo real como imposible”, como agujero en lo simbólico precisamente, deba ser tomado como su punto de partida y de llegada. El *fantasma* ( $\$ \langle a \rangle$ ), el *objeto a*, entre otras tantas categorías, aluden a esa dimensión del goce y del cuerpo, que escapan a una concepción simbólica e ingenua del lenguaje. Y esto hace una diferencia radical con esas otras aproximaciones que se quedan instaladas en la pura dimensión social, simbólica o cognoscitiva del lenguaje. Es justamente una Otra concepción donde el lenguaje tendría que dar cuenta de la falla del lenguaje en lo real y sobre lo real, incluso en el sujeto. No es puro asunto de comunicación. Por el contrario, el lenguaje nos separa del otro, del Otro. Y, precisamente, frente a esa falta en el decir: el goce del Otro tachado:  $s(\bar{A})$ , el *fantasma* y el *síntoma*, que en esas perspectivas no se llega a visualizar. Entre ellos, los relatos de vida, la narratología el constructivismo, etcétera. Freud habló de esto en sus propios términos cuando planteó el inconsciente como dimensión simbólica *en las formaciones del inconsciente*: el *síntoma*, los *recuerdos encubridores*, los *lapsus* el *sueño*, el *chiste* y otras estructuras subjetivas. Lacan fue replanteando su teoría del *significante*. Y en ese trayecto, pudo hacer una verdadera reformulación sustancial de las nociones freudianas y de las suyas también al final de su enseñanza. Lo cual tiene enormes consecuencias para la concepción del sujeto y la cura, pero también para toda concepción del sujeto incluso en el campo social y el discurso académico. En

nuestra incursión por la *dit-mansión*<sup>11</sup> del lenguaje nos aproximamos a ciertas categorías de la lingüística que nos permitían especificar a la vez que diferenciar nuestro abordaje del de ese otro tipo de aproximaciones, pues nos permitió darles un giro cierto partir de la *teoría del significante* y de *real*, de Lacan, donde la *falta*, el *síntoma* y el *goce* tienen una influencia capital.

En el tercer capítulo nos adentramos a la problemática de la familia. A la situación de la familia “actual”, en el “contexto” del *desorden simbólico* de nuestros días. Como allí lo decimos, nuestro enfoque no es antropológico, histórico o sociológico, ni psicosocial, en tanto que lo que nos interesan no son las épocas, las “estructuras”, las “funciones” o las “prácticas” por sí mismas. Nuestra mirada no se ubica en una perspectiva “censal”, deductiva, que pretende establecer las determinaciones sobre aquélla y sus influencia en la reproducción social o política, *per se*. En una palabra, no nos centramos en el estudio de la familia como *grupo* en términos de su estructuras y funciones como lo hace la psicología o la sociología; o de su estructura y evolución como lo haría la antropología y la historia. Nos posicionamos en la perspectiva de pensar la constitución subjetiva que se da en el seno de la familia: la *subjetivación* y la *sexuación*. O dicho de modo más general, la *transmisión familiar* como lo plantea Genevieve Morel. Esto es, los modos en que se deviene sujeto del inconsciente, del goce, del *sinthome*, pues es en esos términos que la subjetividad se aborda en su singularidad y especificidad, más allá de los enfoques y del paradigma causalista de tipo ambientalista donde lo externo explicaría y determinaría al sujeto. Quedarse en psicoanálisis al nivel del deseo de Otro sería también permanecer en ese paradigma determinista ambientalista. Freud y Lacan van más allá de esa concepción en la medida en que el sujeto hace *síntoma*, formaciones. El sujeto no es mero producto del deseo del Otro. Su fantasma y su *síntoma*, en pocas palabras el inconsciente, son formaciones que vienen del Otro pero que al mismo tiempo lo barran, lo dividen. “El inconsciente es el discurso del Otro” escribe Lacan. Lo real del deseo del Otro y la falla que lo habitan permiten que el sujeto pueda ir más allá. Pero al mismo tiempo, su *síntoma* lo hace gozar y queda

---

<sup>11</sup> Neologismo lacaniano que remita a la “mansión de lo dicho”, a la “dimensión del dicho”.

atrapado en él. El estudio de la teoría del padre en la familia da cuenta de un modo en que se produce el goce en el sujeto. Esa es la mirada y nuestra justificación. De modo más particular, la familia y allí la *función paterna*. O como decimos a lo largo del texto: la “comedia del padre”, el “cómo es dicho”: la *comédie* (“*comme-est-dit*”) en la época actual. Para decirlo directamente, la *función paterna* en el *desorden simbólico* de nuestros días. Nos abocamos entonces a pensar la estructuración del síntoma en la *transmisión* de padres a hijos. Lo que nos puso en ese camino son los desmanes del padre en la familia, su *pereversion*, que se expresa en las tragedias familiares cotidianas, singulares, que no por tipificarlas serían anónimas, incógnitas, menores, sin importancia. Justamente lo contrario. Al psicoanálisis lo que le interesa es el sujeto singular y su sufrimiento. Abordamos también la tesis moderna de la “declinación del padre”, para plantear que el desorden simbólico de nuestros días no puede atribuirse simplistamente a dicha declinación. No nos contamos entre los que sienten nostalgia por ello. Caída que por lo demás es innegable. Para pensar el desorden actual habría que incluir sobre todo el papel que el *discurso del amo* y el *discurso de la ciencia* juegan en ello. Realizamos también un “estudio” sobre la teoría de la *Autoridad*, siguiendo a Kojève, para llegar a decir, finalmente, que el asunto no se reduce a una mera cuestión de Autoridad, sino que está de por medio el goce. Goce que atraviesa al cuerpo social. Para cerrar el capítulo nos centramos justamente en la concepción de Lacan sobre la *pereversion* del padre y el *padre-sinthome*.

En el cuarto capítulo definimos nuestra aproximación práctica como “dispositivo de lo singular”, “fábrica del caso”<sup>12</sup>, a diferencia de otras aproximaciones que conciben al sujeto bajo la lógica de lo universal, del “para todos”. La cuestión de lo singular es nuestra preocupación central, porque en psicoanálisis no se busca construir leyes generales, pues aunque se puedan establecer tipificaciones a partir de lo *particular*, cada sujeto es *singular* por la manera en que se constituyó su

---

<sup>12</sup> Cancina, P. Citada por Cueto, E., “Entrevista a Pura Cancina”, [www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-pura-cancina/8708](http://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-pura-cancina/8708), *elSigma.com Letra Viva, Imago Agenda*, 08/11/2005.

relación al Otro. En este contexto deslindamos nuestra posición a partir de la teoría del *significante* en Freud y Lacan respecto de otras aproximaciones tales como: *historias de vida*, *narratología*, *estudios biográficos*, por mencionar sólo algunos, pues lo que nos interesa es aproximarnos a la *enunciación* que remite a la posición del sujeto, en tanto *sujeto del inconsciente*, *sujeto supuesto al goce*, al *síntoma*. Como decíamos arriba, nos descolocamos de las aproximaciones que aunque se consideran a sí mismas “objetivas” al centrarse en los discursos, dejan del lado *lo singular* que se expresa en el “discurso sin palabras”, en el síntoma, que hace estragos en él y en el lazo social. El “sujeto es su síntoma”. “El inconsciente es la política” afirma Lacan. El concepto de *extimidad*<sup>13</sup> es una herramienta que nos permitió poner a trabajar estas concatenaciones del sujeto y el Otro. Esto no significa que no coloquemos en la línea de aquéllos que valiéndose de ciertos conocimientos sobre el sujeto, y de ciertas metodologías -cualitativas o duras-, las usan para “investigación para la toma de decisiones” a nivel político, institucional, etc. Estas son ejemplos del buen “matrimonio” de la ciencia y el amo de nuestros días. Es la perversión que habita hoy al discurso de la ciencia, que cree que por arrojarse de una metodología pseudocientífica, su incidencia sería neutral éticamente. Es también el goce del *sujeto de la ciencia* (Lacan), en que el sujeto goza con el goce que le ofrecen el discurso tecnocientífico y el discurso capitalista. Pero la dimensión ético-política no deja de estar presente ahí, aunque se la esconda bajo los aparatos de metodologías y teorías supuestamente puras. El psicoanálisis hace suya la dimensión ética en tanto que implica un respeto a la ética del buen deseo, o incluso al “deseo de ética”, que habita al sujeto en su interior y a la sociedad en tanto herencia simbólica de siglos. No a la ética “a la carta”, al relativismo ético, a las “etiquetas” a la medida, que operan en el individualismo de nuestros días.

Regresando a nuestra aproximación, en este capítulo pusimos a trabajar, a la manera de un *bricolaje* -“chapuza”-, como un abordaje *impuro* (Dosse, ya citado), diversas nociones provenientes de la lingüística que revisamos previamente. Nos pareció importante discutir la noción de “caso”, ya que está cargada de

---

<sup>13</sup> Miller, J.-A., *Extimidad*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

connotaciones que le vienen de la medicina, la psiquiatría, la psicopatología, e incluso de la administración y la estadística.

Por último, respecto de los “Resultados” queremos hacer desde ahora algunas consideraciones a fin de posicionarlos desde nuestro modo particular a través del concepto *transmisión*. Por ahora hacemos una breve alusión, que profundizaremos en el Capítulo: “Fabrica del Caso. Dispositivo de lo singular”. En principio es importante destacar que nuestro abordaje gira en torno de *los dichos* del padre, de *lo que se dice*, de las *frases*, de la *enunciación* y los modos o *modalidades* bajo las que se posicionan “sin saberlo” los sujetos en el entramado familiar. Se trata, siguiendo a E. Levinas, del orden del *Decir* en *lo dicho*, a cómo es dicho el padre. Y usando la homofonía de Erik Porge, que inspiró y justificó desde el principio nuestra aproximación: la “comedia del padre”: *comédie*: que en francés es homofónico con “comme-est-dit”, “cómo es dicho” el padre, en la *comedia*, en *la novela familiar*. Pero también en la tragedia y en las tramas “ridículas” y “chuscas” que se encuentran en todas las familias. Es un abordaje “impuro”, un “bricolaje”; una *fábrica de lo singular* (Cancina). O como dice Carlos Monsiváis respecto del “método” seguido por Borges para la escritura de su *Manual de Zoología Fantástica*: un “método de asimilación creativa”<sup>14</sup>. En efecto, nuestra aproximación es una suerte de collage que nada tiene que ver con la supuesta pureza del método científico. Una forma de acción que armamos luego de una asimilación de múltiples propuestas provenientes de diversos campos disciplinarios. Y pudiésemos decir creativa, si se nos concede al menos que se trató de una intuición “propia” -si hubiese algo que fuese estrictamente propio- claro está. Este acceso al “habla cotidiana” al Decir sobre el padre, intenta poner en juego la inextricable relación de *extimidad* entre el sujeto y “lo social”. La naturaleza de ese Decir nos llevó a intentar “cernirlo”, “exprimirlo”, mediante un dispositivo de la *palabra*, que da a la *palabra* todo su peso y su importancia respecto de la *enunciación* y la *modalización* subjetiva inscritas en ese decir bajo el velo del enunciado. Palabra que no se ciñe a los enunciados vacíos de cierto

---

<sup>14</sup> Monsiváis, C., “Toledo y Borges: las zoologías complementarias”, En: Toledo, F. y Borges, J.L., *Manual de zoología fantástica*, México, Artes de México - Galería Arvil, 2013.



hablar como el lenguaje científico o, si se quiere, del habla cotidiana. Palabra que deja ver algo del *sujeto de la enunciación*, del deseo, del lugar en tanto *sujeto del inconsciente y del goce* (Lacan). No el habla del “bla-bla-bla”. Así más que un dispositivo de “discursividad” y de “entrevista”, nuestro acercamiento se basa en la concepción del *significante* de Lacan, en una lectura desde la palabra como significante, una “escritura del significante” (Porge). Acercamiento acorde entonces con la concepción de sujeto y de discurso de las que partimos. La naturaleza del significante impide una elaboración “hacia” y “desde” lo universal, propio de las concepciones que se basan en el paradigma sociológico del “para todos”. Entonces, más que querer arribar a generalizaciones, lo que hicimos fue encontrar los significantes “clave” y metaforizarlos en unidades mayores que pudieran ser ilustrativas de otros semejantes. Y ya allí, establecer, como se puede ver al final del trabajo: una “zoología fantasmática del padre” donde establecimos: las estructuras y los ámbitos de manifestación de las problemáticas del padre. Más allá de la ironía, del “humor” que plantea la analogía que usamos para introducir el “bestiario” del padre, humor necesario por lo demás para soportar lo real del padre, claro, construimos si se puede decir así, grupos o “clases”, “tipos particulares” (“especies”, “estirpes”, etc.) para aglutinar ciertas ‘lógicas’ que subtienden a ciertos casos, pero sin la consigna, como hemos dicho, de clasificar al sujeto, *a priori* o *a posteriori*, bajo ninguna lógica del “para todos”. Ninguna taxonomía, pensamos, puede dar cuenta del sujeto en singular. Es una contradicción. Por eso elegimos la analogía con la *zoología fantástica*, para alejarnos de eso, no sin humor. Por otro lado, consideramos que Freud y Lacan construyeron una verdadera “fenomenología del padre”, más allá de Husserl, a partir de la experiencia clínica y del discurso psicoanalítico, que da cuenta de una *reducción* bastante representativa del universo de lo paterno. “Esencial”, sin duda. Nuestra aproximación es una puesta a punto de esa reducción por ellos operada. No es una mera aplicación o constatación. Es una interrogación fenomenológica a partir de las categorías por ellos construidas. Desde esta “lógica”, se trata de una *transmisión*, de una “mostración”, más que de una demostración y su consecuente sistematización en “estilos” (estadísticas, taxonomías, etc.) que responden a otras epistemologías propias del discurso científico. Por eso recurrimos también a la

idea que subyace al libro de Cabrera Infante: “Exorcismos del estilo”, para fundamentar que se puede exorcizar el estilo científico tomando otros que pueden ser más acordes a la naturaleza del “objeto” que nos propusimos: el decir sobre las paradojas y rajaduras de la función paterna: la “perversión”. Congruentes con estas consideraciones lógicas desde el discurso psicoanalítico, decidimos incorporar al hilo del cuerpo teórico del texto, extractos de los relatos, testimonios y frases que pudieran *mostrar los significantes y posicionamientos modales* alusivos a las categorías y problemáticas teóricas en cuestión. Incorporamos así los “hallazgos” al proceso mismo de confección teórica en la medida en que “el medio de transmitir forma parte de lo que se transmite y a veces es difícil distinguir uno del otro”<sup>15</sup>. Lo hicimos así en tanto se trata de la *mostración* más que de una *demostración*. De la *transmisión* de cierto *saber* y de sus *semblantes de verdad* sobre lo real, del que estamos siempre a medio camino pues sólo obtenemos fragmentos, destellos, más que “indicadores” o “evidencias” validadas experimentalmente. Sobre esto afirma Lavagetto: “La verdad no sale a la superficie sino en el universo de la ficción y se sustrae al expediente naturalista del fragmento de vida y del registro sincrónico”.<sup>16</sup> Se trata para nosotros de una *escritura significativa*, de una “escritura del significante”, de los significantes que dan cuenta de las posiciones que se asumen sobre la función-paterna, más que de una exposición propia del “expediente naturalista” y del “registro sincrónico” (registros conductuales, observaciones naturalistas, historias de vida, etc.). La noción de “expediente” remite a concebir al sujeto como dato, archivo fijo, muerto, más propio de los discursos médico-psiquiátrico, jurídico, etc. Pero el sujeto no es un archivo muerto, está en movimiento, por más que se trate de la repetición y del goce mortífero. Expedientes que se toman como si fueran homólogos a lo real del sujeto, “naturalistas”, pues creen atrapar al sujeto en dichos registros. Freud escribe a propósito de dicha *transmisión*: “Por eso me extraña mucho comprobar que mis observaciones de enfermos se lean como novelas y que no lleven, por así decir, el sello de la seriedad propia de los escritos eruditos. Me consuelo diciéndome que este estado de cosas evidentemente es atribuible a la naturaleza

---

<sup>15</sup> Porge, E., *Transmitir la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 1.

<sup>16</sup> Lavagetto, Citado por Porge, E. op. cit., p. 17.

misma del tema tratado y no a mi elección personal”<sup>17</sup> Sí, el relato psicoanalítico o incluso sociológico, es considerado por el discurso cientificista como un subproducto, literatura sin valor que no alcanza el estatuto de validez de lo que se considera científico. Claro, pero pensado desde ese mercado de saber. Más como dice el mismo Freud: eso debe ser atribuido a la naturaleza misma del tema, del objeto tratado. La naturaleza del sujeto como sujeto del goce no puede ser reducido a esos estrechos cánones del discurso de la ciencia, al menos pensado en esos términos. Se requiere de un dispositivo de abordaje *sui generis* y de un modo de presentación ad hoc: que den cuenta del *fantasma* inmerso en la palabra, más allá de la captura del discurso corriente. Para finalizar esta ya presentación, aludimos a la cuestión de la *transmisión* en psicoanálisis, que según Porge:

“Transmitir es desear transmitir. Pero este deseo tropieza con lo imposible. Con lo imposible [...] relativo al objeto que se trata de transmitir y a los medios de hacerlo [...] Transmitir es desear transmitir y encontrar un imposible de transmitir. Transmitir es transmitir lo imposible de transmitir”<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Freud, citado por Porge, *ibid.*

<sup>18</sup> Porge, *Ibid.*, p. 47. Y sin embargo, para no faltar a la cita que el discurso académico-universitario *impone* con todos sus protocolos y procedimientos formales, no dejamos de incluir, habiendo realizado previamente el “exorcismo de estilo” al que aludíamos arriba, una casuística, un apartado, un “cuerpo de ejemplos” algo más desarrollados, pero, más al modo de un “fantástico manual de zoología del padre” que del “expediente científico”, para que nuestros posibles lectores tuvieran más elementos para ubicar y pensar las tramas de la *pereversion* del padre.

## Capítulo 1

### La función paterna en psicoanálisis

#### 1. Primer acercamiento.

##### La pregunta por el padre.

La cuestión sobre el padre, la pregunta: ¿qué es un padre?, ¿qué es el padre?, atraviesa por supuesto la historia de la civilización pero también al *discurso del psicoanálisis* empezando por Freud mismo. Como Lacan escribe en el Seminario *La relación de objeto*: ¿Qué es el padre? “es a fin de cuentas una interrogación que se plantea en el centro de nuestra experiencia analítica como eternamente no resuelta, al menos para nosotros los analistas”.<sup>19</sup>

La interrogación sobre el padre, aunque inmemorial, es absolutamente vigente y oportuna en nuestra época de profundos cambios en el orden simbólico, y donde *lo real* mismo está siendo conmovido por los efectos de la tecno-ciencia y el capitalismo salvaje de nuestros días sobre la naturaleza. La pregunta es oportuna en la medida precisamente en que la civilización estuvo fincada durante siglos en la autoridad de lo simbólico y la estabilidad de lo real natural, y hoy se encuentra en una situación cualitativamente distinta y acaso en una especie de conmoción, que no permite vaticinar muy bien hacia dónde se dirige, a pesar del optimismo de ciertos grupos que van a contracorriente o de aquéllos ideales de felicidad y un mejor futuro que han existido a lo largo de la historia. Los rituales simbólicos que fundaron durante siglos diversas instituciones como el matrimonio, hoy o ya no existen o tienen muy poca vigencia o se han convertido en ocasiones de celebración (“pagana”) o meros eventos de folclore. La cuestión sobre el estatuto del padre, añeja pero vigente, su lugar, su “función”, permanece insoluble, y más en nuestros días donde parece haberse perdido el norte y el piso simbólico. El viejo adagio da cuenta de ese estatuto: “*páter incertus est*”, ya que él parece ser

---

<sup>19</sup>. J. Lacan, *El Seminario, Libro IV, La relación de objeto*, Madrid, Paidós, p. 374.

siempre una suerte de excepción (*ex-cepcción -Lacan*), de estar en un lugar ambiguo respecto de la ley, en tanto es él quien la promueve pero al mismo tiempo la pone en duda, la violenta o hasta la transgrede como se ve en una infinidad de ejemplos, o podríamos quizá afirmar que prácticamente en todos, pues en última instancia “ninguno está a la altura” de lo simbólico como ideal, del gran padre Ideal. Recientemente nos han transmitido una situación donde el abuelo mantuvo dos familias simultáneamente, con bastantes hijos en ambas, y donde ambas convivían “civilizadamente”. Diversos descalabros subjetivos y de infidelidad entre esos hijos y los nietos ya adultos están a la orden del día. Dado que siempre parece estar en estado de “ex-cepcción”, se mueve como tal, como una especie de soberano. Como el *soberano* en que nos hacen pensar los análisis de Giorgio Agamben <sup>20</sup>, que lo colocan en ese lugar del que dicta y puede derogar la ley por sí mismo, al menos para ciertas épocas históricas y en mucha menor medida para la actual. No obstante este diferencial histórico, ese lugar “imaginario” parece atribuírselo a sí mismo el padre-soberano, como supuesto amo, aún en nuestros días. Es decir, no sólo en el ámbito del poder en general, sino también en el de la familia. En todo caso, es el lugar del soberano en el que se colocan hombres o mujeres, indistintamente, según ciertas condiciones y atributos. El sujeto como supuesto amo de su discurso es otro caso que Lacan observa en sus cuatro discursos.

Más allá de la cuestión del poder y del lugar que han ocupado los hombres en ese ámbito en la historia de la humanidad, que no nos compete ni nos corresponde cuestionar ni justificar ni incluso teorizar en psicoanálisis como bien resalta Frida Saal <sup>21</sup>, y mucho menos en este texto tan acotado, lo que sí nos interpela es dar cuenta del lugar del padre en el contexto familiar, en lo que se refiere a fundar los procesos de *sexuación -y castración-*, esto es, de la *diferencia de los sexos*, en un

---

<sup>20</sup> Agamben, G., *Hommo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, USA, Stanford University Press Stanford California, 1998.

<sup>21</sup> Saal, F., “Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos”, En: Saal, F., *Palabra de Analista*, México, Siglo XXI, 1998.

más allá de la madre. Se trata de la “excepcionalidad”, del Otro de la diferencia sexual en tanto la madre en los primeros tiempos del Edipo se mueve en el orden de “Lo Mismo”, el Gran Otro, el Gran “Amo(r)”, permítasenos la expresión. Es la Gran Ley Materna (Morel<sup>22</sup>) de la que el padre se coloca como la diferencia, en un más allá de ella, si puede, claro. Entiéndase bien, no es justificación del lugar de amo de muchos padres. Eso es un asunto de dominación que no corre en la misma dimensión de la *sexuación*. La madre tiene también ese estatuto, al menos en países como en el nuestro donde su lugar y su deseo son incuestionables, y los hijos -con sus padres- no alcanzan a distanciarse y mucho menos separarse bien de sus “redes”. En este sentido, la supuesta pasividad de la mujer-madre resulta bastante cuestionable como lo comenta ampliamente Assoun en su libro *Masculino y Femenino*<sup>23</sup>.

Pero del padre, precisamente, no se está seguro, no se tiene certeza, pues siempre queda la incertidumbre sobre su origen y su eficacia, su consistencia y su incidencia para la vida familiar. Esto se refleja en frases que parecen estar presentes siempre en los discursos de madres e hijos: “tú nunca estás”; “nunca estuviste”; “nunca haces nada”; “no pones el ejemplo”; “me dejas sola en todo”; “nunca intervienes en la educación de tus hijos”; “no juegas con ellos”, “no lo vi”, “no lo conocí”, etcétera, etcétera. . Es la “queja” pero también el goce permanente, pues a ello parece responder la omnipotencia materna: “la salvadora”, “la abnegada”, etc.

La respuesta a la pregunta sobre la función paterna permanece indeterminada en última instancia también en tanto que la naturaleza de lo simbólico sobre lo real es insuficiente, ineficaz, precaria, “no-todo”. Lo simbólico no orada ni trastoca lo real, sólo lo bordea, como lo quiso dar a mostrar Lacan mediante la figura topológica del *toro*. Así en lo simbólico como en la función simbólica del padre. “Así en la tierra como en los cielos” el padre permanece “fuera de la casa” (Bataille, citado

---

<sup>22</sup> Morel, G., *La ley de la madre*, Argentina, FCE, 2012.

<sup>23</sup> Assoun, P.-L., *Lecciones psicoanalíticas sobre Masculino y Femenino*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.

por Díaz de la Serna <sup>24</sup>), “está fuera del mundo” (relato infantil). El padre “*incertus est*” también en la medida en que pone en tensión diversas dimensiones de la ley. Su función ambigua se manifiesta ahí también, pues aunque es él quien parece representarla, también la pone en jaque o hasta la transgrede como se ve en una infinidad de ejemplos. De ahí la justificación a nuestro “bestiario” del padre, a nuestra *zoología fantasmática* del padre. Su estatuto simbólico-imaginario de supuesto “amo” lo coloca en ese lugar de querer imponer, derogar o hacer funcionar la ley a su antojo (goce). <sup>25</sup> Para el punto que estamos tratando, se trata de ese “padre-fuera” que no interviene sino como “divorciado” de la escena familiar. Pero queremos llamar también la atención, como acabamos de ver, acerca de que la función paterna no es una estructura “pura”, sino justo como en la metáfora borgiana que Cortázar identifica muy bien, se trata de “seres con alas ahí donde se esperan dientes”, es decir, mezclas raras que obedecen a lógicas singulares alejadas de una supuesta función ideal del padre. En nuestra época esto se da más que nunca, pues en tanto que el orden simbólico “no es más lo que era”, la figura del padre ha sido desplazada por el creciente “imperio de lo femenino”, las nuevas tecnologías y los discursos de la ciencia y la salud. Como afirma Jacques Alain Miller: “el Orden simbólico ya no es más lo que era”, y el “universo de reglas” “cesó de ser una potencia de orden”<sup>26</sup>. Es en ese contexto de

---

<sup>24</sup> Díaz de la Serna, I., *Del desorden de Dios. Ensayos sobre Georges Bataille*, México, Taurus, 1997

<sup>25</sup> Es esto lo que una mujer dice acerca de su marido: “es que él es como un padre divorciado”. Esto es, un padre que se conduce como si estuviera divorciado. Como si estuviera por fuera de la cotidianeidad familiar. Como si fuera un “divorciado”: que se maneja a sus anchas aquí y allá. Como si estuviera fuera de la ley simbólica que organiza y ordena las relaciones ahí. Un padre cuya falta de intervención dejó a la hija única en manos de la madre (y la abuela), cuya gran intromisión e impertinencia dejaron fuertes secuelas en la joven adolescente, quien se encuentra fuertemente aquejada de angustias terroríficas de persecución: “no tolerar la cercanía “ni a un metro”, etc. El gran significante que atraviesa el síntoma gira en torno del “ser desprendida”: no se puede ubicar bien en los grupos sociales, la familia, las relaciones afectuosas. Está “desubicada”: en la medida en que el padre la ha dejado a una madre que la “encrema”, que la tiene atosigada, ella forjó un síntoma de rechazo y de intolerancia que le viene del otro.

<sup>26</sup> Miller, J.-A., “El desorden simbólico”, *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, n° 13, Escuela de la Orientación Lacaniana, Año VIII, Noviembre de 2012, p. 9.

“trastocamiento”, de “desfallecimiento” de lo simbólico que se presenta la función del padre de nuestros días:

“Si el orden simbólico era una garantía que permitía algunas formas del ordenamiento de las relaciones del sujeto con el mundo, conviene examinar y responder sobre su forma actual. Llama la atención en su desfallecimiento, el acecho de una presencia constante de aquello que escapa a todo tipo de captaciones, sean estas imaginarias o simbólicas y que reconocemos en esa trama hecha de extravagancias, caprichos y terquedades, etcétera, textura de las particularidades en el decir del *hablanteser* [...] hoy su faz es otra, ya no se sostiene por un pacto hecho de palabras, fundado en una prohibición que produce un ordenamiento y también posibilidades varadas. Hoy la respuesta, promesa de felicidad, proviene de las nuevas tecnologías. La *función del padre se halla trastocada* y la burocracia de la salud mental señala los modos de vivir, amar o morir de una forma “tipo”, formas de afiliarse a residencias o identificaciones catastróficas [...]”<sup>27</sup>

En la configuración simbólica de nuestro siglo, esa suerte de cinismo de aquél que se coloca en la excepción, toma lugar junto a otras figuras de la subjetividad contemporánea: el *individualismo*, el *nihilismo*, *relativismo*<sup>28</sup> y *banalidad*. Estas posiciones han ido minando los valores tradicionales de la cohesión social y la confianza en el ideal, y toman distancia de la identificación con los soportes simbólicos de la autoridad de antaño. En ese contexto el padre no representa más la autoridad en la medida que él se suma con su goce y su aislamiento a ese trastocamiento simbólico al interior de la familia,

---

<sup>27</sup> Ortega de Spurrier, P. *Agresividad*, En: *Scilicet. El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. Consecuencias para la cura*, Gramma ediciones, Buenos Aires, Argentina, 2011, pp. 25 - 26. Subrayado nuestro.

<sup>28</sup> Focchi, M., *Cinismo*, En: *Scilicet*, op. cit., p. 64.



Hemos querido poner de relieve el lazo social actual como “vínculo podrido”, por decirlo *grosso modo*. Expresión cruda pero con la que puede metaforizarse la situación en nuestros días. Goce generalizado del amo que pervierte la autoridad simbólica, que encontró en el discurso científico-técnico su instrumento y su disfraz más eficaz. Lo paradójico es que el goce del sujeto engancha sintomáticamente con ese goce-amo. El reverso perverso de la neurosis (Freud) y la psicosis “sublimada” que están en los orígenes del sujeto psíquico hacen parejas con el goce que nos ofrece la posmodernidad. Dice Nepomiachi al respecto:

“Se trata de reconocer un efecto propio del saber de la ciencia instituido como nueva figura de autoridad, cuyo correlato es la puesta en crisis de las formas tradicionales [...] Un saber de enunciados instituye un simbólico que elude la enunciación -lo más singular de un sujeto- objetivándolo, segregando su singularidad en nombre de lo universal [...] Este es el fundamento del malestar del hombre moderno, cuyas determinaciones sociales e históricas se generan por el discurso de la ciencia. Al poner en crisis la autoridad tradicional, este discurso da una nueva versión de la existencia en lo que se refiere a la causalidad. Porque se trata de un saber de enunciados que, como una brújula, cuestiona la autoridad del Otro que incluye el problema de la verdad”.<sup>29</sup>

Esto produjo también otros problemas que no desarrollaremos aquí pero que vale la pena mencionar al menos. La sustitución de un sujeto que podía decir “esto soy”, vinculado a un saber que tenía que ver con la verdad: “el sujeto crítico Kantiano y el sujeto neurótico freudiano, a los cuales no vacilaría en agregar el sujeto marxiano” (Dufour<sup>30</sup>), por un nuevo sujeto “posmoderno”. Asimismo, la aparición de un saber de enunciados y de frases, como el que subyace a las expresiones que pululan en las redes sociales, los medios y la propaganda, que ahora sirven como referentes identificatorios al sujeto, y que le hacen decir ahora:

---

<sup>29</sup> Nepomiachi, R. *Alienación*. En: Scilicet. *ibid.* p. 32.

<sup>30</sup> Dufour, R.-D. *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires, Paidós, 2007.

“yo soy”. Lo cual es un “callejón sin salida donde delira su discurso”, destacándose así su condición de objeto y de alienación. “Pura reivindicación yoica”, narcisista, más que simbólica; pura afirmación pseudo-identitaria vacía, que vacía su condición de sujeto racional en sentido amplio. Puro *yo* que busca el goce inmediato en la tecnología que invade hasta su privacidad doméstica. Lo simbólico sustituido por lo imaginario del goce absoluto. Sustitución del sujeto kantiano deber y del sujeto freudiano de la neurosis y la culpa, por un nuevo sujeto, del goce posmoderno. La dimensión gozante del sujeto se identifica al voraz goce-del-amo y de la ciencia de nuestra era, lo cual ha sido una condición fundamental para ese desbancamiento de lo simbólico en los últimos tiempos. Pero hay que aclarar de inmediato que ello no implica haber agotado toda posibilidad, que haya desaparecido todo vestigio de lo simbólico. Ni tampoco que nos contemos entre aquellos para quienes el trastocamiento de lo simbólico se debe a una supuesta “caída de los valores”, a la “falta de autoridad” y a la “falta de líderes de mano dura”, etc. Esa es la posición que añora, en lo imaginario, el goce del Otro soberano, que goza con su sostenimiento. Lo paradójico de ambas posiciones es que sostienen a su modo el goce del Otro. Uno neuróticamente que cree en él y el otro que ofrece su goce frente al goce del Otro. Más allá de poder discutir a fondo ahora estas últimas tesis, y la polémica tesis sobre la “desimbolización” (Miller, ya citado; Dufour, ya citado; Melman<sup>31</sup>; Lebrun<sup>32</sup>, etc.), queremos remarcar el efecto devastador del discurso capitalista y de la tecnología que sustenta sobre la subjetividad y el lazo social,

Dufour afirma sobre esto parafraseando a Lacan:

“El capitalismo funcionaría, pues, de maravillas. Tan bien que un día tendría que terminar... por consumirse a sí mismo. Pero el hecho es que no se consumirá antes de haber consumido todo: los recursos, la naturaleza,

---

<sup>31</sup> Melman, Ch., *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio. Entrevista con Jean-Pierre Lebrun*, Argentina, UNR Editora, 2005.

<sup>32</sup> Lebrun, J-P., *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*, Barcelona, Ediciones Del Serbal, 2003.

todo, incluidos los individuos que están a su servicio. En la lógica capitalista, precisaba Lacan, <el esclavo antiguo> fue sustituido por hombres reducidos al estado de <productos: <productos> [...] tan consumibles como los demás> [y continúa más adelante el autor]. Esta muerte programada del sujeto de la modernidad no me parece, en efecto, ajena a la mutación que observamos hace más de veinte años en el capitalismo. El neoliberalismo, por nombrar de modo sumario ese nuevo estado del capitalismo, está deshaciendo todas las formas de intercambio que subsistían por referencia a un garante absoluto o metasocial de los intercambios [...] dicho brevemente, el intercambio comercial hoy tiende a desimbolizar el mundo”.<sup>33</sup>

El goce del padre y el amo tradicional encontraron su relevo en el nuevo discurso del capitalista y de la ciencia. Situación que ha trastocado en los últimos tiempos, los cimientos simbólicos ancestrales de la civilización en torno a la Naturaleza, las Ideas, Dios, la Razón, el Ser, el Uno, etc. (Dufour). El lado oscuro del goce está en gran amasiato con el goce propuesto por el discurso neoliberal y la tecno-ciencia de nuestros días donde la familia ha quedado totalmente expuesta a una nueva “causalidad natural” que se encabalga sobre el *fantasma* en sus modalidades de la voz y la mirada, como analiza excelentemente Gérard Wajcman en sus libros *el Objeto Absoluto* y *El objeto del siglo*<sup>34</sup>. En este “ambiente familiar”, los niños y los adolescentes no pueden dimensionar los fuertes efectos sobre su frágil y maleable subjetividad y los padres no alcanzan a detener el verdadero *tsunami* que ello representa. Los mercadólogos lo saben muy muy bien, como lo expresa el lema: “work hard - party harder” de una agencia de publicidad exitosa en nuestro país.<sup>35</sup>

---

<sup>33</sup> Dufour, op. cit., pp. 15 - 18.

<sup>34</sup> Wajcman, G., *El objeto del siglo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001; *El ojo absoluto*. Buenos Aires, Manantial, 2011.

<sup>35</sup> Frase de una joven mujer gerente del despacho de mercadotecnia a la que pudimos entrevistar en varias ocasiones.

El goce sexual se ha desplazado al “*goce-del-objeto*”. El goce de nuestros días no puede ser pensado más como el goce analizado por Freud. Es un goce objetalizado, fetichizado. Es el “objeto-de-goce” que hasta hace poco se llevaba en el bolsillo, pero hoy sobre el cuerpo, incluso injerto en él. Son objetos-injertos, verdaderos “*objetos-a*”. La figura de la adicción, que hasta hace poco condensaba muy bien la metáfora del objeto postizo que se llevaba oculto pero a la mano, hoy ha sido desplazada por estos “objetos-apéndices-del-cuerpo”. “No podemos separarnos de ellos porque sentimos que algo nos falta”, escuchamos por todos lados. Ya no somos neuróticos que soñamos perversamente, ni estamos lejos de la locura. Convivimos natural y familiarmente con ellas. Es la perversión y la locura nuestra de cada día. La vida privada y el lazo social están densamente atravesadas por estas. Como en el “sexting”, los sitios web “porno”; las prácticas y grupos del tipo, etc.; y en la locura narcisística, los descuartizamientos, mutilaciones, “transfiguraciones corporales”, delirios de apariciones de fantasmas y muertos que se viven cotidianamente en las redes y en los medios masivos de “comunicación”. Nos hemos convertido en verdaderos “débiles mentales”, no sólo como ya lo decía Lacan respecto de creer que podemos captar simbólicamente lo real, lo hacemos, lo vivimos, lo toleramos, lo creemos, lo queremos.

El objeto ha sido elevado al cenit como alcanzó a formular Lacan, al “socielo” (Miller)<sup>36</sup>. El *objeto a* ha sido elevado a la categoría de Tótem si se puede decir así. Sólo que el tótem de hoy ya no profiere la prohibición, ya no espanta, es un aliado, promueve el acceso directo al goce, es el objeto de goce mismo. Quizá podamos decir que el objeto ha desplazado al padre, está en su lugar. El “Nombre-del-Padre” no es el *objeto a* en riguroso sentido teórico. Pero hoy presenciamos un rotundo acercamiento que nos lleva a pensar en la necesidad de pensarlos si no como equivalentes, sí como entidades que parecen superponerse y sustituirse en el sujeto de nuestros días. Hoy el padre establece la ley, sí, pero del goce. Su goce “autoriza” el goce del hijo. El *padre real* ya no intenta promover la castración-separación simbólica respecto de la madre, le

---

<sup>36</sup> Miller, J.-A., “Una fantasía”, en *Revista Lacaniana de Psicoanálisis n° 3*, Escuela de Orientación Lacaniana, Buenos Aires, 2005.

conviene dejar a la madre esos menesteres. “Es asunto de la madre”, suele decirse. Cierra literalmente los ojos al goce del hijo. Su goce da licencia. Es un gran salvoconducto, hace lisonja en el hijo. Lo fomenta, como se observa claramente en la comedia cinematográfica de Remy Waterhouse: *Tras los pasos de mi padre*<sup>37</sup>.

Antes la no-relación armónica de padres e hijos giraba en torno de la oposición prohibición-placer. Hoy parece ser lo contrario, pues existe un enunciado que parece funcionar como “principio” educativo que proclama que debe haber una relación armónica, amistosa entre padres e hijos: “darles libertad, no se vaya a frustrar”, etc. Pero esto disuelve las diferencias generacionales y los mandatos simbólicos. Esta gran “apertura” llega lejos generando complejas estructuras sintomáticas, verdaderos infiernos en el ámbito familiar.

La excepcionalidad del “padre”, sus prerrogativas, han cavado profundo en la gran falla que es el goce respecto de lo simbólico. El contrato y la facultad del libre albedrío establecidos y otorgados por el Padre simbólico contienen la cláusula no-dicha de la posibilidad del goce, de conducirse “a discreción”. La ley del Padre está agujereada por el empuje de lo real pulsional del goce del cuerpo. Es el padre que, inevitablemente, es y produce síntomas, y que se condensa en la expresión de Lacan de *sinthome*: saint-homme, sint-homme: santo-hombre-síntoma, padre-del-síntoma, padre-síntoma, etc. Síntoma que es una especie de transacción sin palabras entre el goce del sujeto y el de los padres.

### Freud < > Lacan

Es necesario deslindar nuestro modo de lectura y escritura sobre el padre desde Freud y Lacan. Ponemos el discurso del psicoanálisis en “perspectiva”, a trabajar, en un ir y venir permanente, de lo cotidiano a la teoría y de vuelta, de la clínica a lo social en un movimiento sin descanso. Y a Freud con Lacan y a Lacan con Freud.

---

<sup>37</sup> Waterhouse, R., *Je règle mon pas sur le pas de mon père*, Epithete Films Polygram Audiovisuel, 2006.

Es una mirada “Freud <con> Lacan” (Freud < > Lacan) en el sentido de que no se puede leer más a Freud sin Lacan. Es el “retorno a Freud” de Lacan. Pero nuestra lectura no implica venerar su escritura como si se tratara de las “sagradas escrituras” del psicoanálisis, tal como lo hace cierto psicoanálisis que toma a Freud como una especie de religión inquebrantable. Y muchos otros que no han podido ir “más allá del padre”, no han podido dar el paso o el giro “epistemológico” si se quiere, no han terminado de introducir una otra lectura que el mismo Freud propuso por ejemplo en el texto “Mi interés por el psicoanálisis”<sup>38</sup> donde muestra su interés y la necesidad de introducir el diálogo fructífero con otros saberes entre los que destacó por ejemplo: la ciencia del lenguaje, la filosofía, la historia de la cultura, el arte, la sociología, etc. Ese descuido ha dejado a ese psicoanálisis sumido en una suerte de autocomplacencia, narcisismo disciplinario, pero además, atascado en una sumisión perpetua al “Gran Padre”, al Otro no tachado s(A). Y al sujeto también por su modo de conducir la cura bajo un esquema de identificación al Ideal del Otro, al analista-padre, modelo superyoico. Es una doctrina enmohecida, “enmoisada”.<sup>39</sup> Se trataría por el contrario, de un “amor hereje” al padre, de una lectura hereje que se “sirve del padre”, que se monta en sus hombros para poder ver e ir más allá de él, de nuestro edipo “disciplinario” e incluso personal. Lo paradójico es que Freud mismo trató de ir siempre “más allá del padre” -incluso de su propio padre y de la “ilusión de la religión”- pero su propio *deseo* y su *fantasma*, como Lacan mostró, le impidieron salirse de ello totalmente. ¿Pero, en qué medida es eso posible en tanto que la cultura está fundada en una visión centrada en el padre? ¿Hasta dónde Lacan pudo operar esa ruptura?

Lacan introdujo diversos “giros” -incluso rupturas- teóricos fundamentales respecto de Freud -y del psicoanálisis en general- desde el comienzo de su enseñanza, aunque dichos giros no significaron descentrarse radicalmente de lo simbólico en aquéllos momentos. Pero al final, operó una ruptura verdaderamente radical, incluso respecto de su propio proyecto, en eso que Jacques-Alain Miller ha

---

<sup>38</sup> Freud, S., “Mi interés por el psicoanálisis”. *Obras Completas, Vol. XIII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

<sup>39</sup> Ver pp. 96 y nota 122 más adelante.

denominado su última (“*ultimísima*”) enseñanza<sup>40</sup>, en la que su concepto de *real* sirve de motor central y respecto del cual aún no se extraen todas sus consecuencias.

“Lo real no habla” no es una simple proposición que experimente variaciones [...] tampoco es un intento de formulación [...] no es de ese orden [...] este real que no habla es una noción que nos toma a contrapelo, es una proposición que hace caer una columna del templo” [...] <sup>41</sup> Lo simbólico habla. Es la condición de la verdad, verdad de la que sabemos que está rodeada de mentiras, a la que sólo se accede con la mentira, que sólo es una suerte de mentira puesto que es variable. En todo caso, hay verdad cuando lo simbólico habla, cuando hay, relámpagos que surcan la oscuridad, Mientras que lo real es mudo, incluso el saber que incluye. Respecto al saber que incluye, que es un saber absoluto, un saber absolutamente separado, estamos en la oscuridad. <sup>42</sup>

Y como Miller va a plantear a lo largo de su libro, esta operación significa una crítica verdaderamente profunda para el psicoanálisis en tanto ha sido edificado sobre las bases de lo simbólico: “críticas más severas y salvajes”. Es que a partir de la categoría de *real*, lo simbólico -la Verdad, el Nombre-del-Padre, Dios en última instancia como en Descartes-, no es ni puede fungir como el garante absoluto. Lo giros “epistemológicos” de la teoría en Lacan, decíamos, están íntimamente hilvanados con las diversas plataformas sobre el padre que Lacan realizó a lo largo de su obra. El *sinthome*, el padre como síntoma que produce hacia su última enseñanza, está construido desde esa perspectiva: es el “más allá del padre”, el más allá del padre simbólico, del padre que hace síntoma respecto de su verdad -su goce-, de “La” verdad, donde de lo que se trata es de la verdad de lo real del síntoma, de la verdad de lo real del goce. Incluso del inconsciente en

---

<sup>40</sup> Miller, J.-A., *El ultimísimo Lacan*, Paidós, Argentina, 2012.

<sup>41</sup> Miller, J.A., *El ultimísimo Lacan*, op. cit. p. 235.

<sup>42</sup> Ibid, p.242.

tanto real y ya no sólo como inconsciente simbólico en el Freud y en el Lacan de la etapa de lo simbólico, donde el lenguaje y el sentido ocupaban la escena central.

Nuestra escritura del padre no tiene que ver con una posición reverencial sobre “La” verdad dogmática, ni respecto del Padre con mayúsculas. Es en todo caso, una recuperación que no una sumisión. Es una apuesta por la dimensión de la autoridad y el piso de lo simbólico tan necesarias para el sujeto. Pero también una puesta en jaque al padre en tanto se trata del padre en su dimensión perversa o ideal. Pues como decía una jovencita en una entrevistas “¿verdad que los niños siempre están esperando que los padres les digan algo o los regañen?”. En efecto, es el imaginario neurótico del padre ideal. Imaginario, sí, aunque algo alcanza a inscribir. Como en el caso de otro joven que nos dijo: “es que siempre me he sentido como sin piso, inseguro, angustiado, inestable”, pues aquí el padre siempre se desempeñó muy precariamente en sentido simbólico y se movió “en sus negocios”, dejando a los niños a la volubilidad y la gran histeria materna. O como también en el caso de otro joven que llevaba una vida nada ordenada incluso bastante laxa, como la del padre y el abuelo, y que al acudir a su cita con el Otro sexo experimentó una angustia paralizante. Decía: “es que yo no aprendí de mi padre: él no tiene sistema, yo se lo doy”.

Freud con Lacan no implica necesariamente una continuación de la obra de Freud por parte de Lacan. Es como afirma Miller en *El ultimísimo Lacan*, ya citado, “nos queda como enseñanza de Lacan aquello que proviene de alguien que no se quedó conforme”. El retorno a Freud es un “más allá de Freud”. No es una maniobra narcisista de Lacan como algunos creen, es decir, “piensan”. Es una obra basada en una lectura más allá del manejo de la jerga freudiana. Es un “a posteriori”. No es un refrito como acostumbramos decir, y mucho menos un plagio intelectual. Es una reformulación y en muchos puntos una verdadera innovación que introduce una nueva lectura e incluso una suerte de ruptura con Freud y consigo mismo. De ahí los *nombres del padre*, pero sobre todo el *padre-sinthome* y la categoría de *real, ad fine*, de Lacan.



En ese contexto, frente a la pregunta de qué es el padre, Freud y Lacan producen teorías que no pueden reducirse, superponerse o contraponerse entre sí de manera simplista. No se puede decir que la obra de Lacan “desarrolló” la de Freud. No. Lacan llevó al psicoanálisis en su última enseñanza, “más allá del padre”: a lo *real*. Pero también más allá de Freud como padre del psicoanálisis, y del padre en sentido freudiano. Las formulaciones de Lacan sobre los “mitos” del Edipo y el padre totémico -como Lacan los denomina-, por ejemplo, no coinciden con los de Freud. Incluso Lacan llega a hablar de dichas estructuras teóricas como sueños, mitos, deseos edípicos no resueltos en el propio Freud. Por eso Freud puede y debe ser pensado desde Lacan: Freud-con-Lacan, Freud <> Lacan. De lo contrario se corre el riesgo de quedarse atrapados en esa visión religiosa sobre el padre, que la veneración a Freud produce en sus planteos sobre el padre, y que cierto psicoanálisis gusta de preservar. Es lo que Lacan ironiza en el *Seminario 22: RSI*<sup>43</sup>, cuando habla de la “boludez religiosa” de Freud. Resabio que quedaría al final de un análisis si de lo que se tratase girara alrededor de la identificación al analista, al padre, al amo. Pero ello no solo aplica al ámbito del discurso y la práctica psicoanalítica como suele creerse ingenuamente, sino también al de la cultura en general en la medida en que el anudamiento del padre y la religión estructuran y operan sobre el pensamiento social, las relaciones sociales e incluso políticas y más allá. El Edipo a la freudiana es un Edipo “inservible” como afirma Lacan en el *Seminario 17 El reverso del psicoanálisis*<sup>44</sup>, por su carácter novelesco y melodramático, aunque a veces también trágico como la saga misma<sup>45</sup>. Y es lo que evitamos hacer en nuestro trabajo: leer las fallas del padre como si fueran cuentos edípicos, pensándolas más bien desde lo real del síntoma y el goce del padre, pues de ese otro modo nos quedaríamos empantanados en una visión dogmática e ingenua. Ese modo de leer el mito freudiano constituye lo que Lacan

---

<sup>43</sup> Lacan, J., *El Seminario. Libro 22, RSI*, Inédito, Mimeo, Escuela Argentina de Orientación Lacaniana.

<sup>44</sup> Lacan, J., *El Seminario. Libro 17, El Reverso del Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, Clase del 18 de Febrero de 1970.

<sup>45</sup> Y es lo que hacemos a lo largo de nuestro trabajo: leer las novelas del padre a partir de la última enseñanza de Lacan, pues de otro modo nos quedaríamos empantanados en una visión dogmática y anquilosada del psicoanálisis.

llamó la “vulgata psicoanalítica”, que está presente en el discurso cotidiano y en el discurso académico-universitario, incluso científico.

Sobre la especificidad del discurso freudiano y lacaniano comenta Guy Le Gaufey:

“[...] entre Freud y Lacan, a pesar de la innegable comunidad de referencia que los coloca en la misma línea, hay una ruptura epistemológica considerable, que redistribuye de una manera muy distinta las cartas, a las cuales se ha vuelto difícil llamar “las mismas”<sup>46</sup>. Y François Balmès al respecto también escribe: las versiones del padre de Freud y de Lacan, “no obstante que no se oponen, no se confunden”.<sup>47</sup>

Pero Alfredo Eidelzstein es aún más contundente con eso:

“Me parece que venimos con cierta demora con respecto a analizar y criticar ciertas argumentaciones freudianas o lacanianas que implican que sostengamos simultáneamente teorías que se contradicen entre sí; pero que [...] caemos en contradicciones porque estamos aplicando teorías que son contradictorias [...] Toda la enseñanza de Lacan a partir del **Seminario 1**, está atravesada –entre otros problemas- por la cuestión del “Padre”. Y Lacan nunca aceptó la teoría freudiana del Padre. Sin embargo, nosotros seguimos sosteniendo ambas teorías como si fuesen una sola [...]”<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> Le Gaufey, G. *La evicción del origen*, Barcelona, Edelp, 1993, p. 11.

<sup>48</sup> Eidelzstein, A *El padre en psicoanálisis*. Seminario. Buenos Aires, Psiconet, Mimeo, 1999, Clase 2, p. 1.

## 2. Origen y preeminencia del padre: *Tótem y Tabú* <> *Nombre-del-Padre*

Si bien Freud asigna un lugar muy importante para la madre en la constitución subjetiva del niño, que luego los posfreudianos llevaron mucho más lejos al grado de borrar de la escena la dimensión simbólica, que Lacan subrayó, el lugar que asigna al padre es fundamental en tanto lo sitúa en el origen simbólico de la civilización. Pero, el modo en que lo concibe lo acerca más a una especie de figura real como lo es el Tótem mismo, el animal totémico, sin dejar de lado, claro, su costado simbólico. Lacan retoma la importancia asignada al padre pero desde otro costado, como significante, a partir de la categoría de *Nombre-del-Padre*, que implica una cierta reducción pero también un giro respecto de la teorización freudiana de la que hablábamos recién, al otorgarle un lugar simbólico central aún más esencial que el que Freud le asignó. El Nombre-del-Padre, con mayúsculas, le permite leer a Freud al mismo tiempo que le introduce un giro desde la lingüística estructural que lo conducirá después a formular el ternario: Simbólico – Imaginario – Real, que llevará hasta sus últimas consecuencias al final de su enseñanza. Sobre esto Eric Porge escribe:

“[...] Del padre seductor al padre de la horda primitiva pasando por el padre del fantasma *Pegan a un niño*, Freud no se cansó de afirmar la preeminencia del padre en la constitución de la realidad psíquica. Lacan, al introducir el término *Nombre-del-Padre*, recogió la antorcha y la cambió. Esto no le impidió comprobar, en 1957, que “la pregunta ¿qué es el padre? está planteada en el centro de la experiencia analítica como eternamente irresuelta, al menos para nosotros, analistas”. En la experiencia analítica el padre nunca es otra cosa que referencial. Interpretamos tal o cual relación con el padre (...) El padre es un término de la interpretación analítica. A él se refiere algo”. Esta es la razón por la que los términos simbólico, imaginario y real designan, más allá de los modos de relación con el padre que pueden instaurarse, nombres del padre. Si el padre no es más que

referencial, los nombres que lo designan son los nombres de relación con el padre”.<sup>49</sup>

El giro de Lacan sobre el padre estriba en la dimensión referencial simbólica que le asignó, pero también el hecho de colocarlo como referente en las dimensiones que fue formulando, lo cual le permitió dar al padre diversas atribuciones que en Freud se hallaban de manera un tanto implícita. La pregunta por el padre, Freud la coloca alrededor de la cuestión del *origen* a fin de darle un fundamento histórico de verdad irrefutable a sus hallazgos clínicos, introduciendo allí entonces un mito, un «mito científico» como él lo denomina, como una especie de “verdad histórica”. Esto hace conectar al padre con la cuestión de la verdad y asignarle cierto estatuto a sus formulaciones míticas. Es un movimiento redondo. Lacan toma en un principio la estafeta del padre en su dimensión simbólica, pero sin circunscribirlo al problema sobre el origen. Trabaja prescindiendo de eso, partiendo del «Nombre-del-Padre» como *significante* lo cual le permite dirigirse hacia otras problemáticas en lo sucesivo. Se trata de otra concepción de la causalidad. En Freud referida al origen histórico y, en Lacan a la dimensión del lenguaje y su efecto en el sujeto: la división subjetiva introducida por el significante en tanto causa del sujeto. Lacan no deja de moverse entonces en ese período de su enseñanza dentro de los márgenes de la dimensión de lo simbólico que luego cuestionará radicalmente. Ahora, aunque ambos parecieran ubicarse en terrenos distintos u opuestos, uno en relación al origen y el otro al lenguaje, ambos otorgan una gran preeminencia a la dimensión simbólica en el padre: ya sea en Freud mediante la *castración* operada por el padre para la separación del hijo respecto de la madre, o en Lacan como Nombre-del-Padre en tanto agencia simbólica a través de la *Metáfora Paterna*. Es muy importante destacar que, al introducir Lacan las dimensiones del ternario: padre simbólico-padre imaginario-padre real, como dijimos recién, eso le permite asignar al padre otras dimensiones que no se encontraban necesariamente explicitadas en Freud. Esto le permitirá más adelante formular los *nombres del padre* como un “más allá” del Nombre-del-Padre, que a estas alturas apenas alcanza a avizorar alrededor de esos lugares diferenciados,

---

49. Porge, E., *Los Nombres del Padre*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, pp.7-8.

que Lacan sistematiza en el *Seminario La relación de objeto* y el *Seminario Las Formaciones del inconsciente*.<sup>50</sup>

Pero, tanto Freud como Lacan, cada uno dentro de su propia lógica, constatarán después que el padre no puede cargar con semejante cuenta y se verán llevados a introducir nuevos soportes para fundamentar la operación de la castración simbólica.

En tanto el goce involucra al cuerpo en tanto *real* -y no sólo en sentido imaginario como planteó inicialmente-, lo simbólico no es suficiente para contenerlo sino muy a medias. La función simbólica paterna -léase castración simbólica-, no agota el goce. Esto se constata de manera contundente en la “psicopatología de la vida cotidiana”. Los síntomas y otras formaciones no se extinguen y muchas veces no se alcanzan a contener lo suficiente por la vía de los exhortos, las reprimendas u otras medidas simbólico-imaginarias.<sup>51</sup> Es lo que Freud introducirá a partir del vuelco metapsicológico de 1920 en torno a la *repetición* y la *pulsión de muerte*. Ese *más allá* indomable de lo que el padre no puede hacerse cargo, de lo que simbólico no puede dar cuenta y “no cesa de no escribirse”. Y que por su parte Lacan planteará a partir de 1963 en el seminario interrumpido sobre los “*nombres del padre*” Esos *nombres del padre*, en plural, porque uno sólo -el Nombre-del-Padre- no basta pues no hay sólo uno que lo represente<sup>52</sup>. No hay “*El*” padre como garante absoluto de la ley, el saber y la verdad, y de la exhaustión del goce y el síntoma, en tanto se trata del *inconsciente real*, no sólo simbólico, que Lacan

---

<sup>50</sup> Lacan, J. Seminario 4, op. cit.; *Seminario 5 Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

<sup>51</sup> Acaso no decimos con frecuencia como padres: ¿qué no te he dicho que no hagas eso, hasta cuándo me vas a hacer caso?, bueno allá tú, yo te lo digo por tu bien, si te pasa algo, yo te lo advertí, luego no me reclames”, o: “bueno, a ti te gusta que te regañen y te griten, ¿verdad?”. O también “te trato por las buenas pero tú no entiendes y sigues en lo mismo, ahora vas a ver...” etc. Insuficiencia de lo simbólico para acotar y acabar con el goce. Incluso por eso se recurre a medidas más drásticas de carácter imaginario (terrible) para tratar de detenerlo, como los castigos prácticos, físicos, gritos, sadismo verbal, etc.

<sup>52</sup> En cierto sentido, nuestra tesis pende de esta cuestión, en tanto lo que tenemos son los nombres del padre, los padres en plural, sus versiones.

trabaja en el Seminario 23 *El Sinthome*. Es lo que Lacan elaborará gradualmente desde el Seminario “10bis” los *nombres del padre* y el Seminario 11 *Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de 1963 - 1964<sup>53</sup>. Es decir, se desmarcó a partir de ahí de esa concepción del Nombre-del-Padre que lo acercaba a una concepción ingenua sobre el goce y el síntoma. Escribe Genevieve Morel al respecto:

“La posición del Nombre-del-Padre **en** lo simbólico era un punto esencial del lacanismo de 1958, pero de una forma muy diferente. El Nombre-del-Padre era, entonces, **el** significante de **la ley** que garantizaba el funcionamiento no psicótico de lo simbólico. Por ello, tenía una función muy fuerte que le daba aquel lugar de Otro del Otro, de garante absoluto, al que luego Lacan renunció. Su función no sólo era una función de nominación, sino una función de establecimiento de la ley, lo que de ninguna manera era lo mismo. Darle una función de nominación lo aleja de la función de agente de la castración que tenía en 1958. Por lo tanto se trata de un reacomodo de su función de 1958. Además, hacer del padre la causa del síntoma de los hijos es darle una función bastante más débil que la de garante de la ley”.<sup>54</sup>

Reafirmamos el vuelco teórico sobre el padre que Lacan va a operar desde 1963 con la categoría los *nombres-del-padre*, pues la de Nombre-del-Padre lo dejaba precisamente en una concepción religiosa. Este segundo momento aunque ya implica un giro respecto de la dimensión simbólica y lo pone a la entrada del período donde irá elaborando la del goce, no significa ya haber arribado a la noción de real que aparecerá después.

Regresando, para Freud, los “hechos” de la clínica lo llevan a establecer un mito en el origen, una suposición de naturaleza histórica.

Afirma Assoun:

---

<sup>53</sup> Lacan, J., *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1986.

<sup>54</sup> Morel, G., op. cit., p. 88.

“El lector no puede abandonar la lectura de *Tótem y Tabú* sin preguntarse si la hipótesis del «asesinato del padre» remite para su autor a un acontecimiento real o es algo «fantaseado». La respuesta es precisa: si ese acontecimiento no puede «ser probado» (puesto que no ha sido objeto de una observación fundada en testimonios reales, ¡problema «judicial»!), entonces sólo puede ser «supuesto» -sobre la base de los fantasmas neuróticos, verdaderos «testimonios en diferido»-; y sin embargo Freud lo entiende como un «hecho» en cierto modo «histórico». Por tanto hay que suponer que los hijos mataron realmente al padre en el origen [...]”.<sup>55</sup>

Es por eso que la pregunta sobre el padre es una cuestión eternamente abierta en tanto que el origen es un mero supuesto. Puede añadirse con Assoun que:

“Por eso, como demuestra la conclusión de «*Tótem y Tabú*», para Freud es esencial subrayar que «aquella reacción moral que ha creado el totemismo y el tabú», [...] no es debida a una simple «fantasía optativa» [...]. Por el contrario, es preciso afirmar que estamos ante una «parte de realidad histórica». [...] Vemos que, en el pensamiento de Freud, ese crimen no es sólo «metafórico»; pero sólo accederemos definitivamente a él mediante el fantasma del individuo neurótico, que se convierte así en una prueba del origen mismo de la realidad social. El neurótico es el «indicio» viviente de ese secreto «olvidado». [...] Por tanto debemos tomárnosla «al pie de la letra» para comprender que tal vez es «la historia misma de la Cultura, retomada en su origen; lo cual hace del psicoanálisis una poesía de la cultura”.<sup>56</sup>

Ahora bien, es importante destacar que aunque el problema del mito del origen sea algo que no pueda establecerse históricamente, tiene a su favor el estatuto de lo simbólico fundante en tanto “operación propiamente textual”, que introduce, marca, divide, causa. No por ser mítica es inoperante o ineficaz. Es decir, aunque

---

<sup>55</sup> Assoun, *Freud y las ciencias sociales*, op. cit., p. 73.

<sup>56</sup> *Ibid*, p. 74.

dicha formulación no correspondiera con la verdad de facto en sentido histórico, sí representa la operación del padre, pues Freud la llevó desde la observación y la experiencia clínica al campo de la cultura. Reconocer o establecer la falta de veracidad histórica de la formulación de *Tótem y Tabú* no elimina la función paterna que Freud puso de relieve y que ha operado en sentido retroactivo. Es el padre en sentido universal como ya decíamos antes. Representa la pertinencia de la formulación sobre el goce originario del padre. El padre que goza o quiere gozar de todas las mujeres. Es la tendencia de la *perversión* precisamente: el fantasma perverso de todos los hombres, su fantasía “perversa” de creer, querer y pretender poder poseer y hacer gozar a la mujer, a las mujeres, a todas las mujeres, a **La** mujer. Es otra de las formulaciones clínicas magistrales que Lacan lee en Freud: observar esa tendencia generalizada del padre hacia la perversión que se muestra en el padre originario freudiano. ¿Acaso no es a lo que alude la queja femenina, que se transmite de mujer a mujer, sea en el campo social o en el de la familia a nivel transgeneracional? Que: “los hombres son unos... cochinos... sólo te quieren para tener sexo... ”.

Ese «mito científico» tuvo y sigue teniendo efectos en lo imaginario-simbólico sobre los orígenes. Incluso en lo real del goce como acabamos de mostrar. De esa manera, con Lacan podemos decir que ese real del origen está perdido, sí, y que como todo *real* sólo puede ser parcialmente representado por la vía simbólica, medio-dicho. Pero aunque sea aparentemente indemostrable ese supuesto origen, no elimina su capacidad simbólica, de nominación, para dar cuenta de lo que se transmite generacionalmente como *perversión*. En cuanto a la problemática a la que remite el término «Nombre-del-Padre», *más allá* del «asesinato del padre», Porge comenta:

“Ahora bien, más allá del mito del asesinato del padre, lo que justifica para Lacan el Nombre-del-Padre es la verdad del adagio *páter semper incertus est*, que Freud ya había reconocido. La esencia, para decirlo todo, y la función del padre como nombre, como pivote del discurso, reside precisamente en el hecho de que, al fin y al cabo nunca se puede saber



quién es el padre. Busquen y busquen, es una cuestión de fe. Con el progreso de las ciencias se llega en ciertos casos a saber quién no es, pero al final sigue siendo igual un desconocido. Si el padre sigue siendo un desconocido por esencia, es comprensible que su nombre sea impronunciable”.<sup>57</sup>

El concepto de «Nombre-del-Padre», que Lacan toma como se sabe, de la expresión religiosa, no lo equipara sino *metafóricamente* con ello, como Porge destaca:

“En su apreciación del nombre sagrado de Dios, Lacan cierra el camino a cualquier mística de nupcias del ser con el nombre de Dios. Por el contrario, en este punto donde Dios es interrogado sobre su nombre él destaca una palabra de verdad que es una palabra de rehusamiento, instalándose así en el corazón de la respuesta, un agujero, un vacío, una barra<sup>58</sup>.

Esta cita nos permite responder a esa crítica ingenua que plantea que el discurso lacaniano y en particular el término Nombre-del-Padre tiene connotaciones religiosas, pues la pregunta por el nombre mismo de dios por parte de Lacan -más bien su falta de nombre podríamos nosotros decir-, implica un cuestionamiento, un señalamiento al vacío que allí asoma, a su supuesta *completud* (completitud). Es el Otro tachado. El Otro en falta. Y eso es absolutamente contrario al espíritu religioso.

El Nombre-del-Padre es un nombre de nombre, no es el nombre en sí. Es el puro *significante* sin contenido. No es aludir al nombre de dios porque como dice la escritura: “yo soy el que soy”, puro nombre.

El descubrimiento freudiano sobre el inconsciente, con los mitos que en este punto introduce, y las “retorsiones” que efectúa en ellos, no pueden ser pasados por alto

---

<sup>57</sup> Porge, E., *Los nombres del padre*, op. cit, p. 112.

<sup>58</sup> Porge, Ibid, p. 179.

porque juegan un papel central tanto en la teoría como en el alcance que tiene sobre otros saberes, -y hasta en el imaginario social acerca de los orígenes de la cultura. Sobre el impacto del descubrimiento freudiano sobre el saber Jacques-Alain Miller escribe:

"¿Cómo entender este traumatismo? Con simplicidad, a saber, que el descubrimiento de Freud agujerea el discurso universal. Al menos esta es la perspectiva que adoptó Lacan [...] Podemos decir que su enseñanza, lo que acostumbramos llamar por convención "la enseñanza de Lacan", consiste en su totalidad en una respuesta a ese agujero o traumatismo. Bajo varias modalidades, Lacan demuestra una y otra vez que este descubrimiento freudiano no logra ubicarse en ninguno de los saberes que lo precedieron. Este agujero en el discurso universal es la perspectiva que tomó sobre Freud, que lo llevó a la elaboración múltiple del discurso psicoanalítico como suplementario, con el fin de darle un lugar al agujero que representa el descubrimiento freudiano".<sup>59</sup>

En efecto, el descubrimiento freudiano impacta pero en la misma operación agujerea al saber universal. Lo impacta, tanto porque introduce algo que hasta ese momento no aparecía, y al introducirlo permite apreciar su descubrimiento. Pero también porque lo agujerea, es decir, porque al introducir algo que no estaba formulado, lo lleva a cuestionar el estatuto de dicho saber. En ese sentido, el discurso psicoanalítico no puede ser incluido en ninguno de los saberes existentes, porque el inconsciente y la subversión del sujeto que eso supone, esto es, el sujeto en tanto sujeto del deseo inconsciente y del goce, trastocan toda la concepción anterior sobre el sujeto en prácticamente todos los dominios del saber, que al no contemplarlo construyeron saberes con una noción ingenua del sujeto que no corresponde ni puede dar cuenta de lo mortífero pulsional que permea la cultura y su malestar. No tiene lugar porque no puede insertarse en la epistemología científica ni en los saberes previos, dado que en éstos se comparte una cierta concepción del objeto y del sujeto: un objeto empírico y un sujeto

---

<sup>59</sup> Miller, J.A, *El ultimísimo Lacan*, op. cit. p. 11.

cognoscente que darían cuenta de “la verdad”, de su adecuación para dar cuenta de lo real, pues se rigen por el supuesto que viene de la edad media que plantea que el intelecto se adecua a la cosa. Y nada más alejado de lo real. Ningún concepto, al menos en el campo de lo social puede dar cuenta fehaciente, punto por punto, de reflejar lo real. No hay tal adecuación o equivalencia de la teoría al objeto, ni del sujeto al objeto y viceversa. Y por tanto el problema de la verdad y la objetividad quedan insolubles. Pues si algo nos enseña el inconsciente en tanto real, es que subvierte la lógica de la no contradicción. La sustancia gozante que es el cuerpo no se ajusta a la lógica que niega que un solo elemento contenga en sí mismo su contradicción. El inconsciente real, como Freud nos enseñó, no se ajusta al principio de la no contradicción. El sujeto en tanto sujeto del inconsciente y del goce, vive en el conflicto, en la contradicción, en el sufrimiento por la falta de adecuación de su imaginario-simbólico a lo real. El goce conmueve los fundamentos del saber en tanto que cuestiona la adecuación del concepto a lo real. La no-contradicción lógica es una mera convención para suturar y dejar fuera la falta. Por eso Lacan va a decir que la ciencia es un saber imaginario.

El descubrimiento freudiano agujerea al saber universal porque agujerea la ilusión de la adecuación del saber a lo real, al concebir precisamente que lo real agujerea al saber. Es lo que Freud nos mostró cuando habla de que lo que es válido o placentero para una instancia psíquica no necesariamente lo es para la otra. Esa es ni más ni menos la trascendencia del descubrimiento del inconsciente. Por lo menos Lacan así lo plantea. Y su repercusión aún no se ha llegado a ponderar ni a introducir en esos otros saberes, justo porque implica un verdadero trastocamiento. El caso más patente es el de la disciplina psicológica cuyo saber se ve fuertemente conmovido por el goce inconsciente. En la dimensión en que eso se expresa con mucha claridad es en el ámbito de lo intelectual, lo cognoscitivo. El síntoma representa una contradicción ineliminable respecto de lo que el sujeto piensa de sí mismo, de sus supuestas capacidades e intenciones, etc. Su pensamiento no coincide con lo real, es pura realidad en lo imaginario-simbólico. Su pensamiento miente. Y esta falla la psicología la niega, la elimina de su saber.

Esta profunda observación epistemológica de un Lacan “temprano” es llevada al punto de equipararla mucho después con el agujero de lo simbólico. Esto es, ese agujero en el dominio del saber creado por el inconsciente freudiano es planteado como “análogo” al agujero en el saber causado por lo real como va a formular a la altura del Seminario 23 *El Sinthome*. Y esa misma analogía del agujero en el saber, podemos ponerla a trabajar con relación al agujero en el saber sobre el origen de la cultura, que Freud rellena con los postulados acerca del padre totémico. Y del *Moisés y la religión monoteísta* posteriormente. Se trata, podemos decir, del discurso psicoanalítico como un “discurso suplementario” (Miller) que coloca un elemento simbólico en la falla sobre el origen de la cultura, en lo real imposible de suturar simbólicamente.

Es lo que Lacan inventa en torno del concepto de *objeto a* minúscula. Pone en lo real un elemento que no necesariamente taponna la falta de saber para negar la falta, es una manera de representar lo real sin que se confunda con ello. Dice Le Gaufey sobre la cuestión del *objeto a* y la posición de Lacan sobre a lógica “clásica”:

“[...] las tensiones presentes en dicha enseñanza que lo condujeron a jugar con la lógica clásica para subvertirla en su ambición de universalidad. La invención [...] del *objeto* llamado *a* y de su muy curiosa cualidad de objeto “parcial” (en el sentido de que no mantendría ninguna relación con ningún tipo de unidad)”.<sup>60</sup>

Pulsiones parciales: Freud; objeto parcial: Lacan; que no hacen unidad, totalidad. El *objeto a* cuestiona la totalidad del sujeto y la lógica universalista, en tanto hay algo que escapa y se resiste a ser representado y a ser incluido, no sin conmovérsela. Es el objeto parcial que se constituye en *fantasma* fundamental y, no obstante ser tan familiar y estar tan presente en la vida cotidiana del sujeto, este queda ajeno a aquél, como: “el yo que es ajeno en su propia casa” afirmaba Freud. “El sujeto que se deduce del lenguaje y de su incidencia en un cuerpo no

---

<sup>60</sup> Le Gaufey, G., *El notodo de Lacan*, op.cit., p. 9.

es algo que pueda caber en el concepto, ni siquiera en el de sujeto. Es lo que escapa a todos los psicopatólogos [...]”<sup>61</sup>

O como en la angustia frente a lo real: es el agujero en lo simbólico que causa angustia, donde Lacan va a poner el *objeto a minúscula*, como aquello que el sujeto busca suturar. Pero se trata de un real, irremediable que se intenta llenar con un objeto simbólico-imaginario del orden del cuerpo. Es la temática del *Seminario La Angustia*, previo al de los *Nombres del padre*. Es lo que Lacan iba a empezar en el *Seminario Los nombres del padre* que seguiría a aquél, pero que Lacan tuvo que interrumpir justamente porque cuestionaría a fondo el Nombre-del-Padre como fundamento simbólico del saber sobre lo real, donde Freud coloca precisamente un significante, el significante Nombre-del-Padre para suturar el agujero en lo simbólico que viene de lo real perdido del origen.

Pero retomemos lo que veníamos planteando sobre la cuestión del mito totémico y el hecho de llevarlo más allá de Freud, a partir de una cita, la primera clase del seminario interrumpido en:

“Míticamente -y es lo que quiere decir “mytique-ment” [mítica mente]- el padre sólo puede ser un animal. El padre primordial es el padre anterior a la prohibición del incesto, anterior a la aparición de la Ley, al orden de las estructuras de la alianza y el parentesco, en una palabra, anterior a la aparición de la cultura. Por eso Freud lo convierte en el jefe de la horda, cuya satisfacción, de acuerdo con el mito animal, no tiene freno. Que Freud llame a este padre tótem cobra sentido a la luz de los progresos aportados por la crítica estructuralista de Lévi-Strauss, que, como saben, destaca la esencia la esencia clasificatoria del tótem [...] Discúlpenme, pero es preciso que avance un poco más rápido de lo que me hubiera gustado en otras circunstancias. Les enseño algo de la dirección que hay que seguir; vean ahora qué nos aporta el camino que abordamos. ¿No podemos nosotros ir más allá del nombre y de la voz y orientarnos por lo que implica el mito en

---

<sup>61</sup> Le Gaufey, Ibid, p.11.

el registro que se desprende de nuestro desarrollo, de estos tres términos: goce, deseo, objeto? Es claro que Freud encuentra en su mito un singular equilibrio de la Ley y el deseo, una especie de co-conformidad, debido a que ambos, unidos y con necesidad uno del otro, en la ley del incesto nacen juntos... ¿de qué? De la suposición del goce puro del pare como primordial [...]”.<sup>62</sup>

De este modo, podemos ver que el mito totémico no es una mera argucia teórica de Freud. Responde al hecho de dar cuenta del origen real perdido que lo simbólico busca, infructuosamente, colmar, en tanto que ese simbólico no está separado de la dimensión imaginaria y que no es la cosa en sí, tal cual. Es una de las maniobras freudianas, uno de sus pases y recursos simbólicos que buscan dar cuenta del agujero que él descubrió. A decir de Le Gaufey, Freud se valió de ciertos “pases metodológicos”, a fin de darle consistencia interna a esos planteos. Hoy podemos afirmar que si bien los mitos freudianos son del orden de la ficción, como maniobras simbólicas para pensar el agujero sobre el origen, no elude la posibilidad de una lectura acorde con los hechos de la neurosis y la perversión en la cultura. Sobre esto Assoun escribe:

“Lo que hace Freud es comparar, de un modo externo pero al mismo tiempo poderosamente significativo, el registro social arcaico con la dimensión edípica. El examen de la noción de *tabú* (...) Lo que revela esta figura, en su doble significación de *sagrado* y de *impuro*, de respeto y de temor, permite una segunda comparación; ahora con la ambivalencia, esa dualidad de *direcciones afectivas* (amor/odio) que se combinan sobre un mismo objeto y que la vivencia neurótica ilustra de modo preferente. Vemos cómo el neurótico obsesivo, cuya vivencia está tan marcada por la ambivalencia, va a desempeñar el papel de paradigma para ilustrar la vivencia social arcaica”.<sup>63</sup>

---

<sup>62</sup> Lacan, J., *De los nombres del padre*, Paidós, Argentina, 2005, pp. 86-88.

<sup>63</sup> Assoun, *Freud y las ciencias sociales*, op.cit. pp. 70 -71.

Y de vuelta también. La neurosis le sirvió a Freud de “paradigma” para pensar la convivencia arcaica en torno del padre, pero también sirve para fundar un modo estructural, genealógico de pensar la vivencia neurótica a partir de un origen hipotético.

Es también el “método del dos en uno” según Le Gaufey. Una reducción de contradicciones, como cuando se refiere también a lo impuro y a lo sagrado que se encuentran simultáneamente en el tabú y que es difícil diferenciar. O también para el caso, la ambivalencia amor-odio. Y también para el juego que se da entre la existencia del agujero en lo simbólico que intenta suturar la falta en lo real, donde ambos se confunden. Y si se quiere también para el caso de la fantasía que hace las veces de lo real en el psiquismo. Sobre el procedimiento del “dos en uno” el autor escribe:

“La primera y verdadera problematización recién aparece con el tabú y su juego de significaciones opuestas, que los mismos etnólogos señalan a Freud: lo sagrado y lo impuro se confunden aquí inexorablemente, sin que se pueda establecer un mínimo de orden para diferenciar esos valores que racionalmente no nos está permitido confundir. Formalmente hablando, nos encontramos aquí frente a un caso típico de “dos en uno” –y es lo que más le gusta a Freud, pues su máquina de lectura (...) es particularmente sensible a ese tipo de montaje formal (que por otra parte no es distinto al del síntoma histérico en el sentido freudiano)”.<sup>64</sup>

Dicho “montaje” o “máquina de lectura”, está presente prácticamente a lo largo de toda la obra de Freud. Un ejemplo más, es aplicado en el corazón de la teoría del conflicto psíquico, en la teoría del síntoma, etc. El término de *ambivalencia*, introducido en *Tótem y Tabú* no es otra cosa que esta concatenación del par conceptual que no puede reducirse el uno al otro ni viceversa, sino sólo a través del uso del término, digamos, compuesto, dinámico. Y a otros campos podemos afirmar. La ambivalencia es un modo de plantear la existencia de esta

---

<sup>64</sup> Ibidem, p. 79.

imposibilidad de reducir lo real a lo simbólico, en tanto que uno de los momentos del par conceptual intenta reducirlo pero escapa y así sucesivamente. Es el “entre dos” de Lacan, estar en ese agujero, en el intervalo entre significantes. A decir de Assoun, este juego permite a Freud llevar la problemática del *Tótem y Tabú* al orden social-cultural. Y aún más, se trata, según él, de una verdadera constitución de una metapsicología -psicoanalítica – de la cultura: “En efecto, no es exagerado decir que el ensayo sobre el retorno infantil al totemismo constituye el acta de nacimiento de la metapsicología de la realidad social por medio de una hipótesis genealógica sobre la Cultura”<sup>65</sup>. Acerca de estos procedimientos freudianos en el *Moisés y el monoteísmo* de Freud, Michel De Certeau escribe:

“su escritura “da origen a un juego entre la “leyenda” religiosa (Saga) y la “construcción freudiana” (Konstruktion), entre el objeto explicado y el discurso que analiza. Este juego se desarrolla en la penumbra de una ambivalencia; ambivalencia que hace que una ficción signifique a veces una producción (*finger*, dar forma, fabricar), a veces un disfraz o un engaño [...] Terreno mixto de la producción y del engaño. Allí se encuentran lo que la historia crea y lo que el relato disimula. Se sitúa en esta articulación de la historia con la ficción... ficción teórica... novela histórica... en el orden de una teoría de la narratividad analítica... pero una vez más bajo la forma de la narración histórica... medio novela... medio historia”.<sup>66</sup>

Movedizo terreno de su “Konstruktion” en tanto pertenece a ambos géneros. No es mera fabulación, ni solo del orden de lo ficticio, sino de la ficción, para dar cuenta de la imposibilidad de lo real desde lo simbólico. Ficción que es siempre y en última instancia característica de toda narración, de todo relato, incluso podría decirse del habla, del lenguaje ordinario, en tanto el sujeto da cuenta a su modo o se las arregla para dar cuenta de algo que aunque sucedido no puede ser agotado por ser del orden de lo real, que escapa siempre a la representación, de que se

---

<sup>65</sup> Ib., p. 72.

<sup>66</sup> De Certeau, M., “La ficción de la historia. La escritura de Moisés y el monoteísmo”. En: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 293.



diga todo. Por su parte, Eidelsztein también se refiere al “mito científico” sobre el padre de Freud. Y comenta:

“El primer problema respecto de la elaboración del concepto de Padre en Freud es que la horda primitiva no existió (...) La teoría de la horda primitiva darwiniana, desarrollada por Smith, nunca existió. Seguir sosteniéndolo, para nosotros sería ridículo (...) Pero, ¿por qué el no cambió? Porque sigue viendo los mismos hechos clínicos (...). El segundo problema estriba en que, según Freud y todos nosotros, la teoría de la horda primitiva es un mito (...) O sea que, como verán, hay que desconfiar de que el asesinato primordial y el banquete totémico sean un “mito científico”.<sup>67</sup>

Las diversas críticas que estas cuestiones han recibido no debemos esquivarlas, pero sobre todo hay que pensarlas a la luz de los planteos generales de la teoría freudiana en su conjunto y en particular en relación con su teoría de la cultura. Assoun responde:

“¡Es solo una historia! Viene a la memoria la frase condescendiente con que se refería el etnólogo a ese poema científico de la Cultura que es Tótem y Tabú (...) Las objeciones a su teoría de la etiología sexual en los primeros momentos del psicoanálisis -¡es un cuento de hadas científico! Parecen volver a estar de actualidad en el ámbito de lo social. Y de hecho por todas partes se anda en pos del relato del origen, que valga ipso facto como teoría (...) Las objeciones recaen por supuesto sobre el carácter objetivamente inverificable de la hipótesis, calificada de absurda o cuando menos de arbitraria. En el mejor de los casos, es una fantasía brillante que parece querer justificar la teoría psicosexual a toda costa. Estas

---

<sup>67</sup> Eidelsztein, A., op. cit. pp. 5 – 6. Esta problemática nos conecta con otra que no es de menor importancia y que también es central para nuestro tratamiento. Es la cuestión de la identificación primaria, del rasgo unario, de la identificación a un significante. Y es relevante en tanto que tiene que ver con el padre mismo, con la identificación simbólica, con el Nombre-del-Padre que es a la vez un significante, un nombre y, al mismo tiempo una operación de nominación.

reacciones, más allá de su efectiva voluntad de discusión o de su acritud fuertemente impregnada de ideología, ponen de manifiesto un desconocimiento de la manera de proceder fuertemente freudiana y de su metodología, que se fundamenta en la especificidad del material clínico en que se basa”.<sup>68</sup>

Lacan por su parte, se refiere en diversos momentos al *mito* como una construcción y al “relato sobre el origen” como axioma fundante necesario a la teoría. Y es allí donde introduce su categoría de *Nombre-del-Padre*, para remitirse no al origen real mismo, cuestión que es un tanto secundaria para él en ese momento, sino a dicho concepto como una necesidad lógica, como un *significante* del cual pueden extraerse múltiples consecuencias teóricas y prácticas.

### 3. El padre freudiano:

#### ***Edipo- Tótem y Tabú- Moisés***

Como hemos dicho, los planteamientos de Freud y Lacan sobre el padre constituyen la partitura desde la que leemos lo que se dice de él, sus paradojas y *virulencias* (Lacan). Hemos planteado también que la cuestión del padre atraviesa al psicoanálisis en tanto está vinculado a la función simbólica, a la diferencia sexual y al goce, y en ese sentido está presente a distintos niveles de la teoría. Es el “significante amo del discurso psicoanalítico” (Balmès<sup>69</sup>).

Las teorías sobre el padre en Freud suelen ser agrupadas por sus diversos comentaristas en torno del “*Edipo*”, “*Tótem y Tabú*”, y el “*Moisés*”. Lo que no significa que se encuentren sólo en esos textos pues están diseminadas a lo largo y ancho de su obra. Por nuestra parte sólo nos hemos centrado en esas grandes referencias, y si bien no es “completa”, sí permite tener una perspectiva

---

<sup>68</sup> Assoun, *ibid*, p. 85.

<sup>69</sup> Balmès, F., *El nombre, la ley, la voz, Freud y Moisés: escrituras del padre 2*, Barcelona, Ediciones Del Serbal, 1999.

suficientemente abarcativa. Como afirmó Lacan, el *Moisés* permite dar cuenta retroactivamente y de manera mucho más amplia de la construcción del padre en Freud en una lectura “al revés”. Dice Balmès sobre esto:

“Todo lo que Freud dijo –Lacan no agrega siquiera “sobre el padre”, porque el padre implica todo- sólo adquiere sentido con el *Moisés* [...] Nos vemos así remitidos al texto de Freud con esta brújula: “allí está el tesoro”, a lo que se añade saber que nos falta la llave para forzar el acceso al mencionado tesoro” [...] Lacan nos da una clave para descifrar sus lecturas y escrituras concernientes al padre, significante amo del discurso analítico. En ese sentido, unas y otras retoman “al revés” el recorrido freudiano, cuyo inicio consideran aplicándole los avances del último período, como Lacan caracteriza su empresa en los *Escritos*. Del mismo modo que releyó al Freud de las formaciones del inconsciente a partir de las consecuencias de la pulsión de muerte, releyó desde el origen el Edipo a partir del *Moisés* y de allí salió el fundamento lacaniano del padre, el Nombre-del-Padre, especificado como metáfora paterna [...]”.<sup>70</sup>

### El "Edipo" freudiano

No obstante, haremos una exposición temática de tipo histórica para ver los anudamientos sucesivos de estas grandes figuras sobre el padre freudiano.<sup>71</sup>

---

<sup>70</sup> Ibid, pp. 20 -21.

<sup>71</sup> No nos es posible detenernos en un análisis de la pieza del Edipo de Sófocles o de otras versiones en la literatura griega antigua, pero tampoco en un comentario sobre el Edipo en el discurso psicoanalítico en general. Lo que no significa que nos quedamos con esa trama básica que sugiere su lectura ingenua, que se ha convertido en *doxa*, en la jerga del saber psicoanalítico e incluso en esa “vulgata” que se ha prestado a una utilización caricaturesca y a toda clase de deformaciones, esa que reza: “Edipo se quiere acostar con su madre y odia a su padre”, palabras más palabras menos.

Hay una literatura bastante extensa sobre ello. El texto reciente de Nasio: *El Edipo*<sup>72</sup>, cumple con una función didáctica en donde el análisis teórico y la presentación de los avatares de su estructuración no pierden rigor. Remitimos a los lectores a dicha bibliografía. Nuestra lectura al pie de la letra está basada sobre todo en la lectura que de ello hace Lacan en los primeros seminarios, particularmente el Seminario *Las formaciones del inconsciente* pero que Lacan va preparando y luego dejará atrás para arribar a lo que hemos mencionado en términos de su “más allá del Edipo”. Los primeros abordajes de Freud sobre el padre pertenecen a la época en que está pensando la histeria. Cuando cree que ha encontrado las causas de la histeria aparece el padre en el fondo del escenario. Allí se encuentra al “*padre seductor*” fantaseado por las histéricas. Es un padre que produce neurosis debido a sus “desbordes libidinosos”. Estamos en el auge de la «teoría de la seducción» [del padre] que la clínica de la histeria le permite pensar. Pero luego, como sabemos, Freud renuncia a dicha etiología producida supuestamente por el padre. Lacan encuentra aquí un gran apoyo en tanto va a hablar justo del padre *orientado* a la *pereversion*. No como perverso estructuralmente, sino como una tendencia a, como *versión* de y sobre el padre. Es el punto en que entra a escena la «teoría de la fantasía» neurótica. Si bien allí Freud va encontrando la preeminencia del padre, al mismo tiempo empieza a perder su localización y su estatuto de representante de la Ley, por lo cual debe recurrir a otras construcciones para darle el estatuto que requiere asignarle, pues el lugar asignado por la histeria no corresponde exactamente el del Nombre-del-Padre. El padre adquiere así otro estatuto. Más allá de ese movimiento en la teoría: de la seducción a la fantasía, lo que vemos también entonces es una *localización* del padre. Localización de sus lugares: por un lado el padre de la *pereversion* («*perversement orienté*»: Lacan en RSI)<sup>73</sup>, como por otro su lugar frente al deseo y *la ley*. Es en una palabra, el nudo paterno, el del «Sinthome», donde es el padre quien anuda las dimensiones del sujeto. Veamos lo que escribe Guy LeGaufey sobre ello:

---

<sup>72</sup> Nasio, J. D., *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*, Argentina, Paidós, 2010.

<sup>73</sup> Lacan, J., *RSI*, op. cit., clase del 11 de febrero de 1975.

“El momento en que Freud piensa haber penetrado los secretos de la etiología de la histeria coincide con su descubrimiento de lo que es un padre: ese personaje se caracteriza por el hecho de que sus desbordes libidinosos son productores de neurosis en los hijos. El padre es un perverso, no sólo en los casos extremos de patologías desenfrenadas, sino regularmente [...] En ese momento Freud ve un fuerte vínculo entre la realidad del recuerdo de escenas sexuales que sus pacientes le relatan con sorprendente regularidad y el hecho de que el padre (o un claro sustituto) sean activos en esas escenas de componentes siempre sexuales. Pero esta construcción teórica, tan esencial para Freud hasta 1897, se interrumpe en un punto bien preciso [...] Freud no dejó de creer en la existencia de semejantes escenas, pero sí de otorgarles el valor etiológico que les atribuía hasta entonces. De pronto la perversión del padre no lo define más, ni siquiera en lo relativo a la histeria. Al renunciar a su “etiología paterna”, Freud pierde su primera localización del padre como fabricante de la histeria. Ya no sabe más lo que es un padre [...]”.<sup>74</sup>

Luego de la teoría de la seducción como ha dado en llamársele a ese período de la obra de Freud, el Edipo es propiamente un período crucial. La pregunta de qué es un padre, cuál es su verdadera naturaleza, está en pie, como veíamos al principio. Como dice Roudinesco, sólo unas cuantas semanas después de haber renunciado a su teoría de la seducción, Freud menciona por primera vez el Edipo. “Así inventaba el modelo del hombre edípico en el momento mismo en que pasaba de una concepción traumática del conflicto neurótico a una teoría del psiquismo inconsciente. Los dos gestos eran complementarios”.<sup>75</sup> El estudio del Edipo se puede tomar desde varias vertientes, como decíamos, pero nosotros enfatizamos la *función paterna* en dicha estructura. Freud toma la tragedia para ilustrar sus hallazgos clínicos y con ello «edipianiza» la pieza sofocleana, como nos sugiere Elizabeth Roudinesco aludiendo a la manera en que él hace ciertas torsiones para introducir en la pieza su propia construcción. La autora comenta que Freud nunca

---

<sup>74</sup> Le Gaufey, G., *La evicción del origen*, Barcelona, Edelp, 1993, pp. 69-70.

<sup>75</sup> Roudinesco, E., *La familia en desorden*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 62.

publicó un trabajo expresamente consagrado al estudio del Edipo de Sófocles propiamente dicho. Sin embargo:

“Freud siempre reivindicó esta invención como un principio esencial del psicoanálisis. Más aún, no dejó de repetir que el complejo de Edipo era “un fundamento de la sociedad, en la medida en que aseguraba una elección de amor normal”. Razón por la cual, en su último texto no vaciló en escribir estas palabras: “El descubrimiento del complejo de Edipo bastaría por sí solo para incluir el psicoanálisis entre las preciosas adquisiciones el género humano”.<sup>76</sup>

La pregunta de Freud sobre qué es un padre, desde el Edipo, puede responderse, lamentablemente: ¡es un hijo! El drama edipiano plantea esta suerte de falla en el padre, en la transmisión “coja” de la ley, de la autoridad, del poder, afirma la autora. Se trata allí no sólo del drama freudiano en sí mismo, sino también de que ese padre no es sino un padre-hijo, o para ser más rigurosos, un hijo-padre. Un hijo que se hace padre pero que no deja de ser verdaderamente el hijo de su propia madre—esposa. ¿Es un paradigma a nivel cotidiano?, ¿una especie de universal en la conformación de las familias? En qué medida un hijo que se convierte en padre abandona los viejos caminos del lazo con la madre. ¿El viejo molde, el modo de “relación” con la madre y el Otro sexo estructurado durante la infancia puede transformarse en un nuevo modo de relación virtuoso con la esposa-mujer? ¿Es eso posible en tanto en que un sujeto no alcanza ni siquiera a visualizarlo y menos a descifrarlo en todas sus intrincaciones y alcances? ¿Qué es la resolución del Edipo en estricto sentido? ¿Acaso la función simbólica paterna es suficiente para acotar y en su caso separar al hijo y a la madre de sus trabazones y disfraces amorosos en sentido amplio? ¿La castración simbólica operada por el *Nombre-del-Padre* en la *Metáfora Paterna* agota el goce?

Es lo que se escucha cotidianamente, incluso después de los divorcios o en los divorcios repetidos. “Es que tú me estás tratando ya igual que como tratabas a tu

---

<sup>76</sup> Ibid. p. 49.

esposa anterior”. O cuando los hijos o las mismas esposas expresan: “mi padre es como un niño”, o “mi esposo es como otro hijo mío”. Recordemos al joven que nos dijo: “mi padre no tiene sistema, yo soy el que se lo da”: es el hijo-padre-hijo.

La saga: parricidio e incesto en un solo acto, tragedia del destino. Destino que no se sabe. ¡Verdadera tragedia! Es el no-saber en que es colocado el padre y allí también Edipo, el hijo. Es la tragedia del inconsciente. Y en eso la dificultad, el desorden, la falla inevitable de la transmisión generacional, como una especie de ideal. Suerte de pacto estructural no sabido donde el goce corre a doble banda. Allí se muestra la ley coja, del padre, del marido. Es el “cojear” y “cojear” del padre.

“¿Qué es un padre? –Es un hijo. Todo padre es un hijo: este podría ser el enunciado del teorema del Edipo según Freud”. En efecto, por más lejos que Edipo se aventure en la paternidad [...] por más lejos que vaya en el aparearse con una mujer para procrear, gozando de ella y con ella, sigue siendo hijo. Esta cualidad nunca lo abandona, y es por esa razón que Edipo se convirtió en un nombre para decir que entre hijos y padres no existe la solución de continuidad que cada uno desearía en vistas de su comodidad personal”.<sup>77</sup>

Y continúa Le Gaufey acentuando esta tragedia:

“[...] al igual que Edipo, sólo es un hijo; nada detiene esta infernal regresión al infinito que en cada padre descubre inexorablemente un hijo. Lo cual es muy molesto, no sólo cuando se conoce la importancia a menudo pavorosa de los padres en el plano clínico, sino también desde un punto de vista teórico: el complejo de Edipo tiene la posibilidad de ser algo más que una fábula, si y sólo si nos da la clave de lo que es un padre”.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Le Gaufey, op. cit. p. 71.

<sup>78</sup> Ibid, p. 72. Subrayado nuestro

La función simbólica del padre no suprime el goce, al goce como un real. Es lo que va a llevar a Lacan a promover el “más allá del padre edípico” Como dice Miller en “Breve introducción al más allá del Edipo”: “El parricidio no libera, pues el padre se lleva este goce con él hasta la tumba [...] la metáfora del padre fracasa siempre en barrar al goce. Si hay en el mito asesinato del padre, si hay en el delirio asesinato del alma [como en el Schreber de Freud], muere el sujeto, nunca hay asesinato del goce [...] El goce ha muerto, ¡viva el goce!”.<sup>79</sup>

La metáfora paterna, de la estructura del Edipo, según Lacan, fracasa. Queremos subrayar de la cita a LeGaufey “lo molesto”, “lo pavoroso”. Pero también añadir lo incómodo, incluso lo penoso. El incómodo reconocimiento de ser el hijo-padre-hijo. Pero también, la negación neurótica de la cojera del padre como padre *gozador* frente al padre ideal. Padre que no puede asumir su función simbólica, el lugar de ideal en que lo coloca su descendencia en tanto padre *no-todo*, *padre del goce*. Como dice Lacan en el seminario sobre el *Hombre de los lobos*: [...] “Nunca hay padre que encarne el Padre”. O en todo caso se trata de un “padre no-Padre” (*père hors Père*), que pone en acción ese resto de goce que trastoca los miramientos morales en cuestión.<sup>80</sup>

El complejo de Edipo es un «sueño de Freud» según Lacan, un sueño dictado por la «insatisfacción de la histérica». El padre de la histeria es un padre idealizado por su carácter de humillado, débil, al que quiere rescatar,<sup>81</sup> como lo muestran las frases que se refieren a eso: “papi”; “papito”; “pobre papi”; “ternurita”; “ay, pobre papi tan indefenso”, etc.

---

<sup>79</sup> Miller, J. A. “Breve introducción al más allá del Edipo”. En: Miller, J.A. y otros. *Del Edipo a la Sexuación*. Argentina, Paidós, 2001, p. 22.

<sup>80</sup> Como se observó en una familia, donde después de una denuncia que acusaba al abuelo de haber toqueteado a una pequeña y de poner en evidencia que ese hombre llevaba años toqueteando a sus propias nietas, en una primera reacción “lo lamentaron profundamente y les dolió mucho”, pero, “luego de que lo hablamos”, lo negaron rotundamente y terminaron mudándose del vecindario. Vaya coincidencia con la culpa.

<sup>81</sup> Para el desarrollo de esta cuestión, véase: Porge, *Los nombres del padre en Jacques Lacan*, op. cit. pp.: 139 - 143.



El *Edipo* freudiano representa entonces para Lacan al padre de la histeria. Y el de *Tótem y Tabú* al padre del obsesivo. El Edipo de Freud como una construcción teórica, es hasta cierto punto delicada en tanto “corre el peligro todo el tiempo de ser fijada como una fábula”, lo cual es, desafortunadamente un hecho que corroboramos en la doxa y el sentido común: reducir a Freud a un puro melodrama, a un drama *telenovelesco*.

### **"Tótem y Tabú"**

El texto de “Tótem y Tabú” por su parte, como veremos a continuación, lejos de ser una simple fábula, proporciona otras claves invaluable para leer no sólo la clínica, sino también un modo de dar cuenta del origen de la cultura. El asesinato del padre, la culpa, el sacrificio, el goce del padre, etc., son construcciones que aunque se las haga derivar de un mito inverificable históricamente, retratan la clínica misma y el drama cotidiano del sujeto en torno al padre, precisamente. Es un axioma que aunque no pueda ser corroborado, muestra su gran pertinencia. “Se propone y, ulteriormente, se verifica la consistencia lógica de la construcción que reposa sobre él. El forzamiento freudiano es *pegar esta ficción mítica a lo real*<sup>82</sup>, incluso confundirlos”, afirma Genevieve Morel<sup>83</sup>. Notemos: pegar lo simbólico-imaginario (mítico) a lo real y su carácter artificioso. En efecto, “pegar la ficción a lo real”, es intentar dar cuenta de lo real introduciendo una formación imaginario-simbólica a lo real que se da en la clínica del sujeto. No puede ser de otro modo tratándose del origen. Pero aún, así es como opera lo simbólico frente a lo real, pegando el sentido, el significado, a aquello que no lo podría tener de por sí. Es lo que Freud llamó la “verdad histórico-vivencial”, que no es del orden de la verdad material pero que tiene su estatuto de verdad en tanto es un movimiento propio del sujeto de llevar al padre hacia el origen. “Es como si el carácter real de la “verdad material” (llamada una vez “verdad real” por Freud) –incontestable clínicamente, pues encarnada en el síntoma- hubiese sido transferida sobre la

---

<sup>82</sup> Subrayado nuestro.

<sup>83</sup> Morel, op. cit. pág. 76.

verdad histórica –la cual es construida y, por tanto, contestable”.<sup>84</sup> Y lo que Lacan va a decir al final: que el “síntoma es lo real”, formación de compromiso entre lo simbólico y lo real. Lo que tenemos del padre es su síntoma más allá de lo que se pueda decir o querer acerca de él. Hemos dicho ya que Freud llevó los hallazgos de su experiencia al planteo del origen de la civilización. Si bien ese movimiento es cuestionable desde diversos puntos de vista, es incontestable clínicamente y, paradójicamente, permite a su vez dar cuenta del punto de partida en tanto se trata del goce del padre... Es como si el síntoma diera la clave de lo que estaba allí. El síntoma dando la clave de la imposibilidad simbólica de la función-padre. Como decíamos arriba apoyándonos en De Certau, el texto de *Tótem y Tabú*, oscila en la “ambivalencia que hace que una ficción signifique a veces una producción y a veces un disfraz o un engaño”. Producción y ficción a la vez. Sin embargo, y a pesar de que está en el terreno de la ficción, su producción teórica no sólo introduce un sentido, sino que podría hasta decirse que dicha producción pareciera coincidir con la “naturaleza” del objeto mismo al que apuntaba.<sup>85</sup> No por supuesto con la explicación del origen de la cultura tal cual porque se basa en una figuración sobre lo real, pero sí con lo real como agujero: el incesto y el parricidio. Es un ir “en busca del goce perdido”, vía el síntoma y el amor al padre.

No es necesario insistir en las críticas que desde el saber “positivo” se han hecho en torno a ese «mito científico». Pero es importante destacar, “que dichos saberes no ofrecen ninguna respuesta a la cuestión que Freud se planteaba legítimamente:

---

<sup>84</sup> Ibid.

<sup>85</sup> Esta polémica se inscribe a su vez en la discusión en torno del lugar del psicoanálisis en las «ciencias del hombre» en el sentido de que el psicoanálisis es una disciplina “bifronte” en tanto mira de un lado hacia el inconsciente y del otro hacia las “ciencias de la cultura” (*kulturwissenschaften*). Sin embargo, nos topamos con un problema crucial en tanto que no se puede aceptar este postulado así sin más, porque en tanto mira hacia el inconsciente se trata del «*psicoanálisis fara da sé*», esto es, que “extrae de sí mismo las restricciones de su objeto – el inconsciente-” Y el efecto de esta especificación es una especie de ruptura con los modos en que las “ciencias” del hombre. Véase: Assoun, *Freud y las ciencias sociales*, op. cit.

el origen de las dos prohibiciones capitales”<sup>86</sup>. Las principales objeciones contra el «mito científico» de *Tótem y Tabú* se deben a que este mito, como todo mito de origen, presupone implícitamente aquello cuyo surgimiento quiere explicar. Como Lacan mismo ya había expresado desde *Los complejos familiares*:

“[...] sus críticas con respecto a *Tótem y Tabú* [...] Discute que el recurso a la prehistoria pueda esclarecer el surgimiento de la función paterna y denuncia en *Tótem y Tabú* peticiones de principio que consisten en “atribuir a un grupo biológico la posibilidad, que se trata justamente de fundar, del reconocimiento de una ley” (a lo que se agrega la incertidumbre factual en el plano antropológico de los datos sobre los que se apoya la construcción de Freud). Esta crítica consiste simplemente en designar la clave final de *Tótem y Tabú* como mito de origen, cuya propiedad es, en efecto, inscribir en los datos iniciales aquello cuyo surgimiento se supone que debe explicar [...]”.<sup>87</sup>

A pesar de esta crítica al *Tótem y Tabú*, afirma Balmès, Lacan no dejará de destacar el alcance del mito freudiano y de “intentar extraer de allí el núcleo racional hasta la escritura de los cuantificadores de la sexuación e incluso la de los nudos”.<sup>88</sup> Eso es lo importante del *Tótem y Tabú* para el discurso psicoanalítico, destacar el alcance extrayendo su riqueza para escribir lo real del goce sexo y sus implicaciones en la constitución de la *sexuación*, y aún más. Para destacar el carácter mítico de la construcción de la horda primordial, puede señalarse esa entrada que es típica de ese género literario que está en el: “hubo una vez”. Pero a pesar de ello, como dice Lacan, hay que servirse del mito, del padre, para ir más allá de él como padre Uno, omnipotente, fuera de la castración. En este caso, servirse del mito totémico para mostrar que, el “parricidio” no puede pensarse como mero efecto del odio edípico como piensan los posfreudianos, que en aras

---

<sup>86</sup> Castoriadis, C. “Freud, la sociedad, la historia”. En: *El ascenso de la insignificancia*. Madrid, Frónesis, 1998, p. 142

<sup>87</sup> Balmès, op. cit., p. 47.

<sup>88</sup> Pare esto véase: Balmès, *El nombre, la ley, la voz*, op. cit., pp. 24 - 27.

de una supuesta libertad predicando deshacerse de la “tiranía” del padre o de la moral “tradicional”. Aunque en Freud pareciera insistir una intención de sostener al padre, como en toda pretensión neurótica y por tanto religiosa, a Dios en última instancia, su construcción lo denuncia al mostrar lo real de su goce, aportando las claves para pensarlo más allá de su consistencia imaginaria. Como escribe Le Gaufey en *Padre ¿no ves que ardes?*:

“Sí, decididamente, con todo lo audaz que fue, ¡Freud salva al padre! Pero no vayamos tan pronto en el asunto [...] Freud vuelve sobre esta complejidad en 1923, al rectificar su teoría de la organización genital infantil con la afirmación de la primacía del falo. Si niño y niña entran y salen diferentemente de la cuestión edípica, ambos están obligados a regular a su manera una misma operación, la que ya no convoca más al personaje del padre de la misma manera que antes. En lo sucesivo por razones de estricta lógica, el Edipo, sean cuales fuesen los modos bajo los que se presenta, conduce necesariamente a la hipótesis de la castración”.<sup>89</sup>

La cuestión de la primacía del falo permite Freud salir de algún modo, no sin raspaduras, del atolladero del parricidio, porque de ahora en adelante no se trata del padre como el que impide o prohíbe, sino que es sólo un “elemento de cálculo” en la aritmética de la castración decimos nosotros, un “término de la ecuación en la metáfora paterna” va a decir Jacques-Alain Miller también. Es a partir de la cuestión del falo que Lacan viene a reformular las cosas sobre el padre en tanto que aborda al padre como significante y allí, el significante fálico. Continuando con LeGaufey:

“Sólo aislando la función imaginaria del falo Lacan pudo dar su lugar a la operación simbólica de la castración y al mismo tiempo volver a dar respiro a la pregunta de Freud sobre lo que hay de real en el padre [...] Al desenganchar simplemente al padre de su identidad peniana, Lacan pudo

---

<sup>89</sup> Le Gaufey, G., *Padre ¿no ves que ardes?*, En: *Del padre*, Littoral, Escuela lacaniana de psicoanálisis, Editorial la torre abolida. Córdoba, Argentina, 1990, p. 71.

difractar la persona del padre en las tres categorías de imaginario, de simbólico y de real, con las que logró sostener la cuestión edípica sin sacrificar la perspectiva de la primacía del falo”.<sup>90</sup>

Al aislarse la significación del falo, más allá de su consistencia peniana, tanto para Freud como para Lacan, se pudo salir de los atolladeros del mito y del origen para acceder a otra lectura de la sexuación, postulando la triple consistencia de la persona del padre y sin tener que abandonar la importancia de ello en el Edipo. Es decir, planteando la dimensión fálica y las tres dimensiones del padre, Lacan pudo ir más allá de los planteos que lo encasillaban en una lectura mítico-imaginaria y grotesca.

Es impropio desde esta lógica toda crítica que apele a una nostalgia por el padre desde Freud. Pero también desde el psicoanálisis mismo, como Lacan se encargó de demostrar a lo largo de su enseñanza. Sería contrario al espíritu de Freud y Lacan una añoranza de retorno del padre funesto. Más bien, la alusión al padre muerto, al asesinato del padre -al “dios ha muerto” incluso-, son una representación de la falla de la estructura simbólica, del lugar fallido del padre: sus paradojas y virulencias. En ese sentido el *sinthome* es una suerte de enmendadura, de corrección de las “rajaduras”.

La importancia de Tótem y Tabú -junto con otros textos - radica en aportaciones, no sólo teóricas sino sobre todo sociales y clínicas para pensar el malestar en la cultura actual. Como escribe Hans Saettele:

“Como es ampliamente conocido y discutido hoy, Freud explicó la génesis de la función paterna, como también del monoteísmo, a partir de un acto común de los hermanos, el asesinato del padre primitivo, padre de la horda, acto por el cual se fundó, es posible pensar, el surgimiento del orden simbólico en el ser humano, es decir, puede haber cultura [...] La importancia del trabajo de Freud no es entonces histórica, sino que consiste

---

<sup>90</sup> Ibid, pp. 73 - 74.

en el encuentro de la formulación (aunque mítica) de un elemento significativo fundamental, único capaz de dar cuenta del origen de la cultura. Se trata de cierto modo de una abolición, de una evicción del origen” [... tiene que ver con] ubicar el lugar lógico que ocupa este asesinato del padre primitivo en tanto mito”.<sup>91</sup>

Se trata en última instancia de plantear la cuestión del goce del padre, eso que escapa a la ley. A ese «más allá del principio del placer» que está anidado en el goce, y que encuentra anclajes en el «Padre-Uno», en el padre que hace excepción a la ley, en la *ek-sistencia* del Padre, en el imperativo de goce desde el superyó que invita a la crueldad contra sí. El asesinato del padre es el fundamento de lo social, del origen y organización de la cultura como creación viviente de un acto cuyo recuerdo está reprimido. La inconsistencia de la ley y sus prohibiciones para reconducir la pulsión de muerte, condujo a Freud a postular el mito de la horda primitiva que presenta un *padre ideal*<sup>92</sup> en el origen. Padre en el que se conjuga su omnipotencia y, al mismo tiempo, el estar fuera de, «ex-sistir», «muerto». Se trata de un padre muerto cuya memoria deberá ser venerada, lo cual lo hace estar tan presente como cuando estaba vivo. Es un imposible en el origen, un vacío, un hueco que sólo puede ser llenado “a medias” simbólicamente. Un agujero en lo real del que lo simbólico no puede dar cuenta totalmente. Donde el lenguaje en tanto estructura está a su vez en falla pues no puede dar cuenta incluso de su propio fundamento. En una palabra, hay un agujero en torno de la paternidad. De allí que Lacan va a decir que el padre es un significante, significante del padre como función simbólica para dar cuenta de la ley. “Por esto, el mito del padre, en la medida en que se organiza como evocación de un tiempo primordial –tiempo fuera del tiempo, tiempo de la armonía plena- no hace más que señalar el lugar de una falta. La producción cultural no responderá a otra cosa que

---

<sup>91</sup> Saettele. H., “La voz imperativa y la idea de Dios, En: *Concepto y problema de Dios. Una reflexión filosófica*, México, UAM Xochimilco, Centro Gramsci y Plaza Valdés, pp. 227 - 228.

<sup>92</sup> De ahí que nosotros difractemos en nuestra “*Zoología fantasmática* (capítulo 5) al padre imaginario en ese padre ideal y al mismo al padre terrible fuera de la ley.

a la nostalgia por el padre, a la nostalgia por un estado anterior que se procurará reconstituir”.<sup>93</sup> Sobre esto el autor también afirma:

“La muerte del padre indica el lugar vacío de la estructura de lo simbólico y la institución del padre como amo absoluto para desmentir la existencia de ese lugar es el resorte fundamental de toda servidumbre consentida [...] La servidumbre consentida es resultado de esta necesidad de hacer existir al padre, tarea imposible, que una cultura se impone y cuyo seguro cumplimiento es causa del sentimiento de culpa que agobia a sus miembros. La necesidad de castigo que surge de este incumplimiento no hará más que confirmar que hay padre, padre que la instancia convocada para aplicar el castigo viene a figurar”.<sup>94</sup>

La muerte del padre, su inconsistencia, es “metáfora viviente de la inconsistencia de la estructura simbólica”. Agujero e lo simbólico pues La verdad que no existe sino como semblante, pues el significante es siempre equívoco, abierto a la significación. Si se observa, el padre es tomado entonces también como una analogía de la institución de la ley. Es la analogía “fuerte” atribuida a su lugar - además de lo simbólico en general-. Al menos lo había venido siendo tradicionalmente. *Lo paterno* había fungido como metáfora de la institución de la autoridad. No porque el *papá* de la realidad lo sea. Pero no nos confundamos. Es innegable esa asociación, a pesar de su condición coja, del vínculo podrido que se ha generado desde ahí -llámese por ejemplo tráfico de influencias, corrupción, etc. Su autoridad ha sido su “talón de Aquiles”, ¡vaya paradoja! Goce del padre que está más allá de la ley en tanto «pèreversement - orientée» (Lacan) y, goce de los hijos por sostenerlo a través de la culpa y el sacrificio. Como escribe Marta Gerez: “Entre deudas y culpas que emanan de las paradojas intrínsecas a la ley de los Nombres-del-Padre, los sacrificios no son sino el empeño de restituir esa ley, darle la consistencia de que carece. Intento de restaurar la inconsistencia del Otro que

---

<sup>93</sup> Gerber, D. “El psicoanálisis en el malestar en la cultura”. En: *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*. Argentina, Editorial Lazos, 2006, p. 17.

<sup>94</sup> *Ibid*, pp. 18 – 19.

tanto malestar y sufrimiento ocasiona”.<sup>95</sup> Idealización y nostalgia por el padre omnipotente que sostiene el y al sujeto: padre Ideal “que estás en los cielos”, padre “santo”, y al mismo tiempo padre síntoma, padre “santo-ma”. Verdadero “*sint-home*” (Lacan), que hace verdaderos estragos en el sujeto, vía la culpa, el sacrificio y el goce. Tal y como se dejar escuchar en los relatos del sujetos: “por la memoria de mi padre”, “para poner el nombre de mi padre en alto”, “para llevar a cabo sus ideales”, “por amor a mi padre”. “Me sacrifico en la memoria de él”, etc. La idealización del padre conlleva el “odioenamoramamiento” (Lacan), esa nostalgia por el «retorno del padre» en el ámbito social. Por todos lados se escucha la ideología tradicionalista fantaseando con el retorno de los líderes autoritarios. Es la ideología del “ahora sí”, del “yo sí” de todos los políticos, verdes, blancos y colorados. Pero también, azules, negros y amarillos. “Ellos sí” pondrían orden al caos social en que nos encontramos. Pero, lo que tenemos son sus resultados nefastos. Pura alusión a creer en el padre omnipotente, ideal, sin tachadura. Es la creencia en la *pereversion*. Este es el verdadero significado de la *pereversion*. La creencia casi religiosa en su poder y su candidez.<sup>96</sup> Es el sacrificio del sujeto para alimentar el goce del padre, la “postración de las masas frente a las atrocidades del amo”- dice Marta Gerez-Ambertin-, y que Freud ya denunciaba en sus textos llamados ‘sociales’, mediante expresiones tales como: “placer que se obtiene con la agresión y la destrucción”, “innumerables crueldades de la historia”, atrocidades de la historia”, “crueldades de la Santa Inquisición”.

Y como también se plantea en el texto: los “Estados Generales del Psicoanálisis”<sup>97</sup>, donde, por ejemplo, Derrida apela a la necesidad de una nueva teorización “más allá de la pulsión de muerte de Freud” para dar cuenta de esos fenómenos mediante términos tales como: «soberana crueldad», «ordalía de lo indecible», «mutación de la crueldad en nuestros días», etc. Expresiones para poder pensar los fenómenos como: los exterminios, el genocidio, la tortura, la

---

<sup>95</sup> Gerez Ambertín, M., *Entre deudas y culpas: Sacrificios*, Argentina, Letra-Viva, 2008, p. 18

<sup>96</sup> Acaso sea esta la imagen explotada por el actual presidente en nuestro país, del que no mencionaremos su nombre. Pura imagen de niño bueno de copetito bien peinado.

<sup>97</sup> Major, R., *Estados generales del psicoanálisis*, Argentina, Siglo veintiuno, 2005.



guerra, la violencia extrema, los destierros masivos, la narcoviencia, las matanzas colectivas, el secuestro, las desapariciones, los asesinatos, el feminicidio y la violencia contra las mujeres y los niños, etc., etc. Etcétera que pareciera tener un resto de familiaridad y de “banalización del mal”.

El lazo social se instituye justo a partir de haber perdido ese objeto de amor que todo lo concentraba. Por eso se es igual frente a la ley, no hay excepciones. Sin embargo, el sujeto en tanto sujeto al goce quiere ser la excepción, ponerse siempre fuera de la ley, como el padre. En su identificación al goce del padre el sujeto hace lazo, lazo con el padre: *sinthome*. En múltiples ocasiones encontramos a mujeres, solteras y casadas, jóvenes o ya de edad adulta, con esa identificación al goce del padre, a la vez que con una identificación a la madre, que no hace sino redoblar el síntoma armado como está contradictoriamente. Vaya contradicción que la lógica formal no se permite aceptar. Situaciones donde hay o hubo un padre “infiel”, que tiene o tuvo amoríos simultáneos extramaritales. Así, por un lado, se identificaban al dolor de su madre por la infidelidad del padre, los malos tratos hacia ella, etc. Se identifican y la reivindican en sus síntomas. Pero lo paradójico, es que algunas de esas mujeres hicieron lo mismo que el padre al engañar a sus esposos y parejas. Extraño síntoma: reivindicación y goce: reivindicación del goce de la madre por la vía de la identificación al goce del padre.

En otros casos, para sostener al padre ideal, diversas mujeres hacen síntomas de locura para negar las prácticas incestuosas de aquél. No es que tengan una estructura psicótica en sentido estricto. No hablamos sino de locura en la medida en que “la salida” que esas mujeres “construyeron” frente al goce incestuoso de su padre fue una suerte de enloquecimiento, de locura histérica, de una histeria grave, como modo de no ver la perversión paterna. Y para tapar sus fechorías el padre es todo bondad y pródigo en cuidados para con esa hija a fin de mantener todo en secreto y hacer dudar de cualquier sospecha. Y como dice el padre cuando algo asoma sobre dicha situación: “de eso no hablemos”.

Retomando el hilo, decíamos, la renuncia al objeto de goce funda la familia y lo social. Para ser hijo del padre hay que renunciar por la vía del sacrificio. “la necesidad de sostener este padre –dice Gerber- es la razón principal de la instauración de la ley que exige el sacrificio del goce por parte de todos, sacrificio de ese goce que procuraron obtener por medio del crimen. Prohibiéndose, los hijos se aseguraron también que ninguno ocupara el lugar del muerto, que todos fueran iguales ante la ley”.<sup>98</sup> El asunto paradójico, como destaca Lacan, es que el crimen lejos de desatar el goce, lo pacifica. Al contrario, “impone, a título de expiación, la renuncia a las mujeres y determina que la ley tome el lugar de sustituto de la coerción paterna”. Pero ante la falla simbólica de la castración, el resto de goce hace su aparición. Así, cabe una aclaración. Pacificación del goce no significa su desaparición. Es una renuncia al goce absoluto respecto de la madre. Porque cuando se dice que hay identificación al goce es justo que no hubo esa sustitución, ese desplazamiento, esa metaforización que se procura del lado de la prohibición de la madre para el hijo y del hijo para ella. Así cuando hay identificación a la madre se juega algo de ese goce que se manifiesta de diversas maneras a través del síntoma. El síntoma hace las veces de la metáfora sin llegar a una separación definitiva o más fuerte, digámoslo así. Cuando hay identificación al goce del padre se termina siendo como él, con él, para él. Aquí el síntoma también no deja de estar. Cuando eso no se da, cuando no hay cierta separación que se da por el lado del falo, del lugar fálico del hijo es decir de la metáfora paterna, lo que se puede encontrar es una exacerbación de la relación imaginaria: a-a', madre-hijo. El hijo se queda instalado en un goce respecto de la madre y se pueden manifestar síntomas como el terror, las fobias, la agresividad mutua, síntomas de orden narcisista de diversa índole, en fin (como ejemplificamos atrás); hasta síntomas o incluso posiciones subjetivas estructurales más graves como la psicosis, o en su caso la perversión, como cuando la relación a-a' se dio a nivel de manifestaciones incestuosas de la madre hacia el hijo; y la homosexualidad o neurosis obsesivas importantes donde el hijo también queda atrapado en una especie de circuito de complacencias excesivas. Este cuadro no es de ningún modo causalista sino ilustrativo de las posibilidades donde se muestra que el goce

---

<sup>98</sup> Gerber, op. cit. p. 44.

con la madre no quedó suficientemente bien tramitado. La instauración de la prohibición planteada como efecto de la culpa por el asesinato del padre, es un lugar estructural necesario para los efectos de dicha tramitación. Y cuando no se da la prohibición, los síntomas se presentan inexorablemente como modos precarios de tramitación. Al quedar la madre expuesta al goce del hijo y viceversa, se pueden instalar dichas posiciones y síntomas.

Ahora bien, el asesinato del padre es una metáfora. Es una construcción teórica necesaria para dar cuenta de la imprescindible instauración de la prohibición. Es un hecho clínico incontrastable. La clínica deja ver que cuando falla o falla en demasía la prohibición simbólica, los juegos del goce entran a la escena generando por lo menos posiciones problemáticas o síntomas complejos sino es que verdaderos dramas y hasta tragedias. Pero ¿por qué no se dan esos procesos? Bueno eso atañe en principio a las condiciones singulares que habría que establecer, cuestión que no podemos abordar aquí en toda su especificidad. Y ¿cómo pensar la cuestión del parricidio como pacificación del goce en nuestros días? Quizá, en la medida en que desde la modernidad y aún más en nuestros días todo ha ido apuntado a su declinación, el sujeto queda expuesto al goce “abierto”: “duro”. Recordemos los lemas del “party harder”, del “just party”, etc...<sup>99</sup>

En tanto, el orden simbólico se ha ido transformando: los grandes relatos de la humanidad han ido quedando a la deriva, los vestigios del mundo antiguo destruidos como en la guerra y los desmanes actuales en Irak - destrucción de templos, museos y centros, etc.- la confianza social minada por la gran violencia y el mundo de la política, etc. Los referentes simbólicos actuales no alcanzan a pacificar la angustia y el goce que atraviesan al sujeto. Así, pareciera que al sujeto sólo le quedara la pacificación vía los excesos del goce. Tan sólo como breve ejemplo de lo anterior, citamos a continuación, algunas declaraciones sobre los escándalos de pederastia que se han dado en todo el mundo, aquí en relación con Irlanda:

---

<sup>99</sup> Como dice el “coro: “just party - party, just party - party, que no acabe la fiesta, que no acabe la fiesta”.

“El máximo jerarca católico pidió perdón en un carta hecha pública este sábado (Reuters): **CNN** - El Papa Benedicto XVI dijo este sábado que está “verdaderamente arrepentido” por los abusos sufridos por las víctimas a manos de sacerdotes católicos en Irlanda.

El Papa abordó directamente la crisis por abusos de la Iglesia que ha golpeado a la Iglesia Católica Irlandesa en una carta de 18 páginas que se hizo pública el sábado. Se espera que esta carta sea leída el domingo en las iglesias a lo largo de Irlanda.

“He estado profundamente perturbado por la información que ha salido a la luz con respecto al abuso de niños y gente joven vulnerable por miembros de la Iglesia en Irlanda, particularmente por sacerdotes y religiosos”, escribió el Papa”.<sup>100</sup>

### “El soberano”

Nos parece muy pertinente traer a colación las consideraciones de G. Agamben sobre el soberano, para vincularlo con el padre que se coloca como siendo la ley pero al mismo tiempo, que se presenta como el que puede derogarla a su “arbitrio”. El soberano está fuera de la ley. Él es la ley. Es precisamente la identificación, mejor dicho, la suplantación del padre—amo. Que se coloca en el lugar de excepción. Por eso dice el déspota: “la ley soy yo”. Como dice de entrada Agamben:

“La paradoja de la soberanía consiste en el hecho de que el soberano está, al mismo tiempo *afuera y dentro* del orden jurídico. Si el soberano es verdaderamente el *único* a quien el orden jurídico otorga el poder de proclamar un estado de excepción, y por lo tanto, de suspender la validez propia de las órdenes, entonces “el soberano permanece fuera del orden

---

<sup>100</sup> CNN [www.cnn.com](http://www.cnn.com) sábado 20 de marzo de 2010. Consultado: Diciembre de 2014.

jurídico y, nunca pertenece a él, ya que depende de él decidir si la constitución puede ser suspendida «in toto». Esto significa que la paradoja puede también ser formulada de este modo: “la ley está por fuera ella misma”, o: “Yo, el soberano, quien estoy por fuera de la ley, declaro que no hay nada por fuera de la ley”. <sup>101</sup>

Citando a Schmitt, Agamben apunta:

“La excepción es aquella que *no puede ser subsumida* [...] La regla requiere de un medio homogéneo [...] *Él tiene el monopolio* <sup>102</sup> sobre la decisión final. [...] *La excepción es más interesante que el caso regular. Este último no prueba nada, la excepción prueba todo*<sup>103</sup>. La excepción no sólo confirma la regla, la regla tal cual vive de la excepción solo. [ y citando a un teólogo protestante, Agamben escribe...] “La excepción explica lo general y a sí misma. Y cuando uno quiere realmente estudiar lo general, uno solamente necesita mirar alrededor por una excepción real. Ello trae todas las cosas a la luz más claramente que el caso general. Después de un rato, uno llega a disgustarse por ese parloteo sin fin acerca de lo general –hay excepciones. Si ellas no pueden ser explicadas, entonces nada puede ser en general explicada. Usualmente la dificultad no es notada ya que lo general es pensado sin pasión sino sólo con una superficialidad confortable. La excepción, del otro lado, piensa lo general con intensa pasión”. <sup>104</sup>

---

<sup>101</sup> Agamben, G. Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life. USA, Stanford University Press Stanford California, 1998, p. 17. Traducción y subrayado nuestro.

<sup>102</sup> Tomando la homofonía con el término monopolio y aplicándolo al padre como soberano, como amo, hemos acuñado una figura del padre que bien podría ajustarse a la analogía del “padre-mono”, el *padre “mono-pólico”*, que concentra a las mujeres, el poder y el goce, y que va muy bien con la figura del padre totémico *orangután*.

<sup>103</sup> El subrayado de las frases es nuestro.

<sup>104</sup> Ibid.

Planteos sobre la excepción verdaderamente iluminadores que queremos hacer converger con el padre-Uno, el padre como “ex-cepción”, con mayúsculas. En primer lugar puede homologarse la figura del amo con lo que tanto Freud como Lacan han planteado en torno del Padre como excepción, que «ex-siste», que está fuera del mundo<sup>105</sup>. Como el jefe totémico- que representa el “al menos uno”, que Lacan desbroza ampliamente desde la lógica de las fórmulas de la sexuación en el Seminario Aún -y en otros-, como aquél que está más allá de la castración, supuesto amo del goce absoluto, etc. Pero este padre-Uno, padre de la excepción a la ley de la castración, que se coloca como supuesto “Otro del Otro”, supuesto amo del goce, como Ideal del goce, padre “terrible”, padre imaginario, es inconsistente, es “de-ex-cepción”, léase decepción, muestra sus paradojas y rajaduras. Como en los dibujos infantiles y en el “Ars brut”, el tótem es ridículo, está agujereado, tiene un palito o un puntito allí donde se esperaba que mostrara su virilidad. Podemos decir que en la medida que hay el padre-Uno especie de universal, hay justo una suerte de aspiración imaginaria de los padres y los hombres en general a ocupar ese lugar, a quererse mover y presentarse en ese lugar de no castrados, vía el reverso de la neurosis. Nos pareció por ello pertinente, no sin humor, la homofonía del término “monopolio” de Agamben referida al soberano, el amo, con la de padre: «**padre-mono**», «padre **mono-pólico**»<sup>106</sup>, por su figuración al mito freudiano y al goce lacaniano. Para poder decir finalmente, padre del goce, goce-padre, padre-goce, el goce es el padre.

Lo mismo con la expresión “**amo(r)**” si se nos permite decirlo así, donde se cuela esa paradójica afirmación del *Seminario RSI*, ya citado, en la que Lacan afirma que: “el padre no tiene derecho al respeto sino al amor”. Expresión que hemos encontrado literalmente en aquéllos casos donde se muestran los “pecados” del padre, en los que da verdaderas muestras de sus “fechorías” y el hijo dice: “no le tengo respeto, pero lo amo”, incluso al revés: “no lo amo pero lo respeto”, que aunque no son lo mismo, representan al discurso neurótico que sostiene su propio

---

<sup>105</sup> Un niño de seis años, en una entrevista nos preguntó ¿”y por qué Dios está fuera del mundo”? Esto es, por qué Dios ex-siste podríamos articular nosotros basándose en estos planteos de Lacan.

<sup>106</sup> Dicho término nos pertenece.

goce, sus “deudas y sacrificios” en el goce paterno. Son ambas vertientes: las del odio y la del amor, propias de la identificación al padre que Freud había establecido. O también, respecto del amo que requiere de un medio homogéneo, estable, “funcional”, llámese familia, grupo, Estado, etc., para inculcar y conculcar su seducción y poder perversos u orientados en esa dirección.

La formulación de Schmitt y Agamben acerca de que la excepción “es más interesante que los casos regulares”<sup>107</sup>, nos proporciona, desde otra discursividad -que la del psicoanálisis-, la del discurso filosófico e histórico, asideros firmes para fundamentar nuestra perspectiva. Porque eso es justo lo que hemos querido destacar en esta investigación: que desde Freud y Lacan pensamos al padre en cuanto hace excepción, que está como por fuera, que “no puede ser subsumido”. Tal y como se constata en la vida familiar de modo contundente. Cabe recordar también aquí como Lacan plantea en el Seminario RSI, que no es norma que el padre sea virtuoso en lo que al cuidado de los hijos se refiere”.<sup>108</sup> La excepción no sólo confirma la regla, afirma Agamben a través de Schmitt, sino que “la regla vive de la excepción”. Es esta justamente la maniobra de Freud y la de Lacan al poner al padre en sentido lógico, no en sentido histórico pues es insostenible: como “el que se coloca “más allá de la castración”, “fuera del orden general, pero que “introduce” en su singularidad. Como el mismo Lacan escribe en el *Seminario El Sinthome*: “el «sint-home», rule”. Y esto se presta a diversos sentidos, ¿equívocos? como: el «sinthome» regla, es regla, regula. El padre *sinthome* es regla, regula, ¿es lo regular en el sentido de normalidad? ¿Eso está regular? El síntoma regula al sujeto. Es la función del padre. Así Lacan trabaja con lo excepcional del padre haciéndola entrar en la vida familiar, es lo regular. La excepción regula podríamos incluso decir. Lo regular “vive de la excepción” parafraseando a Agamben y Schmidt. Además Lacan juega también con las homofonías, tipo Joyce, donde *sin*, en inglés es pecado, *home* es hogar, y *rule* es regla. De ese modo se obtiene: “la regla del hogar”, pudiendo añadirse “es el *sin*”:

---

<sup>107</sup> Subrayado nuestro

<sup>108</sup> No debemos dejar de poner de relieve una vez más, que de ningún modo esto debe tomarse como apología para sostener al padre en su “orientación perversa”, sino sólo como la “regla”, lo regular por común.

el pecado. En la casa, la regla es el desorden, el síntoma del desorden es lo regular. El desorden del padre es lo regular en la familia. Pero también cabe la homofonía con *sin* en alemán donde tiene múltiples acepciones, de lo que podríamos obtener: el síntoma es el sentido; el deseo es el síntoma, el síntoma es el deseo, el síntoma es el modo. En el padre, en el sujeto, en la familia, ¿en la cultura? Pero también como ya desglosamos arriba, *sint* recuerda a 'santo' en francés. Con lo cual, hay un juego contrastante, una equivocidad entre *sin* – como pecado y *sint* – como santo, que equivaldría a ubicar al padre entre el *sin* y el *sint*, entre el pecado y lo santo. De allí la expresión *sinthome* del padre como hombre santo pero sintomático, atravesado y atrapado en esa oscilación. Y podemos llevarlo a plantearnos el recorrido del Nombre-del-Padre como *sint*, santo, a los «nombres del padre» como versiones de, a la *pereversion* del padre y a su ser *sinthome*. Anudamientos sintomáticos del padre en el sujeto. Nudos entre la subjetividad y el goce del padre y en el *socielo* (Miller) en tanto que este es haber llegado al punto de que el objeto a como punto de goce ha sido elevado al cielo de lo social.

Podemos traer acá nuevamente la cuestión del parricidio, no en sentido práctico sino analógico porque existe una suerte de equivalencia, entre dar sentido al planteo del parricidio freudiano con el modo neurótico de sostener los pecados del padre. Darle fe, creencia, al asesinato, porque ello nos estructura fantasmáticamente, “sintomática-mente”, claro. Es la creencia en el padre más allá de su pecado original. Es el síntoma del padre en el sujeto, Es la lucha del sujeto que sabe de, pero no termina de aceptar su aceptación gozante de los actos del padre. De allí que le retorna en forma de culpas, síntomas, formaciones del inconsciente, “esquirlas del goce”<sup>109</sup>. Astillas, fragmentos, restos del padre gozador. Es llevar a cuentas las cuentas del padre, sus deudas, sus aflicciones, su desventura, su zozobra, su monumento y ¿hasta su lápida? Para terminar pagando con el goce del sacrificio, del dolor, con el síntoma, de lo que el sujeto nada quiere saber. Es el «amor religioso», el «amor sacrificial» al padre: el Edipo. De allí lo paradójico que confunde. Es el sentimiento inconsciente de culpa sin

---

<sup>109</sup> Expresión tomada de Marta Gerez A. op. cit.



razón aparente. Es colocar al Ideal, al padre ideal como padre sin culpa, negar su culpa para disimular su falla, su goce, y cargar con ella.

### **El Moisés de Freud** <sup>110</sup>

La primera interrogante que se puede plantear en torno del “Moisés y la religión monoteísta”, es saber qué papel cumple en la formulación freudiana sobre el padre y cuál es la diferencia con la de “Tótem y Tabú”. El Moisés, a decir de Lacan, es una forma de dar cuenta del padre simbólico. Y para situar primero este padre simbólico proponemos la siguiente cita sobre el padre simbólico:

“[...] es una necesidad de la construcción simbólica, que sólo podemos situar en un más allá, casi diría como trascendente, en todo caso como un término que, como les dije de paso, sólo se alcanza mediante una construcción mítica. A menudo he insistido en el hecho de que el padre simbólico, a fin de cuentas, no está representado en ninguna parte [...] Si el padre simbólico es el significante del que nunca se puede hablar sin tener presente al mismo tiempo su necesidad y su carácter, que debemos aceptar por lo tanto como un hecho irreductible del mundo del significante, el padre imaginario y el padre real son dos términos que nos plantean mucho menos dificultad”. <sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> No vamos a exponer la amplia y polémica construcción de Freud sobre el “Moisés”, ni la manera en que tan eruditamente la trabaja Yerushalmi en lo que se refiere a las fuentes históricas, la cuestión judía y la religión; o a las relaciones de esa obra con la biografía de Freud, etc., porque nuestro objeto no está centrado sólo en esa obra. Es tan sólo para destacar un núcleo duro en torno de lo simbólico. Véase: Yerushalmi, H. *El Moisés de Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996,

<sup>111</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro IV, La relación de objeto*, op. cit., p. 221. La distinción de padre simbólico, padre real y padre imaginario a estas alturas de su enseñanza muestra algunas oscilaciones que permanecerán todavía a la altura del *Seminario V Las formaciones del inconsciente* y que se despejarán propiamente hasta el período final. Vacilación que Lacan introdujo en la teoría y en la que muchos analistas incurren aún en nuestros días. Para esta discusión puede verse el texto de Norberto Rabinovitch, *El Nombre del Padre*.

Cuál es la especificidad del “Moisés” y para qué le sirve a Freud si ya había una formulación en “Tótem”. El *Tótem* no le basta a Freud para fundar el Nombre-del-Padre o el padre simbólico, pues no se puede asimilar, según Lacan, al “padre real mítico convertido en muerto y reducido así al significante”. No es lo mismo aquél padre mítico reducido al significante, que partir de una figura que de hecho tiene ya una significatividad y una cercanía con las formulaciones teóricas necesarias para dar cuenta del padre simbólico.

Freud quiere dar cuenta del padre “último”, el Padre, como sucede en la religión hebrea de hecho donde uno de los nombres de Dios da cuenta de ser el Único, el Creador, etc. En ese sentido, aunque el Tótem da cuenta de una inauguración de la civilización, no es en sí mismo tal cual, en última instancia, el primero, el creador. En esta línea precisamente, Moisés representa otra aproximación a ese gran padre, el primero, el fundador, el gran representante de la tradición de la ley simbólica occidental que atraviesa toda la historia hasta nuestros días. Esto permite de cierto modo dar cuenta de esa necesidad de un padre simbólico, que sea el soporte de la estructura simbólica, de la ley, del Edipo en última instancia. Esa es la lectura que hace Lacan, justamente. Según Balmes, Lacan determina el «Nombre del Padre» “al tomar en el *Moisés* la clave de las tres versiones del padre”, ya que la lectura de Lacan empezando por el final, esto es por el “Moisés”, le permite dar cuenta del padre simbólico con relación a la cuestión de la verdad. En una cita, encontrada por Balmes, Lacan plantea: “La interrogación renovada en torno a la persona de Moisés, a su hipotético temor (asesinato), no tiene otra razón de ser más que la de responder a la cuestión de saber por qué vía entra la dimensión de la verdad de forma viva en la vida del hombre. Freud responde que es por la significación última de la idea del padre”<sup>112</sup>

El “Tótem” le permite a Freud dar cuenta de la introducción de la ley vía el padre. Que aquí tiene que ver con la ley establecida después del parricidio. En otra cita al

---

*Articulación entre la letra, la ley y el goce*. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2005, que comentaremos un poco más adelante.

<sup>112</sup> Balmes, *El nombre, la ley, la voz*, op. cit., p. 45.

Lacan de “Freud en el siglo” hecha por Balmes escribe: “¿Cómo puede establecerse esta captura, cómo entra el hombre en esa ley, que es ajena, con la que, como animal, no tiene nada que ver? Para explicarlo Freud construye el mito del asesinato del padre. No digo que sea una explicación, pero muestro por qué Freud fomentó ese mito. Es necesario que el hombre tome partido en él como culpable.<sup>113</sup> Lo específico del “Moisés” es la relación entre el padre y la dimensión de la verdad. “Se produce una ecuación entre el ingreso de la verdad en el lenguaje, en la dimensión de lo simbólico, y la introducción del símbolo del padre” (Balmes). El “Moisés” condensa esa operación: la introducción de la ley y el padre. Y Balmes cierra su apartado planteando la articulación de esa problemática:

“El encadenamiento es aquí el siguiente: sistema significante, lenguaje, encarnación de la justicia y la verdad, discurso de la ley, deuda simbólica, asesinato del padre, culpabilidad neurótica en particular, pero en términos más generales, la que atañe a todo ser hablante”.<sup>114</sup>

En Freud se dan deslizamientos para arribar a ello, incluso desde un principio como hemos ido viendo, y aquí en textos en cierto sentido contemporáneos: “Psicología de las masas”, “El porvenir de una ilusión” y “El malestar en la cultura”, por mencionar los más importantes. Es en “Las masas”, donde Freud plantea el “estado de expectativa angustiada”, el malestar, tanto para el sujeto como para la humanidad en su conjunto por las prohibiciones que le impone la cultura, los padecimientos deparados por otros hombres o por la “naturaleza no yugulada”, etc. Dice: “Ya sabemos cómo reacciona el individuo frente a los daños que le infiere la cultura y sus prójimos: desarrolla un grado correspondiente de resistencia a sus normas, de hostilidad a la cultura”<sup>115</sup>. Para luego decirnos que:

“esta situación, en efecto, no es algo nuevo; tiene un arquetipo infantil, en verdad no es sino la continuación de otra, inicial: en parejo desvalimiento se

---

<sup>113</sup> Ibid, pág. 48.

<sup>114</sup> Ibid, pp. 48 – 49.

<sup>115</sup> Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976, p. 16.

había encontrado ya una vez, de niño pequeño, frente a una pareja de progenitores a quienes se temía con fundamento, *sobre todo al padre* [...] el hombre no convierte a las fuerzas naturales en simples seres humanos con quienes pudiera tratar como lo hace con sus prójimos [...] antes bien, les confiere un carácter paterno, hace de ellas dioses, en lo cual obedece no sólo a un arquetipo infantil, sino también, como he intentado demostrarlo, a uno filogenético [...].<sup>116</sup>

Y para subrayar aún más esta asimilación de la providencia paterna a la divina afirma enseguida:

“El pueblo [...] había puesto al descubierto el núcleo paterno que desde siempre se ocultaba tras la figura de Dios; en el fondo, fue un regreso a los comienzos históricos de la idea de Dios. Ahora que Dios era único, los vínculos con él podían recuperar la intimidad e intensidad las relaciones del niño con su padre. Y se quiso ser recompensado por haber hecho tanto en beneficio del padre; al menos, ser el único hijo amado, el pueblo elegido”.<sup>117</sup>

Dice un poco más adelante: “No es difícil hallar tales conexiones. Son los vínculos entre el desvalimiento del niño y el del adulto, su continuación; de ese modo, como era de esperar, la motivación psicoanalítica de la formación de la religión se transforma en el aporte infantil a su motivación manifiesta”.<sup>118</sup> Hay aquí en juego la operatoria propia de Freud: superponer, hacer una equiparación: llevar al padre de la infancia, de la clínica, al padre en el origen, a Dios en última instancia. La cuestión del desvalimiento, la dependencia y el sometimiento del niño por el amor de y a sus padres. Aquí se viene ya en cascada toda la cuestión de la dimensión de la ley moral, del superyó, etc. Subrayado nuestro para poner de relieve la “puesta del dos en uno”, el juego metafórico del padre y del padre Dios.

---

<sup>116</sup> Subrayado nuestro. Freud, op. cit. p. 17.

<sup>117</sup> Ibid, p. 19.

<sup>118</sup> Ibid, p. 23.

Y nos lo dice, seguro de que ese es el juego neurótico: es el sujeto quien hace eso y, de manera “filogenética”. Es “el pueblo... [quien] había puesto al descubierto el núcleo paterno que desde siempre se ocultaba tras cada figura de Dios”. En efecto, fue un “regreso a los comienzos históricos” que Freud realizó a través del “Tótem y Tabú” pero sobre todo del “Moisés y la religión monoteísta”, donde su interés como afirma Lacan: “es para juntar el modelo espiritual con su propia tradición, el dios de los diez mandamientos”.<sup>119</sup> Eso es también lo que Lacan apela cuando lo califica como el “sueño de Freud”, el “deseo de Freud”, poner la cuestión del padre desde el Edipo de Freud en el psicoanálisis. “La”, dice Freud, la “motivación psicoanalítica”, “del” psicoanálisis. Por eso Lacan intenta sacar todo esto de su resonancia religiosa, para ponerlo en el plano del lenguaje y la palabra, en el plano del Otro tachado  $s(\bar{A})$ : “significante del Otro tachado”. Y al final a un más allá de lo simbólico, lo real imposible de atrapar, en este caso del origen y del padre originario. Y nos dice Lacan precisamente en su texto “El triunfo de la religión”:

“¿En qué sentido le interesa a Freud el monoteísmo? Él sabe, que los dioses son innumerables y cambiantes como las figuras del deseo, del que son sus metáforas vivas. Pero no es esto lo que ocurre con el único dios. Si él busca su prototipo en un modelo histórico, el modelo visible del Sol, de la primera revolución religiosa egipcia, la de Akhenatón, es para juntar el modelo espiritual con su propia tradición, el dios de los diez mandamientos”.

120

Y unas páginas antes sobre la importancia del texto del “Moisés” para Freud nos dice Lacan:

“Este libro no es más que el término y la culminación de lo que empieza con la creación del complejo de Edipo y continúa con ese texto tan mal

---

<sup>119</sup> Lacan, J., *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 40.

<sup>120</sup> Ibid, pp. 39 -40.

comprendido y tan mal criticado que se llama “Tótem y Tabú”. Verán que la figura del Padre que aparece concentra en ella el amor y el odio”.

“Odioenamoramamiento” citábamos unas páginas atrás en relación a la identificación y a la “ambivalencia” en torno al padre. Continúa Lacan:

“Esta figura magnificada, esta figura magnífica, tiene la marca de un estilo de *crueledad activa y sufrida*. Se podría discurrir largo rato sobre lo que llevó a Freud a esta imagen, sobre las razones personales que lo condujeron a ella –a saber su grupo familiar, su experiencia infantil, su padre, el viejo Jacob Freud, patriarca prolífico y necesario de una pequeña familia de la raza indestructible-, pero lo importante no es hacer la psicología de Freud. En este sentido habría mucho para decir. [...] Lo importante de Tótem y Tabú gira en torno de la función del objeto fóbico y lo sitúa en el camino de la función del Padre. Esta constituye un punto de viraje entre la preservación del deseo y el principio correlativo de una prohibición, sostén de ese deseo puesto a distancia. [...] Tótem y Tabú nos enseña que el Padre solo prohíbe el deseo con eficacia porque está muerto –y yo agregaré- porque él mismo no lo sabe (no sabe que está muerto) [...]”<sup>121</sup>

Esta última cita, luego de leerla una vez más, nos deja observar una frase de Lacan que se nos había pasado remarcar - entre otras tantas-, que representa en unas cuantas palabras la teoría (freudo-lacanianiana) neurótica sobre el padre: “mezcla de crueldad activa y sufrida”. Es la “razón neurótica” sobre el padre: “es cruel pero sufre”, “es cruel pero no es malo”, “fue cruel pero me amaba”, “hizo tales cosas pero”.

También podemos ver la postura de Lacan sobre el “Moisés” de Freud en ese mismo Seminario: “Freud no cree en Dios. Porque opera en su línea, como lo

---

<sup>121</sup> Ibid, pp. 35 -37. Subrayado nuestro.

prueba el polvo que nos arroja a los ojos para *enmoisesarnos*<sup>122</sup>. Esto es, Freud lo introduce en el corpus psicoanalítico hasta el punto de leerlo fundamentalmente desde ahí. Siguiendo la homofonía podemos añadir nosotros al sentido de “enmoisisar”, el de “enmohecer”: cubrir con moho. Esto es, Freud nos “enmoheció” con su “*Moisés*”. Enmoheció al psicoanálisis. Lo adormeció con su sueño. Y recurriendo a una suerte de neologismo podría decirse: “enmoisisó” a los que siempre han creído en el Gran Padre. Introdujo para siempre la fe en el padre en el psicoanálisis, a post-freudianos y “lacanianos” que siguen pensando que lo simbólico -la interpretación simbólica, el inconsciente como simbólico, la ley del padre, etc.- puede agotar el goce. Que el síntoma, “el trauma”, etc. se pueden disolver analizándolos simbólicamente. Pero no sólo se trata de la introducción del Moisés, evidentemente, sino de la cuestión del padre. Lacan se encarga de poner esto al descubierto y llevarlo hasta sus últimas consecuencias a partir del *Seminario Los nombres del padre* y hasta el final. Veamos algunos de estos tratamientos en dicho Seminario. Es en la clase única del seminario “Los nombres del padre” que ya hemos citado, donde aparece el giro radical acerca del Nombre-del-Padre como significante último o Padre “Uno”, para llegar a plantear que en ese significante absoluto hay algo del orden del vacío, de la falla del padre en tanto que radicalmente sustraído.

Dice Balmès en otro texto: “El hecho de distinguir, a propósito del Nombre del Padre, el lugar especial de un vacío que constituye su esencia sin agotar su secreto y por otra parte, los términos que pueden valer en la historia de un sujeto como significantes de este lugar, protege al psicoanálisis tanto del delirio como de la idolatría”<sup>123</sup>.

---

<sup>122</sup> “*Nous enmoiser*” en la transcripción de EFBA. *Lacan Textual* v 3.2, inédita de: Lacan, J. *RSI*, op. cit., 17 de diciembre de 1974. Traducido como “enmoisesarnos” en Balmès, F. *Dios, el sexo y la verdad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, pág. 7. Que en una transliteración podría ser que: Freud “enmoisisa” al psicoanálisis según Lacan. “En-moisisa” en el sentido de “moisisar”, transformando el nombre propio *Moisés* en verbo.

<sup>123</sup> Balmès, F. *El nombre, la ley, la voz*, op. cit., p. 13.

Y no es exquisitez teórica. Las constantes alusiones en el discurso ordinario dan cuenta de ello. Se encuentra una remisión a la idealización del padre -como veremos al final - tanto como a la denuncia de sus fallas. Es lo que se ha dado en llamar *delirio de père-fección por Ch. Fierens*<sup>124</sup>, que no es otra cosa que añoranza y reclamos, exigencia para que el padre de cuenta de su consistencia, o igual, de su inconsistencia. A la vez que el sujeto se queja de él, lo sostiene en su síntoma, con su propia vida. Para mostrarlo podemos ejemplificarlo con lo que una mujer joven nos relató:

“[...] Antes yo quería que fuera perfecto, ahora sólo le pido que sostenga su palabra... toda mi vida se la pasó prometiéndome cosas, nunca las cumplía... decía que tenía mucho trabajo pero quién sabe qué hacía... estaba lleno de deudas...lo andaban buscando los bancos... decía que me iba a pagar pero otra vez inventaba pretextos...mis padres, mi familia... colmaron mi paciencia, no quiero saber nada de ellos [...]”

Como se puede apreciar en este fragmento, hay un fuerte reproche al padre por su falta de congruencia, de consistencia. Pero también hacia sí misma. Ella mantiene una crítica híper-severa e implacable a sus padres, a la autoridad, a la ley, al *establishment* en general y hacia ella misma.

“Híper - severa” dijimos. Podríamos decir: "hi-père-severa" o, "hi-peresvera", esto es, severa y al mismo tiempo severa con el padre y persevera en su síntoma vinculado al padre que es a la vez crítica y goce respecto del padre-síntoma. Las paradojas del goce y el padre. La *pereversion*.

En efecto, se trata de una mujer híper-crítica tanto para sí como para con su entorno. Recurriendo al humor y a la transliteración, podemos acuñar la expresión

---

<sup>124</sup> Fierens, Ch., “Un père hors Père. Pèrefiction, père-dition, pèreversion”, En: Pirard, Regnier. *La Clinique Lacanienne. Des perversions, Revue Internationale. N° 16*, Éditions érès, 2010.



“hi-père-severo”. Esto es, se trata de la internalización de un padre hiper-severo. No porque el padre lo haya sido, por el contrario, era inconstante, indiferente, etc. No, ella lo critica, pero para querer colocarlo en el lugar del padre imaginario, del buen padre, como si lo fuera. Es la idealización respecto del padre imaginario. Dice sobre su jefe: “mi jefe es un ente desquiciado, como AMLO [Andrés Manuel López Obrador], cristiano, fanático, no comulgo con él”. Véase: “desquiciado”, ¡vaya! No comulga con el jefe desquiciado. Pero sus reclamos interminables sobre el padre dan cuenta de eso desquiciante que la desquicia; que la ha desquiciado literalmente, que la mantiene en el “delirio de père-fección” (Ch. Fierens, ya citado). Un desquiciamiento que se traduce en un humor agresivo denso, en su imparable severidad con la incongruencia de los otros, del Otro. No lo respeta, “no comulga”, dice. Lo comentamos. Véase la alusión a la fe por parte de ella, la calidad del lazo. Internalización decíamos arriba, pero incluso es a ese otro nivel. Eso es la *pereversion*, la fe en el padre, dice Lacan. Creer en su grandeza. Una de sus versiones. Dice que no comulga, pero lo dice intelectualmente porque ella es la prueba viva de su creencia en querer repararlo, en suplicarle con su exigencia que se haga cargo de sus fallas. Lo sostiene mediante el síntoma. Es una edificación, un “erigirlo”. Un delirio de erigirlo dada su “blandidez” simbólica, como se lo dice la madre:

[...] “ es una abnegada [subrayemos la abnegación], se casó con su cuento de hadas... en su figura de esposa se somete... tu papá es un aguado, me dice ... tiene un espejototote... está loca... se la pasa gritando ... quejándose de mi papá... siempre está insatisfecha... yo buscaba en los álbumes para comprobar que sí es mi madre, comparándola con otra señora no gritona, que amara al esposo, al padre...mi madre real era una bruja que se quiere vengar de mi madre verdadera... yo quería de fantasía ...mi sueño es encontrar a mi madre verdadera... que se niega a sí misma ... se somete... se casó con su ideal: “soy infeliz pero tengo marido” [dice de su madre] ...todo se le va en quejarse en vez de emanciparse... eres o te haces [le dice]... vive en Disneylandia... ¡pon los pies en la tierra!”.

A la madre, por cierto, en tanto Otro, como puede verse, también la mantiene en esa ambivalencia entre el Ideal y la denuncia. Ella es esa madre que se la pasa quejándose en vez de emanciparse de su síntoma que le ha trastornado la existencia pues sus relaciones sociales. Dice en otro fragmento: “quisiera que fuera adaptada [la madre], soy igual, observar sus fallas...”. En otro lugar dice de sí que “vive en su planeta”.

Vaya fantasía neurótica de sostener con la vida y el cuerpo los “síntomas” del Otro -padre o madre, según-. Es la ab-negación: negación de su negación, como en la madre. Estructura histérica con un disfraz obsesivo férreo, cuasi delirante, incluso paranoide, por su costado superyoico cruel, sádico. Sobre esto:

“me da miedo que me lastimen ... son Big Brother... me siento criticada... están al acecho, están al ataque ... estoy en su círculo ... me da miedo actuar como ellos actúan ... estar preparada a la defensiva ... todo es negativo ... lo que ellos hacen... tengo una defensa-coraza... de estar temblando de miedo... no les voy a demostrar lo frágil... y me hice dura: no te metas conmigo...por qué me pongo así... se me cae el mundo... ya no es el chavo del incidente de la bicicleta... yo tengo que tener las cosas perfectas... yo he de tener un problema, la gente está viendo que tengo problemas ...me vio con una mirada de “estás mal, ya estás como mis papás... me estoy hartando...porque la gente me ve como bicho raro... que me critican todo...”

“Big Brother”: el Otro, ¿no? Criticada y acechada por el Otro representado en todos. Y aunque se percata de su malestar, retorna al: “me critican todo”, lateralizando en el Otro el mecanismo. Lo atribuye al Otro -y los otros. Está en banda “moebiana” con su crítica superyoica. Es lo que plantea Lacan en torno al superyó: es una crítica a la imperfección del Otro: “Que él sea una máquina perfecta...que todos sean máquinas perfectas... ser una máquina perfecta...”

Se ve: “que él sea”, una máquina “perfecta”. He ahí la aspiración y la súplica: fe, amor al Otro. Dice: “tengo que renunciar a mi Ideal de mi mamá que yo me formé... creía que mi madre era otra [Otra]. Referencia al padre ideal por imaginario, a su idealización. Es la “im-père-fección”, usando nuestra transliteración del neologismo de Fierens. Pero es también la *novela familiar* de la que habla Freud en la que el sujeto fantasea con provenir de otros padres nobles y encumbrados. Fantaseaba con que su madre proviniera de otro origen. Es una “falla de origen”. “Falla de origen”, origen de la falla. Ineliminabilidad de la falla del origen. El padre, los padres, el Otro en falla desde el origen. El tótem-padre en falla desde su fundación. Incluso por hipotética. Puro supuesto acerca del padre.

No hay Otro padre. El Padre es un supuesto. El padre del Edén lo permitió, lo sabía pues El mismo estaba en falla al establecer desde el origen un “más allá del principio de lo simbólico”. El padre está “más allá de lo simbólico”, precisamente. Los padres originales, Ur, Uno, entraron a su función en falta simbólica. No hay más.

El mismo *Moisés* rompió las tablas de la ley frente al goce imparable del sujeto. Visto así es recurrir al *Moisés* para dar cuenta de un padre de la ley en el origen, aunque él mismo no fue suficiente, ni la ley. Y como se observa también en el ejemplo paradigmático del *sacrificio de Isaac* donde el padre suspende la ley “por un principio superior”. Y al hijo sólo le queda sacrificarse al padre para sostenerlo en la ilusión y la negación de *su* falta. Padre-hijo. Aquí el Abraham del texto bíblico también es hijo que se sacrifica al padre. Como afirma Martin Buber<sup>125</sup> en su análisis del texto de *Temor y Temblor*, de Kierkegaard. Dice que Dios fue más allá de lo establecido por él mismo. Más allá del extremo de lo permitido por la ley que él mismo estableció. Es la acción del soberano como el único que tiene derecho de derogar la ley. Y Abraham en tanto fiel sirviente de la voz divina, fue también más allá de la ley humana del amor filial. Extralimitación. Excepcionalidad. El padre siempre se extralimita a pesar de los perjuicios posibles para el hijo. Aún en el caso de la observancia absoluta de la ley como en el caso del sacrificio de

---

<sup>125</sup> Buber, M. *Eclipse de Dios*. México, CFE, 2014.

Isaac. Es la “suspensión de lo ético”, “suspensión teleológica de lo ético” dice Buber:

“La validez de un deber moral puede a veces verse suspendida de acuerdo con la finalidad de algo superior, de lo más elevado posible. Cuando Dios ordena a uno matar a su hijo, la inmoralidad de lo inmoral se suspende mientras dura esa situación. Más aún, aquello que de otra manera es puramente malo resulta, mientras dura la situación, puramente bueno porque place a Dios. En lugar de lo universal, de lo universalmente válido, se coloca algo fundado exclusivamente en la relación personal entre Dios y el “Único”. Pero precisamente por ello resulta una relativización de lo ético, de lo universal y de lo universalmente válido”.<sup>126</sup>

Pero el padre real de nuestros días -es decir todos- va “más allá de lo ético”, sin tener ningún principio moral más elevado. La “inmoralidad de lo inmoral” queda suspendida en ese más allá de lo simbólico donde actúa según su “principio del goce”, o mejor, de su voluntad implacable de goce, de su pulsión. Los términos se han invertido en nuestros días. Hoy ya no hay una suspensión temporal de lo ético. No es una excepción. Hoy lo universal es suspenderlo casi en todo momento. Es una característica de la “posmodernidad”. Se trata de una relación personal con el “dios a la carta”, o mejor, el “dios-goce”, más allá de un “principio simbólico más elevado”.

Queremos también subrayar de la cita el “Único”, que Buber resalta de Kierkegaard. No se refiere aquí a Dios como “Único”. Es el sujeto “Único” al que se refiere Kierkegaard. Es decir, a ese sujeto autorizado en esa suspensión temporal en una situación específica. “Único” porque Dios le permitió ir más allá”. Ese Único” se asemeja conceptualmente a eso que hemos venido trabajando en torno a la excepcionalidad del padre (Lacan), al padre como “Ex-cepción”. El sujeto se coloca como si fuera “Único”, excepcional. El sujeto se cree soberano. Cree poder dejar suspendida su inmoralidad. Imaginario del padre real (I-R). En el siguiente

---

<sup>126</sup> Buber, op. cit. p. 149.

fragmento, Buber resalta eso “paradójico”, “de la más íntima disposición”, “de las profundidades del ser”. Dice:

“Abraham viola esas fronteras con su paradójico movimiento de fe. De no ser así todo se convierte en una tentación demoníaca, la disposición a sacrificar se convierte en disposición a asesinar y Abraham está perdido [...] Mediante las más extremas exigencias, Él hizo salir a la superficie la más íntima disposición al sacrificio, extrayéndola de las profundidades del ser de Abraham, y permitió que esta disposición creciera hasta alcanzar la estatura de la plena intención de actuar [...] Más luego, cuando ya no existía impedimento alguno entre la intención y el hecho, Él se contentó con la plena disposición de Abraham, e impidió el acto”.<sup>127</sup>

Precisamente, las “paradojas” del padre, como propusimos abordar desde el inicio del texto, como modos de su función. Paradoja de la disposición íntima de las profundidades del sujeto. Es la paradoja del goce, de la pulsión como tentación y disposición que siempre está esperando su oportunidad. Pero también, es suspensión de lo ético a partir de la ordenanza divina, que, “de no ser así todo se convierte en una tentación demoníaca”, dice. Exacto. En el sacrificio de Isaac se trataba de una suspensión a partir de la voz irrenunciable de Dios. De sus exigencias. Como dice la Carta al padre, de Kafka. Es paradójico. Ante las exigencias de la voz del padre, el hijo responde desde las profundidades de su ser con esa disposición íntima que lo habitan. Las exigencias superyoicas empujan a gozar como dice Lacan. El goce del hijo por las exigencias del padre. Las exigencias superyoicas por el goce del padre que llevan al hijo hasta los límites y lo hacen suspender lo ético. Verdadero juego del padre-hijo como dijera Freud.

Pero en nuestros días esa paradoja parece haberse invertido. Ya no se trata de una suspensión ética a partir de un ordenamiento simbólico superior, sino que “todo se convierte en una tentación”. La disposición íntima está en la superficie. El padre cede a la tentación, más allá de lo simbólico, “más allá del principio del

---

<sup>127</sup> Buber, *ibid*, pp. 152 - 153.

placer”, dejando al hijo a sus expensas de goce, incluso de angustia y sufrimiento. Frente al goce del padre el hijo queda expuesto a la angustia. Y de ahí a ceder a la tentación ya no media ningún paso sino el acto del goce. Como se puede derivarse de lo que otro padre dijo, de modo aparentemente humorístico: “no son mis hijos, son hijos de la vida”. Disposición a sacrificar al hijo por el goce. Y no parece detenerse, al menos no con frecuencia. Como el padre bribón de la película que hemos comentado: “Regulo mis pasos sobre los pasos de mi padre”, donde el hijo llega a ser encarcelado por las fechorías del padre.

A pesar de todo, el hijo quiere salvar al padre. Como ese caso donde el padre hizo que su hijo pequeño pasara por los aeropuertos una valija. Después de muchos años, el hijo, ya adulto, tiene que tramitar la liberación del padre para salvarlo. Es el amor al padre. El hijo se sacrifica en ese “¿padre, por qué me has abandonado”? Para salvar el Nombre-del-Padre.

Y regresando al “Moisés”. Ahí se refleja el “doble enlace” del que habla Balmes, el “método del dos en uno” del que habla Le Gaufey. El interjuego que veíamos en el sacrificio de Isaac y en los ejemplos. Es el montaje que remite a esa necesidad de dar cuenta de algo que no se sostiene por sí mismo: “en el Nombre-del-Padre”. “Si Dios concede algo debería hacer que no hubiera señores ‘robachicos’”, dijo un infante luego de una experiencia traumática. Porque el padre deja al hijo.

El “Moisés” era entonces un intento de Freud de poner un padre fuerte. Pero el “hombre” Moisés, como él mismo lo dice, no estaba a la altura de las circunstancias. El Moisés fue asesinado, tal cual Freud busca justificar.

Hans Saettele alude al “*quiasma* entre religión y psicoanálisis”. Es la metáfora del cruce y la convergencia, pero también de la diferenciación, las vías, y por tanto del desencuentro. Y añade Saettele a la cuestión del asesinato del padre la cuestión de la voz, la voz de Dios, como texto, texto sagrado que viene a ocupar ese lugar de vacío. Citamos:

“Se trata nada menos que de un quiasma (que por cierto está en el fundamento de la relación complicada entre religión y psicoanálisis), quiasma que produce un cierto punto de intersección por el cual nos preguntamos aquí. La religión no ha podido dejar de encarnar a Dios bajo la figura del padre (paso al monoteísmo), y el psicoanálisis no ha podido dejar de encarnar a la mitología para abordar analíticamente la cuestión de la función paterna”.<sup>128</sup>

Y continúa planteando que hay allí una *evicción* del origen, una pérdida, donde viene a instaurar un significante último:

“La importancia del trabajo de Freud no es entonces histórica, sino que consiste en el encuentro de la formulación (aunque mítica) de un elemento significativo fundamental, único capaz de dar cuenta del origen de la cultura. Se trata de cierto modo de una abolición, de una evicción del origen [...] Sólo el padre muerto puede devenir Dios, padre simbólico y origen absoluto. Dios no es otra cosa que la reencarnación, en un proceso de elación, del padre asesinado. El texto sagrado, la voz de Dios, la escritura en tanto funda alguna ley, surge en este punto. El texto sagrado ocupará el lugar vacío (vacío en lo real) del padre asesinado”.<sup>129</sup>

En efecto, evicción de lo real del origen, incluso del origen de lo real. Agujero de lo real en lo simbólico. Agujero consustancial a lo simbólico respecto de lo real.

Podemos entonces ver así el “Moisés” como un intento de Freud de dar cuenta del padre en el paso al monoteísmo, asimilando la clínica de la neurosis a la cuestión de Dios en el origen. Es en términos freudianos una «solución de compromiso». Sí, pero no hay que quedarse con esa lectura directa, porque en Freud mismo está la posibilidad de trascender esa lectura edipianizante, totemista, “enmoisizante”, en tanto hay también un planteamiento sobre el goce.

---

<sup>128</sup> Saettele, H. “La voz imperativa y la idea de Dios”, op. cit: p. 227.

<sup>129</sup> Saettele, Ibid. p. 228.

En cuanto a la “muerte de Dios” que Lacan trabaja en el *Seminario “La Angustia”* y en el *Seminario “El reverso del psicoanálisis”*, extraeremos la parte que enlaza el asunto del padre como padre muerto, con la de Dios y allí con la “muerte de Dios”, en tanto que se trata de dar cuenta del montaje de lo que resulta el surgimiento de la ley pero también la falla de la ley.

“Dado que Dios ha surgido del hecho de que el Padre ha muerto, eso sin duda significa que hemos advertido que Dios ha muerto, y es la razón por la que Freud reflexiona con tanta firmeza al respecto. Pero también, puesto que en el origen Dios desplaza al padre muerto, él también estaba muerto desde siempre. La cuestión del creador es, pues, en Freud, la de saber a qué debe atribuirse en nuestros días aquello que, de este orden, continúa ejerciéndose”.<sup>130</sup>

Así ya no se trata sólo de la cuestión del Nombre-del-Padre como “significante de excepción que sostiene a todos los otros [...] sino cuáles son las consecuencias de la muerte de Dios sobre las relaciones del goce y de la ley que remiten a la duplicidad de la referencia paterna”.<sup>131</sup> Y es esto lo que permitirá abrochar en lo sucesivo la faceta gozante del padre con el padre síntoma, que Lacan denominó también Dios – síntoma “revelando así la naturaleza humana del Padre”.

En un excelente análisis que hace Alfredo Eidelsztein sobre la “Paternidad como crítica al mito de la horda primitiva” y sobre “Dios, padre y Nombre-del-Padre”, en su libro: *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*<sup>132</sup>, plantea los principales puntos de Freud y Lacan sobre el padre, donde si bien para ambos el padre es un elemento tercero, es también el padre en tanto muerto y en tanto se lo relaciona con la figura de Dios, aunque ambos sustentan posturas que no convergen sustancialmente. Como hemos dicho, en un principio para Lacan la función paterna se asienta sobre su función significante, más que sobre la figura de Dios.

---

<sup>130</sup> Lacan, *Seminario La Angustia*, citado por Balmes, *El nombre, la ley, la voz*, op. cit. p. 74.

<sup>131</sup> *Ibid*, p. 77

<sup>132</sup> Eidelsztein, A., *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol. 1*, Buenos Aires, Letra Viva, 2001.



Nos recuerda cómo para Freud “al comienzo fue la acción” –esto es el acto del asesinato. Y para Lacan: “al principio era el verbo”. Y nos dice:

“Para concluir con la crítica al mito del asesinato del padre de la horda primitiva, cabe recordar que Lacan advierte que el padre muerto debe ser distinguido del padre asesinado del mito. Respecto de este último, se puede afirmar que es una de las fantasías neuróticas esenciales [...] Lo que Lacan propone rescatar de las consideraciones freudianas en torno al padre de la horda primitiva es el establecimiento, a través de un mito, de la introducción de un punto de imposibilidad y que tal imposibilidad funcione como el corte con un goce “animal” [...] El padre real es una función del lenguaje que, como operador lógico, permite operar lógicamente al complejo de castración, que implica la pérdida del goce animal y el advenimiento del deseo inconsciente. Por estos motivos es que el Nombre-del-Padre se articula íntimamente a la función del nombre y que el Un-Padre lo hace al goce”.<sup>133</sup>

Diferenciación esencial. «Padre muerto» no es el padre asesinado, porque ello lleva rápidamente a ponerlo en el plano del mito y, de allí a la persona del padre como papá en la familia. Esto hace pensar erróneamente que en el “papá” se trata de la misma función lógica atribuida por Lacan a la función paterna. No se puede hacer esa reducción del “padre muerto” como concepto, a la noción de papá, “páter”, etc. El autor rescata la cuestión de la «procreación» -planteada por Lacan desde el *Seminario Las psicosis*, tanto para la religión como para la función del padre.

“El significante está en la génesis, tanto del significado como de todos los objetos exclusivos del mundo del sujeto hablante [...] Para el sujeto lo único que crea, aunque él no lo sepa, es el significante [...] El significante del padre recibe por desplazamiento la función de la creación que es propia del significante. El significante tiene por función, no sólo causar la falta, sino

---

<sup>133</sup> Ibid, pp. 211 - 212.

también lo que Lacan definió como función creadora de la palabra”. Y esto lo hace muy claro: “se ha justificado que sea un significante el que tiene que poseer la función del padre; ahora bien ¿por qué recibe ese nombre? Porque sólo el significante puede ser padre, porque la creación sólo es del significante, ningún hombre puede crear nada sin dejarse sustituir por el significante”.<sup>134</sup>

Así, las maniobras freudianas para dar cuenta del padre en el “Tótem” y en el “Moisés” resultan secundarias para Lacan, en tanto que lo que interesa de esas construcciones, es la cuestión del padre en tanto «padre muerto», en tanto padre simbólico y padre del síntoma-goce, no sólo como padre asesinado, que ciertas corrientes psicoanalíticas aún sostienen, incurriendo así en el sueño neurótico de Freud y de todo sujeto.

#### **4. La «función paterna» en Lacan: las metamorfosis del padre**

Como hemos visto, la visión freudiana sobre el padre se articula en torno a los mitos de *Edipo*, *Tótem y Tabú* y *el Moisés*. Pero también hemos destacado que no se reduce simplemente a ello, evidentemente. La amplia y profunda construcción del edificio freudiano en sus distintos momentos, induce efectos sobre la conceptualización del padre que permiten apreciar el pasaje del padre en su dimensión fenoménica al padre en su función de estructura, en el plano simbólico. Esto lleva a plantear una disyunción necesaria: entre el genitor y su función simbólica. Así, en psicoanálisis el padre tiene una doble vertiente: a la vez fenoménica, el de la vida cotidiana en la familia, el papá, el “ata”, “aba”, etc. del

---

<sup>134</sup> Ibid, pp. 213 - 214. Porque más allá de las cercanías con que Lacan trabaja la función significante del padre y la concepción de Dios a través de su concepto Nombre-del-Padre, que nada tienen que ver con alguna filiación religiosa de Lacan, ¿acaso Dios no es en última instancia un significante también? “Dios es un puro significante al que se le asigna la función de creación” dice aquí Eidelsztein.

que nos habla Benveniste en su “Vocabulario de las Instituciones del Indoeuropeo”<sup>135</sup>, y el padre en sentido lógico, estructural como lo hemos venido destacando.

En el mito de “Tótem y Tabú”, como hemos comentado, Freud construye al padre de la horda, ese que supuestamente posee a todas las mujeres y que queda como el que excede a un goce fuera de la castración, como el padre Uno, del goce sin límites que se ubica fuera de la ley: que *ek-siste*. Es el padre de la neurosis. O como dijera Lacan en “Subversión”: “El padre deseado por el neurótico, es claramente, como se ve, el Padre muerto. Pero igualmente un Padre que fuese perfectamente dueño de su deseo, lo cual valdría otro tanto para el sujeto”.<sup>136</sup>

Podemos entonces ya distinguir la «función paterna», de la persona del mismo. Sin embargo es Lacan quien da al padre el rango de significante elevándolo a estatuto de concepto en su función lógica, esto es, como «Nombre-del-Padre» En el “Comentario del Seminario inexistente”, J-A Miller escribió al respecto:

“Así, el concepto de Nombre-del-padre en Lacan une al complejo de Edipo freudiano y al mito de Tótem y Tabú en la metáfora paterna. Se unen de manera muy elegante, el complejo de Edipo, el mito de Tótem y Tabú –en tanto introduce al padre como muerto-, y al complejo de castración. La fuerza de la metáfora paterna es la de unir estas tres vertientes de la enseñanza de Freud. A la vez, el Nombre-del-Padre es un elemento de la teoría general del nombre, en lingüística y en lógica matemática; forma parte de la teoría general del nombre propio”.<sup>137</sup>

---

<sup>135</sup> Benveniste, E., *Le vocabulaire des institutions Indoeuropéennes*, Paris, Les éditions de Minuit, 1969. Véase por ejemplo: L’importance du concept de paternité”, pp. 205 – 216.

<sup>136</sup> J. Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, En: *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987, p. 804.

<sup>137</sup> Miller, J.-A., “Comentario del Seminario inexistente”. *Desde Lacan Conferencias Porteñas*. Tomo 2, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 81.

El interés de Lacan sobre el padre está presente ya desde su trabajo sobre *La familia* en 1938. Pero de algún modo no es sino hasta 1952 durante su primer seminario sobre *El hombre de los Lobos* que aparece con mucha mayor importancia y especificidad. En su “momento durkheimiano” como gusta decir Zafiropoulos<sup>138</sup>, a partir de 1938 y hasta 1952 – 1953, Lacan sostiene las tesis de Durkheim sobre la ley de la contracción familiar como causante de la declinación de la imago paterna, la cual a su vez desencadenó, según Lacan mismo, “esas deficiencias de la estructuración subjetiva de las nuevas generaciones” y el nacimiento del psicoanálisis como un efecto de esa “crisis psicológica”.<sup>139</sup>

La teorización lacaniana sobre el padre representó una construcción compleja como se ve en la siguiente sinopsis:

“En Lacan, no es menos rica y variada la elaboración sobre el padre; desde su ausencia en sus primeros casos de psicosis femeninas hasta su construcción como función simbólica en el tratamiento posible de las mismas. En 1953, la función del padre se escribe todavía con minúsculas pero su intervención, en tanto que nombre, sostiene operativamente, desde entonces, el campo de lo simbólico. A finales de los cincuenta, el Nombre-del-Padre adopta (...) la función de gestar la metáfora y, por ende, lo movimientos de la cinética significativa. Después, a partir de 1973, los nudos permiten pensar dicha función del lado de la escritura topológica y abren las puertas a diversas posibilidades de suplencia”.<sup>140</sup>

La metáfora paterna y el Nombre-del-Padre, es la dimensión conceptual que diferencia a Lacan de Freud respecto de la estructura edípica. No es que Lacan deseche el Edipo, sencillamente toma el asunto desde otro lugar. Lacan nunca

---

138 Zafiropoulos, M. *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938 – 1953)*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

<sup>139</sup> Esto lo discutiremos más a fondo en el apartado que destinamos a la cuestión de la declinación del padre.

<sup>140</sup> Morales, H., “Introducción”, En: Morales, H. y Gerber, D. *Las suplencias del nombre del Padre*, México, Siglo Veintiuno, 1998, pp.11-12.

aceptó el mito de la horda primitiva, y tampoco nunca aceptó el Complejo de Edipo en sentido estricto como ya hemos comentado. Se puede localizar en el Lacan temprano ese intento por llevar al padre freudiano más allá del mito del Edipo, a partir de las dimensiones de lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real, que le permiten pensarlo a su vez en términos padre simbólico, padre imaginario y padre real, en lo que se aprecia ya una cierta pluralización del padre en sus funciones en sentido lógico no sólo existencial que formulará posteriormente. A final de cuentas, el padre será transformado conceptualmente en un *padre del nombre*, en su *función de nominación*, podría decirse esencial, como *sinthome*, que anuda los registros real, simbólico e imaginario: R-S-I. Esta nueva concepción tendrá implicaciones, reformulaciones sobre la teoría de las estructuras clínicas. Muy pronto en su enseñanza propuso la categoría de metáfora paterna, que no puede reducirse simplemente al Edipo freudiano y al “Tótem y Tabú”. Lo que Lacan toma de esto es el valor conceptual del concepto de goce. Freud construyó el Edipo tomando una parte del Edipo Rey de Sófocles en lo que concierne principalmente al asesinato del padre y al incesto – aunque Edipo “no lo sabía” -, porque para él reflejaba su propia situación. Luego llevó el Edipo de la clínica a la cuestión del origen de la sociedad. Así Freud traspuso la relación con el padre hacia el mito de la horda primitiva y de allí al parricidio.

Para Lacan el asunto del padre en psicoanálisis está determinado por esta maniobra de Freud. En tanto que no analizó su relación con el padre, dicha operación instituyó también un tipo de padre, no sólo en la teoría sino incluso en el movimiento psicoanalítico. Freud dejó incrustado en el psicoanálisis su propio “mito individual” podría decirse, de allí que haya muchos analistas que todavía se refieren de una manera bastante anecdótica y realmente poco discutida a los papás en las familia como jefes de la horda. “Lacan dice que Freud nunca llegó al punto de poder analizar el vínculo con su padre”<sup>141</sup>. Se dice que la condición de judío de Freud le impidió preguntarse adecuadamente qué es Dios, de igual modo su “autoanálisis” le impidió dar cuenta precisamente de la relación con su padre.

---

<sup>141</sup> Ver el Seminario *El padre en psicoanálisis* de A. Eidelztein ya citado, también el *Seminario “Los nombres del padre*, de A. Eidelztein, Psiconet, Inédito, 2003.

Sin embargo, la *metáfora paterna* es caso por caso, no se trata de una simple deducción desde la teoría de la horda primitiva. Incluso, en tanto un planteo estructural, como afirma Eidelsztein, no se debe ni se puede asimilar a ningún padre en sentido fenoménico con el jefe de la horda primitiva, aun cuando la doxa psicoanalítica y muchos analistas así lo creen.

La teoría del *Nombre-del-padre* responde a la cuestión del padre como significante sin tener que apelar necesariamente al recurso de la horda primitiva. La función paterna es un hecho de lenguaje. Es otro modo de tomar la cuestión del padre sin necesidad de presuponer el asesinato tal cual en un sentido histórico, antropológico, aunque sea mítico. Es más bien algo del orden de una función lógica, más que netamente empírica, por más que pareciese que existieran esos papás tipo “Tótem” metafóricamente hablando, que rayan en ese giro terrorífico y perverso del goce o la crueldad. Si bien se puede plantear la prohibición del incesto como un hecho de cultura, incluso de carácter “universal” siguiendo a Levi-Strauss, ello no permite afirmar que siempre y en todos los casos hay algo del orden del parricidio y del incesto como “realidad”. Lo hay en sentido lógico, estructural y ¡clínico!

Lacan habla del *Deseo de la madre*, pone a la madre de entrada, pero que está a su vez sujeta al falo, a la metáfora paterna y a la castración en su propia historia familiar. Lo que no significa necesariamente que esté desde el principio bajo la égida del deseo incestuoso. La metáfora paterna inscribe la prohibición y la sustitución del deseo materno. Lo que hace distinto a plantear de manera axiomática la horda primitiva, el parricidio y el deseo incestuoso, como fenómenos cuasi-filogenéticos. No se trata de filogenia sino de ontogenia. Es el operador paterno el que, en el mejor de los casos, inscribe dicha sustitución. El deseo en el sujeto tiene que ver en todo caso con desear ser el objeto de la madre. Y todo ello plantea otro posicionamiento teórico y práctico.

Esto para nosotros es central en tanto que concebimos a la función paterna desde ese ámbito. Diríamos que la función “esencial” de la *función paterna* desde esa

óptica, si pudiese reducirse así, es la de separación simbólica respecto de la madre, la castración simbólica y por tanto, un modo de acotar el goce en esa “díaada “imaginaria”. Imaginaria en sentido lacaniano claro está. Y justo por eso casi inquebrantable. Pues como hemos venido insistiendo, en tanto el padre es *no-todo* y tiene sus propias orientaciones a la “perversión”, además de toda la apertura a que la posmodernidad ofrece al goce, las vicisitudes frente a la castración se ponen a la orden del día. El Nombre-del-Padre se puede negar, desmentir, forcluir y ¡hasta traicionar!, como Judas.<sup>142</sup>

Como sabemos, el padre está de entrada como rival en el Edipo, es un axioma en Freud. En Lacan no necesariamente. El padre es también un “pacificador” de la angustia del hijo frente a la madre. En Freud el padre es identificado al vínculo con el superyó, lo que lo convierte en el polo terrorífico, angustiante. En Lacan el lado angustiante está en la madre. Aquí se finca de algún modo buena parte de la teoría de la angustia desde Lacan. Es lo que hemos empezado a plantear y que en los casos se ve con mucha claridad. Cuando el padre no se erige en ese lugar el hijo queda atrapado a las redes angustiantes de la madre.

Es interesante el análisis hecho por Benveniste<sup>143</sup> acerca de la noción de paternidad en el *indoeuropeo*, donde plantea que el padre no se refiere en absoluto a una persona de carne y hueso, sino que es un nombre al que de hecho convendría llamar “nombre del padre”. Y esto está basado en su análisis de las lenguas del indoeuropeo. Allí está la designación al *atta*, para referirse al padre como *papá*, el de “la realidad”. Y ya allí, el “papi”, el “papito”, el “daddy”, incluso el “da(n)dy” que existe en nuestra lengua y que encuentra sus ejemplares en la fenomenología paterna.

Justamente el modo en que Lacan tomó la cuestión del *Nombre-del-Padre* como *significante*, le permitió llevar las cosas a otros terrenos. Ese es el sesgo que nosotros le hemos querido imprimir a todo nuestro abordaje teórico y empírico: la

---

<sup>142</sup> Comentario de Hans Saettele.

<sup>143</sup> Benveniste, E. *Le vocabulaire des institutions Indoeuropéennes*, op. cit.

paternidad como *metáfora*, en su función simbólica. Pero llevada hasta su extremo teórico sería, el padre como nombre, nombre del sinthome, reparación que anuda las dimensiones de la subjetividad.

Desde otra arista, la función paterna atañe a su función de autoridad. Cosa que también se encuentra ya en las lenguas del indoeuropeo como Benveniste demuestra. Es el “quiasma” del que habla Saettele, que anuda en el padre varias dimensiones.

No obstante todo ese alegato que pareciera echar por tierra el planteo freudiano respecto del “asesinato primordial” y el Edipo, hay allí algo que se desliza y es precisamente lo que a Lacan le permite destacar la cuestión del padre como algo del orden simbólico. Tiene que ver con “ubicar el lugar lógico que ocupa este asesinato del padre primitivo en tanto mito”<sup>144</sup>. En efecto, no es sólo un asunto que tiene que ver con la verdad histórica, sino en todo caso con la naturaleza del mito en tanto formación simbólica con toda su eficacia como lo mostró Levi–Strauss. Si bien si el parricidio es un supuesto, su naturaleza simbólica de mito es fundante, es estructurante de la subjetividad colectiva. Visto de ese modo, “el mito freudiano se revela como el elemento narrativo, es decir discursivo, último, que funciona como condición de posibilidad de la deificación del padre y de toda pretensión de hablar en su nombre y también del retorno de padre en tanto figura originaria de todos los Dioses”.<sup>145</sup> Como afirma también Saettele siguiendo a Freud: “Sólo el padre muerto puede devenir Dios, padre simbólico y origen absoluto. Dios no es otra cosa que la reencarnación, en un proceso de aleación, del padre asesinado. El texto sagrado, la voz de Dios, la escritura en tanto funda alguna ley, surge en este punto. El texto sagrado ocupará el lugar vacío [vacío en lo real] del padre asesinado”.<sup>146</sup>

---

<sup>144</sup> Saettele, op. cit., p. 228.

<sup>145</sup> Ibid., pp. 228 – 229.

<sup>146</sup> Ibid.



Por su parte Norberto Rabinovitch plantea que el mito:

“releva la necesidad de Freud, al hipotetizar un origen de la ley, de postular la existencia de un determinante que, por situarse fuera de las coordenadas de la realidad histórica, resulta imposible de conocer. Urwater cierra un real de la estructura del sujeto. En segundo lugar, dicho referente real describe en el origen una ensambladura entre la ley y el goce. Finalmente el mito responde a la exigencia de formular en el punto de partida la función lógica del Uno de la excepción. Existió al menos uno que no estaba atado a la ley que imponía al conjunto”.<sup>147</sup>

Es lo que Lacan tomará para formular su propio planteamiento sobre el padre como “*Padre Real, fundamento de la función del padre*”<sup>148</sup>, como veremos.

### **El Nombre-del-Padre**

En este apartado mostraremos los diversos momentos del recorrido de Lacan en torno al padre, para apreciar no sólo su densidad conceptual sino su pertinencia social y clínica para el estudio de la familia y de la cultura, como el mismo Freud adelantara. Las frases de entrada las hemos tomado de relatos y que nos sirven para mostrar los *nombres del padre*, las *suplencias*, los “valores diferenciales”, en su *singularidad*, para desligarnos de toda tipología o clasificación psicosocial o psiquiátrica, que eliminan toda posibilidad de pensar la función paterna en su especificidad. Son algunas de las frases recopiladas que recopilamos. Cada una representa un *nombre del padre* en tanto *nombres del Nombre-del-padre*. Ninguna puede representar al “Padre”, al Nombre-del-Padre, al Gran Otro no tachado s(A)

---

<sup>147</sup> Rabinovitch, N., *El Nombre del Padre, Articulación entre la letra, la ley el goce*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 2005, p. 133. Subrayados del autor. *Real* en el sentido de Lacan, como agujero de lo simbólico en lo real, de la estructura del sujeto.

<sup>148</sup> Ibid. p. 134. Subrayado nuestro para destacar que se trata, en última instancia, del padre real, como padre de la *pereversion* y del *sinthome*.

como valor *absoluto* del Otro, que no existe, en tanto está atravesado por el goce. Representa una versión singular. En ese sentido, ¿qué valor estructural simbólico “sinthomal” tuvieron o tienen este tipo de *valores diferenciales* paternos como inscripciones del padre sobre los hijos?

“Es que lo único que tengo de mi padre es su nombre, es lo único que me dio”. Así refirió la historia y la “relación” con su padre, una jovencita, que fue abandonada por él -junto a su madre- cuando apenas tenía un par de meses. En esa frase se aprecia la función de nominación del padre como *nombrante* y como *padre del nombre*. Función necesaria pero no suficiente en cuanto que es necesario que alguien se juegue en la función en la realidad. Este “al menos” del nombre del padre le permitió diferenciarse en cierto sentido y tener un cierto lugar en la filiación. Aunque no se puede asimilar el patronímico al Nombre-del-Padre, en cierto modo lo refleja, como significante, en una función “mínima” pero esencial, de *nominación*. El nombre que viene del padre asigna un lugar para el hijo, una ubicación en la cadena generacional que lo coloca en un determinado punto – como nieto, hijo, sobrino, etc.- que evita que el sujeto se confunda con otros lugares y posiciones generacionales al interior de la familia. Y esto no es secundario, es esencial porque coadyuva a que el sujeto no quede atrapado necesariamente en las fauces de las abuelas y abuelos y demás familiares, e impide otras consecuencias. Como afirma Porge, “Si bien no corresponde identificar el Nombre-del Padre con el nombre propio del padre, ambas problemáticas no son ajenas, ni mucho menos”.<sup>149</sup> “Esta es la razón por la que los términos simbólico, imaginario y real designan, más allá de los modos de relación con el padre que pueden instaurarse, nombres del padre”.<sup>150</sup> Esto es, más allá de la relación existencial con el padre, la posibilidad de instauración, o no, de la compleja estructura que es correlativa al Nombre-del-Padre.

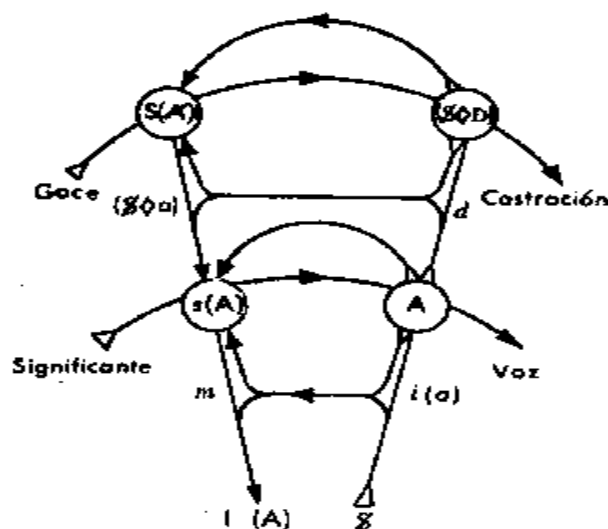
La construcción teórica propiamente dicha del Nombre-del-Padre implicó un complejo y extenso programa de trabajo por parte de Lacan a lo largo de su

---

<sup>149</sup> Porge, E. Los Nombres del Padre, op. cit. p. 10

<sup>150</sup> Lacan, J. RSI, op. cit., 11 de marzo de 1975.

enseñanza, no de manera evolutiva sino como un *work in progress* a través de avances y replanteos subsecuentes. Como comenta Jean Claude Maleval, desde la elaboración del *grafo del deseo* Lacan ya daba cuenta de ese recorrido y de un giro importante en la medida en que el Otro ya aparece también como tachado: “La construcción del grafo (...) marcó un giro decisivo en cuanto a la concepción del Nombre-del-Padre, correlativo del descubrimiento de una hiancia en el campo del Otro. Dicha hiancia se revela gracias a un paso desde el Otro de la palabra, surgido de la dialéctica hegeliana, hasta el Otro del significante, fundado en las elaboraciones de la lingüística”.<sup>151</sup> Como se ve en el mismo *Grafo del deseo*<sup>152</sup>, el Otro (“Autre”: A) aparece en un primer momento, en el “primer piso”, como “A” y como  $s(A)$ , sin tachadura, “como todo simbólico”, representando al lenguaje, “universal”. Era el momento de lo simbólico en la teoría de Lacan. Gradualmente irá accediendo teóricamente a esa nueva concepción, como significante del Otro tachado  $s(A)$ , que le permitirá repensar el edificio simbólico, al padre y en última instancia al discurso del psicoanálisis desde una perspectiva cualitativamente distinta, hasta arribar a una postura radical de lo real y del goce.



<sup>151</sup> Maleval, J., *La forclusión del Nombre del Padre: el concepto y su clínica*, Buenos Aires, Paidós, 2002, pág. 87.

<sup>152</sup> Lacan, J., “Grafo del deseo”, en: *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. Escritos 2*, México, Siglo XXI Editores, 1988, p. 797.

En una mirada de conjunto de metamorfosis del padre en Lacan, podemos visualizar diversas “fases” o momentos que irían, a grandes rasgos: del Nombre-del-Padre como Otro:  $s(A)$ , al padre como Otro en falta  $s(\bar{A})$ ; de allí el paso siguiente fue pensarlo en plural, como *nombres del padre*, con minúsculas y en singular, en tanto no-todo y en la medida en que no hay sino padres en singular, pues “no hay padre que esté a la altura del padre simbólico”. Esa pluralización permitió pensarlo en sus *versiones*, y ya allí como *pèreversion* y desde la *nominación* que se introducen en el *Seminario RS*”, para arribar al final de la enseñanza de Lacan a la clínica “borromea” en donde el padre anuda como síntoma o propicia una formación “sintomal” que le permite al sujeto metaforizar el deseo fantasmático que lo habita.

A lo largo de nuestro trabajo hemos ido delineando -y reiterando en ¡no pocas ocasiones!- esta metamorfosis de la construcción teórica del padre. En ésta ocasión tomaremos el pretexto para ir haciendo algunos bocetos de estas versiones. El texto “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” da cuenta de ese primer momento del padre como Otro, que:

“introduce al significante Nombre-del-Padre, como el operador simbólico principal en la metáfora paterna. Este significante es presentado como correlato de un Otro consistente, [no barrado], lo que se aprecia cuando afirma: el Nombre-del-Padre es el significante del Otro de la ley en el conjunto del Otro significante. Asistimos aquí de hecho a la formulación de la existencia de Otro del Otro”.<sup>153</sup>

En ese momento, el Nombre-del-Padre es pensado como la ley, el “Otro”: “el de la ley”. Incluso como el Otro de la ley para la madre, y que en la *metáfora paterna* el *padre simbólico* operaría el corte a partir del padre real –de la castración-, como separación del niño respecto del Deseo de la Madre. Como el Otro de la ley ¡para la madre! Visto a posteriori no podemos sino sorprendernos de una lectura tan

---

<sup>153</sup> Portillo, R., “Las metamorfosis del padre”, *Revista Electrónica de la Nueva Escuela Lacaniana. Bitácora Lacaniana, El Psicoanálisis hoy*. Nº 1 – Mayo 2006.

sutil, sí, pero ingenua respecto de lo femenino, del goce femenino, que no se ajusta a la lógica fálica de lo masculino. Como se dice en uno de nuestros relatos: “es que las mujeres hacen lo que quieren, pueden atravesar y derribar paredes, se brincan todo, consiguen lo que quieren”. Vaya lógica masculina acerca del goce de la mujer. Qué concepción verdaderamente alejada de la clínica y de la realidad familiar, pues es casi una especie de universal el hecho de que la madre no se canse de “hacer suyo” al niño(a), de cerrar el paso al padre, de sacar a este de la jugada. Y eso se puede ilustrar con relatos y frases de nuestras entrevistas que presentamos extensamente en la “zoología fantasmática del padre”. Como en esas de padres que nosotros llamamos “desterrados” -no “ausentes”- porque las madres los arrojaron literalmente de las casas impidiéndoles todo acceso. El efecto de esa posición excluyente de la esposa no deja de producir consecuencias graves en los hijos.

Como Lacan hace ver: “asistimos a una desmitificación sistemática del Padre como ideal o como universal que conduce a considerarlo cada vez más en función de la causa sexual: es él quien la instala y quien instauro su representación en el campo del significante”.<sup>154</sup> Esto significa que Lacan arribó, como también destaca Maleval, a una formulación en la que se plantea una especie de caída <sup>155</sup> del “significante de la Ley que se convierte en un elemento de *de-sentido*<sup>156</sup> que realza y domestica la presencia de una falta en el Otro. <sup>157</sup>

---

<sup>154</sup> Citado por Maleval, op. cit. p. 141.

<sup>155</sup> O podríamos acaso decir, recaída, ya que habremos de recordar que las tesis iniciales propuestas en *La familia* planteaban de entrada una degradación o declinación del padre.

<sup>156</sup> El traductor recupera aquí la homofonía entre de-sentido (de-sens) y decencia (décence) que Lacan puso de relieve en su momento. A nuestro modo de ver, el neologismo apuntaría entonces a lo que en otro momento llamará la *pereversion*, en términos de caída de la decencia, falta de decencia: Así tenemos por un lado la acepción concerniente al sentido como caída del sentido: falta de sentido. Y por otro, la acepción de la caída de la decencia como falta de decencia. ¡Falta de decencia del sentido!

<sup>157</sup> Maleval, op. cit. pág. 141.

Sorprendentes formulaciones sobre el padre como “real” en la realidad edípica, es decir en tanto imposible en su función de operador de la castración. No todo el goce “cae” bajo el imperio de la castración. Ni para el varón y mucho menos para la mujer en tanto *no-toda* respecto a la lógica fálica masculina.

El Nombre-del-Padre sufrió una gran reformulación casi antinómica al final de la enseñanza de Lacan. No debiéramos escandalizarnos por ello sino pensar su construcción gradual. Desde su lugar como elemento incondicionado, como último punto del sostenimiento del edificio simbólico, del lenguaje y del inconsciente, hasta convertirse en un elemento circunstancial, una suplencia (Miller). Porque el Nombre-del-Padre puede operar en la medida en que hay alguien que lo encarnase, esto es, el *padre real*, que “haga modelo de su función” (Lacan, RSI), pero ahí el problema en la medida en que ese padre hace modelo de su función en tanto “*pereversement orientée*” (Lacan, RSI), que hace síntoma, es síntoma y donde entonces la castración simbólica ya no sería absoluta, pues queda siempre, en términos de Freud, la “roca de la castración”, un agujero irreductible, un límite de imposibilidad.

No podríamos dar por “concluida” la semblanza que hemos hecho sobre el Nombre-del-Padre, pues este constituye en buena medida el *núcleo* y el punto de partida de la teoría del padre en Lacan. Ello merecería un desarrollo mucho más amplio, pero, no podemos detenernos más a detallar más las dificultades de su construcción y las diversas polémicas y articulaciones que sigue suscitando en el discurso psicoanalítico. Trajimos sólo algunas para dar un panorama grosso modo.

Roberto Mazzuca trae a colación la problemática relativa a la articulación del Nombre-del-Padre con el sinthome. Escribe: “[...] Lacan entrega el sentido de su uso, en referencia al Nombre del Padre, como cuarto que enlaza lo simbólico, lo imaginario y lo real [...] Así, agrega Lacan: lo que atañe al Nombre del padre [...]

hoy lo recubro con lo que conviene llamar el *sinthome*”<sup>158</sup>. El síntoma recubre las dimensiones intentando resolver sus aporías. La imposibilidad de la equivalencia de los registros, indujo la necesidad de reconocerlo como modo de solución. El padre hace síntoma y es síntoma frente a la dificultad de sostener sus funciones en los diferentes registros. El Nombre-del-Padre hace síntoma porque se requiere de la intervención de los demás nombres del padre. Sobre esto resume Mazzuca:

“Por lo tanto, el Nombre del Padre puede operar y por lo tanto mantener a los tres registros anudados en la medida que hay alguien que encarna, hace modelo de la función, y es aquél que nombre, en este sentido las cosas parecen depender mucho más de la contingencia que antes, cuando había supremacía de lo simbólico, tiene que estar actuando un padre real para que el nudo pueda producirse; por eso para Joyce habla de *verwerfung* de hecho, *de hecho* en este punto es lo real, y creo que en este sentido hablamos de una nueva orientación de lo real, porque parece que para que lo simbólico pueda tener su eficacia, en lo real se tienen que dar las condiciones de posibilidad”.<sup>159</sup>

Se trata finalmente de una nueva orientación de lo *real* y del *padre real*, el cual si bien no pierde su orientación inicial, se complejiza por las transformaciones de la categoría de *real*. El síntoma enlaza en lo real las dimensiones de lo simbólico-real-imaginario. Lo imposible del padre es lo real del síntoma que anuda. Otra de las dificultades conceptuales que acarrea la construcción y el uso de la categoría Nombre-del-Padre, es aquella que generó la confusión alrededor del recubrimiento entre padre simbólico y Nombre-del-padre. Dice por ejemplo Lacan en el *Seminario Las formaciones del inconsciente*, “La posición del Nombre del padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico”.<sup>160</sup> En efecto, el Nombre-del -Padre debe ser ubicado a nivel del

---

<sup>158</sup> Mazzuca, R., “El primer concepto de *sinthome*”, En: Laurent, E, Brodsky, G. y otros. *Coloquio – Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan El sinthome*, Buenos Aires, EOL – Grama, 2007, p.29.

<sup>159</sup> Ibid, p.23.

<sup>160</sup> Lacan, J., *Las formaciones del inconsciente*, op. cit., p.187.

significante, en la dimensión simbólica, pero no se reduce a ello. Tan es así que se plantea con insistencia que el Nombre del padre es “una necesidad del orden significante”, esto es, que está en el origen del lenguaje. Lo cual sería una reducción si se lo fijara a la pura procreación en sentido biológico. El padre simbólico puede ser situado a nivel del Edipo, en la estructura simbólica de la metáfora paterna, como necesidad lógica y a final de cuentas como un representante del Nombre-del-Padre en ese espacio. Este último tiene connotaciones mucho más amplias como acabamos de mostrar. Estas sustituciones son también comentadas por Porge:

“[...] ¿el Nombre-del-Padre se resume en la articulación de padre real, padre imaginario, padre simbólico? ¿Nombre-del-Padre es equivalente a “padre simbólico”? Y en caso afirmativo ¿por qué conservar dos términos distintos? [...] La singularidad del término Nombre-del-Padre resistirá al movimiento constante de la reabsorción de la función paterna en su determinación por lo real, lo simbólico y lo imaginario y a la liberación de estas tres dimensiones”.<sup>161</sup>

El significante Nombre-del-Padre pues, no se reduce tampoco a su dimensión en el ámbito de la metáfora paterna, tiene orígenes y consecuencias más amplias. Lacan tampoco lo circunscribe al *Tótem y Tabú* en términos de una potencia “falófora” que gozara de todas las mujeres. Lacan toma el término Nombre-del-Padre de la tradición para insertarlo a través del padre simbólico (y del padre real quien sería el que lo encarnaría en la familia) en la estructura edípica, pero no para la cuestión del origen. Para Freud, Dios es una figura construida a partir del asesinato del padre primitivo. Pero para Lacan dicha categoría está más cerca del sentido simbólico. Lo desexualiza y lo introduce más cerca del Nombre de Dios que el padre de la horda que está en la línea “falófora”. Lo acerca más al mundo, a la civilización, en tanto simbólico, que al mito o incluso a lo religioso. Lacan humaniza al Nombre-del-Padre, lo hace mundano. En ese sentido afirma Porge, Lacan “enlaza la noción de padre a la civilización más que a la religión

---

<sup>161</sup> Porge, *Los Nombres del Padre*, op. cit., pp. 30 – 31.



propriadamente dicha". Norberto Rabinovitch aborda con detalle las articulaciones conceptuales del Nombre del Padre con otras categorías del discurso analítico, que por razones de gran especificidad no podremos abordar en una revisión general como la que tenemos que hacer aquí.<sup>162</sup>

### **La tesis de la “declinación del padre”**

La elaboración Freud-Lacan Lacan que venimos trabajando permite preguntarse en qué medida la tesis sociológica de la “declinación del padre” es demasiado general como para dar cuenta de los intrincados fenómenos de la familia y el sujeto en relación con la función paterna. También, permite cuestionar en qué medida la afirmación psicologista de la “ausencia del padre” permite aprehender esas complejas problemáticas. El edificio analítico no puede reducirse a explicaciones que aluden a movimientos socio-históricos más no a la naturaleza de lo psíquico que allí tiene lugar. No es que sea errónea en su apreciación. Es un hecho que asistimos en nuestra época a esa declinación, incluso a eso que se ha llamado la “el padre humillado”. El problema es que dicha tesis se ha abordado principalmente desde un esquema que privilegia el análisis social, así como desde una mirada ingenua de tipo psicológico, desde las que la cuestión del sujeto como *sujeto al goce* (Lacan) ha sido escamoteada, y se incurre en un paradigma causalista–ambientalista donde aquél es visualizado como mero efecto de las estructuras y las circunstancias y no como un sujeto del síntoma, que goza con ello en tanto el “inconsciente es el discurso del Otro”, como sujeto al goce.

Hemos tomado la vía de la categoría de *función paterna* y los planteos de la “caída del significante de la Ley” de Lacan, para mostrar sus articulaciones y fuertes implicaciones en la constitución del sujeto y de la vida familiar para diferenciarla de la *tesis de la declinación del padre*.

---

<sup>162</sup> Rabinovitch, op.cit., p. 35.

Pierre Legendre y Jean-Pierre Lebrun, si bien parten de Freud y Lacan, reducen la explicación de diversos fenómenos sociales a los descalabros de la figura del padre. Este planteamiento si bien no es incorrecto en lo general, es reduccionista y causalista en la medida que la compleja realidad social e histórica no puede reabsorberse en la analogía de la caída. Y de ahí a las posiciones moralizantes e incluso ideológico-políticas que justifican en buena medida el retorno del autoritarismo y del discurso de la promesa y la mentira del padre omnipotente quizá no haya mucho trecho. Estaría por verse. Y como nuestro interés no es fusionar el psicoanálisis con el discurso sociológico, y dado que el psicoanálisis es pésimo “acompañante” (Miller) de esas disciplinas, nos atenemos a lo nuestro, pues en ese camino encontraríamos aporías irreductibles en torno al sujeto del inconsciente y del goce.

La cuestión de una trillada declinación del padre en la actualidad, se puede abordar desde la lógica que Freud construyó alrededor del *padre muerto*, del *Tótem y Tabú* que hemos comentado anteriormente, así como desde la lógica en torno del Nombre-del-Padre que Lacan fue elaborando desde aquél. Como decíamos atrás, el Nombre-del-Padre remite al padre muerto. Sí. Pero siempre lo ha estado, si seguimos en ello a Freud o si nos quedamos con el Nombre-del-Padre como significante de la falta en el Otro. Dice Lacan en 1958 en el *Seminario 5*: “El padre muerto es el Nombre del padre”.<sup>163</sup>

El Nombre-del-Padre, en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” de 1957, era formulado como: “significante que en el Otro en tanto lugar del significante, es el significante del Otro en tanto que lugar de la ley”, es el significante de la falta en el Otro: S de *A-tachada*<sup>164</sup>, que indica la carencia, la incompletud del Otro. En ese sentido, el Nombre-del-Padre representa tanto una suplencia de la falta en el Otro, a la vez que la designa, la nombra. Y como decíamos en el apartado anterior, es una suerte de operador común de la ley y del goce que puede tomarse desde varias vías.

---

<sup>163</sup> Lacan, J., *Las formaciones del inconsciente*, op. cit., p. 150.

<sup>164</sup> A: Autre en francés. O de Otro en español. S (A)

Sobre esto Maleval escribió:

“Todo aquel que pretenda erigir la ley se sostiene únicamente en una impostura. Está justificado considerar S de A-tachada S ( $\bar{A}$ ) como un matema del Nombre del Padre, en la medida en que el orden simbólico demuestra estar articulado alrededor de un agujero. Esta escritura lo hace aparecer claramente como “segundo con respecto a la falta del Otro, de la cual no es más que el adorno, incluso la gala significativa”.<sup>165</sup>

Así, desde siempre, el Nombre del Padre es significativo *de* la suplencia del Otro, al mismo tiempo que su suplencia misma. Por ello la función paterna, la paternidad, está asociada “por sí sola” al agujero, a la inconsistencia. Por eso si el padre siempre ha estado muerto en tanto simbólico, no vemos porqué de ello habría que hablar de una declinación. La caída ha sido sempiterna. El Nombre-del-Padre al ser significativo de una carencia, es en sí un significativo, “adorno”, *suplencia*, *semblante*, mascarada simbólica, inconsistencia: Otro tachado. Es lo que hemos venido planteando.

Aunque a partir de los años cincuenta Lacan haya “trascendido” la dimensión imaginaria del padre introduciendo su dimensión simbólica a través del Nombre-del-Padre, la verdad es que éste nunca estará a su altura, de allí su imposibilidad. El momento simbólico o estructuralista de Lacan dio paso a una formalización lógica. Sobre este carácter “degradado” del padre, dice Porge:

“En cuanto al término Nombre-del-Padre, se introduce en este juego de relaciones de una manera que entraña curiosamente un ligero matiz de **devaluación**, apareciendo como un **producto degradado** del padre simbólico. [Y citando a Lacan en el Hombre de los Lobos, Porge continúa:] El (el hombre de los lobos) nunca tuvo un padre que simbolizara y encarnara al padre, en su lugar le dieron el Nombre-del-Padre”.<sup>166</sup>

---

<sup>165</sup> Maleval, op. cit. p. 91.

<sup>166</sup> Porge, E., Los nombres del padre, op. cit., p. 26. Subrayado nuestro.

Y más adelante vuelve el autor al asunto:

“[...] el Nombre-del-Padre representa un nivel inferior de la función simbólica, una suerte de “en el peor de los casos” [como sugiere el epígrafe que citamos de la alusión de nuestra paciente a su padre]: “La asunción de la función del padre supone una relación simbólica simple donde lo simbólico recubriría plenamente lo real. El padre tendría que ser no sólo el nombre-del-padre, sino representar en toda su plenitud el valor simbólico cristalizado en su función.” La conquista de una dimensión simbólica “plena” por parte del Nombre-del-Padre planteará después la cuestión de su articulación con lo simbólico, y **cabe preguntarse si el Nombre-del-Padre no quedará marcado para siempre por esta devaluación primitiva**”.<sup>167</sup>.

“Devaluación primitiva” del padre desde el origen en el sentido de que el padre simbólico siempre ha estado muerto y, lo que tenemos de él, lo que heredamos de eso es su falta, su agujero, su inconsistencia de Otro absoluto, puro significante, significante puro, significante vacío: Nombre-del-Padre. Devaluación constitutiva de la función paterna. Y aunque quiere hacer las veces de la sustitución metafórica del *Deseo de la Madre*, se queda a medio camino.

Sin embargo, aunque se quede a medio camino, la relativa o precaria sustitución significante de la madre por el Nombre-del-Padre, permite al sujeto y también a la madre separarse del atrapamiento gozante especular. Ir “más allá del Edipo”, ir “más allá de la Madre”. Inscripción de la ley en la relación con la madre y el niño por la introducción del significante que regula el goce bajo el peso de la prohibición, la privación, la frustración y la castración. Y ello no es tan sólo metafórico en sentido débil, tiene también su expresión real. Lo confirma la experiencia cuando se escucha la angustia del sujeto para verse a sí mismo separado del Otro materno.<sup>168</sup>

---

<sup>167</sup> Ibid, pág. 29. Subrayado nuestro.

<sup>168</sup> Como puede verse en una mujer adulta en nuestras entrevistas, quien durante muchos años no pudo mirarse frente al espejo -literal-, porque sólo se podía mirar a través de la mirada de la madre con quien había

¿Y el padre de la familia, el padre de la realidad, el padre “real”? El padre real nunca está a la altura, como lo dice el mismo Lacan: “El padre es siempre, por algún lado, un padre discordante con respecto a su función, un padre carente [...] hay siempre una discordancia extremadamente neta entre lo que es percibido por el sujeto sobre el plano de lo real y la función simbólica”.<sup>169</sup>

Si el padre real no está a la altura del padre simbólico y éste es el padre muerto, lo que nos queda es un puro nombre, el del Nombre-del-Padre que ya en sí señala la incompletud: es del orden significante y es en sí incompletud en tanto remite a la incompletud del Otro. Como escribe Genevieve Morel:

“[...] el niño debe necesariamente separarse de su madre para sobrevivir psíquicamente. Pero esta sustracción a la “ley de la madre” no se realiza siempre bajo el modelo del Edipo freudiano. En ciertos casos de psicosis pero también de neurosis, un síntoma es el agente de esta separación y se emparenta con lo que Lacan, reviniendo a los primeros años de su enseñanza sobre su teoría del Nombre del padre de 1958, llamó el *sinthome* [...] el síntoma es un saber-hacer con la repetición; constituye una respuesta a la nominación equívoca del goce del niño por parte de la madre; funciona como separación; implica la reinención de una nueva relación al Otro; es finalmente, una creación [...]”.<sup>170</sup>

---

quedado atrapada y paralizada en su deseo, en su constitución femenina. Y donde el padre no estuvo a la altura para instaurar algo. Esa mujer no pudo ir más allá de la madre. Sus “relaciones amorosas” si así pudiese decirse, e incluso sus relaciones sociales, siempre han estado matizadas por esa agresividad especular, por su desconfianza, por su atrapamiento en las redes del Otro por lo cual no llega a establecer relaciones con el otro sexo. El padre no pudo “meter el palo en la boca del cocodrilo” (Lacan, *Seminario Las formaciones del Inconsciente*, ya citado).

<sup>169</sup> Lacan, J., “El mito individual del neurótico”, *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1985, p. 37.

<sup>170</sup> Morel, G., op. cit. pp. 12 – 13. Por ejemplo el caso de una familia, donde el padre era una especie de libertino y donde la madre quedó atrapada en un gran sufrimiento psíquico permanente. Los tres hijos ahora ya adultos, son engañados por sus “partenaires” sucesivos y adolecen de grandes síntomas alrededor del síntoma –goce- materno, en tanto el padre no pudo desatraparlos de ese goce materno, habida cuenta de su

### **Del Nombre-del-Padre al “más allá del padre”**

Lacan llevó las consecuencias del significante Nombre-del-Padre a un “más allá del Edipo” freudiano. Al psicoanálisis “menos el deseo de Freud”. A un “más allá de Freud”, dice Jacques-Alain Miller:

“¿Ya llegó el psicoanálisis más allá del padre? Frecuentemente se ha reducido la enseñanza de Lacan a un «aporte», y ese aporte se lo redujo en ocasiones a la teoría del «Nombre del Padre» [...] Pero muchas veces se desconoció [como la mirada feminista radical, por ejemplo] el recorrido que llevó a Lacan a derribar el ídolo que se le imputaba haber elevado, y fueron necesarios los dichos más explícitos, más explicativos, de sus últimos seminarios de los años 70 para que se aceptara percibir un cuestionamiento efectivo, sin embargo, desde 1963 por lo menos [desde el Seminario de los “Nombres del padre” en su ‘única clase’], cuando la facticidad del destino de Lacan en el psicoanálisis lo condujo a designar como tal el deseo de Freud, a fin de *extraerlo* –ese deseo de Freud- del psicoanálisis, en la medida de lo posible. Eso que desde entonces llamamos entre nosotros el «discurso analítico» es el psicoanálisis más allá del Edipo, dicho de otro modo, el psicoanálisis *menos* el deseo de Freud”.<sup>171</sup>

El mismo Lacan en su única clase del 20 de noviembre de 1963 del *Seminario Los nombres del padre* que no se dictó afirma:

“En el fundamento mismo de la tradición eclesiástica él [Freud] nos permite trazar la bifurcación de un camino que va mucho más allá, infinitamente más profundo, más estructural, que el límite que planteó con el mito del asesinato del padre [...] Freud coloca en el centro de su doctrina el mito del

---

“*pereversion*” en lo real del padre, que en este caso se acercó más a lo estructural que a un modo neurótico de gozar.

<sup>171</sup> Miller, J.-A., Breve Introducción al Más Allá del Edipo”, op. cit., p. 18.

padre, claramente debido a la inevitabilidad de esta pregunta. Resulta igualmente claro que si hoy nos parece que la teoría y la praxis del psicoanálisis están detenidas, es por no haber osado ir más lejos que Freud sobre esta pregunta”.<sup>172</sup>

Se trata de ir “más allá del padre”, de “servirse de él”, no quedarse con una lectura sesgada que por simplista le imputa una especie de enaltecimiento del hombre, del padre. Y en Lacan se encuentran infinidad de planteos desde el inicio de sus seminarios de finales de los años 50, donde al hablar del *padre simbólico*, del *padre real* y del *padre imaginario*, está planteando algo “más allá del padre”. Incluso el *padre real* como concepto no se refiere estrictamente al padre de la realidad familiar cotidiana sino a una función.

Insistimos junto con Miller: “¿No es decir que la ley no es culpable, ni tampoco el sujeto, pero sí que la ley es artificial, como sus juristas, que la castración no procede del padre [del padre de la realidad podríamos añadir] sino del lenguaje, que ella traduce en forma dramática la pérdida de goce que afecta al sujeto en tanto que es sujeto del lenguaje?”.<sup>173</sup> El planteo es central en tanto “se trata del padre no de él” en tanto “persona”, “papá”. Pero al mismo tiempo, un real responde por esas funciones – ficciones. ¿Pero cómo designar ese real? Lacan irá mucho más allá, al formalizarlo cada vez más para arribar a dar cuenta del *sinthome* como real. Y en el camino formalizará también el *objeto a* minúscula, y avanzar en el planteo lógico y topológico acerca de cómo cercar ese real.

Se trata de servirse del padre, subirse a los hombros del padre si se quiere, para no quedarse en el sacrificio y en su enaltecimiento imaginario, en una identificación al goce. Dice Miller:

---

<sup>172</sup> Lacan, J., Los nombres del padre, op. cit. pp. 75 – 76; 84.

<sup>173</sup> Miller, ibid. p. 19. De sus versiones, de sus paradojas, de las comedias del padre: de “comme-est-dit”, como hemos venido afirmando.

“La función del Nombre del Padre responde a un uso práctico. La apuesta de un psicoanálisis más allá del Edipo no es menos práctica. Cómo no reconocer la presencia, la incidencia, la virulencia, de los nombres del padre [esto es en última instancia de cada uno], los semblantes del padre. ¿Cómo no responder al semblante del padre con el semblante de ser un incauto?”<sup>174</sup>

Nombre-del-Padre como significante y en última instancia como semblante de lo real. De ahí los *nombres del padre* en tanto la *virulencia* del padre, de cada uno, pues todos y cada uno no son más que incautos, aunque crean y se crean ser lo contrario. Es la ridiculez del padre y del amo. Hacerse pasar por amos, por jefes, carismáticos o no. Tenemos datos de semejantes virulencias de infatuación, de hacerse pasar por no-incautos, soberanos, amos “mono-pólicos”, “sumos sacerdotes”, ¡incorruptos e incorruptibles!, ejemplos de la “pèrefection” (Fierens).

Ahora bien, servirse del padre, no es, como en la histeria, apropiarse de los síntomas del padre, amarlos al amarlo a él, identificarse al padre imaginario, idealizado, incluso ya porque sufre, ya porque goza. Ello “no implica rendirle culto”, ni en la vida cotidiana, ¡ni en la clínica psicoanalítica ni en la teoría! Implica “arreglárselas sin él”. Pues la metáfora del padre fracasa. La metáfora paterna fracasa por insuficiente para acabar con el goce, porque el padre está también barrado, dividido por el lenguaje, en tanto sujeto de deseo y sujeto al goce. Los no-incautos yerran, dice Lacan. El Otro no existe.

Como dice Lacan en *De los Nombres del Padre*:

“el *a* [*objeto a* como lugar de goce; etc.] del Otro es, en suma, el único testigo de que el lugar del Otro no es solamente el lugar del espejismo” [...] Es claro que el Otro no podría confundirse con el sujeto que habla [el padre de la realidad] en el lugar del Otro, aunque más no sea por su voz” [...] ¿No podemos nosotros ir más allá del nombre y de la voz y orientarnos por lo

---

<sup>174</sup> Miller, *ibid*, p. 20 – 21.



que implica el mito en el registro que se desprende de nuestro desarrollo, el de estos tres términos: goce, deseo, objeto?”.<sup>175</sup>

En lo relativo a los mitos freudianos Lacan no los toma en el mismo sentido que aquél, como vimos anteriormente. No les asigna el mismo valor. A decir de Porge, primero Lacan había pensado la tragedia y el mito como una oposición, “ahora considera las dos versiones en función del mito para evidenciar su parentesco como una forma lógica”<sup>176</sup>. Lacan lee los mitos freudianos introduciendo su perspectiva sobre el padre, las relaciones del saber y la verdad; el goce, la ley. No se queda con trasponer la clínica al mito de una manera más o menos directa como hizo el mismo Freud. Dice Porge: “Lacan desolidariza el complejo de Edipo de su basamento mítico para situarlo en función de una lógica que al mismo tiempo él inventa, y esto en razón de lo que él mismo, después de otros, reconoce como parentesco del mito y la lógica”.<sup>177</sup> Parentesco paradójico que en su doble dimensión contradictoria permite a Lacan dar un salto, para ir del matiz fangoso de la construcción “científica” “que cualquier tonto podía derribar” -como el mismo Freud decía- al nivel del lenguaje, de la lógica que permite construir el objeto desde otra mirada. Es un paso, un verdadero pase, propio de Lacan, para traducir a Freud, para “retornar a Freud” bajo su invención.

Dice también Porge que Lacan no habría podido proceder en 1963 a semejante descomposición del mito edípico sin tener aún los *cuatro discursos*. Sin embargo, el concepto de «Nombre-del-Padre» “se muestra a posteriori portador de una crítica implícita del Edipo en la medida que pone el acento sobre el vínculo del padre con la ley”.<sup>178</sup>

---

<sup>175</sup> Ibidem, pp. 83 - 88.

<sup>176</sup> Porge, Los Nombres, op. cit., p. 140.

<sup>177</sup> Ibid, p. 145.

<sup>178</sup> Ibidem, pp. 144 – 145.

## Función paterna, autoridad y servidumbre voluntaria

Nos parece pertinente abordar, aunque sea de manera tangencial, desafortunadamente, la cuestión de la *autoridad* en tanto en ella se suele y se cree centrar lo esencial de la función paterna. Y de manera tangencial porque nuestro interés no se centra en la autoridad en sí: sus escuelas, campos, autores, estado actual, etc., sino sólo para ponerla en perspectiva desde Freud y Lacan en torno a la “función-padre”. Desafortunadamente, porque este campo abre la perspectiva hacia otras temáticas vigentes en nuestros días. Particularmente la cuestión de la ética, y otras manifestaciones de la posmodernidad acerca del lazo social, a las que no nos hemos podido referir sino de modo muy indirecto. Como hemos hecho hasta aquí, introducimos sobre el hilo del discurso expositivo los planteos, observaciones, críticas y demás reflexiones que desde Freud y Lacan se hacen sobre el punto, más que seguir esos planteos a fondo en su propio contexto.

Para abordar la cuestión de la autoridad tomamos dos grandes ejes, el trabajo sobre la autoridad realizado por A. Kojève <sup>179</sup> desde la filosofía, porque es un intento abarcativo de dar cuenta de sus diversas acepciones y niveles, y, las reflexiones que sobre ella se han hecho desde Freud y Lacan a partir del *goce*, la *servidumbre voluntaria* y el *masoquismo* principalmente, que le son circunvecinas.

Un primer planteo para ubicar de manera general el asunto, según Kojève, es que se la ha estudiado poco y su análisis se ha centrado en el origen de la autoridad y su transferencia, más no en lo esencial de ella. Al analizar las teorías sobre la Autoridad desde la filosofía, Kojève plantea que “son escasas [...] y si se hace abstracción de las variantes, se puede decir que *cuatro teorías* diferentes [en lo esencial diferentes e irreductibles] se han propuesto a lo largo de la historia”. Estas serían: la *teológica*, la *teoría de Platón*, la *de Aristóteles*, la *de Hegel*. Desde la Teología, afirma, la autoridad primaria y absoluta pertenece a Dios y todas las

---

<sup>179</sup> Kojève, A., *La noción de autoridad*, Buenos Aires, Nueva visión, 2005.

demás autoridades (relativas) derivan de ella. Aquí se ubican la teoría escolástica y la de la monarquía “legítima” que se adhirió a ella. La teoría de *Platón* habla de la autoridad “justa” o “legítima”, que descansa y emana de la “Justicia” o “Equidad”. Cualquier autoridad que tenga otro carácter no es más que una *pseudoautoridad* y en realidad no es más que la *fuerza* más o menos “bruta”. La *teoría de Aristóteles* plantea que se justifica la autoridad mediante la sabiduría, el saber, y la capacidad de prever y trascender el presente inmediato. Y por último, la *de Hegel*, que reduce la relación de la autoridad a la del amo y el esclavo, donde el primero ha estado dispuesto a arriesgar su vida para hacerse “reconocer” mientras que el segundo ha preferido la sumisión a la muerte.<sup>180</sup>

Resumiendo muchísimo, los fundamentos -pensamos nosotros- sobre los que se ha hecho descansar esas teorías giran alrededor de, ya sea su origen -Dios y sus derivados relativos-; las facultades y capacidades sobre las que se deposita -justicia, saber, etc.; o el dominio para el caso del amo y el esclavo. Abbagnano proporciona una clasificación que divide las doctrinas fundamentales de la autoridad de la siguiente manera: “1) la que se basa en el criterio de la naturaleza; 2) aquella para la cual el fundamento de la autoridad es la divinidad; 3) y aquella cuyo fundamento “es dado por los hombres, es decir, por el consentimiento de aquéllos sobre los cuales se ejerce”.

[...] La teoría de que la autoridad fue establecida por la naturaleza, dice al autor, es la teoría aristocrática de Platón y Aristóteles, para la cual la autoridad debe pertenecer a los mejores. “La naturaleza misma ha ofrecido un criterio discriminatorio” [...]. La teoría fincada en la divinidad se basa en la doctrina expuesta por Pablo en el capítulo XIII de la Epístola a los romanos que plantea que “todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios y las que hay, por Dios han sido ordenadas [...]”. Finalmente, La tercera concepción de la

---

<sup>180</sup> Inicialmente realizamos un estudio muy extenso de la noción de Autoridad desde Kojève. Pero dado que nuestro texto no podía extenderse sin límites, hicimos una síntesis un tanto forzada y sólo presentamos algunas cuestiones esquemáticas.

autoridad se opone precisamente a este teorema. La autoridad no consiste en la posesión de una fuerza, sino del derecho de ejercerla; y tal derecho resulta del consentimiento de aquéllos sobre los cuales se ejerce”.<sup>181</sup>

A diferencia de Kojève que coloca a Hegel en la teoría del amo y el esclavo en una categoría aparte, o que podríamos ubicar en la de la autoridad bajo el principio del consentimiento, Abbagnano ubica a Hegel en la teoría basada en la divinidad. Criterio que nos parece por cierto bastante tosco. Lo que se pone en juego en las concepciones de la autoridad, pensamos, es la dimensión simbólico-imaginaria (Dios o los representantes y los grandes valores y, la dominación y el prestigio). Pero otras dimensiones coalescentes porque son propias de lo real-humano en ese terreno, como el dolor, el sometimiento psíquico, los desbordes de la autoridad, etc., se dejan fuera. El “vínculo podrido” que viene del Otro de la autoridad, la “servidumbre voluntaria”, el exceso de goce -orientado *perversement-* es lo que a nosotros nos ha interesado destacar. Incluso la declinación de la autoridad “simbólica” asociada a los avatares de la función paterna en nuestros días. Y eso es así porque como dice Miller, el descubrimiento freudiano “agujerea todo el discurso universal”. En la medida en que representa un giro radical respecto del saber universal por introducir el *sujeto del inconsciente y del goce*, lo subvierte porque ese saber acumulado supone un sujeto de la razón. Y entonces los fundamentos que servían para pensar desde ese sujeto son echados por tierra de algún modo.

En ese sentido, las teorías de la autoridad no pueden incluir, tal como están formuladas, la teoría de un sujeto que fuese antinómico a sus planteos, como es el caso del sujeto del goce, de la pulsión de muerte. El psicoanálisis es un mal acompañante de las disciplinas como dice Jacques Alain Miller. Por ejemplo, en tanto se trata del *sujeto al goce*, las teorías sobre la autoridad fundadas en los valores humanos universales se ven profundamente problematizadas. Es lo que Lacan pone en evidencia en el *Seminario La Ética del psicoanálisis* cuando aborda la cuestión del Bien.

---

<sup>181</sup> Abbagnano, N., *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1980, p. 116 - 118.

Abbagnano menciona que la filosofía moderna ha dejado de interesarse en el principio de la autoridad, al menos como principio de la disciplina misma. No obstante sigue tomándose en cuenta la autoridad que proviene de ciertas fuentes como la tradición religiosa, moral, política e incluso filosófica. ¿A qué obedece esto? Dice Marco Focci que a partir de la modernidad la forma tradicional de la autoridad está en crisis y desde entonces “la disgregación de la autoridad tradicional ha sido imparable, hasta llegar hoy día al escepticismo generalizado en la política, en el abstencionismo masivo, en el funcionamiento rutinario que delega todas las decisiones en los procedimientos y la burocracia administrativa”<sup>182</sup>

Continuando con el análisis de Kojève, en cuanto al análisis fenomenológico, dice, debe responder a la pregunta *qué es*, aplicada a todos los fenómenos que calificamos. Debe revelar la *esencia* (la idea; *das Wesen*) de la autoridad en tanto tal, así como la *estructura* de esa “esencia”, es decir, los diferentes tipos irreductibles de su manifestación “haciendo abstracción de las variaciones “accidentales”, debidas a las simples divergencias de las condiciones locales y temporales de la autoridad en tanto tal”.<sup>183</sup> Sobre esto pensamos que las construcciones realizadas por Freud y Lacan aíslan al máximo las variantes de la “fenomenología del padre”: la perversión y el sinthome. La clínica psicoanalítica y la “clínica de lo social” pueden dar fe de ello. Incluso a partir de allí se puede dar cuenta de “tipologías” *particulares* hasta llegar al sujeto en singular. Los *nombres del padre* pueden representar esa posibilidad de los tipos. De hecho nosotros proponemos nuestra tipología sui generis: la *zoología fantástica del padre*. La llamamos así a partir de nuestros casos que parten de esa especie de “fenomenología del padre” realizada por Freud y Lacan.<sup>184</sup>

---

<sup>182</sup> Focci, M., “Una declinación femenina de la autoridad”. op. cit., pp. 119 - 120.

<sup>183</sup> Kojève, op. cit., p. 33.

<sup>184</sup> Igual que para el análisis de la Autoridad, hicimos un estudio sobre la *Reducción Fenomenológica* de Husserl mientras avanzábamos en nuestro proyecto, porque creíamos en un principio, con Husserl, que se podría llegar a decantar una fenomenología del padre a partir de un análisis exhaustivo de casos. Pero luego lo dejamos atrás, no sólo por inviable, sino porque en última instancia, la reducción nunca podrá representar lo *real*. Siempre será un *semblante* de verdad acerca de lo real, como Lacan mostró. Esto lo comentaremos más.

Una dimensión muy importante en el abordaje de la autoridad y que también el autor aborda es la cuestión del *consentimiento*. Nosotros la abordamos enseguida bajo la perspectiva del goce, más allá de su captación social, interactiva.

“Sólo hay Autoridad allí donde hay movimiento, cambio, acción (real o al menos posible): sólo se tiene autoridad sobre lo que puede “reaccionar”, es decir, cambiar en función de lo que, o de quien, representa la Autoridad (la “encarne”, la realice, la ejerza). Y evidentemente, la Autoridad pertenece a quien hace cambiar y no a quien experimenta el cambio: la Autoridad es, en lo esencial, activa y no pasiva”.<sup>185</sup>.

Esta cita nos permite poner de relieve eso que Kojève llama “reaccionar”, “cambiar en función de quien representa la autoridad” por parte de la parte “pasiva”. Según él, la autoridad pertenecería a la parte “activa” y no a la “pasiva”. Dicha concepción de la autoridad que habla de la “reacción”, de los “cambios”, u otras propiedades de tipo psicosocial cuando piensa en el sujeto involucrado ahí, es en general la que atraviesa todos los campos y disciplinas y ha predominado a lo largo de la historia hasta nuestros días. Se habla así de aceptación “pasiva” de la autoridad; de consentimiento, autorización, conformidad, obediencia, etc. y hasta de “empatía” o “adaptación”. De hecho es esto lo que promueven implícita o explícitamente ciertos discursos basados en la autoridad divina o en una supuesta jerarquía, y hasta los que sostienen o imponen su legitimidad mediante conocidos mecanismos mediáticos. No abundaremos en esta dimensión psicológica - imaginario-simbólica-, pues deja al lado la dimensión del goce en el sufrimiento implicado allí, que llega incluso al cuerpo en su calidad de real.

El joven La Boétie ya denunciaba esto desde el siglo XVI. Fue precursor del análisis de la *servidumbre voluntaria* y el *masoquismo*, como algo más allá en el sujeto que no se puede circunscribir a esa especie de aceptación pasiva del yugo

---

<sup>185</sup> Kojève, op. cit., p. 35. Este apartado sigue muy puntualmente el texto de Kojève.

del Otro. Como él lo denuncia, hay algo en el sujeto que “pudiendo escoger entre ser sometido o ser libre, rechaza la libertad y acepta el yugo”<sup>186</sup>

Freud y luego Lacan muestran las paradojas de esa visión que piensa la sujeción como mera aceptación del Otro. El deseo en tanto deseo de deseo del Otro rompe esa direccionalidad. El síntoma y su goce no es puro sufrimiento que proviene de un agente externo, de un cuerpo extraño. No es ambientalismo de corte psicológico o sociológico, incluso biológico o médico. Hay algo del orden de la *extimidad* en ello. La dialéctica del amo y el esclavo implica ya ese movimiento. Pero aún más, hay un “ir hacia” por parte del sujeto. El sujeto hace síntoma y con ello pone en entredicho el discurso y el *goce del Otro*. Por eso Lacan va a decir que “el inconsciente es la política” y “el inconsciente es el discurso del Otro”.

La *sumisión* y el *consentimiento* no pueden pensarse sólo bajo una lógica basada en el sujeto racional, el sujeto griego si se quiere, del Bien y la Felicidad, etc. Justo lo que se excluye de la lógica racional es el *pathos*, lo que no cuadra. Lo que no entra en el *imperativo categórico* kantiano que espera el cumplimiento absoluto del deber por el sujeto, más allá de eso patológico que lo habita y se lo impide. Dicha visión no puede dar cuenta de eso, por “inconcebible” e “inaceptable”. Citando el Prólogo al texto de La Boétie, Bercovich trae a colación: “la obediencia colectiva de la sociedad se origina en «un vicio para el cual ningún término puede ser hallado lo suficientemente ruin, de cuya naturaleza en sí misma se reniega y al que nuestras lenguas se reniegan a mencionar»<sup>187</sup>.”

Destacamos de esto: “vicio”. Es un vicio “para el cual ningún término puede ser hallado suficientemente ruin”, digamos a la altura del problema. “De cuya naturaleza en sí misma se reniega y al que nuestras lenguas se rehúsan a mencionar”. Es un término que falta, donde consentimiento es insuficiente para dar

---

<sup>186</sup> Tomado de Gerber, D., “La servidumbre voluntaria”, En: *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*, Argentina, Lazos, 2006, p.182.

<sup>187</sup> Bercovich, S., “La dicha en la esclavitud”, En: *Me cayó el veinte*, Revista de Psicoanálisis, México, No. 12, 2005, p. 112.

cuenta de eso real imposible de aceptar. Indecible. Es algo que está “más allá del principio del placer” (Freud), para lo cual haría falta un “más allá del más allá del principio del placer”, que plantea Derrida para abordar los fenómenos inconcebible de la gran violencia de nuestros días.

Los discursos psicologistas, las lenguas y la lógica se rehúsan a incluir, a pesar de que se sufre de ello. El sujeto no quiere saber de eso oscuro que lo habita. Ni el discurso científico y la lógica que lo sostiene. Hubo que esperar a Freud y Lacan casi cuatro siglos más para dar cuenta de eso: la pulsión de muerte, eso que el saber universal ha rehusado a lo largo de la historia, para subvertirlo.<sup>188</sup>

La *identificación* y el amor al líder, lo ominoso, el *goce*, la *pulsión de muerte*, el *fantasma* como en *Pegan a un niño*, el *masoquismo*, las *formaciones del objeto a*, la *pereversion*, el *sinthome*, son algunas de las categorías que Freud y Lacan aportan para pensar ese sujeto y dar cuenta de esa relación *éxtima*, del “anudamiento sintomático” del sujeto y el *goce del Otro*.

La *servidumbre voluntaria* de La Boétie no puede ser entendida bajo una lógica que coloca por un lado a la víctima y por otro al victimario.<sup>189</sup> El consentimiento que allí se deja ver no es sólo del orden de la permisividad. Hay goce en ello. Es salir en busca de la sumisión. Es la pulsión que retorna en ese “hacerse-hacer” que Freud plantea en *La pulsión y sus destinos*<sup>190</sup>. Hay un goce que el sujeto experimenta sin tener conciencia de él.

---

<sup>188</sup> Vale la pena recordar que Derrida plantea ir “más allá del más allá del principio del placer” de Freud. para abordar los complejos problemas de nuestros días sobre la guerra, el exterminio, la violencia, etc. Acaso estamos en condiciones de decir ahora que en tanto lo simbólico no puede agotar la pulsión de muerte, ¿se requiere elaborar un “más allá del goce”, un “más allá de la pulsión de muerte”? en la medida que la categoría de goce se circunscribe a un orden simbólico que no es el actual en el que los grandes relatos han dado paso a la autorreferencia, a la caída del gran Otro, para decirlo brevemente. Ver Los estados del psicoanálisis, op. cit.

<sup>189</sup> Tomado de Gerber, D., “La servidumbre... ibid, pp. 181 - 182.

<sup>190</sup> Freud, S., “Pulsión y destinos de pulsión”, Buenos Aires, Amorrortu, Vol.14, 1975.



Para Bercovich, “Eros parece ser el lazo entre la dicha y esclavitud [...] La Boétie no liga la cuestión con eros. Para ello habrá que esperar a Sade, a Freud, a Lacan, a O, a Bersani”.<sup>191</sup>

El problema de la “servidumbre voluntaria” remite al goce mortífero de la pulsión de muerte. En este punto se distancian radicalmente los análisis que se realizan en otros campos y los de Freud y Lacan. Incluso, podríamos afirmar, este es el verdadero “cemento” de la ideología en el campo de la política. No es unidireccionalidad ni inversión, es un anudamiento sintomático. Inclusive el lazo social y el amoroso exigen el sacrificio. Y este sacrificio no es sin consecuencias. Genera una cierta satisfacción, una forma oscura de goce en el sujeto que condensa dolor y placer llevados al extremo pero de manera silenciosa, casi desapercibida.

Bercovich, siguiendo a Freud y a Bersani, plantea una “erótica del poder”, el poder sexual secreto que se juega en torno de la autoridad, preguntándose en qué medida es lo sexual lo que imprime a la política su modelo, más que la política sobre lo sexual en tanto que hay un lazo erótico entre la masa y su líder como Freud escribió. Hay una “falicización de la política, afirma la autora: “la autoridad como excitante, la valoración del ejercicio del poder y el gusto por la violencia y la esclavitud, indican que el poder se inscribe en una erótica. Hay una erótica del poder por el hecho mismo de su falicización”.<sup>192</sup>

Y el masoquismo hace aquí también su aparición en tanto que puede considerarse un gran resorte de la constitución del sujeto. Hay una inscripción en el campo del Otro que remite a una cierta pasividad inicial, constitutiva. El sujeto está a merced, capturado por algo que da cuenta de una posición originalmente pasiva, nos recuerda la autora. Las posiciones activa y pasiva en el campo del masoquismo se desdibujan. Es lo que Lacan elabora en Kant con Sade, pues el sádico al ser situado como “instrumento del Otro, es reconducido a una posición masoquista

---

<sup>191</sup> Bercovich, op. cit. p. 112

<sup>192</sup> Ibid, p. 115.

[...] el sádico goza por identificación con la conmoción de la víctima; hay en el sádico, un goce masoquista”<sup>193</sup>.

Los destinos de la pulsión cambian en el curso de su expresión dice Freud. Así, puede haber varios destinos: el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia persona. El primero “se resuelve [en] la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad [y viceversa] y el trastorno en cuanto el contenido”<sup>194</sup> escribe Freud. El sadismo y el masoquismo son ejemplos del trastorno en lo contrario. Y esto es fundamental en tanto que subvierte las opiniones comunes sobre las posiciones fijas de un supuesto agente. Las posiciones pueden tornarse en lo contrario en el curso de su desarrollo. Hacerse la víctima, gozar del dolor y la servidumbre, no implican una posición pasiva. La autoridad, el soberano se engaña cuando cree que el sujeto se conforma. No, hace síntoma. Goza.

A su vez, la vuelta hacia la persona se muestra según Freud por ejemplo en que el masoquismo es un sadismo contra la propia persona. Dice: “el masoquista goza compartidamente la furia que se abate contra su persona”. De este modo resultan contrariadas las ideas comunes acerca de las posiciones pasivas y activas en el campo de la autoridad, incluso de la vida cotidiana y las relaciones amorosas, políticas, etc. a partir del paradigma de la “no-relación sexual”.

Llegamos así a la autoridad del padre. Kojève relaciona la autoridad del padre con la teoría escolástica. Dice que a primera vista esta vinculación parece artificial, pero la resuelve diciendo que para dicha teoría, toda autoridad verdadera y legítima proviene de Dios y no es más que una transferencia de la autoridad divina. En ese sentido podemos decir que la es un tipo que se acomodó muy bien a ella, pues tiene que ver con la transmisión de la Autoridad por vía de la herencia, de la tradición, del pasado. Dice:

---

<sup>193</sup> Ibidem, p 118.

<sup>194</sup> Freud, op. cit., p.122.

“La teoría escolástica sólo nos interesa, pues, en la medida en que pueda dar cuenta del último tipo puro de Autoridad, a saber, de la Autoridad del Padre. Ahora bien, la A divina global implica efectivamente este último tipo de A. Dios es también “Padre”; es “Padre nuestro que estás en los cielos [...] La noción de “Dios – Padre” sólo adquirió todo su valor y claridad a partir del momento en que Dios fue concebido como Creador del mundo y del hombre [...] Dios es el “padre” de los hombres porque él los ha *engendrado*”.<sup>195</sup>.

Aquí buena parte de la polémica se centra en lo que se quiere decir por “transferencia” de la autoridad, que precisamente bajo la mirada escolástica tenía que ver con la transferencia del poder de dios al amo y de ahí a la descendencia vía la herencia. ¡Vaya legitimación! Y esto hace e hizo del lazo social el “vínculo podrido”. De modo que por transferencia divina el padre es el dios en la tierra. El quiasma que resalta Saettele. Otro modo de plantear ese quiasma. Siguiendo a Kojève se puede decir que la autoridad divina representa una suerte de “súmmum” de toda autoridad humana, una autoridad esencial que atraviesa todos los tipos. Representa el ejemplo esencial que Kojève planteaba para la reducción fenomenológica. Es así la esencia irreductible de la autoridad y los otros sus tipos derivados. La del padre subsumida en ella.

Después de haber hecho un breve recorrido en torno a la noción de la autoridad y su modo de reducirla fenomenológicamente por Kojève, lo que podemos decir es que su naturaleza se remite en última instancia a la dimensión simbólico-imaginaria, del padre para nuestros efectos. Como decíamos en la entrada de este párrafo, si la autoridad paterna es aquello en lo que se suele especificar lo esencial del padre, entonces su función queda coja. Falta la dimensión de *lo real* del padre. Lo simbólico-imaginario serían dos de sus dimensiones, pero no se contempla ahí lo real. Real que es una dimensión absolutamente esencial como hemos venido destacando nosotros.

---

<sup>195</sup> Kojève, op. cit. p. 50.

La dimensión simbólica es un registro en que se suele ubicar la sustancia en torno del padre -además de otras funciones como se sabe. Incluso a este respecto podemos señalar que esta dimensión aunque fungió como soporte y paradigma del funcionamiento simbólico a lo largo de mucho tiempo, nunca fue verdaderamente visualizada y valorada en la medida en que su efecto en la castración simbólica pasaba desapercibida o en todo caso dada como natural. Al menos así lo fue hasta hace algún tiempo porque eso ahora se encuentra en cierta manera conmovido en sus fundamentos como hemos tratado de mostrar. En la dimensión simbólica se ponía en gran medida lo que sería del orden de su función global, su operatividad y su eficacia. Es decir, todo aquello que tiene que ver con los ordenamientos de la ley, la dimensión moral, etc.

Otra de las facetas a las que aludíamos arriba, que suele privilegiarse desde el discurso cotidiano e incluso el académico, es la de ser proveedor, de aportar los recursos necesarios para la manutención cotidiana de la familia. Esta faceta que es del orden práctico indiscutiblemente, está íntimamente relacionada con la simbólica en tanto que implica la responsabilidad -simbólica- del padre para hacerse cargo de la vida familiar, para darle continuidad en sentido existencial. Si bien el costado práctico y el socioeconómico no los abordamos directamente acá, porque es materia de otro tipo de abordaje, ahí se refleja también por sus implicaciones simbólicas el modo en que se juega el padre en tanto padre real -por ejemplo si se trata de una familia nuclear o recompuesta, etc. Y, en tanto su estructura sintomal se lo permita. En lo que toca a la faceta vinculada al “cariño”, la “fuerza”, la compañía, la seguridad etc. que suelen atribuírsele también a su función, diremos tan sólo que son componentes que podrían ser colocados en la canasta de lo imaginario-simbólico I-S. No importa mucho.

No se trata de hacer un ordenamiento de este tipo. Lo dejamos gustosamente a los psicólogos y al “psicoanálisis psicológico”. Este modo de proceder por más exhaustivo que fuera, dejaría fuera ese otro componente que es esencial y es en el que hemos venido insistiendo a lo largo de nuestro trabajo. Ese modo de pensarlo deja fuera toda la dimensión que tiene que ver con lo real-simbólico del

padre: la castración simbólica y la diferenciación sexual, ¡ni más ni menos! Pero todavía más, por supuesto, el análisis de la transmisión del síntoma, como la denomina Genevieve Morel, está totalmente forcluido. No es casualidad. Corresponde perfectamente con la manera tradicional de concebirlo e incluso con la del discurso académico que dice estudiarlo y que parte de una lógica que forcluye al sujeto en tanto *sujeto al goce*. La dimensión de lo *real* en el sujeto del goce está excluida. Lo real como lo planteó Lacan al final de su obra: la *pereversion* que le es propia.

En este sentido podríamos decir que, a diferencia del abordaje de Kojève que propone que la autoridad divina es la forma de autoridad esencial, *primaria* y que la del padre se ubica en esa misma línea, nosotros podemos afirmar que lo esencial del padre, siguiendo a Freud y Lacan, es su *pereversion*, su andamio *sintomático* en la subjetividad del hijo, el *sinthome*, que por lo demás siempre será singular y llevará la marca de su nombre.

Un último comentario acerca de la diferencia padre *real* y *lo real* en el padre que nos llega luego de este recorrido. La dimensión de lo *real* en el padre no equivale a la dimensión del *padre real*. El *padre real* es la manera en que Lacan distinguía en un primer momento las dimensiones Imaginario-Simbólico-Real llevadas al terreno del padre. Era su manera de distinguir lo “real” en términos del padre en la realidad, no de lo *real* del padre. Lo *real* en el padre corresponde a su concepción de *real* que elabora al final de su enseñanza, y que incluso es radicalmente distinta de aquella otra, aunque no la elimina y de algún modo se sostiene en la medida en que alguien debe encarnar la función de la castración, no profiriéndola sino jugándola, a su modo, en su manera de llevar al sujeto al terreno de la sexuación, de la diferencia sexual.

Es la paradoja. La rajadura de la autoridad simbólica del padre real que aspira a la función de representación propia de la autoridad como padre simbólico, lo hace quedar en tanto padre real a medio camino dada su orientación “perversa” que lo empuja a la desregulación, a desmarcarse de ese lugar que le había sido

asignado históricamente como representante de la autoridad. Entonces la conclusión sería: ¿no hay buen padre, es la constante de la función, la virtud es la excepción?

### La autoridad de lo dicho

Alfredo Eidelsztein destaca que la idea de que el padre según Lacan, es el *representante de la autoridad de la ley*, pero hay que ver cómo lo plantea, porque se trata de ver, según él, cómo se posiciona el padre como *representante original de la autoridad de la ley*, más allá de la madre que ocupa el lugar del Otro. Para ello trae la cita de Lacan de “Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo”: “Que el padre pueda ser considerado como el representante original de esa autoridad de la ley, es algo que exige especificar bajo qué modo privilegiado de presencia se sostiene más allá del sujeto que se ve arrastrado a ocupar realmente el lugar del Otro, a saber de la Madre. Se hace pues retroceder la cuestión.<sup>196</sup> Y del mismo texto cita también: “Lo dicho primero decreta, legisla, “aforiza”, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad”.<sup>197</sup> Nos recuerda también el pasaje de “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”: “Pero sobre lo que queremos insistir es sobre el hecho de que no es sólo de la manera en que la madre se aviene a la persona del padre de lo que convendría ocuparse, sino del caso que hace de su palabra digamos el término de su autoridad, dicho de otra manera del lugar que ella reserva al *Nombre-del-Padre* en la promoción de la ley.”<sup>198</sup>

De estas referencias lo que nos interesa hacer notar, como se comenta, es que la autoridad es del orden de *lo dicho*, de la autoridad fundante de la palabra. De lo

---

<sup>196</sup> J. Lacan, “Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo”, op. cit., p. 793.

<sup>197</sup> Ibid, p. 787.

<sup>198</sup> Lacan, J., “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, En: *Escritos 2*. México, Siglo Veintiuno, 1988, p. 560.

dicho primordial que tiene un efecto constitutivo. No es cualquier palabra, es del significante Nombre-del-Padre que ordena el parentesco y la filiación al introducir la separación del sujeto respecto del deseo incestuoso, lo que permitirá fundar una familia en el verdadero sentido y diversificarse más allá de la endogamia. Es de la autoridad de ese dicho, de ese significante dicho que otorga al Otro que es la Madre al inicio para el sujeto, la autoridad. Y que funciona como dique para el sujeto, y por supuesto también y de entrada para el padre y la madre. O mejor dicho, para el papá y la mamá quienes también tendrían que sujetarse a esa autoridad simbólica. El padre no es en sí mismo la ley, ni siquiera su representante. El no encarna nada en sí mismo. No es el *padre real* quien concentra en sí mismo la naturaleza simbólica. La hace jugar apenas, si puede. Es sólo un representante de la ley dicha, de la ley hecha palabra. No se trata del “carácter fuerte” del padre, o de su “personalidad fuerte”, ni de su “imagen” o su “presencia” (o “ausencia”), lo que eso pudiese significar. Y tampoco de su posición social, económica o incluso política, como cree el sentido común. No es del orden del padre bueno, del padre psicológico o amoroso, en abstracto. Tiene que ver con el dicho de la ley por la vía del Otro. Con el primer rasgo de identificación del sujeto. Es la *identificación simbólica* que asigna al sujeto un lugar identificatorio, un significante con el cual “se” identifica. Del orden del Ideal del Yo y de la *identificación primaria*. Más este “se” no es un movimiento tipo “imitación” de la psicología social y del conductismo social. Es un “se” del orden de lo que viene del Otro como deseo del Otro.

Este “nombre-del-padre” es una de las significaciones centrales del término indoeuropeo “padre” que Benveniste descubre en las lenguas como “instituciones indoeuropeas”<sup>199</sup>. Como afirma el mismo Eidelsztein:

“Lo que Lacan propone es que la identificación primaria al rasgo unario sólo puede ser entendida como la identificación en el sentido de internalizar la autoridad del dicho. Una vez que se ha logrado internalizar la autoridad del dicho [...] Es original, no hace falta recurrir al falo ni al Edipo –se trata del

---

<sup>199</sup> Benveniste, E., Vocabulaire... op. cit.

comienzo. Perfectamente se puede establecer que, en el comienzo de la introducción del lenguaje, o sea, de la condición humana, para alguien se hace lugar –o no se hace lugar- a la autoridad del dicho”.<sup>200</sup>.

Y como lo plantea Didier – Weil en *Los tres Tiempos de la Ley*<sup>201</sup>, en el contexto de los tres momentos de instauración de lo simbólico, sea como inscripciones simbólicas o dado el caso como vociferaciones de las que el sujeto quizá no pueda nunca escapar. Esto es, la identificación primordial dependerá en todo caso de la inscripción operada por la vía de la palabra o de la maldición. Tres tiempos: “tú no eres más que eso” como *superyó arcaico*; el de la censura y la vergüenza donde el sujeto “se autoriza o no se autoriza”<sup>202</sup>; y el tercero del “qué me quieres” (Che vuoi?: ¿qué quieres de mí?), en el que el sujeto responde a su deseo desde ese “qué me quieres”, como deseo del deseo del Otro.<sup>203</sup>

Todos hemos sido testigos o hasta partícipes en la vida diaria, de episodios “sin importancia” en los que los padres profieren verdaderas frases y veredictos identificatorios como: “tú eres...tal...”, “no seas ...”, “pareces ...”, “siempre has sido...”, etc. frente a los cuales en un primer momento el sujeto queda atónito asombrado de la impertinencia y la brutalidad de la frase, para luego terminar

---

<sup>200</sup> A. Eidelsztein, *El padre en psicoanálisis*, op. cit., Clase 4.

<sup>201</sup> Didier-Weil, A., *Los tres tiempos de la ley*, Argentina, Homo Sapiens, 1997.

<sup>202</sup> *ibid*, p. 36.

<sup>203</sup> Entrevistamos a una mujer de edad ya madura con hijos casados y nietos, que nació en provincia, y que nos relató que vivió una infancia muy dura debido a que estuvo *dedicada* totalmente al trabajo doméstico en la familia. Literalmente, fue “dedicada” por los padres, “asignada a” las labores y la atención e toda la familia. Fue la “elegida”, para atender y cuidar de los padres hasta su vejez. En este caso no se trató solo de cuidar a la familia directa, sino también a la ampliada. Afirma la mujer que ella era la “salvadora” de la casa, que siempre se había sentido así, pues sus padres y sus familiares la apodaban de ese modo. Cuenta que su padre la trataba duramente pues era un hombre alcohólico y agresivo que engañaba a su esposa. Esta mujer se casó con un hombre que, como su propio padre, es alcohólico y agresivo y la ha engañado siempre. “Ahora me doy cuenta, dice, que siempre he sido la salvadora, la servicial, la del servicio, la sirvienta, de mis padres y mi marido, de todos”, dice con aflicción.



inscribiéndose fatalmente en ese “yo soy ... siempre he sido ... no puedo dejar de ser ... no sé por qué soy así... no me gusta como soy ...”, en fin. Como afirma Didier-Weil. Esta *precedencia de lo predicho*<sup>204</sup> en relación al decir por venir es el efecto de una precedencia enigmática del Otro en relación al sujeto: ¿Por qué, en efecto, esta voz del Otro, cuya vocación es la de suponer la existencia de un sujeto que habla, debe tomarlas tres veces para que el sujeto que ella llama pueda advenir? <sup>205</sup> Pero, la autoridad de lo dicho es cuestionada por la esposa, puesta en “entredicho” en la medida de su propia estructuración histórica frente a la autoridad del Otro simbólico.

### La “*pèreversion*” del padre

La *pèreversion*” es una de las plataformas de arribo de Lacan acerca del padre. Es un momento sumamente importante pues implica una especie de giro en ese “*más allá del Edipo*”. Es un giro más allá del *padre simbólico* de la *Metáfora Paterna* que había caracterizado el momento simbólico o estructuralista de Lacan. Y es un giro porque como puede apreciarse desde la propuesta del neologismo mismo, condensa por un lado, al padre (*père*) y, al mismo tiempo, la “versión” (la tendencia, la versión tal cual) del padre, la versión singular del padre, como *un* nombre del padre. Ya no es equiparable ni puede ser remitido al Nombre-del-Padre como si fuese una función de suyo, sino a *un* “nombre de los nombres del padre -decimos nosotros- en cuanto que cada sujeto hace del Ideal su propia versión. Pero por otro lado, y esto es lo central, el término bascula entre el sentido de la versión del padre como su propia versión y, el hecho de que algo del padre está del lado de la perversión , algo se juega allí del goce.

En sentido estricto esta teorización del padre, la *pereversion*, no puede ser considerada tajantemente como radicalmente nueva en tanto que en el Nombre-

---

<sup>204</sup> Subrayado nuestro para resaltar el carácter del dicho, de lo pre-dicho, de lo predicho y su precedencia constitutiva.

<sup>205</sup> Ibid, p. 29.

del-Padre, incluso desde Freud en *Tótem y Tabú* se condensa complejamente la ley como prohibición y al mismo tiempo el goce en tanto el padre está desde siempre anudado al goce en tanto excepción.

*Pereversion* en tanto que no se alcanza a separar plenamente el goce y la ley, como una equivocidad del padre implícita en el término mismo, y al mismo tiempo una puesta en entredicho, en jaque, de la noción Nombre-del-Padre, suerte de “universal” del imaginario del sujeto y los discursos en general, en tanto “modelo” de su función. Y este es quizá el “hallazgo” más importante de nuestro trabajo que podemos adelantar: no hay padre sin *pereversion*. Su virtud es una verdadera excepción. Lo real del goce en el padre lo acerca a la *pereversion*. Otro podría ser que hay una gran tendencia a la idealización, que no deja de ser ese otro costado de la *pereversion*, y que lleva a cargar en sí una estructura sintomal.

Podemos decir ahora que el *padre real* no es tan solo al que le tocaría la supuesta función de la castración. El *padre real* es el *padre del goce*. El padre “perverso” es uno de sus nombres, sí. Pero quizá luego de todo este recorrido, podríamos arriesgarnos a proponer que es una suerte de universal en lo real de su función de padre real, incluso social. Es un ejemplo de su función de goce, donde el ideal de padre simbólico es el fantasma neurótico de conservar su nombre intacto, fuera de su “perversión *perversa*”.

*Pereversion* en sentido débil quizá, pero que no deja de revelar su descomposición, como algo que no marcha bien. En sentido estricto, la *función paterna* no puede reducirse totalmente a su acepción reguladora, normalizadora.

Nuestro trabajo ha sido un intento de dar cuenta de la *función-padre*, como “modo de presentación del objeto en general” (Lyotard)<sup>206</sup>, bajo sus “modos de presentación” (Husserl). No de “sus” “funciones”. Por ello nos gustaría llamarla “*dimensión fenomenológica de la función paterna*”, pues está “más allá” que sus funciones psicosociales en sentido empírico.

---

<sup>206</sup> Lyotard, J.F., *La fenomenología*, Buenos Aires, Paidós, 1989

Hablar del anudamiento de la “perversión” del padre en el sujeto y la familia, es aludir también como afirma Erik Porge a las *rajaduras del Nombre-del-Padre*: “No se trata solamente de una rajadura en cuanto a hablar del *Nombre-del-Padre*. El *Nombre-del-Padre* mismo es presentado como el nombre de una rajadura; la rajadura forma parte del *Nombre-del-Padre*”<sup>207</sup>. Rajadura en términos de grieta en el Nombre del Padre frente a la pregunta sobre su identidad, pero también sobre su función en tanto nombre de la falta. El *Nombre-del-Padre* no es sino una rajadura, una respuesta que muestra el hueco, la falla del Padre, del Otro tachado, que “brilla por su ausencia” -como el dios de la zarza ardiente- en la cotidianidad de la familia.

En ese sentido habíamos aludido antes a cómo el *Nombre-del-Padre* está intrincadamente articulado al agujero en lo simbólico por *lo real*, y al *objeto a* como ese lugar de goce. Y al llevar esto al plano de lo concreto, de lo real del padre: rajaduras en las versiones donde lo normal es “hacer ejemplo de la función como perversión”. Rajadura como pifia, falsedad, finta, mezquindad. Incluso como apocado, defectuoso, fracasado, quebrado, etc. Padres “pifia”, como ese que llevaba años prometiéndole a sus hijos regresar a su país, diciéndoles: “cuando salgas del kínder”; y luego al terminarlo: “cuando salgas de la escuela primaria”; y luego de la secundaria. Hasta que un día en unas vacaciones de la madre y la hija en el país al que querían regresar, la hija se resistía rotundamente a hacerlo y la madre entró en una gran crisis. O el del padre que también se la pasaba prometiéndole año tras año a la hija llevarla de viaje a Estados Unidos, hasta que le dijo que lo haría para sus quince años: ese día nunca llegó.

Significantes que se encuentran en los relatos y en la clínica, y que remiten a ese estatuto “pifiante” del padre. Alusiones que están en los dramas, comedias y tragedias. No son tan sólo adjetivaciones, descripciones, simples alegorías o viñetas psicológicas sobrepuestas a la función. Son verdaderos dramas existenciales del modo en que se vivencia la función.

---

<sup>207</sup> Porge, Los Nombres del Padre, op. cit. p. 113.

Por eso precisamente Lacan plantea en RSI que “el padre no tiene derecho al respeto sino al amor si está “*pereversement*” orientado” al tomar a su mujer como causa de su deseo.<sup>208</sup> Esta aseveración se convirtió en polémica porque articula diversas problemáticas conceptuales, entre ellas, al hecho de que la mujer, en ese momento de la teorización de Lacan, es para el hombre, la causa de su deseo en tanto *objeto a minúscula*. Pero si se la extrae de ese contexto pudiera parecer que se refiere sólo al hecho de tomar a la mujer en el sentido lato de “objeto”. Pero esa no es la acepción lógica esencial implicada allí. Lo cual se muestra en cómo muchos hombres toman a sus mujeres como “verdaderos” objetos. Y viceversa, hay una gran constante en el campo de lo femenino, donde la mujer se hace tratar como “desecho”. Y no es pura analogía. Es absolutamente constatable. Ellas se dejan “arrastrar”, golpear-se, dejar-se, maltratar-se, etc.<sup>209</sup> O como en el caso donde una jovencita que dijo: “es que a mí se me pega lo de mi mamá”. Es decir, ella terminó identificándose con los síntomas de la madre: “se- me-pega”. Luego de que la madre “cayó” en una gran rabia y depresión a partir de haber descubierto al marido en una abierta infidelidad, la joven también cayó en los síntomas de la madre: gran obesidad, “descuido” personal, “baja autoestima” (sic).

---

<sup>208</sup> Lacan, RSI, op. cit. Clase 4, 21 Enero 1975.

<sup>209</sup> Podemos citar brevemente un ejemplo. Una mujer relata que todas las relaciones con sus novios eran "muy destructivas" pues siempre era muy maltratada por ellos. En el fondo ella vivía totalmente enganchada a una lógica amorosa de denigración por parte del hombre, como hemos venido tratando de explicitar. Cuestión que se hace explícita cuando ella relata que el novio actual le dijo una frase de su padre que hace ver ese modo de "relación" hacia las mujeres: “hay que aprovecharse de las mujeres despechadas”. Esta mujer vivía sus relaciones en una gran turbulencia existencial llena de episodios de fuertes humillaciones y maltratos de diversa índole por parte de ellos. Esta desdichada mujer terminó sometándose a una cirugía de senos... para “terminar despechada”, literalmente, en lo real del cuerpo, no como mera expresión metafórica. Situación que se sumaba a su gran desaliño y descuido personal, anorexia, delgadez extrema, etc. que dejaban ver esa posición de desecho a la que estamos aludiendo. Esta mujer se quejaba profundamente de: “no lograr que me ame”, “darle al ojete lo que me pide, incluso dinero para comprar cosas y un poco de felicidad”, “no me pela”, “se va de cabrón”, “se larga con sus amigos”, “se va de vacaciones y no me avisa”, “no me llama, me deja colgada durante días”, “me deja plantada”, “no le importo”, etc.

Pero también en otros más propios de su juventud. Los padres de la joven refieren: “es que se `cayó` ... antes se cuidaba, iba muy bien en la escuela [...]”.

Extraños modos de relación para terminar en *lo real*, no sólo en sentido imaginario o metafórico, como objeto caído, como desecho. Aquí como “despechada”, como “piltrafa”, “colgada”, “plantada”, etc. ¿Acaso no alude todo esto al estatuto de *objeto a minúscula* articulado a la *pereversion*? Incluso a ese goce extremo en ciertas mujeres, *goce del Otro*, pues aquí también el padre de esa mujer ha sido un hombre “mujeriego” absolutamente irresponsable para con la familia y que trataba a su esposa -y a ella misma- del mismo modo como esta mujer es a su vez tratada por los novios. Qué clase de devoción al padre puede recorrer el goce en la mujer. No se trata del mismo goce fálico masculino como Lacan mostró en las fórmulas de la sexuación.

Entonces cómo habría que pensar este goce de ciertas mujeres, como puro “efecto” del machismo, “baja autoestima”, “desquite” “salió a su mamá”, como suele referirse coloquialmente” O más bien como goce de la mujer y mezcla pulsional cargada de desplazamientos e identificaciones en diversas direcciones. El sentido común permea al discurso científico. Nos parece que esas son “explicaciones” ambientalistas, factorialistas, para las cuales el goce -mezcla mortífera de “placer” y sufrimiento- así como las diferencias entre los sexos se reducen a asuntos de poder y prácticas discursivas y sociales en general. Pero semejantes conflictos no pueden pensarse así en la medida en que esas mujeres realizan goce *con* su “partenaire” -síntoma-, aún bajo el peligro de estar poniendo en juego su salud y su integridad, y a veces la de la familia.

Retomando nuestro comentario sobre la *pereversion*, constatamos aquí también una vez más el nudo de la “*no-relación sexual*” en la falta de “armonía”, en esa falta de *proporción* entre los sexos. La *pereversion* de esos hombres gira en torno de ese fantasma imaginario masoquista que tienen acerca de la mujer, como planteaba Freud. Se muestra lo “per(e)nicioso” del padre.

Continuando con las homofonías podemos traer aquí la que hace Lacan sobre los “no incautos”. Los “non-dupes” los “no- tontos”, los que se creen no-tontos, fallan, en el sentido anterior. Los “non-dupes-errent” (Lacan). Los “non-du-père-errent”: los no listos yerran: “los no del padre, yerran”. La autoridad yerra. Los no- incautos yerran, los que se creen listos, se equivocan, etc.

Creemos poder arribar por fin con mejores pertrechos, a pensar la polémica afirmación sobre el padre “perversamente orientado” (“*pereversement orienté*”) que Lacan hace en el *Seminario RSI*, para extraer de ello diversas consecuencias que una lectura apresurada no dejaría apreciar. Consecuencias que no deben ser pensadas en el sentido de *significados*, sino de “*equivocos*”, donde los sentidos quedan abiertos y no pueden ser coagulados ni fijados en uno solo. Nosotros visualizamos al menos dos en sentido grueso, con varias posibilidades enigmáticas.

Pare enunciarla en el Seminario, Lacan prepara a su auditorio diciéndole: “no le van a creer a sus orejas:

“Un padre no tiene derecho al respeto, sino al amor, más que si el dicho respeto, el dicho amor, el dicho respeto está —no van a creerle a sus orejas— *pèreversement orientado*, es decir, hace de una mujer, objeto a que causa su deseo. Pero lo que una mujer a-coge así de ello, no tiene nada que ver en la cuestión. De lo que ella se ocupa, es de otros objetos a, que son los hijos, junto a los cuales el padre sin embargo interviene, excepcionalmente en el buen caso —para mantener en la represión (*répression*), en el justo me-dios, la versión que le es propia por su perversión. *Pèreversion*, única garantía de su función de padre, la cual es la función de síntoma tal como lo he escrito ahí como tal. Basta con que allí sea un modelo de la función. He allí lo que debe ser el padre en tanto que no puede ser más que excepción. Sólo puede ser modelo de la función al realizar el tipo de ésta. Poco importa que él tenga síntomas si añade a ellos el de la perversión paterna, es decir que su causa sea una mujer, que la

haya conseguido para hacerle hijos y que a estos, los quiera o no, les brinda un cuidado paternal. La normalidad no es la virtud paterna por excelencia, sino justamente el me-dios, dicho al instante, o sea el justo no-dicho. Naturalmente, a condición de que este no- dicho no sea demasiado transparente, es decir, que no se vea inmediatamente de qué se trata en lo que él no dice –esto es raro. Esto es raro que él lo logre, este justo me-dios [...] Pero ya se los he dicho al pasar sobre un artículo sobre Schreber - nada peor (pire), nada peor que el padre que profiere la ley sobre todo -No hay padre educador sobre todo, sino más bien rezagado respecto de todos los maestros”.

Enigmática afirmación de Lacan. Veámosla:

“El padre no tiene derecho al respeto sino al amor”. En efecto, como lo dicen las personas cuando saben que su padre ha incurrido en graves actos: “lo amo pero no me gusta lo que hizo... no estoy de acuerdo”, etc.

“Más que si está “per(e)versamente orientado”. Es decir, sólo tiene derecho a dicho respeto o incluso al amor, si está orientado de ese modo.

Aquí la cuestión es dilucidar a qué se refiere ese “per(e)versamente”. Y la respuesta que da en seguida es: “si hace de su mujer sus “objeto a” causa de su deseo”. Sólo así.

Pero, ¿qué es ese “hacer de su mujer su objeto a minúscula?”. Justo aquí se abren los equívocos, múltiples.

Una acepción posible es pensarla como objeto-de-desecho, objeto piltrafa, etc. Esto lo hemos ejemplificado un poco ya. Aquí se abren todas las posibilidades que hoy en día están siendo tipificadas en los nuevos ordenamientos en torno a la violencia de género, intrafamiliar, etc. Que van desde la falta de cumplimiento de responsabilidades elementales como contribuir al gasto familiar, etc., pasando por la indiferencia; la agresividad pasiva; e cinismo y la hipocresía hasta la violencia

psicológica, el maltrato físico, y otras figuras de mayor envergadura como los feminicidios, etc. Pero esta acepción, evidentemente, puede considerarse inaceptable, escandalosa, inmoral, etc. Puede ser cierto. Choca frontalmente con todos los ideales de las relaciones armónicas en el matrimonio y de la buena convivencia, etc. Puede parecer aberrante. ¿Pero acaso esto no contrasta con el hecho de que pareciera que muchas mujeres se hacen tratar así? Que parecieran esperarlo, buscarlo, aceptarlo, etc. Dejarse arrastrar, castigar, golpear, etc. ¿No es esto el despecho en sentido literal como lo vimos con uno de nuestros ejemplos? ¿La inscripción encarnada de la letra? Así visto, ¿tendría derecho al amor aunque no al respeto si la tratara de esa forma? Es una interrogante paradójica. ¿Esta mujer lo acepta, o no? Es la paradoja del goce. ¿El goce femenino emparenta con el fantasma masoquista del hombre sobre la mujer?, ¿qué clase de complementariedad supone? Es la no-relación armónica.

La otra acepción posible es ubicar a la mujer tal cual como objeto causa del deseo del hombre. Esto es, poner a la esposa en el centro de los intereses de él, desde la manutención, el cariño, la admiración, hasta lo sexual, etc... ¿Se podría decir, atenderla, satisfacerla, en todas estas dimensiones? Traduciendo esto, ¿podría decirse que el padre sólo tendría derecho al respeto y al amor si la trata de esa forma? ¿Sólo así? Pero, ¿será cierto que una mujer queda satisfecha bajo estos esquemas? Y si la mujer es no-toda fálica ¿será suficiente? Y, ¿es verdad que la mujer, la esposa, es el objeto causa del deseo del marido?

Y llevando esto aún más lejos debe pensarse si el marido queda satisfecho poniendo a la mujer en el centro de su mirada. Por este costado -“topológico”-, precisamente, es por donde la *perversión* emparenta con el fantasma y el acto perverso de ellos. Donde el marido se puede dar a toda clase de manejos y engaños para dar salida sintomática, “perversa”, a esta aporía.<sup>210</sup>

Otra arista nada menor se refiere a que la mujer parece no estar demasiado implicada de ese modo, pues está orientada hacia sus hijos como *objetos a*

---

<sup>210</sup> Con las clásicas justificaciones: salidas con los amigos; asistencia a supuestos congresos; juntas de trabajo interminables; juntas de “negocios”; juntas con la secretaria hasta tarde; etc., etc.



*minúscula*. En efecto, en la medida en que la mujer se orienta por sus hijos como sus objetos *a de goce*, parece soportar, sobrellevar la *pereversion*, en alguno de sus sentidos podríamos pensar. Pero, en tanto que ella mira hacia otro lado, él se enfrenta con un serio dilema que podrá sortear o no si puede colocarse en esa orientación -tomar a su mujer como *objeto causa de su deseo*.

Otra más puede ubicarse del cuidado del padre respecto de los hijos. Dice: “interviene excepcionalmente en el buen caso”, “poco importa”. Interviene sí, pero “excepcionalmente”. Eso es. Muy poco. Es lo común. Incluso en el “buen caso”. En casos excepcionales. No es que poco importe. Pero ya que lo central en relación con la mujer y los hijos es introducir la castración simbólica, lo que importa es hacer de ella la causa de su deseo. No de los hijos en sí, como muchos “buenos padres” hacen. Pero se confunden porque ellos o sus mujeres dedican su existencia al amor y cuidados a los hijos, dejando de lado el costado del deseo. Y el costado “perverso” colinda aquí con el hecho de que a muchos poco les importa el destino de sus hijos, su situación. Muchos son los hombres que con esto desaparecen. Algunos parecen enloquecer. Otros ven resurgir en sí mismos enigmas que no se habían avizorado antes, como el de la homosexualidad, etc. Dice al final: “la normalidad no es la virtud paterna por excelencia”. O dicho al revés, la virtud paterna no es lo normal. Se trata en todo caso, de un padre virtuoso, excepcional, si lo hubiese. Es lo que podríamos llamar en nuestra zoología del padre: *Especies en extinción*”.

¡Lo normal es tal orientación perversa! Vaya paradoja. Lo que lejos de ser una de tantas “modalidades” de la función paterna, esa “dicha” orientación es algo constante, “normal”. A lo que tienden, a lo que se orientan los padres, no es la excepción. ¿Es por tanto un universal? ¿Será ésta la *reducción fenomenológica del padre* desde Freud y Lacan?

Pero entonces, ¿cómo pensar la *pereversion*? En el caso por caso, donde se puede ver cómo se juegan las valencias singulares del goce. Que la *pereversion* oriente no puede ser sinónimo de un solo sentido.

Es la “versión” del “padre-del-goce”, del padre gozador. No importa si se trata de un mito o no. Aunque el mito “científico” de “Tótem y Tabú” no se pueda comprobar, no por ello es improcedente. El jefe totémico, el “goce-padre” es el universal de la aspiración masculina vía la “*pereversion*”. Aunque sea inconfesable, no es por ello falso. ¿Acaso los hombres no sueñan con ese lado perverso de la neurosis, con poseer a cuanta mujer se pueda? ¿Cómo pensar ese fantasear y ese alucinar perpetuos e imparables de la pornografía, que parece ser más una práctica predominantemente masculina? El voyerismo -por ejemplo el voyerismo de playa - parece ser una práctica más específicamente masculina. Se afirma que la perversión está más del lado masculino. No estamos diciendo que el padre, el hombre no esté empujado a la castración. Decimos que sueña, se orienta a la no-castración. Quisiera no estarlo. Es el sueño neurótico de eludir la castración,

Algo más, el padre se orienta hacia la *padre-versión* que le es “propia”, afirma Lacan. Y esa es su función. Función de síntoma. Su versión. Es una garantía. Para el padre resulta suficiente ser un modelo de esa función. Es la transmisión generacional paterna. Las herencias del padre, decíamos inicialmente. El padre se realiza al “realizar su tipo”. Lacan continúa: debe “mantener en la represión (répression), en el justo me-dio (“me-dieu”: ¡mi dios!<sup>211</sup>), la versión que le es propia por su *pereversion*”. Si no la mantiene se descubre su juego. Y otra vez, “Naturalmente, a condición de que este no- dicho no sea demasiado transparente, es decir, que no se vea inmediatamente de qué se trata en lo que él no dice -esto es raro. Esto es raro que él lo logre, este justo me-dios [...]”. Es raro que lo mantenga en la represión.

### **El sinthome: la “*varité*”**

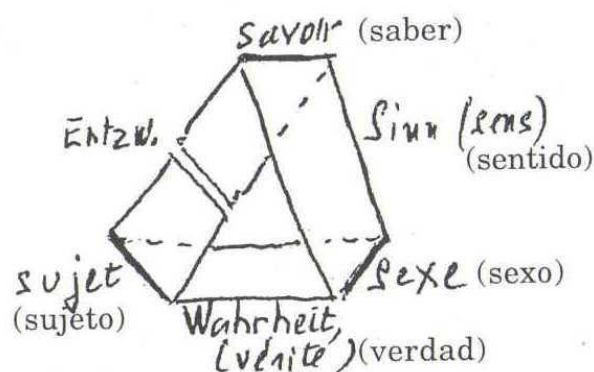
El neologismo “*varité*” de Lacan condensa por un lado “variedad” y por otro “verdad” –*verité*-. La expresión remite entonces a la variedad de la verdad del

---

<sup>211</sup> Traducción del Seminario RSI, op. cit.

síntoma. Son las versiones-del-sinthome. Lacan hace pendular el estatuto ontológico tradicional asignado en la filosofía a “La Verdad”, al considerar de que no es absoluta porque no es Una, sino múltiple y por tanto atravesada por la incompletud e incluso la inconsistencia. No hay “La” verdad. Lacan llega incluso en ese plano a decir que la verdad es ¡mujer! en tanto está atravesada por la falta, por el deseo, imposible de saturar, colmar, de “col-ma-tar”. Y que la verdad “habla” porque está atravesada por la palabra y su división. La verdad “yo hablo”, diría. Vaya confusión que causó la expresión.

Sería completa y absoluta sólo en sentido ideal, imaginario, ¡incluso en sentido simbólico! Más no en el sentido de *real*, ya que para Lacan lo *real* es lo *imposible* pues no se puede dar cuenta de ello totalmente por la vía de lo simbólico. No hay sino *semblantes* de “la” verdad. Semblantes que están a medio camino entre lo simbólico y lo real, como en la Banda de Moebius “aplastada” que Lacan despliega en el Seminario 12 *Problemas Cruciales del Psicoanálisis*, donde hay una sola cara en continuidad que conecta sujeto-sexo-verdad, pero entre los que hay una *división*: “Entzweiung”, división (“di-visión”) que en tanto topológica –“no-especularizable”- está presente también en todas las relaciones entre sus dimensiones debido a la “maleabilidad” de la banda, a sus posibilidades de torsión, sus “giros”, su “no-especularidad.



Es la división entre saber-sujeto-sexo. División por lo real, verdad de la división, división de la verdad. Verdad dividida. Saber dividido. Sujeto dividido. No es un

juego de palabras, retórica o meras expresiones literarias, sino movimiento de posiciones donde el otro polo vendrá allí a ejercer su dominancia. Si uno predomina tendría que pasar por todas las demás instancias, y luego un desliz complejo, pero no infinito: hay el tope de la división. Uno inexorablemente incluye al otro o a los otros dos. Esta presentación topológica es una anticipación a los Nudos que Lacan trabajará posteriormente. Es el interjuego de los aros de la cadena borromea en RSI. No hay equivalencia entre ellos como se planteaba primero, el *sinthome* viene a enlazarlos. Hay contingencia de la verdad, no cualidad absoluta o universal. Por eso Lacan afirma que “lo que la estructura freudiana revela, es una relación divergente entre verdad y saber”<sup>212</sup>.

Desafortunadamente no podemos llevar demasiado lejos las consideraciones lógico-filosóficas sobre la verdad, sino sólo para ajustarla a que el *síntoma*, el *sinthome*, como anudamiento sintomático es singular y tiene esa cualidad de *varité*. Esta variedad de la verdad se halla implícita en la riqueza conceptual del término *sinthome*.

La concepción de Lacan sobre los semblantes de la verdad (con minúsculas y en singular en tanto debe ser tomada una por una), tiene fuertes repercusiones para el campo del saber y los discursos. No es superflua como si se tratara de una simple afirmación. Los discursos, por más elaborados que sean –incluido el saber del psicoanálisis– no son suficientes para dar cuenta del sujeto o de lo real. No lo agotan. Son meros semblantes. Por eso Lacan querrá hacer del psicoanálisis un discurso “más allá del semblante”, que lo llevará a desarrollar sus seminarios: “De un discurso que no fuera del semblante”, y el último de todos: “La Topología y el tiempo”, para tratar de dar cuenta de eso *real* que escapa y que sólo puede ser mostrado mediante esos giros propios de los nudos y la topología. Y que están allí pero no se los puede representar totalmente: no son especularizables. Evidentemente la cuestión queda abierta.

---

<sup>212</sup> Lacan, J. Problemas cruciales del psicoanálisis. Seminario 12, op. cit. p. 164. Mimeo.

El término *sinthome* adquirió el nivel de categoría conceptual luego de largos y arduos desarrollos que se pueden rastrear desde los inicios de la enseñanza de Lacan. Vamos hacer a continuación una muy breve semblanza de ello para no quedarnos en la alusión y señalar validez epistemológica al interior del discurso y la práctica analítica.

Traemos a colación las acepciones del término mismo. Pero, más allá de quedarnos en las homofonías, queremos destacar las diversas implicaciones que se proyectan sobre la amplia investigación teórica clínica y social a que ha dado lugar desde entonces. El padre es un “santo-hombre” y un *síntoma* a la vez, como resuena en las homofonías que Lacan destacó a partir de “*sinthome*”. Y que acuñó a partir del término *symptom*, más antiguo, para diferenciarlo del término más común de síntoma que existe en otros discursos incluido el freudiano. Es un “*santo-síntoma*”. Un san”-tomás”. Vaya condensación. Induce una gran riqueza en la noción de padre como *sinthome*. Absolutamente congruente y consistente con todos los desarrollos que hemos venido mostrando a partir del *Nombre-del-Padre*, los *nombres del padre* y la *pèreversion*. “Perversión del padre” que no llega a serlo pero que se halla “latente” como uno de sus nombres, de sus posibles existencias, versiones, tendencias. El padre ya no es un dios, como lo sugiere la expresión Nombre-del-Padre: es un “saint-homme”; un “*santo hombre-síntoma*”. Es apenas un “hombre-síntoma”; “un-nombre”. Y también “un-hombre”: “un’ombre”. Incluso “un no-’mbre”, un “no-hombre” en el sentido de “*père hors Père*”, “padre no Padre”.

Al término de padre se le han asignado connotaciones diversas y hasta contrastantes: divinas por un lado en el sentido de representatividad por la equiparación de dios con el padre de la creación, su poder, su fuerza, etc., y, por otro, cualidades negativas que hemos entresacado. Como lo muestra el relato que recogió el escritor Paul Auster escogió para intitular su libro: “Creía que mi padre era dios”<sup>213</sup>. Encontramos ahí múltiples acepciones -nombres - sobre el padre. En

---

<sup>213</sup> Auster, P., *Creía que mi padre era dios*, Barcelona, Anagrama, 2004.

ese texto hay muchas otros relatos vinculados a desgracias familiares donde se ve en acción a un padre disminuido, enfermo que nunca está a la altura.<sup>214</sup>

Hay uno que relata la experiencia de una familia después de la muerte de la madre, donde el padre resulta incapaz de hacer nada para hacer que los hijos adolescentes se recuperen del impacto. Por el contrario, lejos de mostrar sus recursos simbólicos, incluso imaginarios, lo único que puede hacer es llevarlos a la playa a tomar grandes cantidades de alcohol. El relato se llama “Aislamiento”. [...] una semana después de incinerar el cuerpo de mi madre... que acababa de ser asesinada... mi padre nos metió a una camioneta... y fuimos a la playa... mi padre tenía cincuenta y un años. No podía ofrecernos consuelo, así que, en su lugar nos procuró aislamiento... unidos por el cinismo, la depresión y el alcohol... fue así como inauguramos nuestra empatía alcohólica en la familia, estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos... eso fue en 1980... Pero resulta difícil de creer porque todos seguimos allí, flotando y meciéndonos... dejando pasar el tiempo, mientras esperamos que las cosas mejoren”<sup>215</sup>.

Qué se arma en el psiquismo a partir de la falta de un padre en el amplio sentido que venimos planteando. Qué clase de síntoma se hizo. No hubo escena familiar

---

<sup>214</sup> Podemos brindar otros ejemplos. En uno, la madre murió y el padre separó totalmente a los hijos de la familia materna e hizo guardar un silencio absoluto respecto de eso por muchos años. Esto originó estancamiento social, hipersensibilidad afectiva, dependencia absoluta del partenaire y gran fragilidad y angustia, por decirlo muy brevemente. En otro, la madre cayó gravemente enferma y el padre llevó a los hijos a testificar en un juicio legal con objeto de quedarse con la patria potestad Más allá de la justificación de que los niños pudieran estar con alguien que las cuidara y de no tener que convivir con una madre enferma queremos subrayar la cuestión del silencio del padre, quien también aisló a sus hijas durante más de diez años de todo contacto con la familia de la madre. Se trata de un padre de “pocas palabras” -¿qué se esconde ahí?-, “sin palabras”? y donde se hablaba poco de las dudas y demás preguntas que todo niño se hace con relación a su existencia, a su desarrollo, a la cotidianeidad, a las relaciones amorosas y la sexualidad, al lazo social en general. Para no desarrollar más el ejemplo, tan sólo diremos que al cabo de los años una de las hijas se hizo una mujer muy insegura de sí y de su situación amorosa, social, laboral, etc.

<sup>215</sup> Hayden, L., “Aislamiento”, En: Auster, P. op. cit., pp. 113-115.

donde el sujeto pudiese ir tomando las insignias de lo familiar, de la diferencia sexual, de cómo es el Otro sexo. De cómo afrontar en el momento preciso, las insignias que el varón lleva en su bolsillo para usarlas cuando se presente la ocasión. Dice Lacan en el *Seminario Las formaciones del inconsciente*:

“El sujeto se identifica con el padre en la medida en que lo ama y encuentra la solución terminal del Edipo en un compromiso entre la represión amnésica y la adquisición de aquél término ideal gracias al cual se convierte en padre. No digo que sea de aquí en adelante y de forma definitiva un pequeño varón, pero él también puede llegar a ser alguien, tiene sus títulos en el bolsillo, tiene el asunto en reserva, y llegado el momento, si las cosas van bien, si los cerditos no se lo comen, en el momento de la pubertad tendrá su pene listo, con su certificado -Aquí tienen a papá que me lo concedió en la fecha requerida”.<sup>216</sup>

Tenemos así la transmisión coja de la metáfora paterna y el *sinthome*. Todo lo cual hace del padre de nuestros días una figura altamente devaluada y atrapada en la dominación femenina -y materna- generalizada (sic).

El padre de hoy es un verdadero *sinthome*. A medio camino entre lo real de su perversión y su devaluación.

---

<sup>216</sup> Lacan, J., *Las formaciones del inconsciente*, op. cit. p. 175.

## Capítulo 2

### Psicoanálisis y Lenguaje

En este capítulo hacemos algunas reflexiones sobre la manera en que desde Freud pero sobre todo Lacan concibe el lenguaje en su “relación” con el sujeto, para poder especificar desde allí la manera en que definimos nuestro abordaje de *los dichos* sobre la función paterna. Es muy importante aclarar de entrada que no pretendemos homologar el modo cómo trabajaremos con él aquí, con la forma en que se lo concibe y trabaja en el discurso y el dispositivo psicoanalítico, sino sólo para referirnos a la concepción del sujeto que se le supone ahí a partir de los efectos de división del lenguaje en él y, establecer con ello ciertas condiciones para pensar la función-padre desde ciertas formaciones: frases, relatos, dichos, enunciados, etc., pero en última instancia los *significantes* inmersos en el discurso que dan cuenta de ello.

#### Nuestro "approach": La “frase-significante”

En principio, partimos de una concepción de sujeto en tanto ser hablante: “hablanteser”, “parlêtre”. Más no sólo como sujeto discursivo en general como se lo hace en otras disciplinas, sino como *sujeto del inconsciente*, pero sobre todo como *sujeto al goce* donde *lo real* del sujeto: el cuerpo, el síntoma y el goce están implicado inextricablemente allí, para diferenciarse esencialmente de aquéllas. Esto obliga a establecer ciertas acotaciones. Nuestro punto de arribo es a final de cuentas, “*lo que se dice*”, *las frases*, los significantes, acerca del padre. Cómo el padre es “dicho”: “*comme-est-dit*”, la “*comédie du père*”: esto es la “comedia” del padre en sentido general, no como género literario tal cual, sino que allí está también lo novelesco, lo trágico y lo cómico, incluso la farsa, en fin. <sup>217</sup>

---

<sup>217</sup> *Comme - est - dit*: “cómo es dicho”, en francés, en su homofonía con “*comédie*”, es decir, la “comedia del padre” que propone Porge, E., en “Cómo es dicho el padre”, En: Littoral, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Argentina, Editorial la torre abolida, 1990.



Pensar el discurso a partir de las frases o dichos como *significantes*, permite dar cuenta en cierta medida de las posiciones subjetivas, de las modalidades subjetivas respecto de la “función” paterna. Se trata de la palabra, de su modo de inscripción “a la letra” en el cuerpo, en el síntoma, como diría Lacan. En el “cuerpo de la subjetividad”, en la “subjetividad del cuerpo”. Más allá de concebirla como pura relación de comunicación, vehículo, instrumento, etc., que caracteriza a otras perspectivas. Para decirlo pronto, para Lacan los significantes no sólo son palabras, también pueden ser objetos, imágenes, síntomas e incluso relaciones, épocas, etc., todo aquello que tiene un valor de inscripción en el sujeto. Y esto es fundamental porque remite a los modos singulares en que se inscribieron los significantes maternos en los orígenes “inmemoriales” del sujeto psíquico. Porque como hemos visto, el Otro de la cultura, el Otro simbólico, la *autoridad de lo dicho* -incluso la eficacia de la intervención del *padre real*- están mediadas por ella. Por su “parloteo” (Morel), por esa especie de “revoltijo”, “por ese confuso”, como alguien nos dijo en un relato. Por esos: “se la pasa gritando todo el tiempo”, “primero me dice una cosa y luego me dice otra”, etc., como dice la incuestionable queja de los niños.

Como dice Genevieve Morel al pensar la cuestión del discurso materno con la ley: “[...] está hecha de palabras anudadas al placer y al sufrimiento, es decir al goce materno, que se transmiten al niño desde su edad más temprana y que se imprimen para siempre en su inconsciente, modelando fantasías y síntomas” <sup>218</sup> . Se trataría de saber entonces, como ella afirma, si es posible, para cada uno, salir de esa dimensión de goce del síntoma desde el que se estructuró. Ese parloteo anudado al placer y al sufrimiento y que se imprime para siempre en el niño, troquelando su psiquismo, inconsciente.

Podemos comenzar introduciendo lo que plantea Heidegger del habla como morada del ser que reside en la palabra. Dice en *La esencia del habla*: “Ninguna cosa es donde carece de palabra [...] la palabra del habla y su relación con la causa, a todo lo que es –el hecho que es y el modo como es[...] el ser de cualquier

---

<sup>218</sup> Morel, op. cit., p.10.

cosa que es, reside en la palabra. De ahí la validez de la frase: el habla es la casa del ser”.<sup>219</sup>

Con esto queremos plantear de entrada, que el habla es el lugar del sujeto, su “morada”. Que no es sino a partir de la palabra, del habla, que se puede pensar al ser, las cosas, el mundo, los otros. Y esto no es un asunto retórico, poético o filosófico. Pero incluso no es sólo empírico o pragmático. El lenguaje no es un simple “medio”, ni puro reflejo de la cosa. “Lo que se dice” da cuenta de eso esencial constitutivo del sujeto: su posición acerca de lo real que no habla. Su división y su síntoma frente a la imposibilidad de atrapar al objeto o de querer decirlo todo. Es la división, la escisión causada por la palabra en el sujeto (Lacan).

Partimos de una concepción sobre lo real del sujeto y de lo *real* que no se deja decir todo. Lo real no habla, parafraseando a Jacques Alain Miller. Y que sólo se puede rodear por la vía del lenguaje. Pero, aunque lo real no pueda ser homologado a lo simbólico como decíamos en el capítulo anterior, pues su naturaleza es de *semblante* a “medio camino” hacia lo real, no podemos prescindir de él en tanto somos “seres hablantes”.

Por eso la concepción de Lacan en torno al lenguaje marca un giro radical respecto de otras aproximaciones en tanto que por un lado, no se concibe a lo real en términos de la realidad, como se hace en aquéllas, sino de lo real-imposible de ser dicho tal cual, lo que cierra las puertas a toda pretensión de entenderlo, de agotarlo, pudiendo apenas “medio decirlo”. Pero también respecto del “sujeto del lenguaje” en tanto no es sólo un ser de discurso como se piensa en el saber universal, sino un sujeto del lenguaje donde lo real del goce del cuerpo está inextricablemente implicado. Como en esas *frases categóricas* o *significantes amo* (S1) que se imprimen en la subjetividad. Ahí el cuerpo está implicado en tanto *sustancia gozante* (Lacan) que soporta al sujeto, pues el síntoma es lo que hay de más real en el sujeto. Lo más real en el sujeto, su síntoma y su goce, no dejan de hablar en él.

---

<sup>219</sup> Heidegger, *De Camino al habla*, op. cit., pp. 148 – 149.

Lacan asimila *lo real* en general, no a “la” *realidad*, sino lo radicalmente real por imposible, radicalmente objetivo porque está ahí inexorablemente, independientemente de nuestra voluntad -simbólico-imaginaria-, a lo real del síntoma en el sujeto, a eso que no marcha y respecto de lo que el sujeto parece poder hacer bien poco. Esta analogía es asombrosa. No es la realidad como si hubiera una, además, sino eso de la realidad con la que no se puede, como las inscripciones que han dejado huellas cuasi-imborrables en el psiquismo; el goce cuasi-ineliminable; el síntoma; el tiempo; la muerte. Esto se vincula al lenguaje precisamente en la medida que el lenguaje no puede sino bordear esto, eso real del objeto que el lenguaje no puede franquear, eliminar.

El concepto de “*la-lengua*”, “*lalengua*” (Lacan), el modo de hablar de cada uno, el más íntimo y personal, da cuenta de ese “anudamiento” de *lo real* del sujeto, pues muestra no sin pocos recursos analíticos claro está, el anudamiento “*sinthomático*”. Precisamente por la familiaridad de “*lalengua*” con la realidad, el cree poder decirlo todo, entenderlo.

Por eso decimos desde ya, que ningún tipo de registro -relato, biografía, historia de vida, etc.-, por más anecdótico, “objetivo”, “naturalista”, cualitativo o detallado que sea, no puede dar cuenta del fantasma ( $\$ \langle \rangle a$ ) en el sujeto, de sus huellas significantes más profundas, de lo real de su posición gozante implicada allí, en la medida en que en dichas aproximaciones el lenguaje es concebido como transparente, objetivo, homólogo, equivalente a la naturaleza de lo real. Hay tan sólo semblantes y equívocos. Por ese motivo nos centramos tan sólo en los dichos, en la medida que son “núcleos de significación”, “relatos abreviados”, *decires* (Heidegger), remiten al Decir (Levinas) y en último término *significantes* (Lacan). Expresiones *nodales* –condensadas- que ilustran las maneras en que los sujetos “se” han posicionado y condensan metafóricamente los sentidos significativos del sujeto en torno a su historia.

El modo en como Freud y Lacan abordan al sujeto a partir de frases y significantes permite justificar en cierta medida nuestro “*approach*”. Y porque, como se verá

enseguida, no se puede dar cuenta del sujeto del inconsciente y del goce, partiendo de una concepción que lo aborda como simple *instancia discursiva* (Benveniste), o a través de procedimientos narratológicos o estructurales, en fin. El sujeto es huidizo, está en *fading* (Lacan) en tanto está dividido: *alienado* por el lenguaje y *separado* de su deseo. Pues como afirma Saettele: [...] “El acto de narrar es mucho más que la adquisición de un saber acerca de lo que alguien presenta como su historia”<sup>220</sup>. El sujeto no es una pasta “bio-psico-social”, una cosa, un “objeto” que pudiese ser captado en su inmediatez como lo quisiera la visión materialista. Es inapresable, se halla siempre “entre” los significantes, “representando incluso la falta de significante”<sup>221</sup>. Es decir, el sujeto no puede ser atrapado así. Ni el *S1* como significante amo pues se encuentra reprimido. Ni el *nombre propio*, pues éste no tiene referente alguno, está vacío.

Al enfocarnos en *frases* o en “lo dicho”, nos referimos a un “más acá” del *relato* o de la *historia de vida*. Mediante esas figuras discursivas aludimos, claro, a lo que se llama en general el *enunciado*, pero no aisladamente en tanto está implicada al mismo tiempo la enunciación, el *decir*, el *sujeto de la enunciación*. Y es este binomio el que nos permite trabajar articuladamente a la vez que por separado, tanto el enunciado - proposiciones, contenidos, etc.-, como la “modalización” enunciativa - las posiciones fantasmáticas y sintomáticas- que se pueden mostrar cuando se dice algo, aun cuando incluso el sujeto no se percate de esto.

Como dice Heidegger en *Camino al habla*, el sujeto habla incluso cuando no habla, cuando duerme y cuando está en silencio. El habla está y sale al encuentro del sujeto. Y en todo momento hay allí un sujeto que habla desde lugares que difícilmente pueden ser ubicados desde el lenguaje pensado en su acepción racional – cartesiana. Y como Lacan llega a decir en el *Seminario “De un otro al Otro”*, hay “discurso sin palabras” en tanto éste se expresa en el síntoma, en el cuerpo, en el *fantasma*, en las *formaciones del objeto a minúscula* (Nasio). Allí

---

<sup>220</sup> Saettele, H., *Psicoanálisis y silencio*, México, UAM Xochimilco, 2005, p. 168.

<sup>221</sup> Cottet, S., “Pienso donde no soy, soy donde no pienso”, En: Miller, G. *Presentación de Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1988, p. 23.

está la indeterminación del sujeto en tanto no se deja agotar ni coagular, ni por el lenguaje de la vigilia como diría Freud, ni por la lógica racional que pretende eliminar la contradicción. El síntoma gozante es una prueba de esa contradicción que la lógica del sujeto racional dueño de sí pretende no ver.

Las posiciones subjetivas no pueden reducirse a los juegos discursivos esquematizados desde el análisis del relato por ejemplo. El *fantasma*, el *sinthome*, etc., como estructuras o anudamientos, no pueden captarse mediante dispositivos que parten de una noción ingenua del lenguaje como transparente u homólogo a lo real, y con una concepción psicológica ingenua del sujeto como ya decía Husserl.

El *fantasma* como estructura simbólico-imaginaria, como mediador del deseo, es la moneda corriente del lenguaje cotidiano y no puede ser reducido al “yo pienso” o al yo existo en el sentido cartesiano. Pues como trabaja Lacan: “pienso donde no soy, soy donde no pienso”.

El término lingüístico correspondiente a lo que nosotros hemos querido denominar sencillamente, descriptivamente, como frases o dichos, podría equipararse con el de “*expresiones resultativas*”, donde a decir de Hans Saettele:

“La secuencia narrativa es el lugar en la cadena significante, en el que se constituyen *núcleos de significación*, expresiones cuyo contenido remite al ser en tanto resultado de un devenir (Gewordensein) de las cosas y situaciones del presente, en las llamadas “*expresiones resultativas*”. Estas últimas, (productos, cicatrices, restos) pueden ser entendidas como cristalizaciones de relatos latentes que serían en principio narrables. Es decir: *estos núcleos de significación son abreviaciones narrativas que sustituyen al relato en sí y que contienen la posibilidad de expansión narrativa*”.<sup>222</sup>

---

<sup>222</sup> Saettele, Hans. op. cit., pp. 165 – 166. Subrayado nuestro

Estas frases resultativas funcionan a manera de significantes nodales que abrochan sentidos esenciales (de las relaciones de padres e hijos en este caso). Estas abreviaciones narrativas pueden llegar a representar y a sustituir al relato o la historia de vida. Son significantes que estructuran las identificaciones del sujeto. Subrayamos el alcance de la afirmación de Saettele: “estos núcleos de significación son abreviaciones narrativas que sustituyen al relato en sí y que contienen la posibilidad de expansión narrativa.”<sup>223</sup>

Para ilustrar y fundamentar la importancia que para nosotros reviste destacar las frases y dichos del (y hacia el) padre, vamos a introducir a continuación un par de “ejemplos” que provienen de la literatura y el cine, y que nos muestran que dichas frases metafóricas bastan para dar cuenta de la posición enunciativa del sujeto, de su lugar en tanto sujeto de goce y que condensan en sí mismas la densidad del relato o de su “historia”. Insertamos también en este capítulo, como lo hicimos en el anterior, como “mostración”, alusiones a frases que encontramos en los “casos” de nuestro estudio, que no por ser “comunes” –singulares- son de menor importancia en comparación con los casos que se podrían considerar “paradigmáticos” o “ejemplares” provenientes de otros campos.

Un ejemplo que muestra nuestro vehículo de abordaje y al mismo tiempo nuestro objeto, que por lo demás nos parece “paradigmático”, refleja esos posicionamientos subjetivos en la relación del padre y el hijo. Es el de Franz Kafka en su *Carta al Padre*<sup>224</sup>, en tanto que en su planteo alude directamente a “la palabra del padre”, sus “veredictos”, sus “dictámenes”, sus “recursos oratorios”, sus “insultos”, “amenazas”, “ironías”; “educación”, etc., como aquello que refiere y le viene del padre:

"[...] Incomprensible me resultó siempre tu total insensibilidad frente a la pena y vergüenza que podías infringirme con tus palabras y veredictos; era

---

<sup>223</sup> Subrayado nuestro que sintetiza en unas cuantas palabras nuestra justificación para recurrir a las frases y a los dichos del sujeto como un modo de aproximarnos a él.

<sup>224</sup> Kafka, *Carta al padre*, México, Ediciones Coyoacán, 2003,

como si no tuvieses la menor noción de tu poder [...] Tú, en cambio, descargabas los golpes de tus palabras sin más ni más, no te compadecías de nadie, ni mientras sucedía, ni después, y frente a ti uno se hallaba enteramente indefenso [...] Pero para mí, siendo niño, toda palabra que me dirigías era poco más o menos un dictamen del cielo, no la olvidaba nunca, seguía siendo para mí el medio más eficaz de juzgar el mundo, ante todo de juzgarte a ti, y en ese punto fracasabas completamente [...] Tus recursos oratorios sumamente efectivos que cuando menos frente a mí jamás fallaban, esos recursos aplicados a la educación, eran: insultos, amenazas, ironías, risa maligna, y -extrañamente- la autolamentación".<sup>225</sup>

Con esta cita no pretendemos ser exhaustivos del texto de Kafka o su biografía. De ningún modo. Es tan sólo una mostración del modo de posicionamiento enunciativo de un personaje, que ilustra y sustenta por analogía la validez de nuestra elección, al menos para los objetivos de nuestro estudio, en el sentido de que las *frases resultativas* aluden al anudamiento sintomático del sujeto y, pueden ser suficientes sin tener que recurrir a una re-construcción supuestamente totalizante de la "historia de vida" de alguien, o a su ubicación socio-histórica contingente. Si aquí se puede argumentar que en el ejemplo analizado hay problemas de "objetividad" en el relato del personaje, eso no representa problema alguno en tanto que muestra el grado de implicación del propio personaje en su situación y que, en todo caso, la "ambigüedad discursiva" o "la confiabilidad del discurso" no es un problema metodológico, al menos para la concepción desde la cual nos posicionamos, ya que la dimensión imaginaria y del fantasma es constitutiva también de su subjetividad. Regresando al caso, queremos destacar el nivel lingüístico que las frases representan a través del análisis de Derrida sobre la Carta al Padre de Kafka: "[...] Y, a pesar de todas tus "frases" [las formas de

---

<sup>225</sup> Ibid, pp. 24, 25, 29, Cursivas nuestras. Resaltamos del texto sólo la cuestión de las frases y la palabra del padre. No comentaremos a fondo el estatuto del padre en él, porque no queremos hacer un estudio biográfico sobre Kafka. Nos interesa tan sólo citarlo como un ejemplo paradigmático que ilustra muy bien ese juego modalizante, enunciativo, estructurante, del padre y de los hijos.

hablar, los giros, la retórica: “Redensarten”<sup>226</sup>] sobre lo que denominas formas de ser, temperamento, contradicciones, desesperación” [...] <sup>227</sup> dice.

Esto es, que el decir, incluye, como Derrida mismo cita y sostiene: “formas de hablar”, “formas de ser”, “temperamento”. Redensarten: “locución, dicho, giro, modismo, «es un decir»” (*Compact Diccionario. Diccionario Océano Langenscheidt*). El decir remite a las formas de “ser”, al “temperamento”, a las «modalidades intersubjetivas» de la enunciación. Y en ello, la transmisión a través de la palabra, de las “formas de ser” del padre y por tanto, de sus efectos “sinthomáticos” en la subjetivación.

Son las frases, los dichos, los ejemplos, las fallas que el hijo toma y que lo llevan a los padres en un movimiento especular que podríamos llamar casi interminable. Y de vuelta. De ello dan fe esos *enredos* y episodios “desafortunados” de acusaciones y reclamos mutuos entre padres e hijos, donde hay una especularidad, una circularidad que deja ver esos juegos de inscripción del significante, incluso en doble carril y en rutas sin dirección ni límite, de los que nadie sale bien librado, y que complican más la atmósfera pues terminan en una especie de vociferación o acto de fuerza de parte de alguno. Son esas formas de ser y hablar del padre, sus vociferaciones e insultos, sus frases lapidarias, por su carácter de *un-heimlich*<sup>228</sup>, que atraviesan al hijo. Y de vuelta. Y no es que el hijo las “tome” en un sentido pasivo, sino que lo constituyen y lo con-forman, con todo lo que pudiese implicar de sedimentación en los procesos identificatorios, como lo ilustra muy bien la *Carta* de Kafka.

---

<sup>226</sup> Frase citada por Jacques Derrida y que significa: locución, dicho, giro, modismo, “es un decir”, según el *Compact Diccionario. Diccionario Océano Langenscheidt*. 2000. Y lo que aparece entre corchetes son expresiones que aparecen en el texto mismo del autor.

<sup>227</sup> Derrida, J., *Dar la muerte*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 128.

<sup>228</sup> Lo ominoso, lo familiar vuelto *no-familiar*. Véase, Freud, S., “Lo ominoso”, *Obras Completas. Vol. XVII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976,



Es pensar y abordar la palabra, la “carta”, la *lettre*, la “letra”, el “Decir”. Es suficiente en tanto que la letra tal como Lacan la concibe, remite a las inscripciones en el sentido fuerte en el sujeto. Y que denotan también esa *especulación*, esa *espejularidad* desde la que el hijo **se** habla y habla al padre y viceversa, y que lo atraviesa y lo estructura:

"Se habla en nombre del padre. Hace decir al padre, tomando su lugar y su voz, prestándole y dándole a la vez la palabra [...] Pero esto es lo que nos recuerda el padre, en verdad la ley del padre que habla por boca del hijo hablando por boca del padre [...] Aquí todo, en nombre del padre, en nombre del padre y del hijo que se hablan en nombre del padre, en nombre del hijo que se denuncia en nombre del padre[...] «O me equivoco mucho, dice el hijo-padre, el padre por voz del hijo o el hijo por voz del padre, o tú utilizas todavía esa carta como tal para vivir como un parásito a mis expensas [...]".<sup>229</sup>

Excelente demostración del juego simbólico-imaginario entre el padre y el hijo, en términos tanto de sus inscripciones como del juego del discurso que ahí tiene lugar, y que nos basta para dar cuenta de nuestro modo de abordaje, pues muestran cómo el padre es dicho y es también atravesado por el efecto reflexivo del lenguaje. “*Lettres*” como “cartas” *del* padre y como “letras” *del* padre. Pero también al padre. Se trata de la inscripción de la letra encarnada en el hijo, que le viene del padre en sus dictados, su voz, sus imperativos, e incluso en sus deudas, su goce. El hijo recibe, juega y vive con las “cartas marcadas”, con las “letras vencidas” e incluso ocultas de él.<sup>230</sup> Como en las “cartas marcadas que recibe el hijo en la película tragicómica que hemos citado ya de Rémi Waterhouse: “*Je regle*

---

<sup>229</sup> Derrida, op. cit., pp. 128 – 129, analizando la espejularidad del padre y el hijo y citando directamente a Kafka.

<sup>230</sup> Y todo esto se aprecia también en otros casos, “ejemplares” - que por supuesto no podemos analizar aquí porque nuestro interés no es estrictamente biográfico: Holderlin, Rousseau, Joyce, Schreber, Strindberg, Proust, Gide, etc., que revelan los juegos y posicionamientos del sujeto. O los de todos nosotros.

*mon pas sur le pas de mon père*” (“Yo regulo mi paso sobre los pasos de mi padre”).<sup>231</sup>

Estos movimientos especulares estructurantes se podrían pensar también desde la óptica del «discurso referido» y la «modalización» planteados desde las perspectivas de los «*actos de habla*» de Austin y Searle y de Greimas, pues nos permiten pensar en un sujeto más allá de representar una *instancia* discursiva, un elemento en el relato, en la narratología, etc.<sup>232</sup>

El análisis a nivel del enunciado emparenta con nuestro planteo del análisis del dicho, sólo de entrada, en tanto que de ello destacamos lo que se dice a nivel de la proposición, del “contenido”. Sin embargo, nuestro enfoque no se queda allí en la medida en que nos interesa ubicar la enunciación, la “*modalización fantasmática*”, podríamos decir. Es decir, al sujeto en sus posicionamientos sintomáticos respecto al padre, no como un puro acto de lenguaje, vaciado de la sustancia gozante del sujeto. Pues como en el ejemplo de Waterhouse, la modalización efectuada por el padre no puede pensarse como pura discursividad, sino donde hay efectos incluso trágicos.

El ejercicio analítico que realizamos no busca poner de relieve las estructuras lingüísticas formales implicadas en esos “juegos de lenguaje”. Eso sería querer hacer en todo caso, lingüística, narratología, análisis discursivo *per se*, etc. Pero tampoco las correlaciones, puesto que las determinaciones sociales -o discursivas- tampoco son unívocas. El anudamiento *sintomático* es singular. No

---

<sup>231</sup> O parafraseándolo podríamos decir: “Yo regulo mi paso sobre la regla de mi padre”, o bien, “yo regulo mi paso sobre las palabras de mi padre”. O yo regulo mi falta (pas) sobre la falta de mi padre. Y hasta, yo regulo mi negación (pas) sobre la negación de mi padre. De la que ya hicimos anteriormente un breve comentario.

<sup>232</sup> Véase para esto, Charadeau, P. y Maingueneau, D., *Diccionario de análisis del discurso*, México, Amorrortu, 2005; Austin, J.L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, 1971; Searle, J., *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 2001; Beristain, H., *Diccionario de Retórica y Poética*, Porrúa, 2006; Ducrot, O. y Todorov, T., *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo Veintiuno, 2003. Pimentel, L. A., *El relato en perspectiva*, Siglo XXI, México, 2005.

hay estructuras subjetivas en sentido sociológico. El *sinthome* no puede reducirse a observaciones psicosociales. Cada sujeto “responde” con su fantasma ( $\$ \langle \rangle a$ ) al deseo y al goce del Otro.

Como afirma Derrida, la obra y la biografía de Kafka, su vida y su escritura (e incluso la literatura en su conjunto como él llega a plantear), está atravesada por la problemática en torno al matrimonio, y en ello, decimos nosotros, la sexuación, la filiación, el *sinthome*, pues se trata, como él afirma, de “una filiación imposible”. Visto así, la familia tiene un costado de imposibilidad, como la filiación, por ejemplo, donde la novela familiar de Freud cobra toda su pertinencia y su peso.

Y también hay en ella todo un imaginario en el modo de pensarla y de vivirla. Una especie de “delirio familiarista” (Eric Laurent) que supone ideales delirantes, conflictos que parecen rayar en la locura, etc. Como una familia que conocimos donde todos los miembros compartían el delirio de apariciones de espíritus y demás. O esos discursos que la piensan como una especie de institución sagrada con elevados ideales morales y espirituales, etc. No, lo que hay son “contagios”, identificaciones, conflictos, cruces, convergencias, odios, alegrías, horizontes, etc. “a según”, se dice. La familia es muchas veces pensada como una especie de entelequia, una entidad imaginario-simbólica donde su real-imposible es pasado por alto.

Permítasenos una larga cita de Derrida sobre esto, para ilustrar lo que hemos planteado hasta aquí:

"Esta carta ficticia *del*<sup>233</sup> padre, incluida en la carta semi-ficticia del hijo, multiplica los agravios. El padre (ficticio) reprocha a su hijo (quien se lo reprocha pues a sí mismo) no sólo su parasitismo sino *a la vez* el hecho de acusarlo a él, al padre, y de perdonarlo y, de ese modo, declararlo inocente.

---

<sup>233</sup> Subrayamos el *del* del padre en la frase de Derrida, porque muestra a las claras que aunque la Carta es *al* Padre, dirigida presuntamente al padre por parte de Kafka en ese juego especular sin límite con el padre que Derrida muestra, Las demás cursivas son del autor, pero apuntan al mismo asunto que nosotros enfatizamos.

Al escribirle, al escribirse a sí mismo con la pluma ficticia de su padre, Franz Kafka no ve a ese padre espectral, como tampoco Isaac ve venir ni comprende a Abraham, el cual a su vez no ve a Dios, ni ve llegar a Dios ni a dónde quiere ir a parar Dios en el momento de todas esas palabras. ¿Qué le dice ese padre espectral a Franz Kafka, a ese hijo que le hace hablar de ese modo, como un ventrílocuo, al final de su *Carta al padre*, prestándole su voz o dándole la palabra pero también dictándole sus palabras, haciéndole escribir, en respuesta a la suya, una carta a su hijo, en una especie de ficción dentro de la ficción? Teatro dentro del teatro, «*the play's the thing*».<sup>234</sup> Repasamos así, en esta escena del secreto, del perdón y de la literatura, la filiación de las filiaciones imposibles: la de Isaac a quien su padre estuvo dispuesto a matar; la de Hamlet –que rechaza el nombre de hijo propuesto por el rey, su suegro, el esposo de su madre, su *father in law*, su padre según la ley [...]; la de Kierkegaard que tuvo tantos problemas con el apellido y la paternidad de su padre; la de Kafka, finalmente, cuya literatura, en suma, no instruye –de un genitivo se pasa al otro-<sup>235</sup> sino el proceso de su padre. *La literatura comenzaría allí donde ya no se sabe quien escribe ni quien firma la narración de la llamada, y del «Heme aquí», entre el Padre y el Hijo absolutos. ¿Qué dice, pues, el Padre por obra de la pluma del Hijo que sigue detentando el poder de las comillas? Seleccionemos sus argumentos en una requisitoria cuyo motivo dominante es la imposibilidad del matrimonio para Kafka, debido a una identificación especular con el padre, a una protección identificatoria a la vez inevitable e imposible*<sup>236</sup>. Lo mismo que en la familia de Abraham, lo mismo que en Hamlet, lo mismo que en lo que une *La repetición* con *Temor y Temblor* al filo del matrimonio imposible con Regina, la cuestión de fondo es la del matrimonio, más concretamente, el secreto de «tomar mujer». Casarme es

---

<sup>234</sup> Escena dentro de la escena como en Hamlet.

<sup>235</sup> En efecto, el genitivo *del* da cuenta de ese doble movimiento del padre al hijo y del hijo al padre, en una remisión al otro en el doble sentido de la pertenencia, como de la que da cuenta ese aforismo lacaniano sobre el deseo, siguiendo a Hegel, donde “el deseo es el deseo del Otro”.

<sup>236</sup> Comillas nuestras.

hacer y ser como tú, ser fuerte, respetable, normal, etc. Ahora bien, debo hacerlo y, a la vez, está prohibido, debo hacerlo y, por consiguiente, no puedo".<sup>237</sup>

Magnífica condensación de Derrida de los temas que hemos venido delineando desde el capítulo anterior. La especularidad padre-hijo; lo semi-ficticio que resulta todo análisis de lo real y del sujeto a través del lenguaje; el juego eterno de acusar y reclamar al padre y de imputarle imaginariamente todas nuestras culpas; y de terminar perdonándolo y declararlo inocente; y de acusarse por haberlo acusado; el juego del hijo-padre que no sabe ni entiende los límites de su padre, como Kafka, Isaac, Abraham, y... y... todos... Es la *pereversion* como creencia en el padre y, al mismo tiempo, la falta de respeto o de amor por sus inconsistencias. Por mencionar algunos de ellos.

El término "ficticio" empleado por Derrida para referirse al padre "ficticio" (o a la carta "ficticia"), lo podríamos pensar hoy desde otros ángulos: desde lo virtual, desde lo imaginario, etc. Desde el psicoanálisis lo podríamos plantear desde el plano del *padre imaginario*, que no por ser imaginario no existe, como si fuera tan sólo una ilusión. Incluso el padre de la realidad también comparte un poco ese estatuto de "ficticio" para decirlo sencillamente. Imaginario, claro. El estatuto imaginario tiene en Freud y Lacan una connotación definida, fuerte, que no por ser "virtual" sería inexistente, etc. Por ejemplo, a veces las personas dicen: "es que no lo conocí, no puedo opinar", "en que nos abandonó" o, "no vive con nosotros", etc. Pero eso no significa necesariamente un residuo igual a cero. Por el contrario. No significa que no tengan una opinión. La tienen. Incluso toda una armazón imaginario-simbólica. Ese "no puedo opinar" remite a cosas como las siguientes. Sirvan aquí como ejemplos también, las frases que sobre el padre dijeron algunos de nuestros entrevistados y que se refieren a esa faceta feroz: las "estupideces de mi padre"; sus "golpes con palabras"; sus "ya va a empezar con sus chingaderas"; "me dan hueva sus comentarios"; "evítate tus (que te diga) groserías, que ya te tengo en muy mal concepto, evítate que (te) tenga otro peor";

---

<sup>237</sup> Derrida, op. cit., p. 126 - 127

a veces “quisiera matarlo”; etc. “O, mi padre era un cerdo”, etc. El “yo regulo mis pasos sobre el paso de mi padre”, es una suerte de paradigma, de regla universal en la medida en que el goce se ejecuta ahí en una especie de contrapunto “ad libitum”, precisamente. En un contrapunto mal ejecutado y mal orquestado.

Estas frases hacen pensar también en eso imposible que habita a la familia como una entidad armónica. ¿Acaso la *perversión* no implica también una especie de irreductible insalvable? Esas frases dichas de manera fragmentaria, o inmersas en relatos más amplios, son por sí mismas: “resultativas” del síntoma o del *sinthome* en el sujeto. No son simples enunciados. Bastan para “mostrar” el *medio-decir* acerca de eso real imposible familiar.

Hay, si quiere pensarse así, una *tensión ineliminable*, entre “la acción social de los individuos y el determinismo social de las estructuras” como afirma Passeron (citado por Dosse). Hay una *extimidad* como afirma Lacan, existencia de una ajenidad del Otro que habita en lo más íntimo y se ha hecho propia. No es pura determinación.

A ese respecto afirma Dosse aludiendo precisamente a Bourdieu (desde la posición de Passeron) en el campo de la biografía: “Su colega Jean-Claude Passeron no está por lo demás, satisfecho con ese modelo y sugiere un modelo menos estructural, más dinámico y más apropiado al estudio de las *trayectorias biográficas*”.<sup>238</sup>

---

<sup>238</sup> Subrayamos *trayectorias biográficas*, porque justo desde Freud y Lacan, la historia del sujeto no puede pensarse como una trayectoria, porque el término en sí remite a la idea de una ruta trazada de antemano desde un *telos*, como una flecha que ha sido lanzada y que sigue una ruta y un objetivo previamente concebidos. Pero que también da la idea de totalidad y acabamiento, cuestión por demás, inconcebible partiendo de Lacan. Estas cuestiones sobre la biografía y el relato las comentamos un poco más en los siguientes apartados.

## Lenguaje y sujeto del inconsciente

En virtud de nuestro modo expositivo, que no *estilo*, en tanto no desarrollado, hemos ido introduciendo a través de múltiples alusiones desde el inicio del texto, la cuestión del sujeto del inconsciente y el modo en que Lacan lo pensó desde el lenguaje. Ahora lo haremos de un modo más directo pero acotado, enfocando los niveles que están implicados en nuestro modo de abordar la “función paterna”.

No es casual ni superfluo comenzar por especificar el modo en que se concibe desde el psicoanálisis al lenguaje, pues como escribió Kristeva, la obra de Freud en su momento “abrió una perspectiva nueva en la representación del funcionamiento lingüístico al introducir en ello el trabajo del inconsciente y revolucionó así las concepciones cartesianas sobre las que se apoyaba la lingüística moderna”.<sup>239</sup>

Para el psicoanálisis el lenguaje no es tan sólo una especie de medio, como se lo piensa desde prácticamente todos los campos disciplinarios. No es tampoco un factor o una variable que influye en los individuos; ni una especie de superficie donde se reflejara la subjetividad en abstracto.

Como el mismo Heidegger plantea en la *Introducción a la Metafísica* acerca del *poder del lenguaje* en la *esencia* [del sujeto] y en el *ente* “que somos y en el que no somos”:

“Si no comprendiéramos en absoluto el ser, si la palabra «ser» ni siquiera esta significación evanescente, precisamente entonces no existiría ninguna palabra. Nosotros mismos jamás podríamos ser *hablantes*. No seríamos capaces de ser aquéllos que somos como tales, porque ser hombre significa: ser un hablante. El hombre sólo es un afirmador y un negador porque en el fondo de su esencia es un hablador, es el *hablador*. *Esta es su*

---

<sup>239</sup> Kristeva, J., *El lenguaje, ese desconocido*, Madrid, Fundamentos, 1999, p. 269.

*excelencia y al mismo tiempo su miseria*<sup>240</sup>. Ambas le distinguen de las piedras, de las plantas y de los animales, pero también de los dioses. Aunque tuviéramos mil ojos y mil oídos, mil manos y muchos otros sentidos y órganos, si nuestra esencia no tuviera el poder del lenguaje, todo el ente permanecería inaccesible para nosotros: tanto el ente que somos nosotros mismos como aquél que nosotros mismos no somos".<sup>241</sup>

Y referido más directamente al habla, escribe: "Cualquiera sea el modo como nos preguntamos acerca de la esencia del habla, se precisa, ante todo, que se nos hable el habla misma. En este caso la esencia del habla deviene consentimiento de su esencia, esto es, la esencia del habla deviene habla de la esencia"<sup>242</sup>.

Sobre esto mismo dice Jean Claude Milner en *El amor de la lengua*:

"Ser es ser nombrable. Y no hay nombre indecible: pero ¿no supone eso que haya hablado un ser? Y es que del ser al hablar, el círculo es incesante. Calificar a un ser de hablante no es, pues, ninguna nimiedad: no es posible que el ser sea en este caso un sustrato desnudo, al que viene a añadirse, aun cuando lo haga como atributo esencial, la propiedad «hablante». Más bien, el ser hablante es aquello que modifica al ser mismo, por el hecho de hablar: puesto que el nombre enunciado que le lleva a ser supone que, en un momento dado al menos, se haya producido un acto de habla. Si existe un solo ser hablante -sea o no sea Dios-, ese ser, ese ente es *hablante* («parlêtre»): el ser en él y el habla son inseparables, se corrompen mutuamente".<sup>243</sup>

---

<sup>240</sup> Subrayado nuestro.

<sup>241</sup> Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 80

<sup>242</sup> M. Heidegger. *De Camino al Habla. op. cit.*, 157 – 158.

<sup>243</sup> Milner, J. C. *El amor de la lengua*. Madrid, Visor, 1998, p. 65. Esta cita que se basa precisamente en Heidegger, nos remite también al problema de la enunciación como veremos en seguida, en tanto el lenguaje supone un ser que lo hable por lo que no se puede hablar de enunciación vacía, o como dice el mismo Milner, "un sustrato desnudo".



El lenguaje no es algo que se venga a añadir al sujeto. Su “ser” es esencialmente de ser hablante. Es inherente podría decirse. Del ser al hablar hay un círculo incesante dice Milner. El ser y el habla en el ente, en el sujeto, son inseparables, se imbrican y ‘corrompen’ mutuamente. Pero además, el hecho de hablar modifica al sujeto mismo. Como dice Heidegger, es a la vez, “su excelencia y su miseria”.

Y aunque no compartamos la concepción de E. Benveniste sobre el sujeto como “instancia de discurso” y sobre el “ego”, podemos coincidir en que: “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque el sólo lenguaje funda en realidad, en su modalidad que es la del ser, el concepto de ego.”<sup>244</sup>

Por su parte Lacan no sólo va a retomar ese sesgo sino que va a plantear en *Posición del Inconsciente* que el significante va a dividir al sujeto, y hace surgir al sujeto del ser y lo instituye en tanto significante para otro significante:

"El efecto de lenguaje, es la causa introducida en el sujeto. Gracias a este efecto no es causa de sí mismo, lleva en sí el gusano de la causa que lo hiende. Pues su causa es el significante sin el cual no habría ningún sujeto en lo real. Pero ese sujeto es lo que el significante representa, y no podría representar nada sino para otro significante [...] Conceder esta prioridad al significante sobre el sujeto es, para nosotros, tener en cuenta la experiencia que Freud nos abrió de que el significante juega y gana, si puede decirse, antes de que el sujeto se percate de ello [...] El registro del significante se instituye por el hecho de que un significante representa a un sujeto para otro significante. Es la estructura, sueño, lapsus y rasgo de ingenio, de todas las formaciones del inconsciente. Y es también la que explica la división originaria del sujeto. El significante, produciéndose en el lugar del Otro todavía no ubicado, hace surgir allí al sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo. Lo que allí *había* listo a

---

<sup>244</sup> Benveniste, E., *Problemas de Lingüística General*, México, Siglo veintiuno, 2004, p. 180.

hablar [...], lo que *había* allí desaparece por no ser ya más que un significante".<sup>245</sup>

Es esta modalidad de remisión del significante que nos parece central, que Lacan toma de Saussure. Que remite siempre a “otra” cosa, pues como afirma Kristeva: “el principio de base de interpretación del discurso en psicoanálisis, que elabora Freud y concretara a lo largo de su obra posterior, puede resumirse como una *autonomía relativa del significante* debajo de la que se oculta un significado que no está incluido forzosamente en la unidad morfo-fonológica tal y como se presenta en el enunciado comunicado<sup>246</sup>.”

El significante remite siempre a otro significante, no se explica por sí mismo. Y esto es absolutamente fundamental en la concepción de Lacan y sus implicaciones para toda concepción del sujeto en psicoanálisis.

La lógica del inconsciente consiste, desde Freud, en el desplazamiento y la condensación, en las relaciones lógicas simultáneas como las que se producen en el *trabajo del sueño* y todas las *formaciones del inconsciente*. Como por ejemplo en el *síntoma* donde lo corporal está sobredeterminado por una red compleja, del que habría que aprehender sus propias leyes. Como cuando en ciertas cuestiones, de manera repetitiva, aunque aparentemente sin conexión ni causalidad aparente, los sujetos manifiestan dolores o manifestaciones corporales asociadas a ellas. Hay frases en el lenguaje cotidiano que apelan a ello. Incluso las afecciones vegetativas que se asocian a la angustia en cada caso, se disparan cuando el sujeto aborda ciertas cuestiones, o partir de ciertos recuerdos, etc. El acontecimiento traumático tiene aquí toda su pertinencia. Es el *acontecimiento del cuerpo*. O como dijera Lacan mismo: hay “discurso sin palabras” en la medida en que el cuerpo está implicado en el síntoma.

---

<sup>245</sup> Lacan, J., “Posición del Inconsciente”, *Escritos 2*, México, Siglo Veintiuno, 1988, pp. 814 – 819.

<sup>246</sup> Kristeva, op. cit., p. 273.

Desde Freud y Lacan no se trata del lenguaje en abstracto, sino como “*la-lengua*” en singular, en tanto condensa un conjunto de determinaciones que no aparecen directamente. Se trata de “*lalengua*”, que es la manera en que el inconsciente se ha apropiado de aquélla desde la edad de la *lalación*. Y no debe creerse que eso involucra sólo al psicoanálisis. Creerlo así sería una ingenuidad porque el sujeto está constituido desde la lengua materna, desde los significantes equívocos que provienen del discurso de la madre y frente a lo cual el niño “arma” sus propias significaciones y que dan vida a su “realidad psíquica”, o si se prefiere, a sus formaciones sintomáticas.

Como dice Kristeva: “Siendo a la vez intra y supra-lingüístico, o translingüístico, el sistema signifiante que Freud estudia tiene una universalidad que «traspasa» las lenguas nacionales constituidas, ya que se trata de una *función del lenguaje* propia de todas las lenguas”<sup>247</sup>.

Es la autonomía relativa del signifiante bajo el que se oculta un sentido que no queda atrapado en lo que se dice -que es lo real que no termina de ser dicho sino que remite incesantemente a otra cosa, a un resto, a un plus, más allá del enunciado-, pero donde hay pistas sobre el enunciadador como sujeto de *deseo* y de *goce*, donde como va a decir Lacan al final, el sujeto es “síntoma de lo real”.

Como plantea J.C. Milner: en una determinada secuencia discursiva, con la extensión que sea, larga o no, “basta con que el sujeto de deseo haga signo en un punto de dicha secuencia para que todo bascule: cesa la calculabilidad sintáctica, la representación gramatical cede y los elementos articulados se tornan en significantes. Ese proceso [...] que denominaré subjetivación, puede operar en cualquier lugar: sólo necesita una cadena y un punto distinguible en dicha cadena. El sujeto, en ese sentido, tiene libertad de indiferencia y todos los lugares pueden por su deseo ser habitados”<sup>248</sup>.

---

<sup>247</sup> Kristeva, Ibid. p. 276.

<sup>248</sup> Milner, op. cit., pp. 67 -68.

Esta es una afirmación muy útil pero llena de significación. Por ejemplo, “los elementos articulados se tornan en significantes”. Los elementos articulados no son estrictamente “palabras”, “lenguaje verbal” como dirían los conductistas. Pueden ser “acontecimientos del cuerpo” que se convierten en significantes. Y viceversa, el significante se encarna, se hace “letra” en el cuerpo. El lenguaje de la histeria da cuenta de ello fehacientemente.

El sujeto, “por su deseo puede habitar todos los lugares del discurso”, complejiza el análisis, la enunciación. En el relato: “el sujeto hace bascular el sentido aun cuando el relato sea corto o largo”. La “polifonía”, la “inmixión” de las voces que habitan al sujeto basculan incesantemente en el acontecimiento del cuerpo, en el deseo que recorre al habla.

Y esto no puede abordarse a partir de las concepciones de discurso “intradiegético” o inclusive “extradiegético” propios de otras aproximaciones, donde la concepción no deja de ser en última instancia funcional, “objetivista”.

La cita de Milner nos permite *mostrar* una vez más, la validez de partir del dicho, de las frases, pues cuando Milner afirma que “basta con que el sujeto haga signo en un punto para que todo bascule”, “eso es la subjetivación”. “Solo necesita una cadena y un punto”, es decir: al menos un gesto, un recuerdo, o inclusive un nivel lingüístico mayor - “relato”, experiencias, sucesos, etc.

El *semblante* y el *equivoco* o incluso la mentira, etc., no son sino modos del significante que en tanto no puede apresar lo real, lo bordea nuevamente. Como en la figura topológica del “toro” que Lacan puso de relieve para dar cuenta del rodeo de lo real por el significante. De allí pues el carácter abierto del significante en su remisión a la “subjetivación”, como posibilidad de “indiferencia” donde el sujeto hace signo, vira, deja marca, se ausenta, y que a pesar de “no aparecer” en el enunciado comunicado, está como sujeto del inconsciente en su decir, en su enunciación.

### **Enunciado y sujeto de la enunciación**

Si bien coincidimos con la afirmación de Benveniste sobre la relación del lenguaje con la subjetividad que citamos atrás, no podemos hacerlo respecto de su concepción del sujeto en tanto ahí no hay un sujeto tal cual, sino “instancia de enunciación”, “puro aparato formal de enunciación”, “es ego quien dice algo”, “es ego quien habla de ego”. La concepción de la subjetividad que Benveniste sustenta en “De la Subjetividad en el Lenguaje” es: “se define no por el sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo (sentimiento que, en la medida en que es posible considerarlo, no es sino un reflejo), sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia”<sup>249</sup>.

Su concepción, aunque no coincida con la que él denomina del reflejo, no se aparta de la visión psicologista de una “unidad psíquica” y de la permanencia de la “conciencia”. Como sabemos desde Freud o Lacan, no hay tal unidad psíquica. Si hubiera una especie de “todo”, este se fragmenta en sus instancias o sistemas que no son armónicos entre sí. Toda la metapsicología habla de los vasallajes del yo frente al ello y el yo; de las luchas entre sistemas, etc. Y en Lacan mucho menos en tanto sólo se encuentran dimensiones, “dit-mansiones”, mansiones estructuradas desde el lenguaje. Que aunque las concibió inicialmente como equivalentes entre sí, ello no significaba una relación equilibrada. Y al final estas “dit-mansiones” no fueron consideradas como equivalentes.

La supuesta unidad es sólo imaginaria, pero es presentista en el sentido de que inserta y proyecta sobre el pasado del sujeto su percepción actual. O en términos de Freud, injerta su yo actual en sus estructuras y procesos anteriores. Como resalta muy pertinentemente Saettele: el sujeto inserta, “injerta su yo actual en los distintos tiempos del relato”. No hay unidad, hay predominancias, balances precarios, conflictos entre las instancias y procesos. El relato sobre sí resulta entonces deformado bajo está “dinámica”.

---

<sup>249</sup> Benveniste, op.cit., p. 180.

Pero además, al considerárselo como “instancia de enunciación”, se hace desaparecer todo sustrato a esa instancia que enuncia. Se hace desaparecer al sujeto de la enunciación. Se lo vacía, se lo deja como puro “sustrato desnudo” que se reflejaría en las unidades “morfo-fonológicas” del enunciado, tal como lo ejemplifica el siguiente planteamiento:

"el autor empírico del enunciado no tiene cabida en el análisis de la enunciación. El sujeto del cual se habla aquí, está implícito en el enunciado mismo, no es exterior a él y cualquier coincidencia entre el sujeto de la enunciación y el productor empírico de un enunciado sólo puede determinarse mediante otro tipo de análisis y obedece a otro tipo de intereses.<sup>250</sup> La riqueza y fecundidad del concepto de sujeto de la enunciación reside precisamente en el hecho de considerar al sujeto como una *instancia subyacente*<sup>251</sup> a todo enunciado, que trasciende la voluntad y la intención de un individuo particular, para transformarse en una figura constituida, moldeada por su propio enunciado y existente sólo en el interior de los textos [...] se comprende que el sujeto de la enunciación es una instancia compuesta por la articulación entre sujeto enunciador y sujeto enunciatario, de ahí que sea preferible hablar de instancia de la enunciación para dar cuenta de los dos polos de la enunciación [...] hablar del *sujeto* puede dar a entender que se trata de una figura determinada por rasgos psicológicos o sociológicos y considerada con anterioridad a su actuación discursiva [...]".<sup>252</sup>

Estamos de acuerdo con la concepción de que el lenguaje en tanto estructura trasciende al sujeto y respecto del cual es en efecto sujeto-sujetado. Pero de allí a plantear su determinación radical y la forclusión de “todo lo que huelga a

---

<sup>250</sup> Subrayado nuestro, donde precisamente el psicoanálisis incide. Más allá inclusive de las aproximaciones sociolingüísticas y psicolingüísticas.

<sup>251</sup> Subrayado nuestro para destacar el concepto de instancia subyacente y aparato formal de enunciación planteados por Benveniste.

<sup>252</sup> Filinich, M. I., *Enunciación*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 38.

subjetividad” (Clot) se desaparece la dimensión de una enunciación “deseante” (Milner).

El yo es otra cosa que un puro locutor inmerso en contextos. En todo caso hay una modalización subyacente respecto de los enunciados como lo plantea Greimas. Y esto no implica un sujeto vacío. Pero tampoco una unidad inmanente que trasciende todos sus momentos. Hay una especie de subjetividad gozante que bascula en el sujeto, porque el lenguaje es ya en sí un revoloteo respecto de la falta del objeto. Hablar es gozar de la falta al menos en términos de sufrirla y fantasearla como semblante de lo real.

Y como Lacan refiere en “Función y campo de la palabra”: “Es ciertamente esta asunción por el sujeto de su historia, en cuanto que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método al que Freud da el nombre de psicoanálisis” [...] sus medios son los de la palabra en tanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en tanto que realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en tanto constituye la emergencia de la verdad en lo real”<sup>253</sup>.

Para Lacan, “el yo de la enunciación no es el mismo yo del enunciado, es decir, el shifter que, en el enunciado, lo designa” <sup>254</sup>

El psicoanálisis opera sobre el habla, sobre lo que se dice, como reconoce incluso el mismo Benveniste, “opera sobre lo que el sujeto dice”. Lo considera en los discursos de éste, lo examina en su comportamiento locutorio, “fabulador”, y a través de estos discursos se configura [...] otro discurso que le tocará explicitar”<sup>255</sup>.

---

<sup>253</sup> Lacan, J., “Función y campo de la palabra”, *Escritos I*, México, Siglo veintiuno, 1989, p. 247.

<sup>254</sup> Lacan, J., *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit. p. 139.

<sup>255</sup> E. Benveniste. “Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano”, op.cit., p. 75.

Así, pensamos la enunciación como el posicionamiento del sujeto en el enunciado, como el modo en que “el sujeto opera con los enunciados”<sup>256</sup>, incluso aunque no sea explícito ni claro para él mismo. Es lo que el sujeto muestra de sí en lo que dice, o incluso aunque piense que no lo muestra o que no lo piense o no lo diga. Es el concepto freudiano de *represión* el que opera allí a partir de lo cual *lo reprimido* retorna secundariamente en las formaciones del inconsciente mediante los procesos de desplazamiento, condensación, figurabilidad, etc.

Y justo allí el síntoma como una formación que habla desde otro lado, podemos decir. Por ejemplo, ¿qué y desde dónde hablan los tics? O, ¿cuál es la enunciación en el enunciado del sueño y del chiste? En fin.

Después de haber hecho las anteriores especificaciones sobre la enunciación, podríamos coincidir con la siguiente afirmación de Benveniste, con la salvedad de que en la enunciación, el enunciador es un sujeto, que aunque velado, sus marcas no son solamente “lingüísticas” sino del orden del deseo y de lo real del goce:

"La enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización [...] Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres lingüísticos de la enunciación. Debe considerársela como hecho del locutor, que toma la lengua por instrumento, y en los caracteres lingüísticos que marcan esta relación [...] En tanto que realización individual, la enunciación puede definirse, en relación con la lengua, como un proceso de apropiación. El locutor se apropia el aparato formal de la lengua y enuncia su posición de locutor mediante indicios específicos, por una parte, y por medio de procedimientos accesorios, por otra. [...] El acto individual de apropiación de la lengua introduce al que habla en su habla. He aquí un dato constitutivo de la enunciación. La

---

256 Saettele, Hans. “Análisis discursivo: un esquema para las ciencias sociales”, op. cit.



presencia del locutor en su enunciación hace que cada instancia de discurso constituya un centro de referencia interna [...].<sup>257</sup>

No es lo mismo el “aparato formal de la enunciación” o “instancia de enunciación” como Benveniste plantea, que “sujeto de la enunciación”. Ambas posiciones no se pueden confundir. Para él (y para otras perspectivas), la enunciación no implica un sujeto. Allí no se trata del sujeto de la enunciación sino de un lugar discursivo, de *pronombres* (yo – tú) y de sus marcas en el enunciado: de los *deícticos*, el *embrague*, etc.

Por nuestra parte, podríamos proponer al “sujeto *en* la enunciación” donde hay una referencia no a una entidad formal y vacía en la que el goce del síntoma está forcluido y por tanto la enunciación queda desplazada, elidida. Sino a un sujeto que enuncia desde un lugar singular, aun cuando no se puedan especificar claramente las trazas, las huellas desde donde habla. No es un sujeto por sí mismo el que habla, él habla desde una posición frente al Otro y los otros. Hay *inmixión*, *polifonía*, *condensación*, *metáfora*, *fantasía*.

Ahora, aunque en la enunciación “hay un acto de apropiación”, no es necesariamente un acto plenamente “consciente”. Nos parece que en ello se manifiesta una suerte de opacidad, de desplazamiento de la enunciación al enunciado. El yo (moi) del enunciado no es el yo (je) de la enunciación como dice Lacan. Se da un corrimiento donde el sujeto parece nublarse. Se pueden seguir ciertas “huellas”, rastros, restos del sujeto de la enunciación.

Los pisos del *Grafo del deseo* de Lacan permiten dar cuenta de esa transformación en sujeto del lenguaje, en sujeto del inconsciente, luego de haber pasado por el molino del troquel del significante. Como afirma Evans refiriéndose a Lacan en este punto: “Al designar la enunciación como inconsciente, Lacan afirma que la fuente de la palabra no es el yo, ni la conciencia, sino el inconsciente; el lenguaje proviene del Otro, y la idea de que “yo” soy amo de mi discurso es sólo una ilusión. La misma palabra “yo” (je) es ambigua; como *Shifter*, es un

---

<sup>257</sup> Benveniste, E., *Problemas de lingüística general II.*, México, Siglo Veintiuno, 1999, pp. 83 - 85.

significante que actúa como sujeto del enunciado, y también un índice que designa, pero no significa al sujeto de la enunciación”<sup>258</sup>

No hay unidad permanente porque sólo hay una “ilusión de permanencia” creada por el sujeto actual que injerta el yo por aquí y por allá. Es una ilusión de la conciencia ingenua, sólo así podría pensarse como unitario y trascendente según piensa Benveniste. En efecto, en la enunciación, el “sujeto” se encuentra eclipsado, difuso, mezclado en los diversos niveles del enunciado. El sujeto del inconsciente no se encuentra a “cielo abierto” en el discurso, en la narración. Se “metamorfosea”, no está a simple vista, está infiltrado en sus actos y en los significantes que lo representan. “Se corrompe entre el ser y el habla”, como dice Milner. No está “pura y simplemente ausente” como también señala Jacques-Alain Miller.

El enunciado por su parte, es la forma bajo la cual se piensa al sujeto como pura conciencia, como el yo de la comprensión, el yo cartesiano. Pero como Lacan lo plantea, el sujeto está escindido por la introducción del significante en el campo de lo imaginario. El sujeto aparece sí pero velado en el enunciado. Enunciado que hace las veces de velo que nubla la enunciación. Como afirma Serge Cottet,

“podemos distinguir, en efecto, el enunciado formulado del lugar en que éste se emite, y este lugar puede ser perfectamente el de la verdad. Esta idea desbarata una vez más la idea de un sujeto substancial e idéntico a sí mismo en todos sus enunciados. Incluso, es aún más evanescente. Puntual, ilocalizable, el sujeto se sustrae a cualquier etiquetado por un significante último que permitiría decir: el sujeto es aquél. Su división misma lo define. En este sentido, el sujeto nunca es presencia inmediata; por el contrario, *siempre está representado. Un significante, a veces una palabra,*

---

258 Evans, D., *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 78. Subrayado nuestro.

*hace las veces del sujeto en su relación con otros significantes [...] el sujeto era [es] inapresable; hallándolo siempre entre dos significantes [...]”.*<sup>259</sup>

Esta afirmación de Cottet hace gala de una condensación prodigiosa respecto de lo que hemos venido planteando acerca del sujeto de la enunciación. Y para Jacques-Alain Miller (citado por Cottet): “La *sutura* nombra la relación del sujeto con la cadena de su discurso [...] El sujeto figura en ella como el elemento que falta bajo la especie de algo que hace las veces de él. Pues faltando allí, no por ello está pura y simplemente ausente.

En “lo dicho” encontramos varios planos que pueden desdoblarse. Sobre estos sentidos posibles del enunciado, Filinich escribió: “En todo enunciado, sea este de la naturaleza y la extensión que fuere –verbal o no verbal, una frase, un relato- es posible reconocer siempre dos niveles: el nivel de lo expresado, la información transmitida, la historia contada, esto es, el *nivel enuncivo*; y el *nivel enunciativo* o la enunciación, es decir, el proceso subyacente por el cual lo expresado es atribuible a un *yo* que apela a un *tú*”<sup>260</sup>.

Citando a Greimas, Filinich plantea: “De aquí que Greimas sostenga que “el sujeto de la enunciación jamás puede ser capturado y todos los *yo* que se puedan encontrar en el discurso enunciado no son sujetos de la enunciación, sino simulacros. [...] Los diferentes *yo* que podamos encontrar en el discurso son *yo* hablados y no son *yo* que hablan. Porque el *yo* de la enunciación está siempre oculto, siempre sobreentendido”<sup>261</sup>.

Contundente afirmación de Greimas de que el sujeto o los sujetos participantes hablan desde su “yo”, porque el yo de la enunciación está siempre oculto”. Por cuanto la dimensión enunciativa está velada, implícita, su desciframiento requiere

---

<sup>259</sup> Cottet, S., op. cit.

<sup>260</sup> Filinich, op. cit., p. 18.

<sup>261</sup> Ibid., p. 24.

de un trabajo de interpretación. Y como dice Parret<sup>262</sup>: “la enunciación es un vacío que debe ser llenado, una elipsis que exige una actividad de paráfrasis”. En consecuencia, “la enunciación así entendida, no se agota en las marcas observables en el enunciado sino que, a partir de ellas, se proyecta en el nivel implícito de la significación”<sup>263</sup>

Así las cosas, el sujeto no puede ser pensado como idéntico en el relato, no hay una unidad del sujeto ni de la historia relatada. Hay posiciones, incrustaciones, “injertos, del yo actual en el relato”, como nos recuerda Saettele al citar a Freud en *Esquema del psicoanálisis*. Nos interesa pues pensar la enunciación en el *decir* porque allí hay mucha tela de donde cortar.

En los términos de Saettele:

“[...] hace aparecer al sujeto no sólo como ejecutante de un plan de acción preestablecido --refiriéndose a la tensión en el diálogo- sino como una voz. Es la aparición de este sujeto-voz, es decir del sujeto en la enunciación, lo que interesa en el diálogo. Llamará posición enunciativa a aquella toma de lugar que caracteriza al locutor (en contraste con la persona y con el enunciadore) en tanto es un ser de discurso, “la instancia a la cual es imputada la responsabilidad del (y: por el) enunciado. Esto tendrá como efecto el que la pregunta que nos permite detectar al locutor no es tanto “¿Quién habla?”, sino más bien “¿De dónde habla esto?” [...]”.<sup>264</sup>

Como el autor plantea, la enunciación es un espacio [transicional] entre lo público y lo privado. Podría llegar a afirmarse incluso que es el lugar de convergencia del lenguaje y el sujeto. En la enunciación el sujeto deja sus restos, sus productos. No hay ni puede haber “rasgos distintivos” como pura enunciación desnuda. Habla

---

<sup>262</sup> Citada por Filinich, p. 23.

<sup>263</sup> Ibid.

<sup>264</sup> Saettele, *Análisis discursivo*, op. cit., p. 3.

desde su deseo constituido desde su síntoma fantasmático. Y allí su goce. Afirma también el autor:

"De esta manera, en los archivos no sólo no encontramos el pasado. Encontramos las huellas de la inserción del sujeto de la enunciación en el texto. El concepto de huella implica por tanto presencia y ausencia de un sujeto a la vez: si una huella es reconocida como tal y luego leída, lo que interesará no es tanto la presencia de la huella, sino la ausencia de quien la produjo. Esta ausencia del sujeto es la condición de la huella, porque si estuviera ahí donde está ahora su huella, su huella no estaría ahí. Así, el pasado se presenta primero como la vectorización de un presente discursivo más allá de él".

No se trata de otro lenguaje. No hay "metalenguaje". Es el mismo, sólo que la característica esencial metafórica del lenguaje permite hacer esos desdoblamientos. Como cuando Kafka habla a su padre se habla también a sí y de sí mismo, como vimos con Derrida.

El *discurso referido* da cuenta de esos juegos de remisiones, de la polifonía. Como afirma Saettele:

"En el psicoanálisis, la exploración de las formaciones del inconsciente desemboca siempre en la demostración de la ruptura de la unidad del logos: las diferentes posiciones subjetivas ya no están, en este campo del inconsciente, en una relación lógica entre sí. En el fantasma, la ruptura de la unidad del pensamiento y de la voz es incluso total. Habrá aquí una supresión de una o de varias de las posiciones subjetivas y las voces correspondientes sólo podrán ser reconstruidas hipotéticamente. El **"empuje a la frase"** <sup>265</sup> es el indicio de estos procesos de supresión, porque amalgama diferentes voces en una sola, la gramatical. La frase es algo que puede ser articulado, es una estructura que puede ser soporte de la voz, en

---

<sup>265</sup> Subrayado nuestro.

este sentido: de que la gramática es la escritura de la voz, es el soporte simbólico de la voz, de la a-voz [voz como objeto a en el fantasma] en la medida en que es por su gracia que podemos relacionar el significante, la imagen acústica de Saussure, con el monólogo interno".<sup>266</sup>

Es en este “empuje a la frase” donde el sujeto se da cita en tanto soporte de la voz, más no en el sentido meramente fónico - material, sino como lugar donde algo del sujeto se muestra en tanto objeto – voz, como el *objeto a – voz*.

Y es que *lo que se dice* puede mostrar en el sujeto también esa *inmixión*, esa mezcla “subjetiva” de posiciones, de polifonía de las voces que intervienen en la enunciación: “vectorizaciones entre las posiciones enunciativas del sujeto (voces) y sus posiciones discursivas como sujeto del enunciado”<sup>267</sup>, porque:

"para el psicoanálisis, lo que interesa es el acceso discursivo a la subjetividad y ese acceso está dado en las posiciones enunciativas que asume el narrador que cuenta de sí mismo y de otros, es decir en las posiciones que ocupa al hacer el acto de enunciación, posiciones que siempre se caracterizan por una relación específica con la posición discursiva del sujeto del discurso a nivel del enunciado".<sup>268</sup>

En suma, pues, se trata del relato como “lugar de encuentro del sujeto con su deseo”, como afirmó Lacan. Más que puro análisis formal, lo verdaderamente central, nos parece, es la enunciación como lugar del sujeto en el discurso en tanto puede dar cuenta, no abiertamente claro está, del lugar que asume y en el que ha sido puesto desde el discurso del Otro, desde el deseo del Otro, y por ello, desde la entidad familiar.

---

<sup>266</sup> Saettele, Palabra y silencio, op. cit., p. 129.

<sup>267</sup> Saettele. *ibid.*, p.165

<sup>268</sup> *Ibid.* p. 164.

Nos parece aún pertinente incluir algunas acotaciones adicionales en torno a las frases y a nuestra reflexión sobre el lenguaje en general, que fuimos recogiendo a lo largo de nuestro trayecto de trabajo, que en su momento nos sirvieron para aclararnos la materia sobre la que íbamos a trabajar. Pero luego de avanzar en ello y como de hecho nos lo planteábamos un poco intuitivamente desde el inicio-, caímos en la cuenta de que nuestro horizonte no era arribar a un análisis concienzudo del discurso en sí mismo porque ello lo habría de convertir en una aproximación más cercana a la lingüística que al psicoanálisis. De cualquier modo las incluimos a manera de apuntes que pueden desarrollarse en otro momento, y porque muestran en cierto sentido parte de nuestra aventura intelectual y nuestro interés y esfuerzo por delimitar el objeto de trabajo al que arribamos finalmente.

El discurso supone una “*organización transoracional*”, lo que “no quiere decir que todo discurso se manifieste por series de palabras de dimensión necesariamente superior a la oración. Un proverbio o una prohibición como «No fumar» son discursos, forman una unidad completa aun cuando estén formados por una oración única”<sup>269</sup> En ese sentido, los dichos, las frases que los padres emiten a los hijos, son unidades discursivas en sí mismas, que no están aisladas aunque se presenten de modo *restringido* en tanto producciones verbales específicas de una “categoría de locutores” (p. ej. el discurso de las madres de familia; el de los padres de familia; el de las enfermeras, etc.)<sup>270</sup>. Son frases, enunciados (*dictum*), que remiten a las modalidades, a los *modus* (Bally), a la enunciación, a las posiciones que los sujetos asumen en las situaciones existenciales en general. Siendo que esos *modus* vehiculan “la actitud del sujeto hablante con respecto a un contenido [enunciado], y es la pieza maestra de la frase”<sup>271</sup>.

---

<sup>270</sup> Para un análisis más amplio del análisis discursivo, ver: Saettele, H. “Análisis discursivo, op.cit. pp.143 – 162.

<sup>271</sup> Charadeau y Maingueneau, op. cit., p. 392.

Es ese el punto, los *modus* que se translucen en las frases remiten a los posicionamientos entre los padres y los hijos, a las formas de subjetivación que pueden implicar. Son también, como se afirma, las *modalidades de la enunciación* (Meunier):

“que caracterizan la forma de comunicación que se establece con el interlocutor; puede tratarse de una modalidad de oración: interrogativa, asertiva (o declarativa) e imperativa, y más ampliamente de la fuerza ilocutoria de los enunciados. Puede tratarse también de los adverbios que recaen sobre la enunciación [...]”<sup>272</sup>

O como propone Le Querler, citado por Charadeau y Maingueneau, puede tratarse de modalidades subjetivas e intersubjetivas, donde las primeras son

“«la expresión solamente de la relación entre el sujeto enunciador y el contenido proposicional»; las segundas muestran la «relación instaurada entre el sujeto enunciador y otro sujeto, con respecto al contenido proposicional». Las modalidades «intersubjetivas» conciernen a actos como aconsejar, pedir, permitir, ordenar [...]”<sup>273</sup>

Hay por supuesto una gran dificultad para diferenciar al interior de las interacciones las modalidades de enunciación subjetiva a través de las *marcas* o *huellas* que dejan en el discurso,

“es necesario ponerlas en relación con procesos globales de estructuración del discurso: *tipos* y *géneros* de discurso, *escena de enunciación*, *interdiscurso*... En otros términos, es preciso poner en relación el estudio de las marcas lingüísticas de la modalización con los factores que rigen la situación de comunicación específica del discurso considerado”.<sup>274</sup>

---

<sup>272</sup> Ibid., p. 393.

<sup>273</sup> Ibid.

<sup>274</sup> Ibid. p. 395



En este sentido, coincidimos plenamente con que: "la noción de escena permite al analista del discurso evitar categorías como contexto o situación de comunicación, que pueden llevar fácilmente a una concepción sociologista de la enunciación"<sup>275</sup>

Y cuando se habla de escena de enunciación, "se enfatiza el hecho de que la enunciación adviene en un espacio instituido, definido por el género de discurso y también en la dimensión constructiva de este discurso, que se pone en escena e instauro su propio espacio de enunciación".<sup>276</sup>

Se habla así de que cada género de discurso implica una escena específica: roles para sus participantes, circunstancias, un soporte material, etc. En el caso de los padres y los hijos parecen haber siempre cierto modo de discurso y ciertas escenas más o menos estereotipados, donde los padres, instruyen, ordenan, etc., casi independientemente de la situación "social" en donde se ubiquen. Y es que al tratar de los «géneros de discurso», se acentúan los «imperativos situacionales» que ayudan a pensar modalidades «intersubjetivas». O también de «géneros constituyentes» [Charadeau y Cossutta] que aspiran a establecer "ciertos valores de cierto dominio de producción discursiva"<sup>277</sup>.

La complejidad de la cuestión de los géneros de discurso hace que se hable de «géneros de discurso», de «géneros de texto», «tipos de texto», «géneros y subgéneros», en los que se enfatiza ya sea el anclaje social del discurso, su naturaleza comunicacional, las regularidades composicionales de los textos, las características formales de los textos, etc.

La *polifonía* por su parte, si bien es un concepto muy importante en tanto da cuenta de la multiplicidad de las voces que pueblan el discurso, sin embargo, no permite dar cuenta del sujeto de la enunciación en tanto sujeto del goce, del síntoma. Como cita Maingueneau:

---

<sup>275</sup> Ibid., p. 223.

<sup>276</sup> Ibid., p. 221.

<sup>277</sup> Ibid. p. 287.

"La problemática de la polifonía cuestiona la unicidad del sujeto hablante y en consecuencia se inscribe en la problemática más amplia de la heterogeneidad discursiva [... en donde] varias "voces" se expresan sin que ninguna domine. Pero luego fue utilizada por Ducrot para dar cuenta de los múltiples casos en los que el que produce materialmente el enunciado no se hace cargo de él<sup>278</sup>, no se plantea como su responsable. Ducrot distingue entre sujeto hablante, locutor y enunciador. El primero es un ser empírico, el individuo que enuncia físicamente el enunciado: el locutor es un ser discursivo, la instancia a la que se le imputa la responsabilidad del enunciado. Así, en el discurso directo<sup>279</sup>, por ejemplo, el sujeto hablante no se hace cargo del discurso citado. Pero se hace cargo de la aserción de que alguien ha dicho las palabras que se refieren. Asimismo, en los enunciados eco, en los que se responde a las palabras del interlocutor (A: "No tenés cabeza", B: "¡Ah! No tengo cabeza") el sujeto hablante no se presenta como responsable del enunciado eco. En el caso de los enunciados no anclados, no hay ausencia de responsabilidad sino un borramiento del *locutor*. La diferencia que hace Ducrot entre locutor y enunciador es menos clara. Está destinada a analizar fenómenos de falta de responsabilidad más sutiles como la ironía o la negación polémica [...]"

280

Vinculándolo a nuestro estudio, implicaría tratar de captar en esos dichos la polifonía, los juegos enunciativos entre los hijos y la "instancia parental".

Sobre el juego polifónico, Hans Saettele escribió: "Las voces son posiciones enunciativas diferentes respecto al deseo. Pensamos que el hecho de la polifonía de las voces, es decir un hecho de lenguaje, está en la constitución heteronímica

---

<sup>278</sup> Subrayados de la autora.

<sup>279</sup> Por ejemplo: mi padre dijo: tú eres ...

<sup>280</sup> Maingueneau, D., *Términos clave del análisis del discurso*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, pp.77 – 78.

del sujeto, en la medida en que la constitución de un Uno (del sujeto – autor) puede transcurrir por diferentes vías, de las cuales ninguna es definitiva”<sup>281</sup>.

### La frase como nivel lingüístico

Para la lingüística, la *frase* es la última unidad, el último nivel de análisis. Ella no se plantea un nivel más superior como deja ver Benveniste<sup>282</sup>, “porque más allá de la frase, nunca hay más que otras frases”. Para ella, el discurso no tiene nada que no se encuentre en la frase. Sin embargo, a decir de Barthes, “es evidente que el discurso mismo (como conjunto de frases) está organizado y que por esta organización aparece como el mensaje de otra lengua, superior a la lengua de los lingüistas [...] más allá de la frase y aunque compuesto únicamente de frases”.<sup>283</sup>

Por eso es que Barthes plantea una “segunda lingüística”, una lingüística “superior”, “la lengua del relato”, la “nueva lingüística del discurso”, para trascender el nivel reducido de análisis de la lingüística. Sin embargo, plantea que es a partir de la lingüística que debe estudiarse el discurso a fin de tener “una misma organización formal que regule verosímilmente todos los sistemas semióticos, cualesquiera que sean sus sustancias y dimensiones”<sup>284</sup>. Visto así, “el discurso sería una gran frase (cuyas unidades no serían necesariamente frases), así como la frase, mediando ciertas especificaciones, es un pequeño discurso”<sup>285</sup>

Este es precisamente el nivel que nosotros queremos asignarle a la frase, a lo dicho, como un pequeño discurso en sí mismo. Como afirma Michèle Perret: “Una frase debe estar bien formada de un grupo nominal y de un grupo verbal, mientras

---

<sup>281</sup> Saettele, *Palabra y silencio en psicoanálisis*, op. cit., pp. 130 – 131.

<sup>282</sup> Benveniste, *Problemas de lingüística general I*, op. cit.

<sup>283</sup> Barthes, R., “Introducción al análisis estructural del relato”, En: Barthes, R., Greimas, A.J. y otros, *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán, 2004, p. 9.

<sup>284</sup> Ibid.

<sup>285</sup> Ibid.

que un enunciado puede ser una frase incompleta (“Ah, partir”...; “¡Cielos! Mi marido”...). Y dice Barthes más adelante: [...] estructuralmente, el relato participa de la frase sin poder nunca reducirse a una suma de frases: el relato es una gran frase, así como toda frase constatativa es, en cierto modo, el esbozo de un pequeño relato”.<sup>286</sup>

La frase como “esbozo de un pequeño relato” es justamente el nivel en que colocamos las frases en torno al padre. Aunque precisamente, una frase “incompleta” es también oportuna en tanto es significante que se abre al equívoco, a la equivocidad y así a la extensión.

Es porque el sentido del relato tiene que ser ubicado, que la frase se presta para coincidir con “unidades superiores” o ya con “unidades inferiores”. Es la flexibilidad de la frase que permite llevarla a niveles más amplios hasta el significante y a nivel de la letra. Sobre esto escribe Barthes:

"Del mismo modo, puesto que la «lengua» del relato no es la lengua del lenguaje articulado – aunque muy a menudo soportada por esta –, las unidades narrativas serán sustancialmente independientes de las unidades lingüísticas: podrán por cierto coincidir, pero ocasionalmente, no sistemáticamente; las funciones serán representadas ya por unidades superiores a la frase ( grupos de frases de diversas magnitudes hasta la obra en su totalidad) ya inferiores (el sintagma, la palabra, e incluso en la palabra ciertos elementos literarios)".<sup>287</sup>

En cuanto al relato tal cual, como “texto narrativo”, entran en juego dos grandes factores de tipo lingüístico con funciones distintas: un enunciador y un enunciado o contenido narrativo que permite configurar el “universo diegético” (lo contado) con sus coordenadas espacio-temporales definidas y, los actores que mantienen relaciones en ese mundo. El enunciador va construyendo el relato en la medida en

---

<sup>286</sup> Perret, M., “L’Énonciation en *gramaire du texte*, Paris, Nathan, 1994, p. 9. Subrayado nuestro.

<sup>287</sup> Ibid, p. 13.

que lo va contando. Sin embargo la “voz” que cuenta el relato no siempre es directamente accesible, hay que ubicarla, porque queda inmersa en el universo del relato y en las voces que se refieren ya sea directa o indirectamente. Es esta mediación vocal, el “modo de enunciación”, a decir de Pimentel, “el criterio rector en la definición de relato”<sup>288</sup>.

De manera tradicional, al narrador de un texto se lo designa como narrador en primera o tercera persona, siendo éstas las dos formas “vocales clásicas”. A decir de Genette (citado por Pimentel), estas formas al partir de un criterio puramente nominal, “ocultan la identidad de la voz que narra”, la cual no estriba en el uso de tales pronombres, sino en la relación del narrador con el “mundo que narra”.

Desde la perspectiva del Análisis del discurso de Charadeau y Maingueneau, las teorías narratológicas adolecen de dos defectos frente al análisis de discurso: son *o demasiado literarias o excesivamente generales*, como lo deja ver la autocrítica de Genette y la afirmación de A. J. Greimas citadas por aquéllos: “«cuando todo se vuelve discurso “narrativo” (...) la narratividad queda vaciada de su contenido conceptual»”<sup>289</sup>. Para aquéllos, el análisis de discurso requiere de una definición del relato, “liberada del privilegio implícito que erige al relato ficcional en relato por excelencia, o en modelo de todo relato”.

Para finalizar este apartado diremos que nuestro interés por el análisis lingüístico y del discurso, radicó en poner de relieve algunos de los elementos que intervienen en la producción del relato, sus niveles, etc., más no para su puesta práctica en el análisis de las frases del sujeto, porque nuestro objeto no era lingüístico per se sino un modo de mostrar la función paterna a través de la frase y de ciertos elementos que allí intervienen.

Nuestro enfoque es parcial e “impuro”, como dice Dosse, en lo que se refiere al análisis lingüístico pero también al del género. Nuestro abordaje no se basa, como

---

<sup>288</sup> Pimentel, *El relato en perspectiva*, op. cit., p. 134.

<sup>289</sup> Charadeau y Maingueneau, *Diccionario de Análisis del Discurso*, op. cit., pág. 498.

decimos más detalladamente en el capítulo cuatro, en relatos biográficos, historias de vida u otros estudios semejantes. No es lingüístico sino “linguistérico”<sup>290</sup>, retomando el neologismo de Lacan que se refiere precisamente a que el trabajo sobre el lenguaje en el discurso psicoanalítico no es lingüístico hablando con propiedad. Pero sobre todo porque la concepción de sujeto del cual se parte es antagónica con la de la lingüística. De modo que los andamiajes propuestos para su abordaje no pueden ser los mismos. Es un *bricolaje* en el sentido de que se hace que el discurso psicoanalítico pueda ser acompañado por otros discursos pero no que éste sea el acompañante de aquéllos, pues el psicoanálisis “no es un buen acompañante”. Por el contrario. Es lo que dice Jacques Alain Miller en el “Ultimísimo Lacan”, ya citado. Es impuro y, como veremos en el capítulo “La fábrica del caso”, no ortodoxo. Y es que el psicoanálisis es “atópico” en la armonía de los discursos de la ciencia.

Y no puede ser de otro modo en la medida en que lo real del *síntoma-goce*, el sujeto del inconsciente como real, no puede ser reducido a las estructuras formales de una ciencia y su lógica que se empeñan en dejar por fuera el agujero de lo simbólico, la falla, la contradicción. “Es cierto que así lo aborda el propio discurso científico, aunque no hay que olvidar que le es difícil realizarlo plenamente porque desconoce el inconsciente”.<sup>291</sup>

### **La lengua y *lalengua***

“*Lalengua* es, como afirma Milner, “el sustrato caótico primario de la polisemia con el que está construido el lenguaje”, casi como si el lenguaje fuera una superestructura ordenada que se asienta sobre ese sustrato: “el lenguaje está hecho sin duda de *lalengua*. Es una elucubración del saber sobre *lalengua*”.<sup>292</sup>

---

290 Milner, J. C., “De la lingüística a la linguistería”, op. cit., pp. 19 -40.

291 Lacan, J., *El Seminario Libro 20 Aún*, Buenos Aires, Paidós, 1981, p.167.

292 Evans, D., *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, op. cit. p. 118.

Podríamos decir que la enunciación es la marca del sujeto en *lalengua*. "*Lalengua*, denota el nudo del sujeto del deseo con la lengua".<sup>293</sup>

"*Lalengua*, es entonces una masa de abundantes arborescencias en las que el sujeto engancha su deseo, y en donde elige un nudo cualquiera para hacerse signo. El punto de subjetivación es siempre uno más entre los demás y, cuando apenas se ha delimitado la cadena en la que se distingue, surgen mil cadenas análogas: como un enjambre según Lacan. La cadena de lengua cualquiera, puesto que un sujeto puede en ella hacerse signo, tal sería, pues, una definición de *lalengua*. Pero sólo opera de verdad a partir del instante en que un sujeto de deseo ha subjetivado un punto dentro de la cadena; dicho de otra forma, cuando ha dicho su deseo: en ese sentido, *lalengua* es también, en la abundancia de sus asociaciones, el conjunto virtual de los decires de deseo; ofrece vías a esos decires, vías que cada uno de ellos tomará cueste lo que cueste, incluido en su dimensión de inconsciente".<sup>294</sup>

La siguiente cita de Lacan nos permite aclarar mucho más las relaciones que estamos planteando entre el lenguaje, el sujeto y *lalengua*:

"Si dije que el lenguaje es aquello como lo cual el inconsciente está estructurado, es de seguro porque el lenguaje, en primer lugar, no existe. El lenguaje es lo que se procura saber respecto de la función de *lalengua*. Es cierto que así lo aborda el propio discurso científico, aunque no hay que olvidar que le es difícil realizarlo plenamente porque desconoce el inconsciente. El inconsciente es testimonio de un saber en tanto que en gran parte escapa al ser que habla. Este ser permite dar cuenta de hasta dónde llegan los efectos de *lalengua* por el hecho de que representa toda suerte de afectos que permanecen enigmáticos. Estos afectos son el resultado de la presencia de *lalengua* en tanto que articula cosas de saber

---

293 Porge, E., *Jacques Lacan, un psicoanalista*, op. cit., p.110.

294 J. C. Milner, *op. cit.*, p. 68.

que van mucho más allá de lo que el ser que habla soporta de saber enunciado. El lenguaje sin duda está hecho de *lalengua*. Es una elucubración de saber sobre *lalengua*. Pero el inconsciente es un saber, una habilidad, un *savoir-faire* con *lalengua*. Y lo que se sabe hacer con *lalengua* rebasa con mucho aquello de que puede darse en cuenta en nombre del lenguaje. *Lalengua* nos afecta primero por todos los efectos que encierra y que son afectos. Si se puede decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje es por el hecho mismo de que los efectos de *lalengua*, ya allí como saber, van mucho más allá de todo lo que el ser que habla es capaz de enunciar. Por eso el inconsciente, en tanto le doy el aquí el soporte de su desciframiento, no puede estructurarse sino como un lenguaje, un lenguaje siempre hipotético respecto a lo que lo sostiene, a saber, *lalengua*".<sup>295</sup>

Es llamativa la concepción de Lacan sobre *lalengua* porque para él es de lo que está hecho el lenguaje. Esta afirmación parece no distar mucho de la de Saussure cuando plantea que "La lengua es un objeto bien definido en el conjunto heteróclito del lenguaje"<sup>296</sup>. Aunque por supuesto que esa pequeña diferencia es radical en tanto que *lalengua* no sólo es parte sino que es de lo que está hecho aquél: del lenguaje del infans en su relación con la madre. No es poca cosa. "El inconsciente es un saber hacer sobre *lalengua*", afirma. "El lenguaje es una elucubración de saber", un producto de la reflexión científica sobre *lalengua* en última instancia. *Lalengua* es la puesta en acción del lenguaje por el sujeto. El lenguaje no existe si lo pensamos como una abstracción, como un aparato formal del que sólo se puede dar cuenta mediante la reflexión. Pero **lalengua** es realmente lo que el sujeto hace al hablar la lengua y que la hace 'sulengua'<sup>297</sup>. *Lalengua* es del sujeto su lengua, su modo de usar ese aparato abstracto del lenguaje.

---

295 J. Lacan, *Aún*, op. cit., pp.167 - 168.

296 Saussure, F., *Curso de Lingüística General*, op. cit., p. 41.

297 ¡Barbarismo nuestro!



Lacan toma el término por su proximidad con el de *lalación* que es el 'lenguaje' del infans que se forma en la relación con la madre. *Lalengua* podríamos decir entonces que es el lenguaje formado en la relación con la madre. Interesante justo porque denota ese campo de intersección entre el Otro del lenguaje, la madre, y el sujeto.

Llevando las cosas mucho más lejos podría incluso llegar a afirmarse que el inconsciente está abrochado en ese nudo, porque se produce al producirse *lalengua*. El inconsciente no tiene sustancia, está hecho de *lalengua*, de los nudos, las huellas, los pedazos de real, del goce como real, inscritos en esa *lalengua* que es la del sujeto. Ahí la lingüística se queda varada. Le resulta inconcebible ese desplazamiento, esa sustitución, donde, como en el sueño, hay *inmixión*, mezcla compleja de dimensiones, lugares, planos, etc. La lingüística se contenta, digámoslo así, con las marcas formales del sujeto en el enunciado, en tanto que deniega y reniega que dichas marcas remiten a otra Cosa.

Bajo esa perspectiva puede decirse que los lingüistas estudian el lenguaje pero dejan fuera *lalengua* como lo *real* del lenguaje que estructura al *inconsciente* en tanto *real*, y por ello no puede ser abordado con las mismas operaciones con que se opera sobre aquél. De ahí toda la dificultad que atravesamos para justificar nuestro atrevimiento de reducirnos a las frases que en última instancia remiten a *lalengua* en el "sujeto", a "sulengua", que como hemos dicho a través de diversos autores, pueden ser representativas de niveles más amplios, tanto en lo que a las estructuras se refiere, como a su relación con el sujeto.

## Capítulo 3

### Familia actual: Subjetivación y Sexuación

#### Deslinde. La familia como imposible

Las citas anteriores muestran la dirección que hemos querido darle al análisis de la familia, más allá de los enfoques disciplinarios de tipo histórico, sociológico, jurídico, antropológico, incluso psicológico, etc., que se interesan, para decirlo de manera sucinta, en “comprender las relaciones entre los individuos y los grupos que conforman la sociedad”.

Sin afán de mostrar un panorama completo del tipo de problemas que se abordan en estos enfoques, observamos a manera de ejemplo, no sin agudeza, el de tipo histórico, que ha tomado para sí “preguntas y preocupaciones” provenientes de otras disciplinas. No sin suspicacia porque los temas que aborda reflejan en buena medida los intereses que se abordan también en otras aproximaciones.

“Los trabajos sobre la historia de la familia presentan al hombre como miembro de una comunidad, como individuo que actúa y se relaciona con otros hombres dentro de su medio y de su tiempo [...] las preguntas y preocupaciones más frecuentes entre historiadores que han subrayado la importancia de la institución familiar en el proceso de integración de los sujetos al orden social en el que viven [...] los autores de *Sin distancia*, plasman la deuda de la historia de la familia con otras disciplinas sociales. En ese sentido muchas preocupaciones que hoy atañen a los historiadores dedicados a esta especialidad, en un principio fueron preguntas de antropólogos, sociólogos, demógrafos. Poco a poco, frente al creciente interés de la historia por la institución familiar aquellas preguntas

comenzaron a formularse desde otra perspectiva y finalmente dieron origen a un campo de estudio histórico autónomo y especializado [...]".<sup>298</sup>

Entre los tipos de temas que se abordan se encuentran, por ejemplo: relación entre familia, poder y estratificación social, redes de parentesco, la familia dentro de los procesos de modernización, los movimientos demográficos y su relación con la integración de las familias, la formación y administración de los hogares, la casa como unidad básica de producción y consumo, la composición de los grupos domésticos, la transmisión del patrimonio, configuración y formas de propiedad, importancia de los vínculos afectivos entre las parejas, el lugar de las mujeres en la crianza de los hijos, transmisión de valores, violencia intrafamiliar, concubinato, bigamia, prostitución, natalidad, fertilidad, nupcialidad, migración, tipos de familias. A este conjunto de problemáticas podría agregarse una decena más entre las que se destacan sobre todo las "relaciones familiares", roles de género, comunicación, estructuras familiares, procesos de nuclearización, en fin. En última instancia, todo esto revela la diversidad y la complejidad del fenómeno familiar a lo largo de la historia y en la época actual, situación ésta que aún está por pensarse en la medida en que en las últimas décadas se han dado movimientos sin precedentes no sólo en el lado material de la sociedad, sino también y de manera un tanto radical en lo tocante a la subjetividad humana.

Existen diversos modos de pensar la época actual, que se reflejan en los términos de: "posmodernidad" "sobremodernidad", "hipermodernidad", "ultramodernidad", "hipercontemporaneidad", "sociedad líquida", etc., con las diversas consideraciones a ellas asociadas. Sin embargo, más allá de caracterizar la época actual y la historia de la familia en su conjunto, nos interesa poner de relieve la configuración del síntoma en tanto que representa la concatenación íntima del sujeto y el Otro.

---

<sup>298</sup> Roselló S, E., "Reseña de Sin distancia. Familia y tendencias historiográficas en el Siglo XXI", En: *Historia Mexicana* octubre - diciembre, año/vol. LV, número 002, El Colegio de México, A.C. Distrito Federal, México, PP., 657 - 661.

Sobre los problemas de la época Dufour destaca:

"el desarrollo del individualismo, la preeminencia progresiva de la mercancía por sobre cualquier otra consideración, el reinado del dinero, la transformación de la cultura en modas sucesivas, la masificación de los modos de vida que se da en simultáneo con la individuación y la exhibición de la apariencia, el aplanamiento de la historia en virtud de la inmediatez de los eventos y la instantaneidad de la información, el lugar que ocupan tecnologías muy poderosas y con frecuencia incontroladas, la prolongación de la expectativa de vida y la demanda insaciable de perpetua salud plena, la desinstitucionalización de la familia, las interrogaciones múltiples sobre la identidad sexual, las interrogaciones sobre la identidad humana, la evitación del conflicto y el desinterés progresivo por lo político, la transformación del derecho en un procedimiento jurídico, la propagación pública del espacio privado, la privatización del dominio público, etc. Todos estos rasgos deben entenderse como síntomas significativos de esta mutación actual en la modernidad".<sup>299</sup>

Con todas estas problemáticas a cuestas, hoy ya no se puede hablar de "La" familia en singular y con mayúscula, como si se tratara de una, en sentido ideal, tradicional. Hay que hacerlo en plural: *monoparentales*, *reconstituidas*, *adoptivas*, *homoparentales*, "*living apart together*", etc. Incluso hay trabajos que han llegado a marcar alrededor 40 "tipos" de familia. Esta pluralización no sólo indica diversidad de estructuras y relaciones, sino que sobre todo implica que ya no es posible pensar la familia en la lógica de lo universal. Los sujetos han generado desde siempre -sintomáticamente- su propia *ficción* en torno a la familia, sus propios modos de relacionamiento más allá de toda caracterización en "prácticas", "roles", "patrones", como se hace desde prácticamente todos los enfoques disciplinarios.

Los modelos clásicos se estructuraban alrededor de los lazos simbólicos y del parentesco, y las "ficciones" que los acompañaban. Hoy, asistimos a su explosión

---

<sup>299</sup> Dufour, op. cit., p. 33.

por la injerencia del discurso del amo y el discurso de la ciencia. El lazo simbólico se ha relajado al extremo, al punto que se habla de desimbolización o desinstitucionalización de la época. Y aún más, con las nuevas técnicas de reproducción asistida, estamos frente a la disyunción entre la reproducción y el parentesco -y la consecuente de lo simbólico, lazo que había permeado la filiación a lo largo de siglos.

Esto nos lleva a repensar el supuesto carácter “natural” de la familia poniendo de relieve los modos de goce asociado a ello. Parece que asistimos a una especie de “familia a la carta” que deja en suspenso dichos lazos y que encuentra sus fuertes impasses en las relaciones familiares. Por todo esto, en lugar de abordar la familia a partir de esa suerte de “determinaciones sociales” como se suele hacer bajo el gran paradigma de lo histórico - social, a nosotros nos interesa preguntarnos sobre los nudos y procesos constitutivos de la transmisión subjetiva, como aquello que: “constituye la estructura esencial, primera, fundamental, de la subjetividad que no viene a modo de suplemento sino donde se anuda el nudo mismo de lo subjetivo” (Levinas). En efecto, la familia es una entidad atravesada por una compleja red de relaciones, pero en la que incluso hay un fuerte componente biológico sublimado por el vínculo social (J.-A. Miller).

En las civilizaciones antiguas en tanto que la familia entraba en relaciones de intercambio con otras -a través de la figura de la *dispensatio* que era la promesa recíproca de dos padres que podían decidir el futuro de su hijo o hija-, se incidía sobre las estructuras elementales de la sociedad y su relativa estabilidad. Pero hoy, el asunto ya no está mediado por el mismo intercambio de modo que ello ha afectado sensiblemente sus modos de relación y al lazo social. Hasta hace poco la constitución de la familia estaba totalmente atravesada por la institución del *matrimonio* y los distintos modos en que se ha lo prescrito a conveniencia, desde lo jurídico, por contratos que han venido a generar una multiplicidad de relaciones entre sus miembros que son contradictorias con las de antaño.

Pero hoy está cambiando a partir de ese “*living apart together*” y otros modos de convivencia. Además de que, por si fuera poco, las nuevas “tecnologías de la reproducción” han empezado a conmover y trastocar tanto los fundamentos biológicos al parentesco y la filiación. Sobre esta transición a gran escala de la familia permítasenos un comentario de Phillipe Julien:

"Hoy ya no tenemos esa experiencia [de lo público-comunitario]. Con el mundo moderno hemos pasado de la comunidad (*Gemeinschaft*) a la sociedad (*Gesellschaft*). La esfera pública ha cambiado [...] La sociedad moderna es el nacimiento de lo social, dado que difiere de lo político propiamente dicho. Lo social moderno se ha dado gracias a tres factores: la democracia, el laicismo y la ciencia, con sus consecuencias tecnológicas. Así, la sociedad moderna ha sustituido a la antigua comunidad: anonimato urbano, movilidad profesional, desarraigo cultural, universalismo de la producción científica y técnica, nacimiento de los medios de comunicación de masas [...] *al invadir lo familiar privado y la ciudad pública, ha modificado profundamente sus relaciones* [...] En las sociedades tradicionales, denominadas patriarcales, los padres comparten el poder en la comunidad cívica, mientras que la ejercen de manera absoluta en sus propias familias. La jerarquía reina entre el padre y su mujer, entre el padre y sus hijos [...] Dicho de otro modo, la ley de la prohibición del incesto que la ciudad decreta [por los pactos de la dispensatio, del patrimonio, que deben ser cumplidos por ambas familias] se realiza efectivamente por medio de la autoridad del *páter familias* al cual la ciudad le reconoce el poder [...] La modernidad, que ha asistido a la decadencia de esta imagen social del padre, al mismo tiempo ha permitido la modificación de las razones de la elección conyugal [...] En eso encontramos una ruptura importante. Antaño las familias velaban por la similitud de identidad de los esposos... Ahora, la sexualidad revela públicamente que hay algo más allá de las identificaciones sociales... una “familiar” extrañeza de la relación [...] una alteridad más manifiesta que nunca. A esto se añade otra consecuencia. La modernidad se define por una nueva separación entre lo público y lo

privado, lo privado el lugar de la conyugalidad y lo público el de la parentalidad".<sup>300</sup>

La cita ilustra el pasaje de lo comunitario-público a lo privado y el de la familia tradicional a la moderna. El "espacio social del amo" (Lacan) invadió desde hace varios siglos el espacio familiar, y con ello modificó rotundamente su estructura y sus relaciones, a partir de lo que autoridad-simbólica-paterna perdió la posibilidad de seguir ordenándola como había venido siendo desde los orígenes ancestrales. El orden simbólico sobre el que se había movido la familia a lo largo de la historia está radicalmente atrofiado, quizá invertido, en tanto que el mundo de lo privado, léase individualismo moderno, narcisismo, etc.- es lo que priva. El goce propio es lo que regula el lazo social.

La construcción social no se operaba en lo abstracto sino por la mediación del Otro, donde el deseo no era "un deseo que no sea anónimo" (Lacan), sino atravesado por ese Otro simbólico, "que no es más lo que era" (J.A. Miller).

Hemos visto a lo largo de la modernidad pero aún más nuestros días, como menciona Phillipe Julien, una intrusión cada vez mayor que han hecho transitar al lazo social y a la familia a estructuras y modos de relación inéditos, caóticos muchas veces. Esto se ha acrecentado en las últimas décadas por el acelerado desarrollo de la tecno-ciencia donde la convivencia social y familiar parece reducida al mínimo. Podríamos traer aquí un sinfín de ejemplos de niños que presentan síntomas verdaderamente complejos y trágicos como<sup>301</sup>. Que en lo particular se debe a las escabrosas relaciones entre padres; rompimientos de las estructuras familiares; ausencia total de los padres; gran descuido; etc. Pero esto no es debe ser leído como simplemente "estructural", como "efecto de las condiciones sociales", como pura invasión del Otro. No, el goce singular está ahí

---

<sup>300</sup> Julien, P., *Dejarás a tu padre y a tu madre*, México, Siglo veintiuno, 2002, pp. 12-14. Subrayado nuestro.

<sup>301</sup> Gran violencia física, verbal y sexual hacia sus pares escolares, o que la padecen; cyberbullying descarado sin posibilidad o intención directa de control por padres, instituciones y autoridades; intentos de suicidio; desmayos por la angustia desbordada; cutting: verdaderos tasjeos de brazos, piernas y estómago; etc., etc.

implicado, metido. Hay ahí alguien quien lo actúa o que lo sufre. Si no, cómo pensar las atrocidades que vienen de los soberanos O las de los agresores, violadores, etc. No es pura determinación.

De esa gran problemática que aqueja a la familia de hoy lo que nosotros hemos querido poner de relieve es la *transmisión* que en ella tiene lugar, en tanto que mediatiza los procesos de subjetivación y sexuación. Y allí la “familiar extrañeza” que lo atraviesa. Lo *unheimlich* (Freud), lo ominoso, el goce que es extraño y familiar al mismo tiempo. Es, lo siniestro que aparece encarnado en los síntomas de los padres, en la escena familiar. Son inconcebibles pero se tiene que vivir con eso. Es el “santo-síntoma” como lo llamamos en el capítulo anterior. Son las vicisitudes de la subjetivación y la sexuación en la vida familiar. Esa es la apuesta analítica, más allá de las lógicas de los paradigmas ambientalistas- sociales.

### ***Subjetivación y Sexuación***

Más allá de las elecciones que el sujeto haga, está la “condición de amor” (Freud) que relativiza toda posibilidad que el sujeto haga de sus “elecciones” amorosas o sexuales. Es el fantasma que vela la falta de proporción. Escribe Miller sobre esto:

"La condición de amor es la fórmula de la relación del sujeto con el goce y, en tanto tal, es equivalente al fantasma fundamental. Viene al lugar de la proporción sexual, pero no es una proporción, una relación matematizada entre el hombre y la mujer. Es por eso que la fórmula del fantasma es una proporción perversa: no se establece con el otro sexo como tal [...] Lo que puede fundar la pareja parental no es la proporción sexual [ya que no hay], es la identificación [...]". <sup>302</sup>

---

<sup>302</sup> Miller, J.-A., “Observaciones sobre padres y causas”, En: *Introducción al método psicoanalítico*, Paidós, México, 2001, pp. 141 - 142.



Es la *falta de proporción* -llevada al extremo- de la relación entre los sexos, en la pareja parental, lo que funda lo “imposible relación”, lo “insuperable”, “la falta de armonía”, que sirve de matriz identificatoria en la familia.

La familia funda la posibilidad, o no, de que el sujeto pueda fundar otra familia a su vez, a través de la transmisión y las complejas identificaciones que tienen lugar durante la vida edípica. Pero, eso que no funciona en la vida familiar, las relaciones fantasmáticas y sintomáticas lo condicionan. Los objetos que sirven de coartada, nublan toda posibilidad de solución a ese real insuperable de la familia. Por eso se habla de lo imposible de la familia.

Es una matriz “subjetiva” donde el sujeto se “con-forma” al deseo del Otro a través del fantasma y haciendo síntoma al respecto. La *subjetivación* y la *sexuación* están fundadas en ella. Esa matriz funda la falta de proporción en su relación con el otro y con el Otro sexo, pero también toda aproximación al objeto en el terreno de la vida social.<sup>303</sup>

El ámbito de la filiación refleja esa imposibilidad. Allí se manifiesta la *alteridad* y la *proximidad* que plantea Levinas: “Proximidad en la relación con el hijo como con un yo-mismo, pero donde el hijo es al mismo tiempo *otro* que yo”. Falta de proporción velada por el fantasma que trata la diferencia como proximidad, donde el sujeto “se hace al” otro, como lo indica la parte derecha del punzón en la fórmula del fantasma: ( $\$ > a$ ). Pero al mismo tiempo la *alteridad*, la diferencia en tanto el sujeto no puede asimilarse al objeto: ( $\$ < a$ ).

Evidentemente no estamos hablando de esos conceptos psicológicos que pretenden dar cuenta de esa supuesta “relación” armónica de los sexos o de sus “problemas”: “empatía”, “diferencias individuales”, “problemas de comunicación”, etc. Es lo real de la diferencia con el otro. La relación y la diferencia con la madre

---

<sup>303</sup> Véase: Freud, S., “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”. *Obras Completas*, Vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976; Miller, J.-A., *Lógicas de la vida amorosa*, Buenos Aires, Manantial, 1991.

como objeto-Cosa, sienta las condiciones para esta suerte de desencantamiento esencial, de *división subjetiva* respecto del Otro (Lacan), donde el *objeto a* es una suerte de residuo de esa “*relación*”, de esa relación imposible. El fantasma tapona la falta de proporción y relación. Ante la falta del objeto, el sujeto -vía el fantasma- genera sus “*ficciones*”, de relación. Alucina su presencia. Léase por ejemplo, adicción; virtualidad, etc. Incluso el lenguaje por sí mismo funda toda imposibilidad de fusión con el objeto, de deseo, sexual o de amor.

Pero a pesar de esa falta de relación esencial en el seno familiar, puede haber, quizá en algún momento lo hubo, como lo plantea Levinas, *responsabilidad para con el otro*. Es en la asunción del lazo filial padre-hijo donde se instituye la responsabilidad.

"[...] hablo de la responsabilidad como de la estructura esencial, primera, fundamental, de la subjetividad [...] la ética, no viene a modo de suplemento [...] es en la ética entendida como responsabilidad, donde se anuda el nudo mismo de lo subjetivo [...] Según la categoría de padre como se hace la libertad y como se cumple el tiempo"<sup>304</sup>

La dimensión ética es sustancial de la subjetividad dice Levinas, no es un mero suplemento. La categoría de padre, dice él, “como se hace la libertad”. En efecto, según la dimensión paterna en la que cada uno se “con-formó”. Fantasma de por medio, según las predominancias de sus posibles direccionamientos < >.

Y cuando decimos dimensión paterna, lo hemos recalado bastante, pero lo haremos una vez más para evitar el malentendido de una excesiva reducción, no nos referimos al papá, a los papás de cada uno. Al menos no en sentido pragmático. Se trata, como en este caso según Levinas, de la dimensión ética, simbólica: Del “humus” en el que cada uno se constituyó. Es la subjetivación

---

<sup>304</sup> Levinas, E., "La responsabilidad para con el otro". *Ética e infinito*, Madrid, La balsa de la Medusa, 2000, p. 79.

fundamental. Lo simbólico es el humus fundamental de la subjetividad siguiendo a Levinas.

La aproximación al nudo de la familia-y-el-sujeto, no se aprehende sólo mediante la definición de índices sociales que son válidos para una aproximación a lo universal, que busca establecer comportamientos sociales, etc. Ello no es homólogo a las dimensiones psíquicas del sujeto, al goce y al fantasma que en ello tienen lugar pues aparecen como coartadas a una lógica que se basa en las apariencias del comportamiento. Desde Freud y Lacan podemos pensar lo social y la familia no como lazo anónimo, sino donde hay una implicación, una encarnación del sujeto y del Otro en la responsabilidad. Que da la posibilidad, o no, de la *proximidad*. Implicación de la que da cuenta la categoría de extimidad de Lacan, de la que hablaremos más adelante. Pensar al sujeto en su encarnación sintomática permite salir de la falsa oposición, o de la simple determinación del sujeto por la sociedad. Eso sí es una abstracción desde lo universal, por más que se establezcan las condiciones, las tendencias o las prácticas que pretenden así determinarlo.

En la familia se corporeiza fantasmáticamente la *proporción*, o mejor, la *falta de proporción* en las relaciones, la *inconmensurabilidad* de la proporción sexual (Jean Luc Nancy). Se fundan en ella las vicisitudes de la relación con el Otro en tanto alteridad radical.

"En un cierto sentido, la única proporción entre el hombre y la mujer que el sujeto puede encontrar es la proporción entre el padre y la madre. Es por eso que Lacan dijo, alguna vez, que la proporción sexual no existía, que existía sólo en la familia. "Proporción sexual entre los padres" es un término más seguro que el adjetivo "sexual". No estamos seguros de que la proporción entre los padres sea realmente una proporción sexual, una proporción entre los dos sexos".<sup>305</sup>

---

<sup>305</sup> Miller, op. cit., p.141.

Pero, ¡qué clase ejemplo de la proporción que el niño encuentra en la familia! La falta de proporción por excelencia, donde a cada instante se constata la falta de relación entre todos. Es la *familia-sintomática*, *familia-síntoma*, donde la alteridad y la proximidad se conjugan a su modo en su cada caso, en una tensión permanente e ineliminable.

Como veíamos al inicio, la cuestión del poder es otro de los aspectos que se abordan en los estudios históricos sobre la familia. Los *estudios de género* y sociológicos en general lo toman también como uno de sus temas centrales. Por nuestra parte no le dedicamos la misma atención ni lo abordamos por el mismo lado. Incluso ya hicimos algunas anotaciones sobre la autoridad en nuestro primer capítulo. Pensamos que la dimensión paterna, su autoridad, no es homologable al tratamiento que se le da desde esas disciplinas. No pretendemos de ningún modo negar su existencia y sus efectos en el mundo social. El *discurso del amo*, da cuenta de la importancia que el psicoanálisis lacaniano le asigna. Pero desde otro ángulo. El poder no es equiparable a los procesos y modalidades de la función paterna. El *goce-del-padre*, la *pereversion*, incluso la perversión -masculina-, no corre parejas con la inmensa red de relaciones implicadas en el ámbito del poder y la autoridad política. Aunque hay planos, por supuesto, en los que lo paterno y lo político confluyen espejeándose y confundiéndose mutuamente, como en el caso del “Soberano” que trabaja Giorgio Agamben en *Homo Sacer*, de lo que hicimos algunos comentarios anteriormente. Allí citábamos el estado de *excepción* en que el soberano se coloca, esto es, como aquél que pretende situarse por encima de la ley misma en tanto que es él quien se abroga el derecho único de derogarla. Por eso hacíamos una analogía ahí con el padre “mono-pólico”, ese que pretende ponerse como excepción a la ley misma. En este sentido, soberano y padre se entrecruzan en su intentona arbitraria y autoritaria. Pero aún ello no permite reducir ambas dimensiones.

El poder como autoridad puede pensarse del lado del goce. Pero en una doble dimensión: por un lado sirve de “ejemplo” de la función-padre que constituye sintomáticamente pues sostiene al sujeto pero donde el sujeto sostiene a su vez al

padre. Es la modalidad neurótica. El sujeto ama al padre y lo sostiene aunque lo sufra y no lo respete. Y, por otro, su goce lo mina, lo demerita en tanto autoridad simbólica y al hijo también lo mina en tanto el goce se instala en él, como cuando los niños y los adolescentes dicen: “si ellos lo hacen por qué yo no”. Es la justificación del goce en la familia. El goce, como goce éxtimo, desafía y quebranta al lazo, y termina corrompiéndolo. Es la historia de la función paterna y del desordenamiento y corrupción de lo simbólico. Por eso la corrupción es imparable, porque el Otro de la ley y el sujeto mismo se dejan corromper por el goce que los atraviesa. La responsabilidad va del lado de lo simbólico, es esencial. Pero el goce lo corrompe, porque también lo es. Son ineliminables. Tenemos sólo lo que Freud llama sus mezclas. El síntoma sería en ese sentido una posibilidad de tramitar ese goce que corrompe.

Este es el vector que emparenta con *lo podrido*, del Otro y del sujeto. Con lo podrido del poder, el padre y el sujeto. En el poder hay otras facetas que aquí no vamos a abordar porque no es nuestro objeto de trabajo. Pero en general sostenemos que la *pereversion* del padre no puede ser homologada a la “perversidad” fehaciente del amo en lo político. Decimos perversidad en sentido genérico para referimos al autoritarismo, la arbitrariedad, el despotismo, la corrupción, etc., que pueden caracterizar los actos del amo en un momento dado. Es en cierta medida el espacio del amo en el que se mueve la familia y el padre como recordábamos atrás. Pero no hay absoluta equiparación o subsunción de ambas figuras. Ni respecto de la autoridad ni de los excesos. Es acaso la queja femenina contra el amo que se sobrepone a la persona del padre real y el esposo. No se trata de minimizar pero tampoco de justificarlo de ningún modo. No lo es ni como agente de la castración ni como Nombre-del-Padre. El Nombre-del-Padre es un “No-hombre”-del-Padre” como dice Frida Saal, Tampoco se lo puede asimilar a la autoridad asignada a un hombre al que se lo hace garante del dogma como en el mundo eclesiástico.<sup>306</sup> El Nombre-del-Padre no son los padres de la iglesia.

---

<sup>306</sup> Ver: Matet, J-D. “Autoridad”, En: *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. Consecuencias para la cura*, Argentina, Escuela de Orientación Lacaniana, Grama Ediciones, 2012.

Hay un doblez, un giro, una transformación, donde algo parece coincidir pero tampoco se confunde. El Nombre-del-Padre pasa por abajo, más allá de cualquier apariencia. Como afirma Saal, no es responsabilidad del psicoanálisis el que la diferencia de los sexos haya sido llevada históricamente al dominio de unos sobre otros y se juegue en cierto sentido en el ámbito de lo familiar. Eso fue cayendo gradualmente a lo largo de la historia hasta nuestros días en que ya no se puede sostener. Que el dominio tenga lugar al interior de la familia no es un asunto que el psicoanálisis justifique. Es tan sólo dar cuenta de ello. No es su intención ética. Más bien, el poder, llámese sometimiento, abuso, apropiación, violencia, etc., ha usado la diferencia de los sexos y la ha usado a su favor. No hay que confundirlo. La diferencia sexual y el discurso paterno se encuentren bajo el dominio del amo, nos hace confundirlos. El amo se vale de cualquier discurso y de cualquier condición para apropiarse de ello y hacerse confundir. Por el contrario, desde muy temprano Freud supo reconocer en las mujeres, su palabra y su deseo, pero paradójicamente, su síntoma y su goce en ello. Recordemos a Frida Saal una vez más, refiriéndose precisamente al falocentrismo del que se quiso acusar al psicoanálisis, y a la “falocracia” que sí es propia de la dominación:

"Con razón se ha dicho que la cultura y la familia son falocéntricas. Siempre y cuando estemos de acuerdo en que el falo es el significante de la castración, de la carencia, de lo que no hay *y sólo así*, el falo es el centro, porque o que no hay promueve, pone en movimiento, es condición de existencia de la familia y de la cultura. Si el falocentrismo es la relevancia del significante fálico en relación con la castración simbólica, la falocracia emana de un orden totalmente distinto; es la manera en que la diferencia se organiza como apropiación diferenciada de privilegios y poderes. De la diferencia se deriva un ordenamiento jerárquico de dominación y sumisión. Nada en el psicoanálisis autoriza a hacer de la diferencia una jerarquía. Incluso cuando abordamos la metáfora paterna con el lugar central que le otorgamos en la constitución del sujeto deseante debemos recordar que se trata del Nombre-del-padre, que es también No-

hombre del padre, aquello que el padre no es, esa marca impuesta por la cultura que expresa la sujeción de ese padre al discurso del Otro. [...] la diferencia de los sexos y la lucha de los sexos se encuentra en el núcleo de todas las organizaciones sociales, por elementales que sean y [...] de allí no surge ninguna razón que respalde y mantenga, con el pretexto de la diferencia, ningún sojuzgamiento [...] los fundamentos que la política requiere son de otro orden distinto del psicoanalítico. [Para éste...] si bien el poder se ubica en el registro de lo imaginario, en esta articulación de lo simbólico con lo real, es imposible desconocer sus consecuencias en la realidad. En las formas del ejercicio del poder, como dominación y opresión. En las distintas modalidades del sometimiento: de clases, de razas, de grupos, de sexos. No tenemos respuesta acerca del origen de esta situación del poder de los hombres sobre las mujeres. Nos parece que esta cuestión, como todas las preguntas acerca de los orígenes, sólo puede recibir respuestas en el orden del mito [...].

307

No hay una respuesta al origen de poder. Ni justificación de su uso en ningún ámbito. Así es. Es un real de goce.

Pero sí se puede pensar, de cualquier modo, que “no hay relación entre los sexos”. *No hay relación proporcional* sino en lo imaginario. *Hay*, una enemistad, “originaria”, en la “pareja” sexual: entre el hombre y la mujer, entre los “cónyuges” en la familia. No es justificatorio de ningún orden dado.

El hecho de tener que unirse para fundar una familia habla de la preminencia del “dispositivo” para poder estar “juntos”. El dispositivo simbólico-imaginario de la “unión”, mediante el matrimonio. Hay la ficción, la fantasía de la fusión, de la “Unión”, de dos entes -ons- en “Uno, de “dos-en-uno”. Fantasía imposible. No se ve,

---

<sup>307</sup> Saal, F., “Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos”, En: Saal, F. *Palabra de Analista*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 33 - 34.

decía Lacan, como de dos puede hacerse uno. El divorcio, las familias monoparentales, lo convalidan.

Ese: "Este te herirá y tú le herirás... y tu marido será tu deseo y él se enseñoreará de ti", era una consigna, una ley divina. Un ordenamiento. Vaya constitución divina originaria de la relación, del deseo de otro sexo. Vaya ordenamiento "simbólico" por el que el sujeto se construye toda hace de una armadura sintomática para sobrellevar su soledad. Quizá toda la problemática de los sexos pudiese resumirse en ese ordenamiento divino, pero infernal. No puede haber co-respondencia entre los sexos. Haber salido del costado no implica equivalencia. Habla de todos modos de una división, de un corte, de un cercenamiento del cuerpo en última instancia si se quiere ver así. Es el *objeto a* que falta. La mujer es ese objeto que le falta al hombre y causa su deseo. Pero la mujer no puede reducirse a ese objeto del que el hombre busca apropiarse. Está más allá de esa lógica masculina, incluida la divina. Tampoco hay el "número de oro", el significante que dé cuenta de su diferencia. "Hay" sí, la *inconmensurabilidad* de la diferencia de ambos sexos. Hay aproximaciones.

"¿De qué se trata aquí? De la relación sexual en tanto que tiene lugar: no para desmentir a Lacan, que dice que no la hay, sino para distinguir (aquello que está dado, presente, disponible) de aquello que tiene lugar (aquello que no está dado per se da, aquello que ocurre, que sobreviene). Lo que tiene lugar como relación no es un puente tendido entre dos individuos, ni la producción de un tercero. Lo que tiene lugar es la *inconmensurabilidad* de ambos. Es en la medida en que son *inconmensurables por lo que entran en relación*, o por lo que la relación los atraviesa. La diferencia de los sexos señala, en primer lugar, la *inconmensurabilidad*. Esta puede proponerse mediante dos sexuaciones de los cuerpos -heterosexuales- o bien mediante dos sexuaciones de las disposiciones inscritas en unos cuerpos homosexuales, o bien de otra manera todavía. Pero el *sexo siempre designa lo inconmensurable*. El goce del otro y el goce en el otro son a la vez el mismo y dos goces



heterogéneos: el goce es siempre el uno en el otro sin que uno cubra al otro. Dicho goce establece la relación yendo más allá de cualquier relación, de cualquier fin y de cualquier espera de fin [...] En esto, la relación sexual vale asimismo como indicio, o como paradigma, o como conexión de la relación en general. Es decir, o bien -como poco- que toda relación depende de la heterogeneidad y de la heteronomía de los inconmensurables, o bien - como mucho- que toda relación es sexuada si no propiamente sexual. O si se prefiere: no ay ninguna relación sin el eros. Pero tampoco hay eros sin ágape, es decir, sin ese amor imposible que el judeo-cristianismo cree poder presuponer como naturaleza de Dios y como mandamiento universal".<sup>308</sup>

La relación sexual dice Levinas, funciona como matriz de lo *otro* en sentido radical. Es sexo Otro con mayúscula dice Lacan para aludir a esa alteridad radical. Hay heterogeneidad, heteronomía. Es la dificultad y la imposibilidad de fundirse en una suerte de aleación. Y como dice Nancy, la relación sexual es indicio, paradigma o conexión de la relación en general. Nos encontramos entonces ante una condición estructural *indeterminable*, cuya respuesta escapa a las lógicas del saber convencional sobre el sujeto y a las de los métodos subordinados él.

Y a final de cuentas, el malestar vinculado a la pérdida de poder del amo se fue acrecentado a la par de un mayor control, al punto de erosionar las normas que sostenían esas relaciones. Hoy, nos encontramos con una gran desmesura y con una suerte de resquebrajamiento de la ley simbólica en todos los ámbitos incluido el familiar. Aunque sigue existiendo un "deseo de familia", dicho deseo está muy cuestionado y las modalidades se han multiplicado no sin confusión y sufrimiento.

---

<sup>308</sup> Nancy, J.L., "El "hay" de la relación sexual", España, Síntesis, 2003, pp. 11 - 12. Subrayado nuestro.

## “Crisol de la familia”

### Notas sobre la historia de la familia

Este rubro forma parte de los inicios de nuestro recorrido para arribar -sin que nos lo hubiéramos propuesto de antemano- al planteamiento de la *pereversion* y el *sinthome*. En lo que sigue traemos a colación algunas de las notas -y ejemplos- sobre la tesis de la declinación del padre desde la historiografía y la sociología que nos sirvieron de base en nuestro trayecto sobre la función-padre en la familia actual

Las transformaciones de la familia a lo largo de la historia como lo demuestran las obras monumentales de P. Ariès y G. Duby; A. Burguière; J. Delemeau, y C. Levi – Strauss, entre otros<sup>309</sup>, nos enseñan que la familia no puede pensarse de manera uniforme a lo largo de las épocas. No se puede hablar de “la” familia dejando de considerar sus grandes diferencias al correr del tiempo. Lo que las atraviesa es su gran complejidad estructural, vinculada a determinadas condiciones histórico-sociales, pero también, desde la óptica que sostenemos, a la falta de “armonía” producto de la insuperable diferencia de los seres, la diferencia sexual y el goce que atraviesa a padres e hijos en tanto *parlêtres*.

Dice Levi – Strauss sobre esta falta de uniformidad, sobre la supuesta evolución lineal de la familia como si se tratara de una única estructura arcaica, “en germen”, que hubiese ido “evolucionando” de manera lineal:

---

<sup>309</sup> En un espacio tan reducido no podemos exponer los planteamientos o los grandes hallazgos de los múltiples trabajos antropológicos e históricos de autores como Levi – Strauss; Bachofen, P. Ariès y G. Duby; A. Burguière, J. Delemeau por destacar sólo algunos de los más sobresalientes, que con gran elocuencia detallan los movimientos experimentados por la familia a lo largo de la historia. Lo mismo habría que decir de las teorías sociológicas de A. de Tocqueville, A. Comte, F. Le Play y de E. Durkheim, que si bien muestran aspectos de la situación de la familia en el siglo XIX, sus teorías dejaron efectos que prevalecen de algún modo hasta nuestros días, aunque han sido y siguen siendo replanteadas desde varias ópticas. O bien, la serie de trabajos del Colegio de México sobre la *Historia de la Vida Cotidiana en México*, coordinados por Pilar Gonzalbo Aizpuru, en 5 Tomos. Y otros de reciente aparición de Esteinou, R., “La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad”, México, CIESAS – Porrúa, 2008 y de: Rojas, O.L. *Paternidad y Vida Familiar en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, 2008

"Ya no se puede creer que la familia evoluciona unilinealmente, desde formas arcaicas que no volveremos a ver a formas que se distinguen de éstas y son reveladoras de un progreso equivalente. Pudiera ser, por el contrario, que el espíritu humano, con su capacidad inventiva, hubiera concebido y desplegado sobre el tapete muy pronto prácticamente todas las modalidades de la institución familiar".<sup>310</sup>

"Capacidad inventiva" subrayamos. Emergencia y desplazamiento de lo simbólico-imaginario frente a lo real imposible de la familia. Inventiva para encontrar nuevas vías de expresión del goce frente a lo real de las limitaciones de cada época. Esencialmente, la afirmación de Levi – Strauss refuta por un lado la creencia de una evolución de la familia, y, por otro, la existencia de una familia única.

Bajo ese razonamiento no se puede seguir que la familia actual pudiese considerarse su forma más "acabada". Por el contrario, parece que asistimos a un momento donde sus capacidades antiguas se encuentran en conmoción, bajo el imperio del discurso del amo y de la ciencia como veíamos al inicio del capítulo.

Como es bien sabido, desde mediados del siglo XX, la transformación de la sexualidad y el lugar de la mujer y el niño dentro de la familia generaron un cambio inédito en las dinámicas familiares. La mujer no redujo su papel al de esposa y madre, sino que se individualizó a medida que el acceso al placer se distinguía de la procreación y el lugar del padre pasó a ser el de "jefe de familia", que visto a la distancia es un título vacío pues el padre de nuestros días ya no ejerce un lugar de jefatura en el sentido riguroso del término.

Sobre esto Miller comenta:

---

<sup>310</sup> Levi – Strauss, C., "Prefacio", En: Burguière, A., Klapisch – Zuber, C., Segalen, M. y Zonabend, F. *Historia de la familia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 15.

“La decadencia de la Imago del padre en los tiempos modernos es un tema común pero hay que formular eso en términos significantes. ¿Por qué hay una decadencia de la función del padre? Hay una decadencia porque el padre real trabaja, y en tanto que trabaja no es un padre adecuado a las necesidades estructurales del significante amo. El significante amo no hace nada [...] y se sabe también -esto fue recordado por Lacan- que la madre real puede tener el lugar del amo en la familia”<sup>311</sup>

La abolición de la monarquía dio lugar a un nuevo reposicionamiento de la soberanía patriarcal: el padre ya no se parecería en nada al “Dios padre” ni al “monarca soberano”, ahora sería el “patriarca de la empresa industrial”, el “padre de la familia burguesa” del XIX. El padre había perdido ya su aureola de grandeza y quedaba reducido a un ámbito y una distinción menor. Se allanaba entonces el camino para que la antigua identidad del padre se escindiera en dos polos: productor de semen por un lado, e inspirador de una función nominativa por otro (Roudinesco)

En ese contexto, en 1955, Lacan hacía suya y modernizaba la teoría medieval de la *nominación* para afirmar que *El-Nombre-del-Padre* designaba el significante mismo de la función paterna, como puro nombre, como inscripción del orden simbólico en el inconsciente. Pero donde por otro lado, precisamente, los primeros análisis genéticos permitieron aportar la prueba de la “no paternidad”, la posibilidad de una separación radical entre la *nominación* y el *engendramiento*. Así, el nombre de *Nombre-del-Padre*, representa un significante con un efecto de nominación que ordena el parentesco y la filiación.

A partir de la década de 1960 ubicamos a la llamada familia “contemporánea” o “posmoderna”, que une por un período de extensión relativo a dos individuos en busca de relaciones íntimas o expansión sexual. La atribución de la autoridad comienza a ser más problemática, en correspondencia con el aumento de los divorcios, las separaciones y las recomposiciones conyugales. Momento de

---

<sup>311</sup> Miller, Introducción al método psicoanalítico, op. cit., p. 143.

convergencia de las diferentes formas de constituirse en familia: tradicional, recompuesta, monoparental, homoparental, coparental, multiparental, etc. Con la aparición del divorcio, el matrimonio como sacramento deja de tener fuerza simbólica y se va asimilando cada vez más a una especie de rito festivo celebrado como un contrato más o menos duradero entre dos personas. De allí la aparición del término “familia recompuesta”.

A partir de 1970 se suprime la expresión “jefe de familia” y con la legalización del aborto (en algunos países de Europa, mientras que en el resto es practicado de manera ilegal), las mujeres arrancan a la dominación masculina el control total de la procreación y lo logran antes de haber conquistado otras igualdades. Durante todo el siglo XX asistimos a una “maternalización” gradual de la familia nuclear, en cuyo dispositivo el niño ocupó, en su relación con la madre, el lugar central atribuido a Dios.

Hacia 1975 se comienza a hablar de la “familia monoparental”, término utilizado para designar, sin estigmatizarlo, un núcleo familiar “irregular”, considerado de todas maneras más negativo que el de parentalidad reconstruida.

Si Edipo había sido el héroe que condensaba el poder patriarcal declinante, ahora Narciso encarna la idea de una humanidad sin prohibiciones, fascinada por su propia imagen. En este contexto aparecen las primeras experiencias de homoparentalidad. Una práctica realmente novedosa de engendramiento y procreación que refleja un doble movimiento, a la vez trasgresor y normalizador. Porque por un lado ridiculiza el principio de la diferencia sexual, sobre la que se apoyaba hasta el momento la célula familiar; y por el otro, esta es reivindicada como una norma deseada y deseable.

Los cambios sufridos por la familia demuestran que no hay una secuencia lineal, y que, sus estructuras y sus transformaciones si bien son contingentes en sentido histórico, no se reducen a ello en tanto que hay la “inventiva”, lo imaginario ineliminable, la ficción que cada uno deposita en ese imaginario.

Esta es una polémica que atraviesa todo el saber sobre la familia. Y aunque parezca una discusión fuera de nuestro ámbito, nos parece congruente con lo que hemos venido planteando desde los capítulos anteriores en tanto que, más allá de las estructuras y las prácticas específicas de las familias vistas históricamente, su existencia se haya subentendida también por el goce y la “diferencia psíquica de los sexos” y su correspondiente *no-relación* proporcional, incluidas allí las relaciones filiales y amorosas.

Y eso, sin perjuicio de que se puedan establecer o se hayan establecido, desde las disciplinas histórico-sociales, tramos, tendencias, “ritmos”, “temporalidades”, “espacios” y “espesores”; incluso “coyunturas”, “arritmias” y “desequilibrios” de las épocas, os grupos y diversas dimensiones de la cultura, incluida allí la familia.<sup>312</sup>

En ese sentido, las formas más recientes y variadas de la familia actual no son sino cierta expresión de lo que se inició a partir del siglo XIX, aunque como lo muestran algunos historiadores, desde siglos atrás donde ya se habían venido gestando ciertas condiciones que habían dado lugar a la aparición de la familia *nuclear*.

Visto de este modo, los cambios sufridos por la familia desde la época antigua que desembocaron en la familia “moderna”, encuentran relevo después de la Época Feudal y continúan hasta las cercanías del siglo XX, luego de un movimiento complejo, desde los vínculos familiares estructurados por el linaje hasta las modalidades de la familia que observamos en nuestros días.

Sobre esto afirma Roudinesco:

"En cuanto a la familia conyugal, llamada “nuclear” o “restringida”, tal como la conocemos hoy en Occidente, es la culminación de una larga evolución – del siglo XVI al siglo XVIII-, en el transcurso de la cual el núcleo padre-

---

<sup>312</sup> Para estos conceptos, véase: Osorio, J., *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, México, UAM Xochimilco - FCE, 2001.

madre-hijo(s), se separó de lo que constituía antaño *las familias* [...] No obstante, esta estructura nuclear básica parece haber existido en Europa desde la Edad Media, mucho antes de convertirse en el modelo dominante de la época moderna".<sup>313</sup>

El surgimiento de la familia moderna está fincada, según Durkheim, en la "*ley de la contracción familiar*", que se generó según él, en el siglo XVIII como efecto de los movimientos económicos que ocasionaron una gran dispersión social, donde los padres tuvieron que ausentarse de sus familias, lo que trajo como consecuencia la "declinación del padre", la pérdida del lugar que había venido ocupando desde la antigüedad. Esta "ley" planteada por Durkheim, dio lugar a una tendencia en el pensamiento sociológico en general, que provocó que se empezara a hablar de la así llamada "tesis de la declinación del padre", a partir de la cual se pretende explicar la gran problemática de la familia de nuestros días. Esta tesis es errónea en sentido histórico en opinión de diferentes estudiosos de la familia, como lo veremos enseguida. Pero sobre todo es sesgada, decimos desde Freud y Lacan, si quienes la sostienen fueran aquellos que se sienten representantes de la tradición por su añoranza del padre imaginario (representado en el "verdadero líder", el "nuevo héroe", el "soberano capaz", etc.), o porque la celebran aquéllos que enarbolan el supuesto "fin del dogma paterno" de nuestros días.

Pero las problemáticas que se intenta explicar mediante dichas tesis no pueden ser reducidas dadas la singularidad de cada novela familiar y las ficciones que las sostienen, que aunque encuentran indicios en lo histórico, no las agotan. La *transmisión* en la familia -entiéndase por ello *subjetivación, sexuación*- es siempre incompleta, coja. Como en la saga y el proceso edípico mismo, la separación simbólica respecto del goce de la madre es siempre incompleto.

Diferentes tipos de familia incluyendo allí a la "nuclear o restringida", parecen haber existido desde mucho tiempo atrás, como afirma Levi–Strauss -y lo confirman también Ariès, Duby, Burguière, Goody, entre otros.

---

<sup>313</sup> Roudinesco, *La familia en desorden*, op. cit., pp. 18 – 19, subrayado de la autora.

La tesis de la “declinación del padre”- ha colocado a Durkheim en el centro de la crítica en tanto parece abrigar una idea nostálgica de la familia tradicional o del “*páter familias*”. Dice Durkheim en 1892, “la familia conyugal resulta de una contracción de la familia paternal” [...] <sup>314</sup>. La familia conyugal, al contrario del “viejo comunismo familiar” comenta Zafiropoulos:

“[...] permite al hijo tener su propia fortuna, lo cual está naturalmente acompañado de una fuerte limitación de los derechos disciplinarios del padre a su respecto [...] esta limitación de los derechos del padre puede llegar muy lejos, en la medida que la ley de 1899 permite dictaminar la caducidad de la patria potestad. Por eso indica al mismo tiempo la importancia de la intervención del Estado para la totalidad del funcionamiento de la familia conyugal, y más particularmente en lo que se refiere a la autoridad del padre [...] A juicio de Durkheim, la declinación de la autoridad del padre se interpreta entonces como una caída que afecta a la vez el poder social del grupo familiar y su amplitud misma”. <sup>315</sup>

Ahora, si bien es cierto que la dimensión simbólica es necesaria para la continuidad de la familia, dicha dimensión no se reduce a la persona del padre ni a su monopolio, pues el poder hizo síntoma. La “supremacía” del “orden de la ley” funcionaba en las sociedades antiguas como modo de regulación de la vida familiar. Pero de ella el padre era a la vez el gendarme y el agente -el soberano-, particularmente en la familia aristocrática, heredera de la familia antigua, por supuesto. Decía Tocqueville:

“el padre no sólo es el autor y sostén de la familia, sino que es también su “magistrado”. “El Estado social aristocrático perpetúa su influencia sobre los actores por medio del padre”. “Es el eslabón de una cadena intergeneracional que inscribe el presente en la estela de un pasado: tiene a su cargo la conservación inmutable de un orden familiar y social y

---

<sup>314</sup> Citado por Zafiropoulos, op. cit. p. 61.

<sup>315</sup> Ibid, pp. 62 – 63.



representa el órgano de la tradición, el intérprete del hábito, el árbitro de las costumbres”.<sup>316</sup>

En esta cita se aprecia la ideología del amo que encabalga sobre la del padre, al menos al de antaño, para perpetuar la influencia del estado - amo, y viceversa. Cosa que algunos todavía quieren realizar o añoran hacer. Pero las mujeres y los hijos ya no lo toleran más. Los movimientos sociales en el mundo de mediados del siglo XX mostraron esa rebeldía.

Para que la sociedad exista, continuando con Levi – Strauss, no basta únicamente con que la unión de los sexos y la procreación establezcan vínculos biológicos entre sus miembros. Es necesario, asimismo, que dichos vínculos no corran el peligro de aflojarse y romperse en este o aquel punto del tejido social. La sociedad sólo permite la perpetuación de las familias en el seno de una *red artificial de prohibiciones y obligaciones*.<sup>317</sup>

De esto queremos destacar precisamente, por un lado, “que los vínculos no se aflojen”, dice Lev-Strauss, los de la “unión” de los sexos y la “procreación”. ¡Pero se aflojaron! Llegaron a su límite. El descontento acumulado de la “no-unión proporcional” no resistió más. Ese no-vínculo se aflojó. Por el otro, que la sociedad “sólo permite la perpetuación de las familias en el seno de una “red artificial de prohibiciones”. En la medida en que algo del orden simbólico aún se sostiene, el crisol de la familia es posible. Pero dado que esta red simbólica de ordenamientos no es más lo que era, la familia se ha visto conmocionada. En tanto que la prohibición ha pasado a un plano secundario el goce se ha apropiado del frente del escenario.

---

<sup>316</sup> Tomado de Cichelli y Cichelli, op.cit., p. 79. Si bien citamos la postura de uno de los teóricos más importantes de la sociología del siglo XIX y parte del XX, junto con Comte, Durkheim, y Le Play, lo hacemos no por coincidir con sus tesis, sino tan sólo para mostrar como un hecho histórico el papel autoritario del padre.

<sup>317</sup> Levi - Strauss, ibid, subrayado nuestro.

La perpetuación de la familia fue posible gracias a la prohibición en su dimensión simbólica. En particular de la del incesto. Como él mismo afirma: "Pues si cada familia formara un grupo cerrado y se reprodujera por sí misma, la sociedad no podría existir". Ello obedece a la naturaleza dual de la familia: a su fundamento biológico y a la vez social.

"Dicho de otro modo, continúa Levi – Strauss, con el fin de evitar una existencia precaria, atormentada por el miedo, expuesta al odio y a la enemistad de sus vecinos cada pequeña unidad biológica debe renunciar a vivir replegada sobre sí mismo; debe sacrificar su identidad y su continuidad, abrirse al juego de las alianzas matrimoniales. Al oponerse a las tendencias separatistas de la consanguinidad, la prohibición del incesto logra tejer redes de afinidad que proporcionan a las sociedades una armadura sin la cual ninguna podría sostenerse".<sup>318</sup>

El carácter necesario de esta prohibición, afirma Roudinesco, se debe a que más allá de la importancia de las relaciones inducidas por la diferencia sexual, "interviene otro orden de realidad", "otro principio diferencial" que garantiza el paso de la naturaleza a la cultura. "En consecuencia, el interdicto del incesto es tan necesario para la creación de una familia como la unión de un sexo masculino a un sexo femenino"<sup>319</sup>.

El mundo moderno, pasó de la comunidad a la sociedad pasando por la vida privada, como lo muestra la magnífica obra de Ariès y Duby: *Historia de la vida privada*<sup>320</sup>. Pero hoy no se trata sólo de la vida privada como anteriormente, sino de la "vida aislada" podríamos decir, pues cada uno se recluye en su propio mundo y poco sabe del de los demás como antes sucedía. Actualmente poco sabemos de nuestros vecinos.

---

<sup>318</sup> Levi-Strauss, *ibid.* p. 13.

<sup>319</sup> Roudinesco, *op. cit.* pp. 15 – 16.

<sup>320</sup> Ariès, P. y Duby, G., *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2003.

La “tesis de la declinación del padre” y la “ley de la contracción de la familiar” se copertenecen y son parcialmente correctas, pero ya no dan cuenta de lo que sucede hoy y tampoco del goce que habitaba las relaciones familiares anteriormente. Aunque fueron enunciadas en otro momento y para dar cuenta de eso, aún hoy se siguen sosteniendo ingenuamente, particularmente la primera en tanto se habla de la “pérdida de la autoridad” de la figura paterna, de la “falta de valores”, etc. Nos parece que abrigan en el fondo una idea reivindicatoria de los poderes ancestrales del padre. Es una intención de explicar la familia conyugal y la sociedad actual de un modo ingenuo y reduccionista en tanto no alcanza a visualizar -o niega por supuesto- el goce del padre y sus efectos estructurales. En todo caso, es el sueño neurótico de sostener al padre. La *pereversion* según Lacan. La supuesta nostalgia y la reivindicación por el padre que se les achaca a Freud y Lacan, constituyen una crítica parcial y descontextualizada de sus obras. Al respecto Zafiropoulos plantea:

"¿Lacan Durkheimiano? Sí, porque antes de Lévi-Strauss estuvo sin duda Durkheim en los basamentos sociológicos de Lacan, que ya formulaba en 1938 –en el artículo sobre la familia que hacía suya la lección de aquél- la tesis de la declinación de la imago paterna”, que deduce de la ley de la contracción familiar de Durkheim el empobrecimiento del poder identificador de las familias y la degradación del complejo de Edipo, incapaz ya de asegurar la armoniosa maduración subjetiva y social de los hijos (y las hijas). En ese artículo Lacan plantea la hipótesis de que esa crisis psicológica es la causante del descubrimiento del psicoanálisis por un hijo del “patriarcado judío” de la Viena de fines del siglo XIX. Del mismo modo, explica por el agravamiento de la decadencia de las estructuras familiares y del poder del padre la evolución de las formas clínicas de las neurosis que cree observar entre 1938 y 1953”.<sup>321</sup>

Es cierto que el “primer” Lacan se adhirió durante un tiempo, en 1938, a las tesis durkheimianas de la “ley de la contracción familiar”. Pero evidentemente Lacan no

---

<sup>321</sup> Zafiropoulos, op. cit., p.12. 1953 es la fecha en que Lacan gira hacia Levi.-Strauss.

se quedó en eso, justo por la introducción de la categoría *Nombre-del-Padre* que le permitió desplazar la cuestión al orden simbólico más allá del padre totémico o aún del padre como persona. Y después a los *nombres del padre* en la medida en que aquél no es suficiente para dar cuenta del goce, de las formas contemporáneas del goce y el lazo sexual, de sus anudamientos. Hasta llegar al planteo del *sinthome* en el sentido de que el padre es, hace síntoma, apto para asegurar el anudamiento edípico. Pasando por supuesto en el inter a la formulación de la *pereversion* que tan útil resulta para pensar los desmanes del padre real.

A pesar de esa crítica podemos escuchar al Lacan de ese momento desmarcándose de esa posición conservadora en que se le ha querido meter: “No nos contamos entre quienes se afligen por un presunto relajamiento del lazo familiar (...) Pero nos parece que una gran cantidad de efectos psicológicos se desprenden de una declinación social de la imago paterna”.<sup>322</sup> Una interpretación simplista plantearía que hay en Freud y en Lacan una intención por reposicionar al padre de familia humillado. Como afirma Zafirooulos:

"Desde el punto de vista teórico, esta actitud es nociva, ya que ese carácter imaginario obstaculiza el desarrollo de las investigaciones y, en el plano de la psicología de las masas, induce además un llamado nostálgico al padre, o sea a una figura autoritaria y hasta tiránica (...) Pretender que este descubrimiento freudiano [el del asesinato del padre] es favorable a una “ortopedia” del padre – a tal punto la misión de apuntalamiento de éste parece ser autoevidente para todos, psicoanalistas o no- es incurrir en una contradicción que conviene dilucidar; sirve para remediar la angustia del abandono infantil, pero ignora a la sazón el discurso freudiano de la década de 1930, que luchaba contra todas las ilusiones político religiosas".<sup>323</sup>

---

<sup>322</sup> Lacan citado por Zafirooulos, op. cit. p. 183

<sup>323</sup> Ibid., p. 213.

Porque hablar del padre muerto, del asesinato del padre, permite pensar a Freud de otro modo, sacarlo de ese reducto. Pero es Lacan en última instancia quien zanja la discusión para situarla en su justo lugar: no hay El Padre sino los padres, el padre *sinthome*, el padre *pereversement* orientado. El Otro simbólico sin tachadura no existe aunque sea el imaginario neurótico de sostenerlo. Está atravesado por el deseo y el goce. El padre con mayúsculas no existe, ni ha existido. Existen los padres, los *nombres del padre* en tanto versiones de la “*pereversion*”.

### **La familia actual**

La expresión familia “actual” debe ser tomada con reserva, ya que como hemos planteado desde Levi-Strauss, las diversas modalidades de la familia “se extendieron desde muy temprano en el tapete de la historia”, y que en ese sentido se observan continuidades o incluso discontinuidades o al menos niveles diferenciales en sus modos de existencia. No obstante, es innegable que en nuestra época se observan estructuras familiares inéditas, inimaginables dentro de las estructuras simbólicas de antaño y que deben ser pensadas en su especificidad.

Siendo congruentes con lo que hemos venido planteando a lo largo del texto, es muy importante resaltar que desde el psicoanálisis de Freud y Lacan no se habla ni se estudia estrictamente “la familia” tal cual, como grupo o estructura en sí, ni como entidad *social* en sentido general, y mucho menos en un sentido transhistórico al modo de una esencia o de una unidad que se hubiese ido desarrollando a lo largo de las épocas. Ni al padre tal cual.

Sería un contrasentido. No se analiza la familia como un sistema o como grupo porque implicaría anular la singularidad, tanto de cada una con sus novelas, como de los sujetos que la sostienen con sus ficciones y síntomas. Y aunque nos referimos a ella en sentido general, lo hacemos sólo en términos descriptivos. “Se puede hablar en la clínica, escribe Fleischer, no de lo familiar, sino del sujeto como

resultado de una constelación familiar particular. Es decir que es imposible la estandarización planificada del goce [...] El discurso del análisis permite producir lo nuevo sobre la familia, entre elección y destino, entre generación y transmisión”.<sup>324</sup>

La familia es una matriz de la subjetividad y la sexuación, pero ello no significa que sea un sistema donde los elementos puedan ser estandarizados. El discurso psicoanalítico puede contribuir a pensar ciertas lógicas que atraviesan las configuraciones familiares, incluso dimensiones” del padre -recuérdese padre simbólico, imaginario, etc., pero no para construir una taxonomía o una clasificación operativa cerrada como hace la psicopatología y el discurso médico-psiquiátrico, etc. Porque eso congelaría el análisis de lo singular.

En ese sentido la declinación del padre no puede ser una consigna que se cumpla en todos los casos en la medida en que se puede separar la función de la palabra y las modalidades del padre como persona, aún a pesar de todos los anuncios de la crisis y la muerte de la familia que se lanzan desde hace tiempo en diversos ámbitos. La multiplicidad de las formas de la familia no deja de ser una fuente y un haz de identificaciones y significantes que dan a lugar a configuraciones subjetivas particulares, a pesar de todos los prejuicios ideológicos o morales, e incluso teóricos que se tengan al respecto. En la medida en que hay una gran diversidad, ciertas transformaciones se presentan como asombrosas pero no necesariamente patológicas por definición. El desorden siempre ha sido parte de ella en tanto lo simbólico no basta.

En virtud de que no hay una *esencia* de la familia, no hay “la” familia. Hay familias, una pluralidad que se singulariza en cada caso. Siempre ha sido así. Es lo singular en lo universal. No se puede subsumir a las familias en particular en un concepto de familia abstracto, vacío. Decir familia conyugal o familia tradicional es decir bastante pero al mismo tiempo no dice nada en particular sobre sus dramas. La lógica universalista pretende eludir las diferencias de lo singular, pero lo singular

---

<sup>324</sup> Fleischer, D. *Familia*. En: *El orden simbólico en el siglo XXI*, op. cit. p. 140

brota y pone en duda las más acabadas conclusiones. No hay "la" familia de la clase social "x", por más que su definición sea exhaustiva e incluya muchas características comunes. No hay el Edipo para cierta clase social -en tanto el determinismo absoluto es imposible- como sostiene la Sociología Clínica.

El determinismo quiere hacernos pensar en relaciones causales clasificables, pero esto es hasta cierto punto inútil cuando del sujeto en singular se trata. Entonces más que remitirse a criterios "externos" para definir "lo" familiar, el psicoanálisis toma los procesos de estructuración psíquica en lo singular.

Se han hecho múltiples propuestas para clasificar a la familia y sus estilos de vida, pero ahí no está lo esencial para el psicoanálisis. Así, podríamos convenir con la siguiente ordenación general propuesta por Fleischer:

"[...] se pueden catalogar las mutaciones actuales de la familia, dividiéndolas en: las que son consecuencia de las transformaciones de la moral sexual, las que son determinadas por los cambios generacionales, las que son precipitadas por la inserción de la mujer en el mercado de trabajo y las producidas por las nueva tecnologías, que inciden en cuestiones tan diversas como son la reproducción o las condiciones laborales. Los ideales antes eran transmitidos por los padres y ahora son difundidos por los nuevos medios masivos de comunicación. Todo parece estar permitido; si bien hay una nueva dependencia, un ideal consumista que acompaña a la caducidad de los objetos. Los medios crean ideales totalizadores y permiten gozar del terror pasivamente. El goce se sustituye con objetos, pasando de la ley del Padre a la ley del mercado".<sup>325</sup>

---

<sup>325</sup> Fleischer, op.cit. p. 141.

## Capítulo 4

### **“Fábrica del caso: dispositivo de lo singular”**

Como lo anunciamos desde el inicio del proyecto, nos propusimos construir un abordaje acorde con el objeto que habríamos de abordar y, de fondo, con la concepción que del sujeto y del discurso psicoanalítico de los cuales partimos. Planteamos que más que hacer un análisis de la familia o del padre de tipo histórico o sociológico mediante los dispositivos que les son propios como las historias y relatos de vida, autobiografías, etc. Pero el enfoque tampoco fue teórico-clínico en sentido estricto porque las condiciones y el enfoque institucional no son homólogas para un abordaje en esa dirección. Es comprensible. El énfasis no se centró en lo histórico y lo social porque dicho enfoque obedece más a un paradigma ambientalista - causalista como lo dice Milner (ya citado), en el que el sujeto sería una especie de reflejo y a través del que no se puede dar cuenta de cómo se operan en él dichas transformaciones. El modo abordaje es al mismo tiempo el objeto a pensar. Esto es central. El lenguaje constituye el modo de aproximarnos pero al mismo tiempo lo que constituye la problemática en cuestión, porque es en él donde confluyen lo socio-histórico y lo singular.

La familia es una especie de prisma, de crisol, de quiasma, de nudo, de objeto complejo de operaciones y transformaciones donde el exterior y el interior se funden, se fusionan, están concatenados de manera inextricable, como en los objetos topológicos en los que las dimensiones se co-funden, se co(n)funden. O si se prefiere, es un *topos* o una dimensión de lo éxtimo, donde operan esas transformaciones mutuas. Es una dimensión compleja que no puede ser fácilmente representada por modelos binaristas, incluso tri-dimensionales, trátense de teorías u otros recursos (pintura, geometría euclideana, etc.) que obedecen a lógicas más simples o incluso reduccionistas. Cualquier representación o corte operado allí es arbitrario al captar sólo un momento de la cuestión donde lo general y lo singular se trenzan. El lenguaje mismo refleja esa naturaleza porque



ni es lo real en sí mismo ni es pura imaginación despegada de él. Pero sólo el lenguaje puede auxiliar para acercarse, cernirlo. La familia sería entonces una dimensión y una instancia que capta y transforma subjetivamente, fusiona fantasmáticamente, paradójicamente, lo que le viene del "afuera". En ese sentido, el recurso a las "frases resultativas" (Hans Saettele, ya citado) muestran ese carácter complejo, polifónico, multidimensional del sujeto y la familia, del sujeto y la dimensión paterna.

Por todo ello, nuestro abordaje es una suerte de *approach* en sentido débil, más que una estructura investigativa dura en el sentido dominante y corriente de la expresión. *Approach*, más que metodología; *mostración* más que *demostración*. Abordaje y presentación. Nuestro "dispositivo" si así se le puede llamar por su carácter abierto, lo pensamos como un modo de dar cuenta de la *complejidad* del fenómeno en cuestión.

De ningún modo nos posicionamos en esa lógica que presupone que el dato-resultado es homólogo a lo *real*. "Lo real no habla" (Lacan), no es equivalente a ningún "dato" por más cercano que se esté o se crea estar de él. El dato no es la cosa. En todo caso, el dato no es lo dado. Lo dado que se presenta a la conciencia, a la percepción, no es lo real, lo que se cree de él. Aún y cuando ese científicismo hable de "errores" de "aproximación", etc.

Lo "natural" que se presenta a lo humano es "natural-social" como afirma Marx. Lo natural está mediado por el lenguaje. Es lo que el materialismo ingenuo no termina de concebir respecto del lenguaje. El lenguaje no es vehículo de lo real pues lo real no habla. Ni es homólogo o equivalente a él. El lenguaje es virtualidad respecto de lo real. Por lo mismo, podemos decir que el formato clásico del informe de investigación no es más que otro formalismo que no puede dar cuenta de la calidad de ese objeto.

De modo que las concepciones y los dispositivos propios del paradigma ambientalista-causalista, ya sean de corte histórico-social o psicologistas, de

orientación cualitativa o cuantitativa, nos resultan un tanto ajenos, artificiosos, secundarios.

### **La fábrica del caso**

Abordamos al sujeto a partir del dispositivo analítico que ha sido denominado “*fábrica del caso*” (Cancina)<sup>326</sup>, para abordar **lo singular** en el sujeto, distinguiéndolo de las aproximaciones metodológicas de otras disciplinas - psicológicas y sociales-, pues lo que nos interesa esencialmente es eso singular en la *pereversion*: el modo “sintomático” respecto de las “versiones del padre”, de los *nombres del padre*, pues lo que tenemos son sus distintos nombres, no solo Uno que lo represente. La versión de cada uno.

Más no en el sentido psicoanalítico propiamente dicho, debemos recordarlo una vez más, en la medida en que no investigamos los efectos clínicos estructurales de la *pereversion* sobre los hijos. Dicha intención correspondería más bien a la *cura*, con la temporalidad y las lógicas que la constituyen.

Decimos “fábrica del caso” en el sentido de una labor, de “hacer a mano”, de hacer oficio de análisis de un “caso”<sup>327</sup>, uno por uno, como un “saber – hacer”, que parte de un *saber textual*, a partir del sujeto, y de un *saber referencial* que nos proporciona el discurso y la propia práctica analítica. Se trata de pensar el “caso” desde lo *real* en el sentido de Lacan, pues ahí nunca deja de presentarse lo imposible de abordar que se hace presente en lo que cada uno tiene de fragmentario, necesariamente puntuado<sup>328</sup>, en tanto “*no-todo*”, pues el hecho de hablar es un “decir a medias” (Lacan).

---

<sup>326</sup> Cancina, P., La fábrica del caso, *locus. Cit.*

<sup>327</sup> Un poco más adelante comentaremos lo que entendemos por “caso”.

<sup>328</sup> Cancina, *ibíd...*

Caso que como dice Pura Cancina es necesariamente fragmentario, puntuado. Lejos de ese imaginario de completud que cree poder reducir al sujeto, atraparlo, pues de lo real no tenemos sino retazos, pedazos, restos, que lo simbólico puede a-penas avizorar.

Es también a partir de hacer nuestro el planteo de “hacer una experiencia con el habla” (Heidegger), llevado al campo del dispositivo en tanto tiene que ver con la enunciación, el habla del sujeto. Y no pensamos lo anterior sólo en términos de la experiencia del ser hablante en su propia experiencia del habla, sino de padecer la experiencia del habla del sujeto sobre nosotros en tanto interpelados por su *decir* en la experiencia del quehacer investigativo que no puede abstraerse de esa experiencia del habla del otro. Nos encontramos sumergidos en tanto sujetos en la experiencia del habla que no puede separarse de la experiencia del habla por parte del sujeto en el campo de la investigación. Porque el otro, en tanto sujeto, no es un “objeto” en el sentido empirista o positivista. Es un sujeto que habla, y eso “lo echa todo a perder” (Heidegger). Ambos son sujetos que hablan desde el *fantasma* que el lenguaje vela, por más que el dispositivo de investigación lo quiera eliminar. Por más que el “dispositivismo”<sup>329</sup> pretenda negarlo. No existe tal separación entre un supuesto “sujeto” y el “objeto” de la investigación, por más que se tomen todas las precauciones metodológicas al respecto.

Y aunque Heidegger afirme que, “Pero la información científica y filosófica sobre el habla es una cosa, y otra, una experiencia que hagamos con el habla”, cosa con la que estamos de acuerdo, si la pensamos desde Freud, esa experiencia acerca del *Decir*, sea en el dispositivo analítico o el investigativo, no puede escapar a ese padecer la experiencia, tanto del lado del sujeto como del investigador. Ya G. Devereaux escribió en su momento: “De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento”<sup>330</sup>, para ejemplificar muy bien esa condición del padecer en la investigación: la angustia.

---

<sup>329</sup> Perdonando el neologismo, se nos ocurre el término de “dispositivismo”, como esa tendencia del positivismo a aferrarse al “Método” con mayúscula.

<sup>330</sup> Devereaux, G., *De la ansiedad al método a las ciencias del comportamiento*, México, Siglo XXI, 1987.

Más que quedar supeditados al “Método” -con mayúscula- en su acepción de procedimiento estandarizado, “para todos”, proponemos una “fabricación del caso” en el sentido artesanal de darle o extraer del “objeto” su sello personal, único. Como no dijo uno de los hombres entrevistados, que se dedica a la creación restauración de muebles -curaduría, carpintería, etc.- y otros tantos oficios además de pianista y melómano: “trato de respetar el objeto, no de darle un acabado que no va con él”. Lo mismo nos dijo una mujer que se dedica a las artes plásticas.

### **El *Approach* en ciencias sociales**

Si hubiera que ubicar nuestra aproximación en alguna filiación metodológica, tendríamos que decir que, estrictamente hablando, no pertenece a ninguna de los tipos de métodos y técnicas de las ciencias sociales en general (sociología, lingüística, psicología social, etc.). No se ubica en alguna en particular porque no encuadra punto por punto pues está configurada *sui generis*, adaptada al “objeto” que nos propusimos. Es una aproximación “impura” para aprovechar la expresión de Dosse. En todo caso, emparenta con lo que se ha dado en llamar *approach*. Y, apegándonos a las posibilidades que nos brinda el discurso psicoanalítico: a una “fabricación del caso” (Cancina) o “fabricación sujeto” (Le Gaufey), Preferimos la opción de “*approach*” a la de método, como *aproximación*, que Madeleine Grawitz describe así:

“en sentido figurado, hace relación a un método intelectual. No comprende las etapas sistematizadas y visibles de la técnica, ni el mismo rigor que la noción de método. Es sobre todo una actitud que supone sutileza y prudencia, y que está caracterizado por una actitud de gran vigilancia y respeto por el hecho u objeto [...] pues bien, en esto consiste el enfoque y por ello se hablará fácilmente de enfoque clínico, porque se trata de una forma de ser y de observar caracterizada por una actitud mental más que por etapas rígidas, como es frecuente en el método experimental. El *aproche* es el método y la técnica en “punteado”, no empleados en dosis

masivas, sino sublimados y utilizados en dosis homeopáticas, para el estudio de objetos frágiles y de reacciones imprevisibles”.<sup>331</sup>

En efecto, la “fábrica del caso” es más un *approach* que un método de investigación social tal cual. Es una “disposición” a permanecer abierto, a la búsqueda, a la sorpresa, a la espera del *significante*. Incluso como lo sugiere el *approfondir*: aproximación y profundización en un solo acto.

Fabricar el “caso por caso” en tanto se trata de lo que hay de singular en el sujeto. Dice Pura Cancina:

“¿Cómo dar a la elaboración un estatuto riguroso, cómo, en el trabajo a partir de un caso, lograr niveles de formalización que hagan avanzar y superen el registro de lo opinable? Pienso que hay que trabajarla de otra manera, con un referente textual. La fábrica exige una tarea de elaboración más rigurosa [...] La fábrica de casos es un dispositivo. Un dispositivo es una convención que dispone simbólicamente lugares y funciones, como así también tiempos en los que estos lugares y estas funciones se despliegan a los fines de que algo se produzca”.<sup>332</sup>

*Approach*, como modo de acercarse al sujeto propiciando las condiciones subjetivas para que emerja su *palabra*. Palabra pegada al *decir*. “Fábrica del caso” como modo de producir saber, teniendo en cuenta lo que Saettele destaca respecto de la “escritura de casos” en Freud: *historia del enfermo, historia del tratamiento e historia de la teoría*. Escritura del caso como un “[...] modo de escritura [...] una densidad de letra que se pueda oponer al uso de la letra por la civilización de la ciencia” (Laurent).

---

<sup>331</sup> Grawitz, M., *Métodos y técnicas de las Ciencias Sociales.*, Vol. I. Barcelona, Hispano Europea, 1975, p. 292.

<sup>332</sup> Cancina, *Entrevista*, op. cit.

Aproximación y escritura de lo singular, de lo real en el sujeto. Más allá de las “reglas del “método” del discurso de la ciencia. En esta dirección podemos hacer nuestras las críticas de Bourdieu al “catecismo metodológico” y a los “sumos sacerdotes del método”: que “disocian el método o la teoría respecto de las operaciones de investigación, cuando no disocian la teoría del método o la teoría de la teoría”.<sup>333</sup>

Esta concepción de la aproximación al sujeto permite establecer la congruencia necesaria entre “método” y “objeto” que se busca, porque es un acercamiento que no deja fuera aquello que es “real-esencial” en el sujeto. En la medida en que es una “disposición intelectual” abierta y sensible no cierra la posibilidad a la emergencia, a la mostración.

Pues como afirma Marotta, “nuestra época busca realizar el “asesinato de lo singular”<sup>334</sup>, reduciendo al sujeto al “para todos” de la lógica. Eric Laurent también plantea sobre esto:

"A partir del momento en que una civilización define al ser, a partir del ser como valor de una función, efectivamente se puede hacer variar este valor, se lo puede considerar sin ninguna cualidad, sólo considerarlo a partir de la serie de valores de la función. A partir de esto se entra en la posibilidad de reducir la existencia a una serie estadística. La vida, lo único de la vida de uno, se encuentra reducido, en este proceso, a entrar en esas series estadísticas [...] Es el juego delirante de la civilización [en términos de Foucault la biopolítica], y Lacan trata, frente a la reducción del ser a una escritura matemática de la función, de inventar una escritura irreductible a todo uso posible en esta perspectiva de la serie estadística del para todos".

<sup>335</sup>

---

<sup>333</sup> Bourdieu, P., *El oficio de sociólogo*, España, Siglo XXI, 1988, p. 12.

<sup>334</sup> Ver: Marotta, M. “Violencia”. En: *Scilicet. El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?*, Buenos Aires, EOL - Ediciones Grama, 2012, pp. 360-363.

<sup>335</sup> Laurent, E. Intervención, op. cit. p. 40.

Es por eso una búsqueda de lo singular a través del síntoma *-sinthome*. Como afirma Jacques-Alain Miller: “Yo busco el buen uso del *sinthome* [...] en la medida en que este es, según la definición de Lacan, lo *que hay de singular* en cada individuo”<sup>336</sup>, partiendo del “texto”, del *saber textual* del sujeto para arribar llegado el caso a niveles cada vez más amplios de formalización. El *sinthome* es singular porque hay una remisión inevitable al cuerpo. Y esto es esencial, no es retórica porque no tratamos con un sujeto abstracto. Es un *sujeto al goce* del cuerpo, al goce del síntoma en tanto real que no se puede eliminar, como una suerte de imposible. Por eso el neologismo de *sinthome* que se presta a diversas significaciones donde el goce es algo que habita y en el que se habita: “*sinthome*”: “casa del síntoma”, “casa del deseo”, “casa del sentido”, ¡casa del “pecado! (sin-home), “deseo de Thome!, deseo del santo tomás, “deseo-santo”. O bien, “síntoma-hogar”. Y entonces ya: “deseo-casa”, “deseo-hombre”, “deseo-cuerpo”, “pecado-cuerpo”.<sup>337</sup> Verdaderamente “Joyciano”. Vaya poder metafórico del lenguaje que se presta a todo, incluso a neologismos, barbarismos, y a expresiones propias del habla en la psicosis. Por eso “Joyce es el síntoma”, el *sinthome*, como afirma Jacques Alain Miller y Lacan pudo identificar.

En el texto: “Lo singular, lo particular, lo general”, Cancina afirma que “el síntoma es singular y que encierra un sentido, pero su sentido podrá ser hallado en la trama con la que fue gestado. Lo que Freud llamaba <<el vivenciar del paciente>><sup>338</sup>. Esto puede llevar en un momento dado a la posibilidad de la construcción del caso, de una escritura de casos, pensado en su costado teórico y por tanto abierto a una mayor formalización. Y esto no es una contradicción con lo

---

<sup>336</sup> Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, Argentina, Paidós, 2011, p. 97.

<sup>337</sup> Como se señala en un testimonio donde la persona refiere que cuando era adolescente jugaba “a desmayarse”, que consistía en cortar la respiración mediante un suave ahorcamiento hasta alcanzar un punto en que sobrevinía un breve desmayo. Esta sensación corporal y el estado mental que la acompaña los reproduciría después para incrementar hasta el límite el goce durante la “relación” sexual. Este estado lo tiene asociado hoy a diversos tipos de experiencias placenteras pero en particular a la experiencia del cojer donde hay un “placer preliminar” causado por la expectativa, la subida de la tensión, etc.

<sup>338</sup> Cancina, P., *La investigación en psicoanálisis*, Argentina, Homo Sapiens, 2008, p.130.

anterior. Si bien hay un sentido singular en los síntomas también hay los “*síntomas típicos*” (Freud). Si por un lado los síntomas en singular pueden ser remitidos a ese *vivenciar del sujeto*, por otro, los síntomas típicos pueden ser referidos al “*vivenciar típico común a todos los hombres*” (Freud). Pero ello no se equipara al “para todos”. No se trata de la generalización ni de la deducción puras a partir de una categoría o ley abstracta, pues no implica que los sujetos singulares puedan ser reducidos desde la estructura teórica como lo hace el discurso médico-psiquiátrico, psicopatológico. Citando a Freud la autora escribe sobre los “síntomas típicos”: “en todos los casos son más o menos semejantes, sus diferencias individuales desaparecen o al menos se reducen tanto que resulta difícil conectarlos con el vivenciar individual y referirlos a unas situaciones vivenciadas singulares”. Pero continúa: “Entonces es posible reconducir lo típico a un vivenciar también típico”.

Se trata de la lógica de lo particular no de la del “para todos” pues no se persigue simplemente subsumir al sujeto en la estructura teórica y deducir desde allí todo lo que le sucede sino, otra vez, reiniciar el proceso de abstracción, pues como el mismo Freud plantea: “también es posible explicar lo típico al reconducirlo a lo que sería lo propio, lo que la misma enfermedad impone como su arquitectura” (Cancina).

En ese sentido, también la cuestión del diagnóstico se somete a dichas premisas. Pero el diagnóstico clínico parece ser más un mero requisito burocrático que un interés genuino en lo propio del síntoma.<sup>339</sup>

Ahora desde Lacan en la “Introducción a la edición alemana de los escritos” que la autora cita: “La cuestión comienza en el hecho de que hay tipos de síntomas, es decir nudos, que hay una clínica que es de antes del discurso psicoanalítico

---

<sup>339</sup> Hay un chiste que alude a esto: “¿en qué se parecen el doctor y el veterinario?: en que ambos tratan a sus pacientes como animales”



porque Freud la heredó. Ahora, el análisis, el discurso, la idea del síntoma como nudo ¿arroja alguna luz a la clínica de antes?".<sup>340</sup>

Es lo que Lacan trabaja a partir de los Seminarios *RSI* y *Sinthome* y que luego se llamará "clínica del *sinthome*", donde el anudamiento es singular y en donde el cuarto redondel, es una manera propia a través de la cual se "aprieta". A este respecto, en su texto "Anudamiento-Lazo-Sinthome", Manuel Zlotnik comenta:

"[...] los tres registros se anudan en el hombre, pero, dice Lacan, son distintos y parecería que ese hecho es lo que indica que sólo con los tres no alcanza, o que los tres solos por estar superpuestos [como Lacan planteaba en el Seminario RSI] no se pueden anudar, es necesaria la perversión, como cuarto y *sinthome* [...] ya nos indica que el *sinthome*, en tanto cuarto redondel de cuerda que anuda a los otros tres que estarían superpuestos, es el padre".<sup>341</sup>

Esto es fundamental no sólo para una teoría del sujeto sino para el campo de la investigación social porque la manera de concebirlo tiene implicaciones sobre su manera de abordarlo. Si el sujeto es pensado como "objeto", "hecho", "materia" o "pasta" social se incurre en manejos que no darán en aquello que es consustancial a él: el sufrimiento en lo real del síntoma y el goce. Para Freud y Lacan lo central no gira en torno de sostener la prioridad ontológica de una propiedad común, esencia o "naturaleza". Se trata del "gocce del goce" (Levinas), de cómo cada uno goza su "gocce", lo cual impide reducirlo a fórmulas. Es lo real del goce como un imposible de eliminar de toda concepción apriorística de lo racional o lo moral: Descartes con Kant.

---

<sup>340</sup> Cancina, La investigación en psicoanálisis, op. cit. pp. 132 - 133.

<sup>341</sup> Zlotnik, M., "Anudamiento Lazo Sinthome", En: *Coloquio-Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan El sinthome*, Buenos Aires, EOL – Grama, 2007, p. 21.

### ***Nominación y nombre propio***

No podemos dejar de hacer referencia a la problemática de la *nominación* y del *nombre propio*, en tanto aluden a la constitución del sujeto en su singularidad. Pero veamos en qué sentido nos implican en el abordaje del problema. Nos referimos a la confluencia e imbricación de la *identificación*, la *nominación* y el *nombre propio* pues desde allí el sujeto es apelado, convocado para responder.

Diremos en principio, y esto es central, que el nombre propio en tanto *significante*, esto es, como todo significante, es un significante vacío, un significante neutral que no significa nada en sí mismo, que no tiene significado sino en tanto remite a otros significantes que le asignan valor, sentido, significación. El nombre propio no significa nada de por sí, y eso es ya opuesto a lo que se cree comúnmente pues se le atribuyen referencias y connotaciones que no van de suyo. Con dicho significante no se entrega una *palabra* en sentido estricto, aunque el imaginario pretenda designar “algo” con él. Hay una suerte de “ilusión de designación”. Aunque el nombre propio alude a nuestro cuerpo y un lugar en la filiación, no predica ni revela nuestra identidad, nuestra “intimidad”. El nombre demuestra que el sujeto entra al mundo de lenguaje que lo antecede y al que se supedita, porque aunque no signifique nada en sí mismo ni respecto del sujeto, el sujeto está representado por el lenguaje y supeditado a él, más allá de él mismo. El nombre propio ¡viene del Otro! Viene asignado por el sentido, el deseo del Otro y respecto de lo cual el sujeto quedó separado aunque lo habite sin saberlo. Hay un enigma en ello. Queda un agujero que con el nombre se pretende saturar.

El sujeto queda elidido de su nombre, en tanto sujeto del inconsciente. Queda dividido respecto del significante que lo representa como sujeto del inconsciente. “El nombre hace rasgo, y como tal llena un vacío para un significante por siempre ausente del campo del Otro”<sup>342</sup>.

---

<sup>342</sup> “Nombre propio”. En: *Diccionario de Psicoanálisis*. www. Tu Analista.com.

El nombre llama a hablar, a responder, de sí. El S1, el significante “Uno”, el “significante amo”, no dice nada en sí mismo, está incluso elidido y es ignorado por el sujeto. Se requiere del discurso, del saber, del inconsciente, del Otro, del S2, para que eso tenga sentido. Es la alienación del sujeto respecto del significante que lo divide. El sujeto está suspendido, entre el S1 y el S2, en “fading”. Sería de una gran ingenuidad, una verdadera tautología pensar que “un nombre se refiere a un objeto porque este objeto se llama así”, como creyó cierta filosofía. Se trata de un significante sin significado. Aun cuando el sujeto sepa o crea saber algo acerca de su nombre, del origen de su nombre, de las razones por las cuales sus padres lo bautizaron con ese nombre, dicho significante no predica nada en tanto se requiere justo del S2, del saber del Otro, de las novelas de sus padres, etc., para empezar a saber algo.<sup>343</sup>

Por otra parte, el “S1”, como “significante amo”, no se reduce al nombre propio porque el S1 está lleno de sentidos que habitan y constituyen al sujeto y de lo cual el propio sujeto queda separado. El nombre propio incluso taponar ese hueco dejado por el S1 ausente y constituye al sujeto como sujeto del inconsciente. Así, el nombre propio puede llegar a ser confundido con el S1 pero no lo agota. El nombre propio es un “emblema imaginario”, un anudamiento dominante de lo imaginario a los otros registros: simbólico y real, porque encierra una supuesta significación intrínseca que se pretende encontrar en los diccionarios de nombres, las heráldicas y otras fuentes.<sup>344</sup> Como decía atinadamente y no sin humor Julio

---

<sup>343</sup> Como el caso de una mujer que se llamaba “Brocholina” (sic), que contaba que sus padres la llamaron así porque cuando eran novios les gustaba ir a cenar a un restaurant italiano donde se servía un platillo que se llamaba tal cual: “brocholinás”. Pero entonces, ¿eso qué? ¿Qué predica eso del sujeto más allá de saber que sus padres se amaban y que ella representa en cierto sentido el amor que ellos sentían? Bueno, claro, eso es ya bastante en la constitución del sujeto, pero las articulaciones en términos del S2 no resultan evidentes para el sujeto.

<sup>344</sup> Véase por ejemplo: Gutierre Tibón, *Diccionario Etimológico Comparado de los Apellidos Españoles, Hispanoamericanos y Filipinos*, México, CFE, 1992.

Haro en “No me hallo”: “Me he buscado en el diccionario, en el directorio telefónico, en la filosofía oriental y no me hallo... no me hallo...”<sup>345</sup>

Como afirma Eric Laurent en su texto: “Síntoma y nombre propio”:

“la nominación revela una dimensión que no sólo es distinta de la significación; además, la misma no la cruza y, no se reduce a ello en ningún caso. En la medida que la nominación hace aparecer un verdadero vacío de descripción, hace un verdadero agujero en la dimensión del sentido” Y más adelante: “Los nombres hacen agujero en el sentido y lo abrochan al mismo tiempo”.<sup>346</sup>

Hay algo “en el nombre propio que requiere siempre un complemento” dice J. Alain Miller. No se puede entender sino a partir del S2, del saber, del discurso del Otro, del Inconsciente como discurso del Otro.<sup>347</sup>

Si esas propuestas son importantes en las lógicas de su competencia, desde una lectura psicoanalítica resultan menos consistentes en tanto remiten en última instancia a “un” objeto que en este caso sería el sujeto que soportaría tal denotación. Y, si pensamos con Lacan que el sujeto es lo que un significante representa para otro significante, tal concepción de sujeto no se sostiene. No hay tal “fantasma de adecuación” al objeto, sostiene Harari. No hay adecuación del significante al objeto, del intelecto a la cosa. No hay saturación de lo simbólico sobre lo real. Es el agujero de lo simbólico en lo real que el nombre pretende llenar. El nombre es un semblante. Pretende saturar la falta de relación con el objeto pues no hay relación plena con el objeto. Pura compensación imaginaria.

---

<sup>345</sup> Haro, J., *No me hallo*, Discos Pentagrama, México, 1988. O como nos dijo no sin un humor un joven aficionado al consumo de marihuana: “¿Que qué onda, cuál onda?, ninguna onda, llevo veinte años buscándome y no sé qué onda”.

<sup>346</sup> Laurent, E., *Síntoma y Nominación*, Argentina, Colección Diva, Edigraf, 2002, pág. 21.

<sup>347</sup> Sobre la polémica del descriptivismo y el antidescriptivismo sólo podemos por ahora remitir al texto de E. Laurent recién citado.

En todo caso pura nominación imaginaria. Enfatiza Harari: “Refutamos, entonces la idea de que el nombre propio es una palabra para lo particular, por cuanto dicha hipótesis resulta ser un fantasma desiderativo, con el consiguiente “goce sígnico pegajoso”, apartamos también, por improcedente, su definición en orden a la arbitrariedad, porque, como dijimos ya, esta comporta un trazo localizable en cualquier significante”.<sup>348</sup>

Siguiendo a Lacan, Eric Laurent destaca varios aspectos esenciales en torno al nombre propio: es intraducible, no apto para la traducción: es una palabra, no es un significante como los demás, no hay remisión necesariamente a otro significante.<sup>349</sup> Los nombres propios tienen un funcionamiento basado en el uso de un criterio propio de ese ámbito, lo cual no lo hace digno de ser considerado un significante en el pleno sentido del término.

Y finalmente, según J.-A. Miller, el nombre propio comparte armas con el s(A), con el significante que representa al Otro, como significante del Otro, significante del Otro no tachado, completo. El nombre propio, en lo imaginario, parece remitir a una especie de completud, a decirlo todo de él, a representarlo, a sentirse plenamente identificado a él, a ser eso. Pero además, a sentirse completo en el significante. Pero en última instancia, lo que realmente queda es la falta de un significante que lo represente totalmente.

Hay una analogía entre el nombre y el s(A) en términos de que el significante del Otro se presenta como un significante pleno. Pero, el Otro se encuentra realmente en falta: s(Å). El Otro pleno no existe. No hay un significante que lo represente. En ese sentido el nombre propio es presentado como queriendo dar cuenta de la identidad del sujeto: s(A). Pero el sujeto está dividido, eclipsado por el significante, sin identidad plena, en falta.

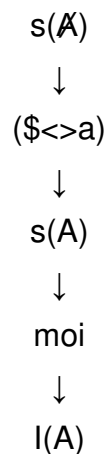
---

<sup>348</sup> Harari, R., ¿Qué sucede en el acto analítico?, Argentina, Lugar Editorial, 2000, pág. 94.

<sup>349</sup> Subrayado nuestro.

Lo real de su goce lo singulariza, no el nombre. Su modo de articular su goce. En ese sentido lo “desidentifica”, si se nos permite la expresión, desmiente al sujeto en su supuesta identidad al nombre y consigo mismo.

Jacques-Alain Miller nos recuerda que incluso la identificación del sujeto es mucho más compleja que pensarla sólo desde el rasgo unario  $S_1$ , puesto que ya en el Grafo del deseo de Lacan, puede observarse que parte una línea que viene desde el “Otro tachado”, el Otro en falta:  $S(\mathcal{A})$ , atravesando por el *fantasma*, la interferencia con el significado:  $S(A)$ , luego por el yo (moi):  $m$ ; y finalmente llegando a la identificación como Ideal del yo: que en el matema implica identificación al Otro  $I(A)$  <sup>350</sup>



Es decir, hay una serie de filtros, incluido ahí el *fantasma*, el *objeto a*, la supuesta plenitud del Otro, el *yo imaginario*, que impiden concebir y pensar al sujeto en su supuesta “identidad”, como idéntico a sí mismo, como lo ha creído todo el saber sobre el sujeto.

---

<sup>350</sup> Lado izquierdo del Grafo del deseo de Lacan. Véase aquí, p. 109.

### ***Nominación y sinthome***

La nominación en Lacan se ubica en un primer momento en torno al Nombre-del-Padre y cómo a partir de él podría fijarse “de una vez y para siempre la sexuación” y, en un segundo momento a partir de *El Sinthome* en que se plantea que “no existe un punto de capitón unívoco de lo simbólico (y particularmente el significante amo) sobre lo real”<sup>351</sup>. Es decir, hay un desplazamiento de la función simbólica del significante Nombre-del-Padre como una suerte de potencia capaz de dar cuenta de lo real y la sexuación, a lo simbólico como insuficiente para dar cuenta de ello pues hay una equivocidad que lo habita.

¿Qué quiere decir esto? Es una pregunta que la misma G. Morel se hace. Es una polémica en torno a la nominación que va del Nombre-del-Padre a la del padre que nombra, que no es lo mismo. Es decir el padre con nombre y del padre que nombra. Esta situación es necesaria para nuestra discusión pues alude por un lado a la imposible eficacia del Nombre-del-Padre en torno al goce y al discurso materno; y por otro, frente a lo real del goce que allí se gesta o puede gestarse en el propio sujeto y lo singulariza, a partir de lo cual lo que se arma o puede armarse en el mejor de los casos el *sinthome*. Ello significa que el síntoma o en su caso el *sinthome* es una "salida" relativa frente a los significantes equívocos que vienen del goce y el discurso materno, de su ley caprichosa y frente al cual el Nombre-del-Padre es *no-todo*. Lo que el sujeto arma en el mejor de los casos a partir de la intervención paterna, es un síntoma que lo separa del goce materno. De lo contrario, el sujeto quedaría atrapado, por ejemplo, en el terror del enclaustramiento de la cual muchas fobias dan cuenta en el fondo; de la angustia de la madre, de sus demandas excesivas, de su volubilidad, su locura, en su servidumbre, en la ambigüedad sexual y en otros síntomas no menos costosos para el sujeto.<sup>352</sup>

---

<sup>351</sup> Morel, G. La ley de la madre, op. cit., p. 226.

<sup>352</sup> Hemos citado el ejemplo de un hombre, casado, con 2 hijos adolescentes, divorciado, que vivió con su madre desde muy joven porque el padre los abandonó. Este hombre se casó con una mujer controladora que ha acaparado y coaptado a los hijos después del divorcio en una especie de secuestro psicológico. Todo esto le

Como Lacan planteó desde el *Seminario Los nombres del padre* -inconcluso-, no hay “El” Nombre-del-Padre, sino los *nombres*. En este caso se jugó un *nombre* “común” del padre, un padre “simulado”, “pifiado”, no el “Nombre” sino incluso un “no-hombre” (“n’ombre” si se nos permite esa escritura) en sentido “literal”, no metafórico, como aquél en el que muchos consideran que se encuentra el discurso psicoanalítico. Lacan mismo abordó este problema cuando reflexionó sobre si el psicoanálisis es mito, poesía o un saber que se ha ganado su propio lugar como tal más allá de un discurso del semblante.

Y allí la cuestión de la nominación en tanto se trata de qué nombre del padre se trata y qué nombre transmite al hijo quien habrá de jugar sus insignias llegado el momento, como pueda, claro. Los nombres del padre, son el repuesto sintomático frente a la falta de nominación por parte del Nombre-del-Padre. Dice Morel:

"En efecto, la “elección” del sexo se encuentra en un nivel más fundamental que el Nombre-del-Padre y de la significación fálica, en donde acontece una decisión inconsciente causada por un encuentro contingente del sujeto con lo real [...] En lugar de la nominación unívoca por el Nombre-del-Padre, hemos sido llevados en *El Sinthome* hacia una nominación equívoca por los significantes, a menudo retenidos en el discurso materno, que yo he llamado “equívocos impuestos”.<sup>353</sup>

Y la siguiente cita nos muestra de manera contundente la función del síntoma como formación surgida frente al goce materno, a su ley, a sus equívocos, además, el *sinthome* como una estructura entre lo universal y lo singular, universal en tanto que representa el drama del sujeto frente al lenguaje y singular en la

---

provoca alguien de todo ese cuadro familiar le muestra alguna diferencias, este hombre entra en un gran un desasosiego que le hace sentir desamparo, “que no sabe de dónde le viene”. El síntoma de este hombre es tener que sentirse acompañado no importa lo que el otro le demande y le genere, pues de lo contrario siente que el “mundo” se le viene encima, “que su novela no deja de dar tropezones”, dice.

<sup>353</sup> Morel, *Ibid*, p. 228.



medida en que es una invención respecto de su relación al Otro. La autora escribe:

"[...] el niño debe necesariamente separarse de su madre para sobrevivir psíquicamente. Pero esta sustracción a la "ley de la madre" no se realiza siempre bajo el modelo del Edipo freudiano. En ciertos casos de psicosis pero también de neurosis, un síntoma es el agente de esta separación y se emparenta con lo que Lacan, reviniendo a los primeros años de su enseñanza sobre su teoría del Nombre del padre de 1958, llamó el *sinthome* [...] el síntoma es un saber-hacer con la repetición; constituye una respuesta a la nominación equívoca del goce del niño por parte de la madre; funciona como separación; implica la reinención de una nueva relación al Otro; es finalmente, una creación [...] Por lo demás, el *sinthome* lacaniano es una estructura que se sitúa en el cruce de lo universal y de lo singular. Por una parte, es universal en la medida en que todo ser hablante acusa recepción de su encuentro traumático con el lenguaje, produciendo un síntoma que envuelve su goce y su sufrimiento. De éste síntoma él podrá, con algunos aportes suplementarios, hacer su *sinthome*, de modo que no existe sujeto sin *sinthome* potencial. Por otra parte el *sinthome* es singular porque su forma es tributaria".<sup>354</sup>

Llama la atención la "nominación equívoca" de la madre, sus "equivocos impuestos", sus calificativos a diestra y siniestra en sus desplantes de ira, sus parloteos.

Las cuestiones sobre la nominación que hemos querido incluir aquí, nos permiten centrar que la "identidad" del sujeto es un concepto vacío (en diversas disciplinas). Ni hay tal totalidad que pareciera contenerse en el término, ni ninguna igualdad consigo mismo pues todo el edificio freudiano da cuenta de ello, ni ninguna especie de esencia que pudiese caracterizarlo. Hay que partir de la dupla S1 y S2 donde éste último da cuenta de los enjambres allí implicados.

---

<sup>354</sup> Ibid, pp. 12 – 13.

Pero también la cuestión de la nominación desde el discurso psicoanalítico que a partir de Lacan se plantea, permite visualizar que los dispositivos etnográficos, biográficos, narratológicos, entre otros, no alcanzan para pensar la complejidad identitaria del sujeto. No permiten abordar las *formaciones del inconsciente* en el sentido freudiano, ni el *fantasma* ( $\$ < > a$ ) propuesto por Lacan. Esto es, dar cuenta de la estructura sintomática compleja que se "refleja" en el enunciado obtenido a través de dichos dispositivos. La enunciación contenida en los enunciados dista de atraparse mediante abordajes generalistas, cuanto y más si están enfocados a dar cuenta de las condiciones socio-históricas o existenciales bajo las cuales existe la familia y el sujeto.

Nuestro abordaje tampoco es totalizante, ni pretende serlo, es del orden de lo parcial. No intentamos dar cuenta de la identidad, la personalidad, la biografía, la historia del sujeto, etc. Pero los significantes paternos y maternos dan pistas para pensar al sujeto, para dar cuenta de su goce. De su concatenación sintomática, gozante. De la relación a la *pereversion*. No de la relación total en la familia, de las prácticas y hábitos. El interés no era biográfico o clínico.

### **Lo singular: la extimidad**

El concepto de *extimidad* de Lacan y que J. A. Miller desarrolla, es un modo de aproximarse a lo singular con el que se busca dar cuenta de esa juntura de lo "externo" y lo "interno", de lo íntimo y lo público, de ese giro que muestran las figuras topológicas donde una dimensión se transforma en la otra por continuidad, pero que pasa desapercibida porque pasa por debajo, por el lado no visible.



Permítasenos una cita del texto “Extimidad” de Jacques-Alain Miller para ilustrar esta inextricabilidad del sujeto y el Otro:

"Hay una dificultad para situar, para estructurar e incluso para aceptar la extimidad. Se preferiría extirparla. Y sin embargo es preciso establecer una estructura de lo éxtimo que intente demostrar que este es pensable, construible, como lo más próximo, lo más interior sin dejar de ser exterior. Cómo demostrar esta estructura es lo que exige el concepto de inconsciente en Freud, resulta pues legítimo hablar de extimidad del inconsciente. A Lacan esto es lo que lo lleva a plantear al Otro como éxtimo, lo éxtimo del hombre [...] Es la época en que hace del inconsciente el discurso del Otro. Si les leo la página entenderán cómo se ubica legítimamente en este registro. “Cuál es, pues, ese otro con el cual estoy más ligado que conmigo mismo, puesto que en el seno más asentido de mi identidad conmigo mismo es él quien me agita”. Con la expresión el *Otro* –lo que se puede tratar como inconsciente, incluso como la intimación del superyó organizador de los síntomas-, ahora podemos decir que todo esto incumbe a la extimidad. Esta expresión remite a ese texto de Lacan donde él habla de *la excentricidad radical de uno consigo mismo* en el hombre o, más adelante, de la *heteronimia radical*. Con este adjetivo radical apunta a que uno no se confunda respecto de esta excentricidad ni sobre esta heteronimia, y que no se trataría en absoluto de que el sujeto estaría gobernado desde el exterior por lo que sea, que estaría comandado desde el exterior, y de este modo sería heterónimo. Si Lacan habla de heteronimia radical es porque intenta hacer entender que [...] el sujeto –y aquí está la paradoja- es gobernado desde el interior mismo. No está comandado desde el exterior, está gobernado desde el interior, y evidentemente echa por tierra la distribución que puede hacerse entre el interior y el exterior". <sup>355</sup>

---

<sup>355</sup> Miller, *Extimidad*, Argentina, Paidós, 2010, pp. 17 – 18. He aquí una vez más otro intento del psicoanálisis para “no callar”, como sí parecía postularlo Wittgenstein ante lo que parece inefable, lo que no se puede decir como en el caso de “lo individual”, que resulta caro a los abordajes “duros” en el campo de la

Esta paradoja como la llama Miller, no debe confundirnos. Es desde el interior porque el Otro ha sido transformado en un íntimo, como lo más próximo, lo más profundo y a la vez lo más ajeno. Un ejemplo contundente es precisamente el padre, o si se quiere ambos padres. En el niño inicialmente hay un proceso de incorporación como plantea Freud. Subrayemos: *in-corporación*: se hace de ellos cuerpo, se los traga. Se incorpora la voz del Otro, la imagen, la mirada, la ley, etc. De modo radical, aunque el cuerpo nos pertenece, viene del Otro pues el Otro nos lo hereda, lo cuida, etc. Es el Otro del cuerpo y en el cuerpo. El Otro hecho cuerpo en el *objeto a minúscula* como en el objeto *a* - voz mediante el que se establece una relación fantasmática al Otro. Es el *a-voz* como superyó que sigue actuando pues se instituyó una estructura matricial en relación al Otro. Es eso más próximo e íntimo que me resulta ajeno, extraño, la transmisión del síntoma de los padres.

La *Cosa* freudiana como “potencia auxiliadora”, la madre, léase el Otro, es lo más familiar y al mismo tiempo lo más ajeno. En lo familiar está lo “Unheimlich”: lo no familiar, lo ominoso, lo extraño, etc. Continuemos con la cita:

"El descubrimiento del inconsciente y, al menos, la invención del psicoanálisis obligan a una topología. Captarán esto de inmediato. No es una extravagancia. El descubrimiento del inconsciente obliga a una topología que permite situar, de acuerdo con los datos de la experiencia, lo que fluctúa con los nombres *interior* y *exterior* [...] ¿Qué es lo éxtimo? Como dije, el inconsciente. Fue incluso esto, esta opacidad del objeto que a sus ojos constituía el inconsciente, lo que resultó impensable para los filósofos del linaje cartesiano. Por eso las críticas cuando Lacan comienza su enseñanza [Pero Freud ya lo había demostrado], esas críticas sobre la objetivación [del otro]. [...] ¿Éxtimo? Éxtimo es, en primer lugar, el Otro del significante, éxtimo al sujeto, aunque más no sea porque la lengua mía, en la que expreso mi intimidad, es la del Otro".<sup>356</sup>

---

reflexión social. Inclusive podemos también referirnos al *otro* con minúsculas, el semejante, que también nos resulta, próximo y éxtimo. “El infierno no está afuera”, parafraseando la célebre aseveración.

<sup>356</sup> Miller, op. cit. pp. 18 – 21.

La “topología del sujeto” no es una exquisitez o una extravagancia de erudición de Lacan. Es una “*mostración*”<sup>357</sup>, una “topología intuitiva”, “no una demostración” de esas encarnaduras del Otro, de esas líneas virtuales que nos atraviesan, de esas inervaduras e invaginaciones, de esos “rayos” que se interpenetran en la estructura del sujeto respecto del Otro, y que ni el escalpelo más fino ni el rayo láser terminan de separar, distinguir o agotar, sin que la estructura coalescente resulte también afectada, trozada, etc.

Otra de las dimensiones en que se puede hacer poner a flote lo singular es a través del anudamiento sintomático del *nudo borromeo*, pues el *sinthome* es “lo que hay de singular”, lo que “amarra” las dimensiones Real-Simbólico-Imaginario. Y que por sí solas no bastan. Lo simbólico no da cuenta totalmente de lo real, sólo hace referencia, lo representa, gira en torno de él como en la figura topológica del toro. Lo real “ex-siste” pues es eso “con lo que no se puede” como dice medio mundo cuando tiene que rendirse frente a lo crudo de lo real y que el y tiempo y la muerte representan por excelencia. Lo que postra al sujeto. Y lo imaginario es una pálida semblanza que corre por cuenta propia respecto de lo *real*, como en la fantasía, la mentira, en fin. Hay una cita que Miller encuentra en Lacan para referirse a esta problemática de la *extimidad* en la analogía con la topología del “toro”:

"Esta estructura es diferente de la espacialización de la circunferencia o de la esfera en la que algunos se complacen en esquematizar los límites de lo vivo y de su medio [...] De querer dar una representación intuitiva suya, parece que más que a la superficialidad de una zona, es a la forma tridimensional de un toro a lo que habría que recurrir, en virtud de que su exterioridad periférica y su exterioridad central no constituyen sino una única región".<sup>358</sup>

---

<sup>357</sup> Subrayamos el término *mostración* que Lacan utiliza al hablar de lo que la topología muestra incluso intuitivamente, y no en el sentido de la *demostración* “científica”, que nosotros usamos para llevarlo a la “mostración” de lo que encontramos en los enunciados del sujeto.

<sup>358</sup> Miller, op. cit. p. 19.

Las referencias espacialistas de tipo bidimensionales, los modos "explicativos" a los que se recurre para hablar de lo interior y lo exterior, como la esfera o los círculos concéntricos, o los esquemas de inclusión tan socorridos en diversos campos disciplinarios, por mencionar algunos, como cuando se dice por ejemplo: "el individuo está dentro de la sociedad" o "el ambiente determina al individuo", "el discurso determina", son insuficientes por su naturaleza reductiva. Los modelos factorialistas pecan a su vez de ambigüedad excesiva. Y sobredeterminación.

"Exterioridad periférica" y "exterioridad central" como haciendo una única región: es lo *éxtimo*. Eso que es periférico a nosotros pero que a la vez es central, íntimo: como el goce que nos habita y nos resulta inaceptable por su calidad mortífera a la vez que "placentera". Como cuando el sujeto se queja amargamente de que "el otro me echó a perder la vida", "mis padres me hicieron así", "el me usó", "yo no tengo la culpa", "es una cuestión de herencia", etc.

A final de cuentas, podemos caracterizar lo singular como el goce o el dolor en el sujeto, como cuando el sujeto dice: "eso me rebasa, es más fuerte que yo", "no puedo dejarlo", como en las adicciones, por tomar un ejemplo radical. O como en las desafortunadas experiencias traumáticas donde lo real queda inscrito en una angustia corporal y parece no poder ser extirpado nunca pues retorna incesantemente.

### **Nuestro *approach***

Finalmente arribamos a presentar nuestro modo de abordaje de las frases, dichos, relatos breves y demás figuras acerca del padre y su *pereversion*. No hay allí demasiados giros ni rebuscamientos.

Con el término *approach* aludimos entonces a las precauciones y disposiciones para abordar al sujeto y su discurso. Es un "practicable" que implica que se puede ejercer y que por lo demás no obedece a sofisticados manejos técnicos. "Fábrica

del caso” es la posibilidad de dar cuenta de los casos atendiendo a ciertas dimensiones que tienen que ver con el sujeto, la enfermedad y la teoría correspondiente.

“en sentido figurado, hace relación a un método intelectual. No comprende las etapas sistematizadas y visibles de la técnica, ni el mismo rigor que la noción de método. Es sobre todo una actitud que supone sutileza y prudencia, y que está caracterizado por una actitud de gran vigilancia y respeto por el hecho u objeto [...] pues bien, en esto consiste el enfoque y por ello se hablará fácilmente de enfoque clínico, porque se trata de una forma de ser y de observar caracterizada por una actitud mental más que por etapas rígidas, como es frecuente en el método experimental. El *aproche* es el método y la técnica en “punteado”, no empleados en dosis masivas, sino sublimados y utilizados en dosis homeopáticas, para el estudio de objetos frágiles y de reacciones imprevisibles”.<sup>359</sup>

Es entonces para nosotros un “método intelectual”, una “actitud” de aproximación a un “objeto frágil de reacciones imprevisibles”. No es la disposición de etapas, procedimientos y técnicas estandarizados, sino el establecimiento de condiciones y recaudos “sublimados en dosis homeopáticas”, como muy bien nos sugiere Madeleine Grawitz. No es en sí un “setting” rígido, sino una condición de escucha atenta a los posibles destellos del inconsciente en sus aperturas de relámpago.

Nuestro abordaje sobre la “función-padre”, en tanto *bricolaje* es un arreglo *impuro* en la medida en que está conformado por elementos heterogéneos provenientes de diversas disciplinas -como la lingüística, la ciencia social y el psicoanálisis, principalmente.

Es que el psicoanálisis se tiene que hacer acompañar por varias disciplinas aunque él no sea buen acompañante ni anfitrión, todo lo contrario, como ha escrito recientemente Jacques-Alain Miller, pues no comparte con ellas las mismas

---

<sup>359</sup> Grawitz, M., *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*, op. cit. p. 292.

premisas epistémicas en torno al sujeto, el lenguaje, lo real, etc. Y como no puede ceñirse a dichos preceptos difícilmente puede compartir con ellas sus encuadres técnicos pues se trata de objetos esencialmente diferentes y hasta contradictorios.

Dice Jacques-Alain Miller en *El ultimísimo Lacan* sobre lo anterior:

"Pero cuando se sigue la enseñanza de Lacan, hay una trayectoria que lleva a este aislamiento del psicoanálisis que nos gustaría que fuese espléndido, [...] pero que es más bien miserable. Más bien miserable, pero al mismo tiempo es una joya [...] Había entonces alrededor del psicoanálisis un enorme parentesco en el que se inscribía, y en el que se encontraba sus títulos de nobleza. Pero obviamente, para todo este parentesco hay que admitir que el *psicoanálisis absoluto* es mala compañía. En su ultimísima enseñanza Lacan habla mal de todo el mundo [...] y no anda con rodeos cuando se refiere a Freud. [...] este psicoanálisis absoluto es viudo, huérfano y, agregué, estéril [...] El hecho de que este psicoanálisis absoluto no tenga títulos de nobleza puede darle una apariencia bastante innoble, ya que no espera nada de nadie [...] La ultimísima enseñanza de Lacan nos impone un psicoanálisis separado, lo que implica que no se presta fácilmente a su difusión más allá de los que la practican como analizantes y como psicoanalistas [...] y desemboca en una antinomia, a saber, que el psicoanálisis hace vacilar todos los semblantes, incluso el semblante psicoanalítico".<sup>360</sup>

No discutiremos en este momento la situación general del psicoanálisis sino sólo que, al centrarse en lo real, su cercanía con otras aproximaciones disciplinarias y viceversa, resulta muy problemático. Por eso es que en lo concreto no podemos ceñirnos a los abordajes de la sociología, la lingüística o de la investigación cualitativa, por las diferencias epistémicas sustanciales que hemos señalado. Como lo señalamos antes, en la medida en que nuestro interés no era

---

<sup>360</sup> Miller, *El ultimísimo Lacan*, op. cit. p. 148 - 151.



estrictamente clínico, factorial o histórico, no pudimos ajustarnos a ninguna otra aproximación técnica.

Al inicio de nuestro recorrido cuando nos referíamos a “nuestra aproximación”, estábamos englobando sin poder diferenciar con tanta claridad los distintos planos implicados, pero al menos visualizábamos dos: el nivel teórico y el práctico. La teorización en torno a la *perversión* y la concepción del padre según Freud y, a nivel práctico al modo en que abordaríamos a los sujetos y su discurso. Hoy, al hablar de nuestro *approach*, podemos diferenciarlos mucho más claramente a partir de la diferenciación que señala Hans Saettele sobre la escritura de casos: *la historia del sujeto -y la enfermedad-, la historia de la teoría y la historia del tratamiento*.<sup>361</sup>

Es por eso pertinente introducir en este punto, algunas de las consideraciones sobre la escritura de casos que hace Saettele al analizar la escritura de casos en Freud. Dice:

"[...] la escritura de casos es un objeto de investigación, de la misma manera que la escritura de autor en literatura, es decir, que no se puede desligar el contenido de esos textos de su forma [...] no sólo habrá que conocer la estructura de los casos, por ejemplo para poblar de algún contenido concreto un esquema abstracto de psicopatología, sino que habrá que reflexionar sobre la manera de escribirlos, manera que habrá que ligar a su vez con el tipo de estructura existencial que se aborda".<sup>362</sup>

Al analizar la “textualidad freudiana”, Saettele pone de relieve lo siguiente:

“Cada caso descansa sobre la articulación de tres registros diferentes. Primero, el registro del relato selectivo de la vida de un paciente, es decir no una historia de vida o un relato de tipo biográfico, sino un relato que narra la

---

<sup>361</sup> Saettele, H. “El último caso de Sigmund Freud”. Nicenet, México, 2007.

<sup>362</sup> Ibid, p. 1.

historia de un sujeto afectado de síntomas que expresan una conflictualidad interna reprimida. Freud llama a esto la historia de enfermo (Krankengeschichte) relato en el cual la deconstrucción-reconstrucción está en el centro del trabajo analítico. Segundo, el relato propiamente de la cura, es decir el relato del trabajo singular de sacar a la luz (habría que decir: de puesta en historia) de la prehistoria infantil reprimida del analizante. A este relato, Freud le llama la historia del tratamiento (Behandlungsgeschichte). Y por fin, la escritura constituye el soporte de la teorización exigida por la cura misma y por su conexión, por su anudamiento con el movimiento más global del trabajo de pensamiento [Theoriegeschichte...].<sup>363</sup>

Nosotros aludimos antes a esa escritura de modo muy general señalando, desde Porge, que el medio de transmitir no se desvincula de lo que se transmite, que el contenido que se quiere transmitir no se desvincula de la forma en que se lo quiere presentar.

Finalmente, hacemos nuestra la reflexión de Saettele sobre la gran complejidad del abordaje del discurso del sujeto, porque no nos es ajena en la medida en que hemos dado un gran rodeo -“de lo concreto a lo abstracto” (Kosik) y de vuelta- para tratar de justificar nuestra “singular” aproximación:

"Ante toda esta complejidad, que Freud desde luego vislumbraba, se puede uno preguntar cómo se logra esto, este funcionamiento real que es la experiencia de la palabra. Freud respondió con algo muy práctico: Se logra “esto” poniendo la palabra bajo el régimen de la regla fundamental. La regla fundamental: diga, diga, de todos modos no diré lo que quiere (tiene la intención de) decir. Donde vemos el efecto inmediato de la regla fundamental sobre el discurso: la atención se dirige a lo dicho y no a la intención de significar. Pero no puede ser que esto sea todo, es demasiado pedestre. La regla fundamental es una formulación demasiado magra para algo que está ahí y que requiere ser abordado. Mi intento en el libro 2005.

---

<sup>363</sup> Chiantaretto, J.-F., “L’écriture de cas chez Freud”, citado por Saettele, *ibid*, p. 2.

Hoy puedo preguntar: ¿cómo lograr la apertura? [...] Por mucho que uno intente formularlo, nunca cubre o esencial. Si uno pone el peso en el “abrir lo cerrado”, error. Si uno lo pone en “quitar lo que encubre”, error. Si uno lo pone en sinceridad, error. Si uno lo pone en parresia, error”.<sup>364</sup>

Y para nosotros también resulta válida esa preocupación por acceder a ese instante de apertura y destello de la enunciación del sujeto del inconsciente, sin quedarse en construcciones epistémicas ajenas, o en una aproximación simplificada, o acaso pedestre.

### **“Andamio”**

Como bien lo enseña la frase de Sor Juana, para llegar a este punto que no conocíamos al principio hicimos todo este recorrido, dimos un gran *rodeo* para finalmente *construir* un andamiaje. Un apuntalamiento fundado en el discurso y en la experiencia analítica. Básico o incluso pedestre si se quiere, pero elemental, ajustado, consideramos, para “cernir” el decir. Para “*serrer*” (Lacan)<sup>365</sup>: “estrechar, apretar, pegarse a, apiñarse a” la enunciación, a los dichos sobre el padre, sus herencias, sus paradojas, sus cartas.

El andamiaje que formamos es, literalmente, una plataforma para poder dar cuenta de las modalidades de la *pereversion*. Una aproximación “a la carta”, “a la medida”, ajustada. Pero también “a la carta” (*lettre*), como a la letra<sup>366</sup>, para las

---

<sup>364</sup> Saettele, *ibid*, p. 8.

<sup>365</sup> Del francés *serrer*. Véase: *Dictionnaire Moderne*, France, Larousse, 1981.

<sup>366</sup> Como revela el testimonio de una mujer de edad madura que nos refirió que estuvo guardando durante muchos años las cartas que le había dado su padre donde se mostraba su cariño por ella, sus consejos, lo que le permitía confirmar y estar tranquila y segura de que él la quiere, más allá del rechazo que sus abuelos paternos siempre han mostrado pues siempre la han concebido como “intruso”. O, como el caso de la hija de un hombre que se había ido a Estados Unidos a trabajar, que decía, que de su padres sólo tenía sus cartas, sus recuerdos, el olor de su camisa”. O como en un caso radicalmente distinto, donde una mujer ya “madura”, de procedencia rural, con hijos ya casados y con nietos, quien no había conocido a su padre y donde la madre la

"cartas del padre" que se llevan inscritas en el cuerpo de la subjetividad. Para sus dichos, sus frases, su comedia: *comédie* "comme-est-dit", como es dicho (Porge) en los modos sintomáticos de anudamiento con los hijos.<sup>367</sup>

### **Encuentro orientado - entrevista**

Nuestro de abordaje no puede ser encasillado en un solo rubro metodológico formal porque literalmente es *híbrido*. Podría ser ubicado en el terreno del método clínico como un *approach* al sujeto, pero también de cierto modo en el campo discursivo por los elementos conceptuales y materiales que están en juego.

Bajo esta doble perspectiva podría ser ubicado bajo la situación propiciada por el *método de entrevista* como un dispositivo que podía contemplar ambos campos, al generar los significantes en su materialidad como en su calidad *significante*. Sin embargo, la situación de entrevista tal como la concebimos para esta ocasión, no se reducía radicalmente ni a la de tipo "psi" (psicológica, psiquiátrica, etc.) ni a la de los formatos que se emplean en la investigación social en general.

---

había abandonado dándola al cuidado de una familia cercana cuando era muy pequeña. Y en el relato sobre su *situación* -que no su *historia de vida*- en torno al padre dice: "yo creo que ese señor sí era mi padre porque me regaló unos duraznitos". Aquí, aunque no se trataba de las *lettres* del padre, pero sí de un sustituto que le permitió una cierta suplencia del padre. Eso le permitía rellenar el hueco de lo real dejado por aquél. Aunque insuficiente porque esa mujer sufría de una gran angustia al abandono, de sus hijos, etc.

<sup>367</sup> Como lo muestra claramente la película de Alexander Sokurov (2003) *Padre e Hijo*, donde el hijo produce las siguientes frases: "El amor del padre, crucifica. El hijo amoroso se deja crucificar. No entiendo qué quiere decir". Y en otro momento le dice: "Tuve un sueño, casi te mataba. Ahora me da miedo dormir". Frases sobre las que parece oscilar en buena medida la trama entre el padre y el hijo, en la que se da en una atmósfera ambigua que mezcla afectos muy intensos de camaradería casi infantil entre ellos con fuertes montos de angustia y agresividad. Pero donde se ve también esa *orientación* a la *perversión* pues deja ver una escena cargada de gran ternura y erotismo entre ambos, pues permite entrever o figurar que el hijo está siendo penetrado analmente por el padre, luego de lo cual se presenta una especie de sueño diurno donde el hijo le dice al padre que está desnudo y solo para iniciar su camino. Rusia, Tarántula Films, 2003.

Su naturaleza híbrida la hace compartir credenciales con la entrevista semidirigida y con ciertos elementos de la asociación libre de la experiencia analítica. Por ello preferimos bautizarla con el nombre de “encuentro orientado” como para dar cuenta de su gravidez, de su estatuto “bifronte” que mira hacia lo formal disciplinario y hacia la enunciación significativa.

“Encuentro orientado” que remite al encuentro abierto al significativo y a la vez a una cierta orientación. A la orientación implícita en la *pereversion* de los nombres múltiples de la función paterna. A la búsqueda de los significantes relativos a los nombres del padre.

Para dar cuenta de esto, hacemos a continuación algunas precisiones. En general, no se trató estrictamente de la técnica o la situación de entrevista en su acepción tradicional o académica pues no se sujetó a los cánones que de ella se esperan.

Se estableció, sí, una situación “cara a cara”, pero sin las formalidades y las condiciones a que da lugar ese tipo de formato. En ese sentido, emparenta más con la entrevista “informal” y “abierta”.

No se establecieron a priori preguntas tipificadas ni cuestionarios rígidos de ningún tipo. Acaso un guion en sentido bastante amplio. Lo cual no significa no haber contado con una cierta orientación acerca de las preguntas y las problemáticas implicadas, en particular con la *consigna* inicial para el arranque del encuentro.

Para producir estas condiciones, se procuró evitar una “escena de dominación” propia de la relación social, pero sobre todo de esas situaciones asimétricas entre el “investigador” y el “objeto”; el experto y el lego o ignorante; el psicoterapeuta y el paciente; el médico y el “enfermo”; el maestro y el alumno; el entrevistador y el entrevistado. Relaciones “famillionarias” todas ellas como podríamos calificarlas desde Freud. Por el contrario, se intentó generar una atmósfera cordial para propiciar un encuentro fructífero, porque, en todo caso, se trata del sujeto “que no sabe que sabe” de su síntoma, que cree que no sabe, pero que al mismo tiempo

se lo “explica” desde su propio fantasma. No obstante esto, se espera que algo asome en el discurso a partir de ese encuentro en tanto *sujeto del inconsciente*.

Procuramos que se estableciera una especie de *monólogo* más que una situación de *diálogo* tal cual, para evitar sugerir una cierta dirección o introducir contenidos ajenos. Es bajo esta condición que se acerca más a la situación de la asociación libre propia de la experiencia analítica pero sin que llegue a tal especificidad.

Nuestra consigna “interior” fue inversa: no inhibir el discurso “espontáneo” del sujeto. Por eso la intervención procuró ser simple, sin introducir apreciaciones y en lo absoluto interpretaciones de ningún tipo, sino sólo para solicitar alguna aclaración de alguna idea para que se continuara con el flujo de discurso.

Se trató así de un “**encuentro orientado**” más que de una situación estereotipada. Si bien ese encuentro estuvo orientado analíticamente no se trató tampoco de una situación o de un dispositivo analítico tal cual, pues no se hizo operar la *asociación libre*, el *silencio libremente flotante*, ni la *transferencia analítica*, por las razones que hemos planteado. No se puede de la transferencia propiamente dicha se trató de una situación psicosocial en general.

En todo caso se puede aludir muy tangencialmente a la cuestión de la *implicación* del investigador en su trabajo, pero aun así, los vectores que la atraviesan no tienen las mismas consecuencias para nuestro modo de abordaje. Si bien es importante:

“comprender la propia posición y los vínculos no sólo con el objeto de estudio, sino también con el terreno en donde se lo aborda. Inclusive la posibilidad de elaborar un relato de la experiencia se verá, a nuestro entender, enriquecida por el esclarecimiento que se tenga respecto al lugar y las determinaciones que, de algún modo, lo están produciendo”.<sup>368</sup>

---

<sup>368</sup> Bedacarratx, V., "Implicación e intervención en la investigación social", en: *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, Núm. 18 - 19, junio/diciembre 2002, UAM Xochimilco, México, p. 157.

Las condiciones prácticas de nuestro "encuentro orientado" estuvieron muy acotadas. No se trató de un *lugar* específico de intervención, tampoco de un *proceso* de intervención donde se hicieran jugar diversas dimensiones y condiciones (prácticas, políticas, etc.) en sentido temporal, histórico, social, etc., tampoco se trató de una población estable con la que se hicieran diversos tipos de operaciones con implicaciones existenciales, económico-sociales, políticas, etc., incluso tampoco clínicas.

Estas diferencias esenciales impiden hablar de la implicación como en otras disciplinas donde las filiaciones e intereses ideológico-políticos del entrevistador, entre otros, tienen consecuencias. Acá esas dimensiones de la implicación no entran en juego al menos en sentido fuerte.

Pero ahora bien, la dimensión subjetiva de la implicación en la concepción del fenómeno y su interpretación sí plantea consecuencias. Las preferencias y predisposiciones del investigador en materia familiar y de lo paterno sí pueden constituir un campo fértil para deformar lo que le viene del discurso del sujeto.

No obstante, para efectos de nuestra búsqueda esto encontró también aquí sus acotaciones en tanto que la teoría analítica sobre el padre y las estructuras clínicas sobre la perversión, la psicosis y la neurosis, la formación, la experiencia y el análisis personal aportan claves para una cierta diferenciación estructural de los discursos vinculados a ciertos fenómenos allí vertidos. La clínica diferencial aporta formidables recursos para la lectura de dichos discursos.

En ese sentido, la escucha atenta permite aproximarse relativamente a las "sutilezas analíticas" (J.-A. Miller) que aparecen en el discurso.

Si bien es cierto que la selección de frases y el discurso un tanto fragmentario con el que se trabajó no permiten una intelección más consistente en sentido clínico y social, en la medida en que no era éste el propósito de fondo (es decir su cabal comprensión y ubicación histórico social o "psicopatológica"), sí aportan elementos

esenciales que permiten una cierta particularización para ser articulados con el corpus teórico epistemológico y analítico del que hablábamos recién.

Por todas estas razones no se trató de forzar el discurso para "producir" estrictamente determinado tipo de formaciones o estructuras analíticas. El discurso ordinario no se presta demasiado a ese análisis. No obstante, algo asoma siempre a partir del *significante*. En ese sentido, estar alerta a la emergencia de dichos significantes nos permitió profundizar más en ellos para hacer surgir nuevos y más ricos sentidos.

Fue así un *encuentro orientado* en el sentido de poner a trabajar dichos dispositivos teóricos pero también permanecer abierto a lo inesperado, a la enunciación y modalización en torno de la posición del padre. Aunque evidentemente, eso no se podía llevar a un nivel mucho más preciso en sentido teórico-clínico o socio-histórico, pues no fue nunca nuestra intención.

Por ello, la consigna para los participantes fue general, abierta, solicitándoles que hablaran de anécdotas, experiencias, recuerdos, frases, historias, etc., de la relación con su padre, en fin, de su experiencia como hijo y como padre. Y que lo manifestara como se le fuese presentando, de manera "espontánea", "como le viniera a la cabeza", "de lo que se le ocurriera", sin cuidar la forma ni preocuparse si le parecía sensato o no, correcto o no, interesante o no, etc., pues al fin y al cabo se trataba de su propia situación que era absolutamente válida y personal.

Esto no es estrictamente hablando poner en marcha la "regla fundamental" o el dispositivo analítico tal cual, si hubiese Uno, sino propiciar que el sujeto pudiese sentirse cómodo para expresar lo que le viniera en gana a fin de producir un discurso vivo, lo más "genuino" o "natural" posible (con todas las reservas que están de por medio y de las que hemos venido hablando).

En todo caso, la regla fundamental es también bastante precaria para dar cuenta de la palabra "verdadera" (Lacan). Vale la pena traer aquí nuevamente las



consideraciones de Hans Saettele sobre la dificultad de los dispositivos para lograr la “apertura” de la palabra:

"[...] es demasiado pedestre. La regla fundamental es una formulación demasiado magra para algo que está ahí y que requiere ser abordado [...] ¿cómo lograr la apertura? [...] Por mucho que uno intente formularlo, nunca cubre lo esencial. Si uno pone el peso en el “abrir lo cerrado”, error. Si uno lo pone en “quitar lo que encubre”, error. Si uno lo pone en sinceridad, error. Si uno lo pone en parresia, error”.

En efecto, “por más que uno lo intente, nunca cubre lo esencial”. Y en nuestro dispositivo aún más en tanto no existían las condiciones transferenciales para “abrir lo cerrado”, “quitar lo que encubría”, etc. Y ni aunque se apelara a la “sinceridad”, pues no deja de estar presente el *fantasma* o esta suerte de *parresia* que no elimina esa actitud de quedar bien frente al interlocutor.

Por lo que toca a la angustia y la resistencia, entendidas en su acepción más amplia, no podían no estar presentes en la situación. Esto trató de sortearse a través de generar un clima cordial con los participantes, con las sabidas reservas que representa. Pero, cómo se posicionaba fantasmáticamente el sujeto respecto de la angustia y la transferencia frente al “entrevistador”, es algo de lo que no podíamos estar muy claros en tanto que el dispositivo no permitía adentrarse demasiado en ello. Ciertas expresiones y secuencias discursivas permitían avizorar ciertos asomos, pero no nos permitía entrar más, incluso por razones éticas. Respecto de la angustia en el encuentro, que era infaltable, no se intervino sino sólo para tratar de aminorarla con objeto de destrabar las interrupciones, los silencios y otras manifestaciones que entorpecían las secuencias.

## Consigna

En una situación previa al encuentro propiamente dicho, se le solicitó al sujeto su anuencia para que nos hablara sobre la “relación” con su padre, etc. en los términos que hemos venido describiendo.

Luego ya al inicio del encuentro se le pedía al sujeto que dijera “lo que se le ocurriera con relación a su padre”, recuerdos, experiencias, etc.

En general no se tomaron notas durante el encuentro sino después, en las que se plasmaron breves relatos de sucesos, frases y enunciados. Tampoco se utilizaron dispositivos electrónicos para su registro, dada la angustia y la desconfianza que suscitan, con las consiguientes resistencias y deformaciones que se vierten en el discurso.

Contamos en general con una buena disposición de los participantes, aunque como acabamos de decir, eso no dejaba de representar en última instancia la resistencia y la división que provienen del lenguaje mismo respecto de lo real.

Cuando encontramos alusiones demasiado idealizadas sobre el padre o resistencias a hablar muy explícitas, no incluimos los casos porque daban cuenta de un impedimento muy fuerte del sujeto, Como cuando se decía, por ejemplo: “Mi padre fue un excelente padre, nunca tuvimos problemas con él”; “no tengo ninguna queja suya”; “no tengo mucho qué decir”, etc.

Como se dijo ya, se partió de una solicitud, de una invitación cordial tan sólo para abrir el discurso, o, dado el caso, suscitar alguna aclaración o profundización al respecto para destrabar el hilo de la enunciación cuando el sujeto hacía cortes o silencios prolongados.

A partir de la invitación a decir algo sobre el padre, se generaban temas alternos o cuestiones específicas en donde se podía intervenir para pedir ser más explícito

etc. Por ejemplo: “usted dijo que su padre nunca estuvo” o que “lo trataba...”, o que “de él no puede decir nada porque no vivió con él”, etc. Entonces procedíamos a pedirle que abundara más sobre ello.

Ya hemos hablado de la concepción del significante de la que partimos. Aquí sólo queremos plantear que en todo momento estuvimos atentos a los significantes propios de cada uno de los entrevistados, al “entre líneas” , a una “escucha flotante”, sin pretender llegar al extremo del silencio analítico o a una insistencia para forzar el decir, por las razones que hemos comentado.

### **Situación**

La duración de los encuentros fue en promedio de 90 minutos, poco más, poco menos. Y se desarrollaron en promedio dos y en algunos casos tres. En general en la primera “entrevista” se plantearon los significantes nodales o temas generales del sujeto y en la segunda y tercera se solicitó su profundización.

Las entrevistas se llevaron a cabo principalmente en espacios cerrados y aislados propuestos por los participantes para evitar en la medida de lo posible distracciones inoportunas, ruido, visitas, etc.

### **Los “casos”**

Existe toda una polémica en torno de la cuestión del “caso”, como hemos venido comentando. No lo profundizaremos más aquí, pero diremos al menos que, frecuentemente, la lógica de casos, su construcción para la investigación y la clínica, al menos para el mundo “psi”, implica la presentación de casos que confirman la teoría como bien comenta Le Gaufey. Es decir, la noción misma de caso” está construida epistemológicamente en torno de esa lógica demostrativa.

Las construcciones de Freud y Lacan sobre el padre alcanzan tal amplitud y representatividad que resulta casi imposible trascenderlas, "ir más allá". Su obra consiste prácticamente en una "fenomenología del padre", como comentamos en nuestro *Excursus*, más adelante, sin tener que haber recurrido al método de *reducción fenomenológica* de Husserl. Las "propuestas" de Freud y Lacan no representan ninguna tipología. El objeto-padre permanece en cierto sentido indeterminado, bajo una cierta estructura teórico-clínica, lo que permite pensar en la articulación con modos de ser padre sin caer necesariamente en una especificación descontextualizada ni en generalizaciones absolutas.

Nuestra intención más que intentar proponer una nueva concepción sobre el padre o una tipología, o acaso una especie de corroboración directa, nos interrogarnos en el caso por caso para tratar de distinguir las particularidades que escapan a una clasificación ingenua, reduccionista o imaginariamente totalizante.

Nuestra "lectura" siempre quiso permanecer abierta, atenta al "uno por uno", al "caso por caso", al menos en disposición, de tal modo que pudiéramos hacer preguntas a la teoría sobre el padre, a su articulación interna. Esta singularidad del "uno por uno" se manifiesta por ejemplo en que, en un mismo sujeto, las diversas dimensiones Real-Simbólico-Imaginario no se encuentran anudadas del mismo nudo y sus pesos específicos y sus combinaciones son absolutamente singulares.

De ahí el "aire humorístico", el "no sin ironía" que el mismo Cortázar plantea acerca de los bestiarios y las fantasías borgianas. Nosotros nos aprovechamos de ello. Nos apoyamos en el "exorcismo de esti(lo)s" de Cabrera Infante, para producir una fantasmagoría sobre el padre.

No se trata de ningún modo de una "biologización" por establecer una analogía con los seres animalescos de Borges. Podemos ilustrarlo con la pintura de Rubens de "Saturno devorando a sus hijos", las de Caravaggio que ilustran el "sacrificio de Isaac", o las de Dalí sobre el padre y la madre, U otras, sin que con ello hubiésemos querido encabalgamos ambas lógicas.

No, es una ironía, una metáfora sobre las paradojas fuera-de-lógica del padre. De su lugar periférico a esa lógica ideal de la función paterna y de la familia que viene de diversos discursos. Pero en ninguno de esos casos se puede decir que se trate de *animales* o de biologización del goce o la pulsión, ni nada semejante.

Aunque nuestro trabajo no es ni con mucho una puesta en duda de la consistencia de Freud y Lacan sobre el padre, hay puntos donde fuimos colando ciertas preguntas o planteos que quizá no estaban suficientemente explicitadas o que, dada la situación, nos teníamos que plantear para poder responder algo al respecto.

Por eso cuando decimos que tal padre colinda en cierto rasgo con el padre ideal pero con tal otro con un costado más perverso o incluso mortífero, no nos estamos sujetando a ningún tipo de clasificación, sino abriendo las preguntas para pensar teóricamente estos giros fantasmáticos del padre en su real.

Nuestro trabajo sí significa, así lo creemos, una “puesta al día” respecto de la situación del padre en nuestra época. Una aproximación a la *pereversion* en nuestros días. Un ejercicio “teórico-empírico” para pensar al padre en su realidad, “en su real imposible”. Un modo de aproximarnos al padre en este “orden simbólico que no es más lo que era”. Pocos trabajos se lo han planteado de una manera explícita como creemos haberlo hecho aquí.

Pensar la situación del padre en el contexto del orden simbólico actual, es una asignatura vigente que debe estarse haciendo en la medida en que hay una cierta puesta en jaque de la autoridad en sentido simbólico.

Por todas estas razones, nos pareció también que no era necesario sujetarse a la metodología de la *selección de casos*, al menos no como se la concibe en el discurso científico en general.

Y esto por la concepción del sujeto desde Freud y Lacan, donde, en tanto que todo sujeto fue concebido en el ámbito de la familia es, un “sujeto de familia” y hay, como lo dice Roudinesco, un “deseo de familia”, desde la que se funda “un deseo que no es anónimo” (Lacan) respecto de él y que lo habita esencialmente. Es más, en tanto que el origen de la cultura y la cultura misma está fincada en una “metapsicología del padre” (permítasenos decirlo así), desde una civilización que se hace proceder de Aquél, el ternario sobre el padre existe, “ex - siste”, le preexiste y lo constituye inevitablemente. Pues como afirma Levinas, la condición familiar y ética es una condición esencial de la subjetividad.

Bajo esa condición “trascendental”, todos somos candidatos y “ejemplos” para *decir* del padre, o de la condición familiar de la función paterna que nos constituye. Por esa “simple” razón cualquiera podía ser un posible participante.

No como algo susceptible de *estandarización*, pues lo real, de lo familiar en este caso, escapa a cualquier intento de control, del sello que sea.

Además, también por el hecho mismo de que el *padre-síntoma* y la *pereversion*, son precisamente eso: versiones del padre en la que cada uno representa un ejemplo. No hay “El” padre” o lo padres “representativos”. Hay tantos padres como *nombres-del-padre* en plural, con sus costados contrastantes, como los seres borgianos, precisamente.

Porque las “correlaciones valores”, “funciones variables” (E. Laurent), entre “tipos de padres” y “tipos de hijos”, etc., no son consustanciales a la concepción de un *sujeto del inconsciente* o *sujeto al goce* del Otro paterno, no vimos la necesidad de seleccionarlos y tipificarlos de acuerdo con ningún criterio pre-especificado y ajeno a esa condición.

Ya que nos interesa la tensión que recorre todos los modos de ser del padre, desde la función “cero” (que parece estar presente en las psicosis), hasta el padre

que quebranta la ley (pasando por el padre ideal, el padre de la perversión y el padre virtuoso), es suficiente con sus *versiones*, sus modalidades.

De ese modo, en tanto no partimos de una lógica funcional-experimental acerca del sujeto, cualquier persona en su singularidad podía aportarnos elementos valiosos acerca de la paternidad. Todos son “casos ejemplares” en el reino fantasmático de una supuesta “zoología del padre”. Cualquiera es en todo caso un ejemplo del modelo (Lacan) y, la *perversión* es lo normal.

## Capítulo 5

### ***Manual de Zoología fantástica del padre: “perversión” del padre***

Evidentemente el título hace alusión al conocido texto de Borges, donde la lógica que la recorre, a nuestro modo de interpretarlo, es una lógica de lo imposible, una lógica-no-lógica, “a-lógica”, que no responde ni se deja atrapar en los cánones de ninguna taxonomía o epistemología. Es una taxonomía de “seres imaginarios”, precisamente, pero que no deja de ser una especie de ironía que se encabalga con el mito, la literatura, la zoología, etc. Y bajo esa mirada, nosotros intentamos esbozar una “*taxonomía fantástica del padre*”. Una “*zoología fantástica*”, o mejor, una *zoología fantasmática del padre*, poblada de seres multiformes y con malformaciones por ideales y terribles, normales y “*perversos*”, perversos o virtuosos.

Como en la lógica imaginario-simbólica de los “pensamientos del sueño” -y demás *formaciones del inconsciente*- en los que siempre queda un “ombigo”, la fuente, el origen perdido, el real irreductible que insiste en ser descifrado, disuelto. Lógica que constituye un más allá de la lógica racional: la trama humana en su estatuto *sinthomático* que no se deja atrapar en las categorías de la lógica “diurna”.

En el título también resuena el “humor” y el “polvorín mental”, al que alude la frase de Cortázar, en el sentido de que en la lógica del chiste, en el ingenio del humor se dice algo más allá del puro enunciado. El humor inserto en el título da cuenta de eso que escapa a la lógica racional que no alcanza a ver las “virulencias” (Lacan) que habitan al padre y lo hacen ver como “deforme”, “monstruoso”, o como seres cuasi-celestial cuyas virtudes “imaginario-simbólicas” sobresalen o como otros terrenales que alcanzan a desarrollar sus buenas lides. Este “polvorín mental” de la ironía, precisamente, permite arribar a algo más allá de la lógica ideal sobre el padre como sujeto: “poner patas donde debieran haber alas, ojos



donde cabría esperar dientes": "síntomas donde debiera haber virtudes", tumores donde debiera haber constancia...

No se trata de simples metáforas irónicas, adjetivos vacíos, seres de la "ficción" sin correlación terrenal. Son en casi todos los casos terriblemente reales. Reales en su deformidad. Lo real gozante del padre. Como la clásica representación de "Saturno devorando a sus hijos" que tanta atención ha recibido en la pintura, sea la de Rubens<sup>369</sup>.

No es literatura fantástica o surrealismo en sentido figurado. Es una verdadera "zoología fantasmática", con sus grandiosos animales y temibles monstruos. Es, si puede decirse así, una "topología fantasmática" donde los ideales están en continuidad con lo terrible y hasta lo mortífero. Una "fenomenología del padre" que no se puede reducir a las virtudes.

La necesidad de presentar agrupaciones responde más bien al ideal clasificatorio del discurso de la ciencia pero no a la lógica del discurso y la experiencia psicoanalítica que buscan dar cuenta de la lógica de lo singular. La "debilidad mental" dice Lacan, la debilidad del pensamiento simbólico intenta dar cuenta de lo real-imposible mediante "requisitos formales de integración de material estadístico y gráfico", como mandan los decálogos del método científico a través de sus "sumos sacerdotes". Pero esto no es homólogo a la naturaleza de las problemáticas de la subjetividad humana, al menos a ciertos aspectos de ella. El dolor psíquico, el malestar, la angustia, el síntoma, etc., no son plausibles de objetivarse mediante esa lógica racional reduccionista como la del DSM en cualquiera de sus versiones.

Por eso hemos dichos que las problemáticas alrededor de la función paterna y la familia no pueden estandarizarse, porque, por ejemplo, los "tipos" no son puros,

---

<sup>369</sup> Rubens, P.P. (1636 - 1637), *Saturno devorando a sus hijos*. En: Levinas, E., *Ética e infinito*, op. cit., Portada.

excluyentes. Como tampoco lo son las dimensiones Real-Simbólico-Imaginario que en cada caso pueden coexistir entre sí, se fusionan, etc., mediante una lógica “compleja” que apenas se deja figurar y mostrar al modo de un modelo topológico cuyas invaduras y paredes están en continuidad y cuyos giros escapan a la mirada. Como cuando en un padre se encuentran “dos caras”, una absolutamente severa, intachable y, la otra con grandes inclinaciones a la perversión y la psicopatía, por mencionar un ejemplo. Bajo esta mirada, siempre nos pareció que una manera “ajustada” al objeto, sin dudar que hubiese otras maneras de concebirlo, de *mostrarlo* era recurrir a la *palabra*, “a la letra”, a las frases y dichos, a los *significantes singulares* que remiten al Decir, a las posiciones *modales* del sujeto.

Para el “análisis de casos” consideramos los posicionamientos subjetivos que dan cuenta de modalidades estructurales más allá de las caras -enunciados- que el sujeto presenta. Como cuando los sujetos dicen: “es que mi padre...”, “él siempre...”, “eso de él...”. *Modalización* como una aproximación a posicionamientos éticos y subjetivos.<sup>370</sup>

### **Categorías analíticas y “tipos” del padre**

Nuestras categorías de análisis de la “función-paterna” son en esencia la categorías elaboradas por Freud y Lacan a lo largo de su obra. Se fundan principalmente en el *corpus* teórico del psicoanálisis y de otras aproximaciones desde la filosofía y la lingüística que hemos ido mencionando a lo largo del texto. Sería verdaderamente artificial y ocioso pretender dar definiciones “operativas” o textuales. No tiene caso repetir las aquí otra vez porque se han ido complejizando durante nuestro proceso de escritura. Nuestro trayecto formativo, nuestro trabajo analítico y el proyecto mismo contribuyeron a proponerlas y ponerlas a trabajar en

---

<sup>370</sup> Desafortunadamente, la Semiótica de Greimas ya no pudimos estudiarla como hubiésemos querido para incorporarla de una manera más consistente en nuestros análisis. Véase para eso sus conocidos diccionarios, que incluimos en nuestras referencias bibliográficas.

esta “clínica del padre”, por decirlo tan sólo de modo descriptivo. Nos referimos a las categorías de Freud y Lacan sobre el padre que estructuran y recorren toda la “ciudad psicoanalítica” por ellos promovida. Y como decimos más adelante en el *Excursus sobre Fenomenología y Función Paterna*, el alcance de la visión y la experiencia analítica de ambos les permitió establecer sendas reducciones fenomenológicas. Reducciones que no se realizaron bajo el método fenomenológico, evidentemente, pero cuya consistencia y representatividad es producto de sus profundas reflexiones y su experiencia analítica de largo alcance. Nos referimos fundamentalmente a las formulaciones de Freud sobre el *padre totémico*, el *parricidio*, el padre de la *seducción histérica*, el *Edipo*, el *Moisés*; el *Nombre-del-Padre*, la *trilogía* del padre de Lacan, los *nombres del padre*, la *pereversion*, el *sinthome*, por destacar los puntos de llegada más importantes.

A partir de allí generamos “tipos”, los cuales no son sino agrupamientos atravesados por la lógica que corresponde a alguna de las categorías. Estos “tipos”, no son ni pretenden ser exhaustivos ni “representativos” en ningún sentido: estadístico, sociológico, antropológico, jurídico, sanitario, etc. Son un *racimo* de los (cientos de) ejemplos que recopilamos o que conocimos a lo largo de nuestro trabajo investigativo, clínico y teórico general durante muchos años. Incluso no todos los que mencionamos a lo largo de los capítulos precedentes se van a presentar ahora. La intención era dar una “muestra” (¡no “paramétrica”!).

La “*zoología del padre*” aunque es incalculable se presta a la repetición, a la conjunción, a hacer clase en sentido estructural porque está atravesada por la lógica fálica que los unifica como lo planteó Freud primero y luego Lacan en las *fórmulas de la sexuación* a la altura del *Seminario Aún*, no sin dejar de incluir la singularidad en su constitución subjetiva, el uno por uno. Por esto nos pareció idóneo mostrar sólo algunos ejemplos ilustrativos pues además ninguna zoología puede ser exhaustiva ya que se limita a una muestra de ejemplares. El razonamiento para ordenarla obedeció, en primer lugar, a la “reducción” operada por Freud y Lacan acerca del padre. La hemos estudiado a lo largo de los capítulos precedentes. Básicamente a partir del ternario lacaniano padre

imaginario-padre real-padre simbólico que nos sirvió de estructura general a la que fuimos incorporando las categorías freudianas y luego los ejemplos que nos parecen alusivos a dichas lógicas. Lo veremos a continuación. En segundo lugar, la “nomenclatura” de estos casos responde a lo singular tomando primero algún rótulo o rasgo proporcionado por los entrevistados que nos pareció representativo de ese conjunto o subconjunto. O bien, de un nombre que nosotros pudimos forjar por parecernos una metáfora de cierta *modalización* de la función paterna. No sin reservas, esto es, sin “polvorines mentales” y no sin humor.

La función paterna se transmite también en acto, en *discursos sin palabras* (Lacan), en el más allá del discurso. Como dice la frase en México: “se predica con el ejemplo”, o como lo dice la hebrea que es tan parecida a esa: “Los actos del padre son la señal para los hijos”. Por esa condición de un discurso en acto nos encontramos frente a todas las posibilidades singulares de la función paterna más allá de, o junto con, los elementos que se transmiten a través de la palabra. De ahí esa incongruencia que el sujeto encuentra en el padre: “mis padres dicen una cosa pero hacen otra”. El acto muestra todo su potencial, toda su amplitud en la *estofa* y en la estafa del padre. En su condición y en su ralea.

Vamos ahora a presentar un “compendio de relatos fantásticos del padre”, un “pequeño libro de cuentos de los reinos del padre”. Y lo mostramos así porque dista mucho de ser una “estructura expositiva de resultados mediante estadísticas y gráficos” como lo espera el discurso académico. Porque lo que tenemos sobre el padre son virulencias, rajaduras, ideales, odios, sueños, fallas, síntomas, etc., que no se dejan traducir a una epistemología que trata la subjetividad como si se tratara de objetos físicos. Estas son formaciones que sólo pueden ser pensadas en su naturaleza significativa, simbólico-imaginaria, pero también en su dimensión de real inconcebible como esos “padres” terroríficos, “*père hors père*”, no padres, como decía Lacan. La analogía no nos pertenece, viene incluso de Freud y Lacan: el Ur Váter, el padre del goce. Nuestro énfasis y nuestra conclusión no son originales, pero sí destacan su crudeza en tanto real de nuestra época.

Por eso las presentamos como si se tratara de cuentos “fantásticos” porque son realmente increíbles por inaceptables. Como los casos de pederastia, mostrados por Rodiles.<sup>371</sup> En esos “cuentos” del encontramos “reinos y subreinos”, pero también estirpes terribles y monstruosos y, en menor medida: animales racionales y otras especies en extinción”. Visto así, encontramos toda clase de “*pèrversions*” y *perversiones*: lo *real* sintomático del padre, la deuda de goce que nos hereda, su “genética gozante”.

### **“Dit-mensiones” del padre:**

#### **“Reinos”- “Estirpes”- “Especies”**

El planteamiento de la trilogía imaginario-simbólico-real experimentó diversos giros a lo largo de la enseñanza de Lacan. De ello hemos hablado a lo largo del trabajo. Ahora sólo esbozamos los puntos de llegada fundamentales para entender por qué hemos organizado nuestra “exposición” de este modo. Al inicio había un doble sentido de plantear esas dimensiones: encadenadas y equivalentes, en términos de su importancia subjetiva, pero también con una diferenciación lógica. Todos los “periodos” de la enseñanza de Lacan dan cuenta de esa especificación. Por eso hablará primero en términos de I-S-R; luego de S-I-R y finalmente de R-S-I. Pero al final se llegará al punto en que no se podrán concebir como equivalentes ni necesariamente unidos dado que existen fallas en el “anudamiento”. Ya no se tratará así de la “cadena” sino de un *anudamiento borromeo* siempre singular dado el peso de cada una de ellas. Uno ejemplo “paradigmático” de ello es el caso Joyce que Lacan elabora precisamente en el Seminario El Sinthome, en que hay una falla en el anudamiento y que para que esa estructura se sostenga debe establecerse un arreglo ahí donde la cadena falló. Es justo la función del sinthome, otorgar cierta estabilidad a la estructura para que esta no se derrumbe. Esta no equivalencia de las dimensiones da a la estructura subjetiva toda su especificidad según el “caso por caso”. Las dimensiones de lo paterno en el caso por caso no se mantienen unidas ni equivalentes entre sí. Pueden ser contradictorias entre sí

---

<sup>371</sup> Rodiles, Janine, *Esclavitud sexual*, México, Editorial Trillas, 2011.

inclusive. En el texto “La tercera” Lacan muestra un anudamiento donde las dimensiones están entrelazadas pero al mismo tiempo abiertas. Justo al llegar a la categoría de *padre real* termina por establecer que éste las mantiene unidas dada su falta de equivalencia y su “falta de relación”. El *sinthome*, la función paterna se puede concebir así como una especie de sutura, algo que amarra en cierto sentido las otras dimensiones dada su falta de equivalencia y su irreductibilidad.

Por eso podemos decir que se trata del “bestiario”, de los reinos del padre (“animal” -como el padre “mono-pólico”). Pero en realidad no se trata sólo de ironías sino de verdaderos cortocircuitos mentales pues crecen verdaderas formaciones de síntoma donde debieron haber aparecido otras. Los malabares teóricos de Lacan para dar cuenta de las dimensiones del padre reflejan su polivalencia y al mismo tiempo su especificidad. Partiendo de esto, si bien se pueden mostrar las dimensiones del ternario en los ejemplos que damos, no significa, precisamente que se las encuentre en estado puro. Son los diversos *nombres-del-padre* que se encuentran ahí conjugándose y confundiéndose, como cuando en un determinado caso se presentan diversas facetas que no se eliminan unas a otras sino que coexisten. Vale la pena explicitar que nuestro ordenamiento se inclina más hacia la metaforización que se basa más en el espectro lacaniano del padre que el de Freud, porque en general éste se orienta o bien hacia el padre de la ley en el Edipo o la castración o el padre del goce totémico. Da menos cartas para jugar. En cambio el ternario lacaniano y las demás categorías permiten hacer mayores articulaciones al padre real.

Los “ejemplos de la función” los agrupamos partiendo de la predominancia de uno de los “rasgos” del ternario, de una dimensión específica que sobresaliese en el sujeto, como si se tratara de una “*deformación*”, un verdadero “*tumor*” que hubiese alcanzado un tamaño tal que pareciera ocultar las demás dimensiones. Justo como *formación gozante* respecto de la cual gira el sujeto en su estructura sintomática. Los “nombres-del-padre” o “apelativos” que proponemos para los “casos”, corresponden principalmente a los *motes* que fueron asignados por nuestros entrevistados. Otros los designamos siguiendo la polisemia del

significante mismo, como en el caso de “orangután”, que nos fue sugerido por el texto *Homo Sacer* de Agamben acerca del “monopolio” del soberano, del soberano monopólico y que nosotros ajustamos siguiendo la homofonía con “mono-pólico”, que asignamos a esos ejemplos donde se trata de padres intransigentes, etc. Como también el de *Sacer* que, como sabemos, condensa la contradicción entre *sagrado* e *impuro*, que nosotros adaptamos para los “sacerdotes”, los “padrecitos” de la iglesia, donde subrayamos no la parte de lo sagrado sino la de lo impuro, para referirnos a sus “dotes” perversas, a sus alcances como *no-padre*, que se condensa en la analogía de “sacer-dotes”, o mejor, “sa-cerdotes”. Son si se quiere, en términos freudianos, las *palabras antitéticas* a las que él hace referencia. Y lo mismo con otros motetes. Con ellos queremos mostrar como ya mencionamos, la dimensión acrecentada”.

El tipo de presentación que hacemos aquí es un verdadero desafío. Como el libro *Exorcismo de Esti(l)o* de Guillermo Cabrera Infante<sup>372</sup>, que está constituido por un conjunto de “piezas breves: collages, pastiches, parodias, juegos de ingenio, investigaciones, poesía visual”<sup>373</sup>, en el que el autor desafía con gran audacia y vanguardismo diversos estilos de escritura yendo más allá de los cánones a los que ellos debiesen sujetarse. Por eso el libro se llama “exorcismo” de estilos porque los hace salir de sus propios límites colindando con otros. Así por ejemplo usa un estilo científico propio de investigaciones históricas, o técnicas, etc., para tratar otro tipo de cuestiones ajenas a dichos estilos, generando así un “shock psíquico”, un “extrañamiento” (Beristain) en el lector para provocar otros efectos de sentido. Es lo que en el contexto artístico se denomina la *desautomatización*: donde “[...] el arte, en cambio, se opone a la automatización porque es percibido como vida. En efecto, las expresiones del artista nos procuran la experiencia del devenir del objeto, la vivencia de estrenar el lenguaje y de inaugurar el mundo, de registrarlo por primera vez en la conciencia, de conocerlo y no de reconocerlo”.<sup>374</sup> Hacemos nuestro ese “exorcismo del estilo” y la “arbitrariedad de los signos” con

---

<sup>372</sup> Cabrera Infante, G., *Exorcismos de Esti(l)o*, Colombia, Editorial Retina, 1987.

<sup>373</sup> Cita tomada de la contratapa del libro de Cabrera Infante.

<sup>374</sup> Beristain, H., *Diccionario de retórica y poética*, op. cit. p. 134.

los que juega Cabrera Infante, precisamente, para utilizar un modo de “presentación” de las versiones del padre, acorde con lo *real* que lo habita, más allá del estilo “automatizado”, *estandarizado*, propio del discurso académico - científico. Es si se quiere un "exorcismo" del estilo. Es un desafío, un exorcismo de la escritura científica. Un exorcismo de eso que nos "afantasma" (Borges).

¿Porque acaso lo real se puede escribir de un sólo modo? ¿De un *solo* modo? ¿La verdad sólo puede escribirse de un *solo* modo? No. El *anima*(l) del padre tiene una faz compuesta que es al mismo tiempo fantástica, terrorífica y humana. Es un “ser imaginario” que puede escribirse también al modo de otros estilos: “piezas breves: collages, pastiches, parodias, juegos de ingenio, investigaciones, poesía...”. Son las “escrituras del padre” que pueden ponerse en diversos estilos: “cuentos, oráculos, mitos, leyendas, mandamientos, máximas, frases, vociferaciones...” Porque justo como decía una de las mujeres que entrevistamos: “es que de mi padre sólo tengo sus cuentos”. En todo caso, está por escribirse o recopilarse el libro sobre las “figuras fantásticas del padre”, así como Francisco Toledo llevó a la pintura el texto de Borges. Tendríamos a los Rubens, los Caravaggio, los Goya, los Surrealistas, los Dalí, los del Ars Brut, los Dubuffet, incluso los dibujos infantiles y demás.

Entonces ¿por qué no presentar lo *real* del padre del modo en que por sí mismo se muestra como aberrante, paradójico, inconcebible, intolerable? Optamos así por presentarlo a la manera de un “manual”, “tabla”, o “vocabulario”, en sentido figurado, al modo de estilos más propios del discurso científico. O para usar el nombre de otro de los textos de Cabrera Infante: como un “Vocabu(r)lario”, que nos permite dar cuenta de las *definiciones* (*lettres*, frases, cartas, etc.) del padre, “no sin humor”. Es hacer un poco de “ciencia” desde la “psicopatología de la vida cotidiana” de la familia. Es, a final de cuentas, un “*approach impuro*”, sobre la “comédie” del padre, sobre cómo es dicho el “bestiario” del padre.



**“Tabla de valores  
del padre”**

- A. Reino del padre imaginario.
  - a. Subreino del padre Ideal
  - b. Subreino del padre terrible
  
- B. El “padre-real”
  - a. “padre nuestro que estás en la tierra”
  - b. “padre multiusos”. Polifacético.
  
- C. Estirpes del Padre Perverso
  - a. El padre monstruoso
  - b. El padre incestuoso-abusador
  - c. El del santo-padre- pederasta
  
- D. Padre Simbólico: “Especie en extinción”
  - a. El: “Padre nuestro que estás en el cielo” “Dios-padre-simbólico”
  - b. La perversión del padre
  - c. El padre orientado

**“Vocabu(r)lario”<sup>375</sup>**  
**sobre el padre**

***Reino del Padre Imaginario***

Es la “Gran Clase” que habita en el Reino del *Padre Imaginario*. Ocupa una mayor extensión que la de las Estirpes y la de las Especies en Extinción en el imaginario colectivo, y va desde el “padre ideal” al “padre terrible”. Estas especies se encuentran, unos en las grandes alturas y, los otros, en las escabrosas profundidades.

**“Subreino Del Padre Ideal”<sup>376</sup>**

Dícese del padre de las grandes virtudes. Que es omnipotente y omnipresente pero nunca se le ha visto. El “padre-todo”, absoluto, no castrado, el s(A). Pero en la medida en que sí lo está en tanto s(A), su aureola de completud se va difuminando hasta desaparecer... como un padre “nulo”, “cero”, “cara de santo”. Comparte créditos con el Gran Otro Simbólico que “está en los cielos”, y con el Padre Real por imposible.

**El “superhéroe”**

Dícese del superhéroe de la infancia. Del papá todopoderoso. Del “gran barco”.

**“El padre-santo”**

Dícese del padre-santo, el de las grandes virtudes morales (“pan de dios”).

---

<sup>375</sup> Término de Cabrera Infante como una ironía a la supuesta rigidez del significado como en el discurso científico, el discurso ingenuo, los manuales y diccionarios, etc., que nosotros traspolamos a las concepciones taxonómicas, sobre el padre.

<sup>376</sup> Ver Cardenal, Ernesto. “Padrenuestro Latinoamericano”. Derribando Muros: “Padrenuestro Latinoamericano”. [www.Correconloslobos.blogspot.com/2009/07/padrenuestro-latinamericano.html](http://www.Correconloslobos.blogspot.com/2009/07/padrenuestro-latinamericano.html)

**El "padre-light"**

Dícese del "padre-light"; el "padre-amigo"; el "padre-buena onda"; el "padre-de hoy".

**Del "padre blando" - al - "padre-humillado"**

"Dícese del padre blando, humillado. Del padre "desterrado", el padre "basura" (Cordero), "gutierritos"...

**Del "padre desterrado"**

Dícese del padre que ha sido expulsado de su casa. Su esposa es Medea, que tiene raptados a los hijos.

**El "padre-del reventón"**

Dícese del padre del "reventón": "¡borracho, mujeriego y jugador: lotería"! "Del padre reventado"... Revolotean por todos lados

**Del "padre-sin-sistema" - el "padre-nulo"**

Dícese del padre "sin sistema"; el "padre-nulo": "cara de santo", "padre cero"; "del padre-hijo"; del "padre-puras promesas". El "padre-puro-nombre"...

**Del "padre-ausente" - o "Maestro de la desaparición"**

Dícese de los "maestros de la desaparición"; "del padre que no existía": "del padre de los duraznitos", "del padre-puro-nombre"...Que brilla por su ausencia...

**Del "padrillo" - "padrote"**

Dícese del padre da(n)di; del padrillo-padrote-macho"; de los que tienen un amor en cada puerto... que no hacen una familia...

**Padre muerto - Suplencias del padre**

Dícese de los "maestros de la desaparición". Y del padre muerto como padre de la ley.

## “Subreino del Padre terrible”

### El padre “mono-pólico” - “orangután”

Dícese del padre “monopólico” (mono-pólico), del “orangután”, del “autoritario”, el “arbitrario”, el “soberano”... “el impenetrable”... “el ojete”...

### El padre “Hulk”

Dícese del padre violento; del padre “hulk”; del “padre-energúmeno”...

## *El padre real*

### “Padre nuestro que estás en la tierra”<sup>377</sup>

Dícese del padre terrenal, del *atta* (Benveniste), del papá, el “dad”. Incluso el “nobodaddy” (Millot)<sup>378</sup>. Del “padre nuestro de cada día”, del “padre nuestro que estás en la tierra”.<sup>379</sup> Veamos algunas líneas del poema de Ernesto Cardenal:

[...] porque tu reino está también aquí abajo, metido en los rencores y en el miedo, en las vacilaciones y en la mugre, en la desilusión y en la modorra  
 [...] tu voluntad igual se está deshaciendo [...] lo digo con irreverencia y gratitud, dos emblemas que pronto serán la misma cosa [...] el pan nuestro de cada día [...] ayer nos lo quitaste, dánoslo hoy[...] y ya que nos quedan pocas esperanzas [...] perdónanos, si puedes, nuestras deudas, pero no nos perdones la esperanza [...]

El que concentra en su persona, como en el poema, los rencores y el miedo, las vacilaciones, la mugre, las esperanzas, los *predicamentos* depositados en el padre imaginario y en el simbólico. Es el de carne y hueso. En el que se presentifican

---

<sup>377</sup> Ver Cardenal, op. cit.

<sup>378</sup> Ver: Millot, C., *Nobodaddy La histeria en el siglo*, Nueva Visión, Argentina, 1988...

<sup>379</sup> Paráfrasis del poema de Ernesto Cardenal.

todas las cualidades contradicciones. Por eso es imposible como padre simbólico, porque absorbe, refleja y conjuga contradictoriamente todas las propiedades e inconsistencias que le vienen del padre ideal y del terrible, del padre del goce y del simbólico.

Es todas las *versiones* a la vez, de ahí su orientación “hacia” la *pereversion*. Por eso no le reservamos un lugar especial, por separado, porque es todos y al mismo tiempo singular. Vaya lógica. Esta dentro y fuera de la casa. Es el padre del “desorden de la familia”. Está en cada uno de los *nombres del padre*. Es de algún modo todos los nombres del padre.

### ***Estirpes del padre perverso***

Es la gran Estirpe del padre *perverso* que se encuentra actualmente en expansión. Anda suelto. Se le ve en las peores raleas: los padres monstruosos, los incestuosos y abusadores, los pederastas... "Cuando la luz del sol parece humanos"...

#### **El padre monstruoso - "Los bárbaros"**

Dícese del padre monstruoso como “el monstruo de Amstetten” (Das Inzest-Monster)

#### **“padre-incestuoso - padre-abusador**

Dícese del padre “totémico”, gozador”, incestuoso. El padre “marrano”.

#### **Los “santos-padres-pederastas”**

Dícese de los santos-padres-pederastas. Los padres santos “piel-de-cordero”.

### ***Padre simbólico: especie en extinción***

**El Gran Otro Simbólico.** Dícese del Padre simbólico, “que está en el cielo” (simbólico), “que vive *solo*<sup>380</sup> en las alturas”, “que está fuera de la casa”, “que está fuera del mundo”.

Padre nuestro que estás en los cielos [...] quiero que vuelvas antes de que olvides [...] casi nunca te acuerdas de los míos; de todos modos dondequiera que estés [...] no quienes santifican en tu nombre, cerrando un ojo para no ver las uñas de la miseria [...] ya no sirve pedirte “venga a nos tu reino”, [...] en esta ansia de verte pese a todo [...] así en tu omnipresencia como en mi soledad, así en la tierra como en el cielo, siempre estaré más seguro de la tierra que piso que del cielo intratable que me ignora [...]

Son las especies que ocupan un pequeño territorio del dominio del padre. Aún se pueden encontrar algunos ejemplares diseminados y otros que se encuentran en serio peligro de extinción o ya extintos prácticamente. Estas especies van del Gran Padre que vive solo en las alturas, al padre orientado a la virtud que es muy escaso: que se halla mezclado con otras especies y parece estar amenazado por ellos.

### **El padre de la *pereversion***

Dícese del padre cuyo modelo es su *pereversion*. Su mujer es el objeto - causa de su deseo. No es ejemplo de la virtud... Es el padre normal... Siempre discordante...

### **El “padre-orientado”**

Que se orienta hacia... ser modelo de su función... Dícese del padre normalizador, del “padre pacificador”, “ejemplar”. No sin síntoma.

---

<sup>380</sup> Bataille, citado por Díaz de la Serna, I., *Del desorden de Dios. Ensayos sobre Georges Bataille*, México, Taurus, 1997.

**El padre ¿héroe?**

Dícese de los héroes que no hacen modelo de su función de padre. Sólo si no pusiese el sacrificio del hijo por delante.

**El "analista - padre"**

Dícese del analista que es demasiado padre, como el mismo Freud lo admitió. El padre en la transferencia. Demasiado "*enmoisesamiento*".

## **“Bestiario”**

### **Versiones del padre. Los casos**

Este modo de presentación, “*desautomatizado*”, sigue precisamente un formato *ad-libitum* que no tiene un sólo modo de interpretación sino que corre por cuenta de la apreciación singular. Así, nuestro “estilo”, si así se le pudiese considerar, es *impuro*, porque conjuga *ad libitum*, diversos géneros propios de la transmisión clínica en psicoanálisis, la biografía, el relato de vida, etc. Por eso lo llamamos irónicamente *bestiario*, para dar cuenta de que los “tipos” del padre no podemos encerrarlos ni reducirlos a los formatos y a los vocabularios clásicos de la psiquiatría, las tipologías psicosociales, etc.

### **Del Padre Imaginario**

Planteamos en los capítulos previos que el padre imaginario podía ser pensado en sus vertientes de ideal y de terrible. El padre ideal es en general el padre del esplendor edípico, el superhéroe, el amado, etc., y ocupa un lugar central para toda la vida imaginaria, la estructuración psíquica y la sexuación. Para toda la vida adulta en la medida en que es una especie de referencia última con el cual el sujeto mide sus logros y sus modos de hacerse padre. El padre terrible por su parte, es ese “que ha jodido al chico” (Lacan, Seminario 7) Es el padre odiado, el del parricidio imaginario que todo niño quisiera consumir. Incluso el padre terrible porque el padre real ha jugado en la medida de lo posible la castración. El primer caso conforma esas figuras de padre todopoderoso y perfecto en sentido imaginario. El segundo es para el imaginario infantil el que impone el tabú del incesto a los varones y al que la hija culpa por haberla privado del falo simbólico o de un niño. Es el padre odiado porque intenta imponer autoritariamente la ley. Pero en ambos casos se trata del padre de la perfección, de la “*pèrefection*” (Ch.



Fierens)<sup>381</sup>. La psicosis y la perversión ejemplifican la reducción del padre simbólico al imaginario. En la neurosis se conserva no sin fracturas la dimensión simbólica el padre.<sup>382</sup>. Aquí se muestra lo que decíamos recién en cuanto a que el padre simbólico se juega a través del padre real pero que es imaginarizado para el niño, sea como ideal o terrible según los casos y los momentos. Otra juntura de las dimensiones se da cuando en la realidad familiar hay un padre terrible tal cual, que se muestra a través del padre real, donde la castración ya no opera de la misma manera que para los casos anteriores. Pasemos ahora a mostrar algunos ejemplos de esta dimensión imaginaria del padre.

### El padre ideal

Una de las figuras más importantes y trascendentales en los procesos de subjetivación es el padre ideal, el padre como superhéroe, el gran padre, invencible. El de la tierna infancia y del esplendor edípico y más acá. El de las supuestas grandes hazañas y virtudes morales y prácticas. Como en el interesante relato que Paul Auster recogió: “creía que mi padre era dios”, que hemos comentado anteriormente. Es el padre de las grandes capacidades imaginarias. El padre “modelo”, que sirve de referencia para conformar y juzgar los alcances de la existencia propia en general. Es el padre “Otro” al que Freud hace referencia, el padre de la “prehistoria personal”, dice. Es el Nombre-del-Padre en su costado imaginario si así podemos decirlo. Es el gran falo proyectado en su persona. No es necesario escarbar mucho. Se le encuentra en la superficie de todo testimonio sobre el padre. A la menor interrogación de ¿qué significa el padre para usted? el sujeto contesta en torno de él. Por ejemplo: un hombre de 45 años dice: “es por la responsabilidad, proveedor de lo necesario para la familia... Es *lo máximo* desde allá *las bases no se olvidan y se aplican en todo momento*.”<sup>383</sup> Un

---

<sup>381</sup> Fierens, Ch., op. cit.

<sup>382</sup> Lacan, J., *El Seminario. Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988. p. 308. Tomado de Chemama, op. cit. p. 146.

<sup>383</sup> Subrayado nuestro para destacar “lo máximo” y su importancia en la vida del sujeto.

joven de 18 años respondió: “una persona muy importante en mi vida, y pues para mí es alguien muy fuerte e inteligente, por eso lo puse lo más grande que pude. Es alguien que nunca se da por vencido [...]. Un jovencito de 16 dice: “mi papá es genial”. Otro: “es la persona más extraordinaria del mundo, un ejemplo a seguir, *pero sin cometer sus mismos errores*; es para mí un orgullo. Amo a mi padre y los sentimientos o pensamientos que tenga hacia su persona, *siempre serán los mejores*”.

Esta faceta atraviesa toda la vida del sujeto, aunque las cosas hayan cambiado, como se ve en las frases anteriores. Una frase como la siguiente da cuenta de esta idealización del padre que perdura toda la vida del sujeto: “cada día es más tiempo, pero ni el tiempo ni nadie cambia la visión de la vida como el la vio, como él la enseñó”. El costado ideal es la modalidad que está “en el fondo” en todos los casos en tanto hace su aparición en el período preedípico, antes de que asomaran los síntomas o las tensiones respecto de él, y quedó inscrito como parte de los procesos que tienen que ver con los ideales en general. La idealización del padre no es una operación o una modalidad aislada, se halla en todos los cuadros aunque en diferentes intensidades y mezclas. Se lo encuentra con diversas connotaciones en torno de la subjetivación y la sexuación. Es una versión que podríamos pensar como “universal” y que perdura a través de la existencia que ayuda a conservar esa fe en el Otro paterno de la que nos habla Lacan en lo relativo a la *pereversion*. Le sirve al sujeto para sostener su mundo y el mundo. Como cuando el sujeto dice: “yo no puedo hablar mal de mi padre, porque él nos dio todo...siento que lo traiciono”. O bien como dice Lacan en el Seminario RSI: “no tiene derecho al respeto sino al amor...”

En los ejemplos anteriores de hombres “maduros”, con hijos ya “grandes”, se observa cómo aún se preserva esa imagen ideal. Es la identificación al padre de la infancia. En este otro caso está también la remisión al padre imaginario - “ideal: “... yo tenía 6 años pero tengo muy buenos recuerdos, no tengo ni un solo recuerdo malo de él...”. O donde una mujer dice, “Mi papá es mi héroe, las mejores experiencias que he tenido con él, fue cuando yo era niña, él nos llevaba

a pasear muy seguido... de él tengo muy buenos recuerdos, es muy amoroso con mi mamá y mi hermano”. Véase el verbo de las frases conjugado en tiempo presente, que denota la importancia y la actualidad de esa imaginarización del padre ideal.

Y se ve también en lo que una mujer joven dijo: “mi padre es una persona importante en mi vida, aunque claro que hubo una época en que fue todavía más importante, cuando era mi *superhéroe*, cuando todavía no me había desilusionado tanto... no sé... cuando era pequeña pensaba que mi padre era *increíble*, que era *capaz de hacer cualquier cosa* por mí, pero luego me di cuenta que también era capaz de hacer cualquier cosa por sí mismo...”

Planteábamos la perdurabilidad de la idealización del padre, pero no sin un cuestionamiento creciente. Como se ve en la siguiente cita de un joven de 24 años: “la situación con mi padre ahora no es muy buena, yo no tengo buena relación y creo que nunca la tendré por problemas en los cuales se encuentra toda mi familia. Creo que se volvió una persona irresponsable, insegura, irrespetuoso, etc. La verdad no tengo nada más qué decir de él”. Esto no quiere decir que el padre de la infancia que el sujeto refiere, tenga o haya tenido los grandes atributos que le atribuye ahora. Hay en el recuerdo actual todas esas deformaciones de las que hemos hablado ya (*recuerdos encubridores*; inclusión del yo actual en la historia propia etc.) y que niegan lo real inaceptable. “Hasta que me di cuenta”, ¡de su goce, claro! “Pero aun así”, podemos añadir sin temor a equivocarnos. La idealización no es incompatible, decíamos, con otros *nombres-del-padre*, dada su *pereversion*. Es la fe en él (Lacan). Como cuando los sujetos se percatan de sus incongruencias -incluso fatales-, tienden a negarlo de algún modo. Como en el caso que hemos referido más atrás, donde aunque el “padre-basura” hubiese sido puesto en evidencia, no se lo aceptó.

### El padre “terrible”

Cuando decimos terrible, no nos referimos exactamente a que todos sean verdaderamente violentos, aterradores. No necesariamente. Como tampoco para ninguna otra cualidad. Por eso podemos decir "gatopardos", "manchados" en el sentido de mezclados, pero además en el sentido popular de que alguien "se pasa de la raya", "manchó su reputación", "se batió", etc. Es la orientación que también podemos atribuirle a terrible, no sólo la más extrema. Decimos "terrible" porque es lo que el sujeto se forma en lo imaginario relativo a la operación de la *metáfora paterna* en la castración simbólica. Es el costado imaginario precisamente pues pareciera jugarse algo de la ley, pero realmente emparenta con eso que nos muestran los ejemplos, a saber, esa contradicción en donde el padre muestra más su faz neurótica, su gran irritabilidad, su intolerancia e insatisfacción, etc. Es el "ogro", el de los "gritos así nomás". El del mal humor y los regañones. Es la versión corriente, "suave". Pero, dado el caso, puede llegar a ser el de los golpes, los maltratos y la violencia excesiva, o más. Como cuando el sujeto dice: "los papás son regañones, pero a la vez elegantes y con clase. Es la cara que me hace mi papá cuando se enoja [...] a pesar de ser regañón y bastante codo, es mi único sostén...". El padre real en sus versiones que lo atraviesan está ejemplificado en esta faceta del padre terrible que externó un joven de 16: "Que es divertido, comprensivo pero a la vez muy cambiante primero está feliz y después es muy enojón y de todo grita, casi nadie lo aguanta, las personas que lo tratan piensan que es el mejor padre y el mejor esposo pero dentro de la familia (sic) ocasiona muchas discusiones y defiende más a su padre que a su esposa. Trata de demostrar su amor de una forma exagerada y necesita recibir mucho amor". Dice alguien más: "mi papá es responsable, pero no está dispuesto a escuchar a los demás, además es un poco impositivo y aunque se diga abierto a ciertos temas o actitudes no lo es".

Es el "padre-gran-barco" como dice una mujer, refiriéndose por un lado a esa idealización, pero al mismo tiempo a esta dimensión terrible angustiante. Gran" por la admiración erótica de la niña al padre, pero "gran" también por su carácter

violento (y aún todavía más por su orientación a "engañar" a la esposa). La faceta violenta emparenta aquí con una suerte de perversidad, para decirlo de modo sencillo. Es el padre real de "varias cabezas". Orientación "hacia" en la medida en que estas dimensiones no son totalmente puras, neutrales. Dice: "mi padre es como un barco, gigante, al que no se puede uno subir". El padre es visualizado así en su doble faceta, la imaginaria terrible de "barco gigante", en medio de un océano agitado, pero también la que apunta al lado erótico edípico, y al perverso en sentido general si se quiere en tanto refiere al trato que le propinó a su mujer: burla, desprecio, humillación, como objeto. El lado sádico, podríamos decir. La interpretación no es nuestra sino que apareció en la entrevista pero nosotros la presentamos de manera encubierta, como respeto a la confidencialidad.

O también, como cuando otra mujer nos refirió que se dio cuenta de que su propio padre "era capaz de hacerle daño". En esa situación una faceta apuntaba al padre inicialmente bueno en sentido ideal pero otra al costado ominoso, terrorífico, "psicoide". U otra que pudo recordar que cuando fue muy niña su padre la expuso a un gran peligro por hacerla pasar maletas en aduanas: es el padre *real* en las conjugaciones de sus nombres: ideal y terrible.

O como aparece en otro relato: "El padre es un apoyo incondicional... me gustaría ser como mi papá en que lo admiro mucho que es su bondad, en su solidaridad con la gente, en eso sí me gustaría mucho ser como él, pero no me gustaría ser como él en cómo se lleva conmigo, pero desde chicos, sí me gustaría llevarme ... no me gustaría ser como mi papá y en que está muy ausente de la casa...pero lo demás creo que sí le admiro mucho todo a mi papá en su forma de ser". Doble estatuto del padre imaginario: su costado ideal pero al mismo tiempo su costado gozante. La idealización, la imaginarización sostiene al padre pero también al sujeto mismo, porque si se lo destronara, el mundo imaginario y simbólico del sujeto podría verse muy afectado. El caso más representativo *ad extremis* es la creencia religiosa. El sujeto no puede hacerlo. No puede dejar de creer en el padre. El sujeto lo sostiene para sostenerse a sí mismo, su mundo, el mundo. El

síntoma es el modo de compromiso que sostiene a ambos. Es un síntoma en la filiación.

Se trata entonces del padre *imaginario* como “héroe”, “ideal”, pero también del padre *real* por sus versiones paradójicas. De la juntura imaginario-real. Idealización como identificación parcial: “en eso que lo admiro...”, pero también: “en eso no, pero sí todo”, se dice. Afirmación representativa, paradigmática de la posición neurótica de sostenimiento del Otro y del sujeto al mismo tiempo. Es la ambigüedad respecto del Otro. Es el Gran Otro tachado [s(A)] atravesado por su propio goce respecto del cual el sujeto resulta atravesado, como lo parece atestiguar la frase “capaz de hacerme daño”, en la que asoma una suerte de goce oculto del padre, un sadismo gozante y del cual el sujeto mismo parece no poder separarse pues él mismo padece la ambigüedad del amor y del goce. Como en muchas experiencias de abuso y pederastia donde el sujeto no puede denunciar la situación en tanto que él mismo parece experimentar durante cierta época una mezcla de placer y odio - placer -amor. Relatos del libro de Rodiles pueden lo confirmar.<sup>384</sup> Esta mezcla de lo ideal-terrible puede generar diversas posiciones subjetivas singulares, como las que vamos a comentar a continuación a manera de ejemplos -pero que no podemos profundizar aquí demasiado y mucho menos para todos nuestros ejemplos, por las razones que hemos plantado antes. Se puede decir en general, que ello produce una gran ambigüedad existencial, una especie de detención en el sujeto porque no puede asumir las credenciales, las insignias simbólicas que le vienen de la paternidad o la parentalidad, pues vienen en paquete con el rechazo por el odio y el temor que le causan. Puede afectar incluso a nivel de la *sexuación*.

Por ejemplo, un hombre de edad madura con hijos alrededor de los 30 años, no pudo apropiarse de las “credenciales simbólicas” que le vienen del padre. No puede hacer suyas las insignias sino los veredictos superyoicos, precisamente. Esas marcas el sujeto las ha llevado tatuadas literalmente en su psiquismo, en el

---

<sup>384</sup> Rodiles, *Esclavitud sexual*, op.cit.

“cuerpo” de la subjetividad como formaciones existenciales. Como verdaderas “manchas”. Aunque el sujeto no lo haya podido llegar a visualizar o lo niegue “racionalmente”. Dichos decretos fueron incorporados, instalados identificatoriamente, sintomáticamente. Esta persona nos relató que, su madre le decía: “*tú no* sirves para manejar herramientas” y, el padre: “*tú no* vas a ser como tu hermano” (artista). Esta internalización le impidió asumir adecuadamente sus propias “herramientas”, su propio deseo, sus recursos, a pesar de que estudió varios años distintas licenciaturas y desarrolló finas habilidades en varios oficios inclusive artísticos, etc., Pero no pudo asumirlas tal cual y no puede por eso plasmarlo en sus “tarjetas de presentación”. Él se hizo “a la letra”, a la *lettre*, durante toda su vida en ese: “*tú no*” que le venía de ellos. Fue un “hacerse invisible”, como él mismo reconoce. Una modalización del *no-poder ser*. Su síntoma consiste en no poder reconocer sus capacidades y su deseo y pasar su vida bajo esa sombra identificatoria y sintomática. Es lo paradójico de su identificación. Ser y no ser eso. Querer ser eso y al mismo no poder asumirlo. Serlo pero no poder reconocerlo: “recono-cerlo” podríamos acuñar. El sujeto lo es, pero no puede “recono(s)erlo”. El sujeto es-y-no lo que el padre le vaticinó. Es el dilema: ser o no ser. Incluso: ser y no ser al mismo tiempo. Es el fuerte dilema superyoico: “*tú eres eso pero no puedes ser eso*”. “*Tú no puedes ser más que el padre*” (Freud).

O como en este otro donde también se puede observar la dimensión ideal-terrible, la cara “dura” esa “raja-dura” del padre como decíamos anteriormente, donde en vez de que el sujeto se pudiera posicionar simbólicamente desarrolló un síntoma de conflicto especular eterno con aquél que lo avienta hacia la madre. En lugar de ser colocado (y colocarse) en una situación que pudiese trascender eso, el sujeto fue aventado a lo imaginario, al costado materno. Es esa situación donde las madres “se compadecen” de sus hijos y los reabsorben bajo su cobijo imaginario de por vida. El padre por su parte, siempre mostró un franco rechazo hacia él, por diversas razones, frente a lo cual se conformó un gran síntoma de no sentirse reconocido ni deseado por las mujeres. “Es que siento que no le voy a gustar a ninguna mujer”. He ahí las implicaciones sobre la sexuación.

La dimensión "dura" del padre que suele acompañar al padre ideal-terrible, avienta al hijo hacia la madre. Aquellos terminan separados de por vida y lo proyectan sobre ella.

Como en el caso de tres hermanos cuyo padre engañó siempre a su mamá y se mantuvo muy alejado de ellos, lo que propició una "complicidad" entre la madre y los hijos que tuvo diversos efectos: uno de ellos se hizo homosexual, el otro tiene fuertes problemas para relacionarse con las mujeres: "es muy torpe con las mujeres" dice el entrevistado, y éste mantiene diversas relaciones simultáneas con mujeres y las tiene "abiertas". En los tres casos pareciera haber una especie de concretización de la relación incestuosa con la madre, con la Cosa materna. Pero otra vez el padre terrible en este caso con orientación perversa, que orilla a los hijos hacia la madre y estos desarrollan problemas con la sexuación: Y aunque cada uno con síntomas diversos comparten una cierta estructura. El padre fingió no saber de la complicidad y de las tendencias de los hijos pero él mismo estaba en esa suerte de contrato perverso de complicidad.

Dice otro hombre joven sobre esto: ..."Nunca me llevé muy bien con él... Y soy muy apegado a mi madre ... Siempre lo he sido, tal vez por su forma de ser y la mía, la quiero mucho ... en cambio con mi papá es muy diferente.... Yo quisiera algo más de él, a los dos nos cuesta mucho comunicarnos...cuando yo estaba en todo el rollo de mi homosexualidad... No es que sea machista, ni nada de eso, de hecho él tiene dos hermanas que son lesbianas..."yo quisiera algo de él". Nuevamente, el hijo aventado de lo simbólico hacia el costado imaginario-incestuoso de la madre fálica que aquí tuvo un claro desenlace sexual. Quisiera "algo de él". Qué es ese "algo" que siempre ha esperado de él. Aunque nuestro dispositivo de "búsqueda orientada" nos impidió llegar más a fondo, tenemos el saber de la experiencia y del discurso psicoanalítico. Es el "algo" fálico de la donación paterna en el proceso de sexuación. Y al no llegarle quedó atrapado del lado del falo materno. Se hizo su falo. Es el caso de la homosexualidad. No pudo salir de ahí. "Nunca me llevé bien con él", dice. Entonces, ¿de qué orden era la "sustancia" de la relación entre él y su padre? Eso es fundamental en la medida en



que el arranque, la determinación de la sexuación en el proceso edípico es definitoria de los intereses en los sujetos. "Muy apegado a mi madre" afirma. En efecto, "muy", es decir siempre y, "pegado" incestuosamente a la madre. Sólo que esto siempre está velado y matizado por el lenguaje y las prácticas culturales que lo abordan de modo muy tangencial como "apego", "apegado", etc. "Nos cuesta mucho comunicarnos". Frente a la cerrazón o la negación del padre, frente al núcleo duro que lo erige en un ente alejado, frente a ese no querer saber del hijo apegado a la madre, la *renegación* de lo incestuoso: ambos quedaron separados pero al mismo tiempo unidos por el síntoma y la identificación.

Como una mujer nos dijo acerca de la homosexualidad de su hermano y la relación con sus padres. "Ella siempre ocultó y solapó cosas de mi hermano... mi padre no lo confrontaba por temor a que éste le dijera la verdad sobre su homosexualidad". El padre mantuvo distancia y un silencio "permisivo" siempre que devino en esta estructura existencial.

Este rasgo emparenta también con esos otros padres silenciosos, precisamente, que dejan al hijo en la ambigüedad y en la angustia existenciales, y como veremos más adelante, provoca serios desasosiegos en el sujeto pues no sabe cómo posicionarse frente a diversos retos a lo largo de su vida, incluidas las relaciones amorosas (¡que no hay!) y las sociales.

No es que se trate de padres "terribles" en el sentido físico o violento. Es el modo como el sujeto percibe al padre en torno de la castración, cómo se vehiculiza.

### **El padre "orangután" ("mono-pólico")**

Es la serie del soberano, el autoritario, el "orangután", "mono-pólico" como lo hemos llamado, haciendo el neologismo con el aspecto monopólico del soberano y con los ecos del padre totémico en su vertiente de arbitrario, acaparador, gozador.

Hay muchas *versiones* alrededor de este gran significante: el autoritario, el tirano, el "cabrón", el "ojete", el policía, el "hijo de la chingada", etc.

Tenemos una "versión" muy particular la de un padre "museo", expresión de uno de nuestros entrevistados acerca de su "padrastra", con lo que quería darnos a entender que era un hombre que todo lo quería controlar al máximo. Un obsesivo que lindaba con los límites del sadismo, otra vez.

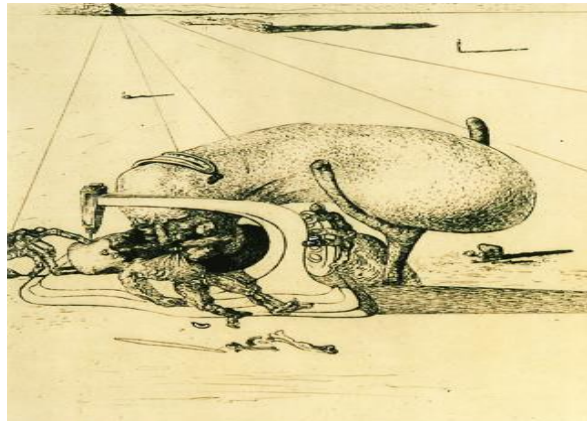
Y ahora que lo escribimos caemos en la cuenta de la composición de los términos "padre-museo" y "padre-astro" que se prestan a múltiples sentidos, como siempre. Una primera acepción sobre el padre "astro", como "estrella", "astro" porque vino a hacerse responsable de la familia, en este caso. Es el padre modelo responsable. Pero otra como el padre-astro pues casi no está, que nunca se presenta, el que "viene de vez en cuando" que es una versión bastante frecuente en nuestra cultura. Pero también hay otra acepción del padrastra que resuena en su sentido despectivo, agresivo, temido. Es este el caso. Y "padre-museo" porque era una especie de "ambiente muerto" en el que ese hombre pretendía mantener el ambiente de la casa, la dinámica de la familia. Se trataba aquí de ese "padrastra" como un hombre arbitrario, desafectivizado, indiferente, castigador, con un dejo de desprecio e incluso dispuesto y al borde de golpear a sus jóvenes e inquietos hijos al menor asomo de diferencia y desobediencia. Como bien lo señalaba la frase que citamos antes: "era capaz de hacerme daño". En efecto, parecía estar siempre a punto de hacer daño a sus hijos adoptivos. Pero esa especie de padre orangután era también ¡ridículo! como el joven señalaba, porque era un hombre muy delgado y de baja estatura en comparación con los tres jóvenes de complexión alta y robusta, hijos de padres nacidos en el norte del país que se caracteriza en general por morfologías corpulentas y bien dotadas. Este hombre se había hecho operar quirúrgicamente en varias ocasiones: "ya lo vaciaron", decía la esposa. De hecho había habido ya varias escenas donde los muchachos habían tenido fuertes altercados verbales y físicos con aquél. Dicho sea de paso porque es digno de llamar la atención, que el "verdadero" padre biológico había sido abandonado por la esposa porque era un hombre absolutamente

irresponsable, infantilizado, que después de esa separación se volcó hacia la religión, se hizo “padre-santo”, totalmente inútil y nulo, ajeno. Vaya metonimia: del padre nulo al padre arbitrario. Por su parte, el hijo seguía manteniendo “relaciones” con el padre “biológico” de quien seguía esperando el cumplimiento de sus promesas. Pensándolo bien, el padre-santo es el de las “puras” promesas. Nuestro joven se encontraba en una profunda *disyuntiva* frente al padre.: el padre inútil o el padre terrible pero “responsable”.

El padre terrible en su faz "animalesca" puede ejemplificarse también con una viñeta muy interesante por sus matices también contrastantes. Lo hemos bautizado como el padre “Hulk”, porque una mujer toma la analogía del personaje de la serie televisiva "Hulk". Sólo que con una “pequeña” diferencia que hace lo *singular* de esta asociación. Como se sabe, se trata de un personaje que frente a una injusticia se enardece hasta convertirse en un verdadero monstruo destructor, arrasando con lo que está alrededor también. En el lenguaje cotidiano suele asociarse a este personaje con la actitud de alguien que se exalta tanto que genera un episodio un tanto desbordado o incluso violento, ridículo, etc. Esta asociación común no alcanza a visualizar las razones que dan lugar a ello en la ocasión concreta. Sólo suele usársela para descalificar a la persona que se puso justo como “energúmeno”. Es el padre “gárgamel” como alguien también dijo pues se pone como “Gárgamel” (que es el “antagonista y villano” de una conocida serie infantil). Pero nuestra entrevistada introduce justo ahí su singularidad. Por un lado ella dice que se trata de su padre; pero que, además, y esto es lo esencial para ella, enunciado por ella misma: “que se ponía triste cuando observaba que dicho personaje, al final de dicho episodio violento, se alejaba sólo, como triste, arrepentido, como escapando para no ser visto”. Y esto no sólo por no ser descubierto como en otros personajes de las sagas de héroes, sino por el hecho de que ella se identificaba con el hecho de que tal personaje se alejaba triste. Y este rasgo perdura desde entonces, llevado a otros ámbitos de sus identificaciones. Es interesante notar su analogía con el padre. Se trata por un lado del padre terrible, rudo, duro, energúmeno. De un padre violento que genera diversas reacciones como el miedo, el terror, etc. Pero también del padre que

después del episodio es mirado por el sujeto como “triste”, culpable. ¡Vaya fusión del síntoma! ¡Es el padre terrible al que el sujeto ama, también! Es la fe en el Otro, su sostenimiento imaginario, que el sujeto no alcanza a visualizar en tanto está jugado por el fantasma neurótico que colinda con la *pereversion*. Es el padre en su versión dura pero también tierna. El que se pone como “monstruo” pero que también es “amable” en sentido transitivo. Es el “padre - energúmeno” que pierde la cordura y se violenta fácilmente, y vocifera, agrede, humilla, etc. Es el padre de las frases “incan-descentes” como las que citamos de Kafka al principio del trabajo: insultos, amenazas, humillaciones, etc. Pero como hemos dicho para otras versiones, no es que el padre real sea o haya sido tal, o lo sea en sentido “total”, sino en tanto que se trata precisamente de la vertiente del padre imaginario.

Y, cómo no asociar a este padre terrible con el padre “totémico”, “mono-pólico” en su costado gozador, canibalístico, como lo sugieren muy bien diversas pinturas, como la de Salvador Dalí *El Canibalismo de 1934*<sup>385</sup>, que parece sugerir un gran padre (gusano) devorando al hijo. Es el orangután, absoluto, frente a un hijo “desvalido”. Canibalismo que puede ser remitido también a la esfera de la perversión. Pero también a la de la vida cotidiana familiar. Transmisión sintomática.




---

<sup>385</sup> Dalí, S., "Canibalismo" (1934), En: Peinado, R.M. *Universo Dalí, 30 recorridos por la vida y la obra de Salvador Dalí*, Barcelona, Lunwerg Editores, 2003, p. 49.

### El padre “santo”

El “**padre santo**” es otro modo de aludir al padre ideal en tanto se le atribuyen también supuestas cualidades imaginarias de perfección moral, cuasi “santas”. Es el padre de la “pèrefection” como escribió Charles Fierens (ya citado). Aunque no es tan “terrenal”, tan común, forma parte del imaginario de completud acerca del padre. Son los inalcanzables en su moral intachable, incorruptible. Este “*nombre del padre*” en su costado imaginario-por ideal pero al mismo tiempo terrible, puede emparentar también en un momento dado con el padre bueno, el padre blando y hasta el padre humillado. Terrible en tanto que es el que hace respetar y hace respetar la ley por encima de todo. Incluso como veremos más adelante, con un padre monstruoso que muestra una imagen de perfección moral y civil intachable pero que en el “subterráneo” mantiene a sus víctimas. Aquí queremos enfatizar más el costado “moral”, y el de la perversión lo dejamos para más adelante. Los “santos- padres-pederastas” de la iglesia que se cuentan por miles en todo el mundo se encuentran en esa estirpe-ralea.

Puede tratarse de un verdadero “santo” en la realidad. Pero no necesariamente. Puede ser el muy religioso, un “consagrado”, “un pan de dios”, el “pura bondad”, etc. Las siguientes frases dan cuenta de ello: “mi abuelo era como un santo”; “mi padre fue un gran ejemplo para nosotros, nunca rompía las reglas, nunca lo oí decir malas palabras”, etc. Son ejemplos imposibles de franquear dada su altura moral. Los “caballeros de la fe” para usar la expresión de Kierkegaard sobre el Abraham bíblico del sacrificio. Pero hay ahí una paradoja, precisamente. Una rajadura, una raja-dura. Es el padre moral al extremo que por someterse al mandato ético o a “la voz de Dios” pone en *suspense* el bienestar y la subjetividad sana y tranquila de los hijos. Es el padre-pedagogo, el “padre-maestro”, el “padre-ley”, de la psicosis como el padre de Schreber que según Lacan no desaprovecha la oportunidad para instruir y someter a la ley. Se ilustra también a través del hueco, la rajadura, el rasgo, la ridiculez que muestra el *ars brut* cuando se pinta al tótem, al padre, donde asoma un costado infantilizado, un rasgo que apenas lo distingue de la mujer.

Este rasgo emparenta sobre todo con el costado terrible del que hablábamos hace un rato: el padre terrible por perseguidor, el de los mandatos superyoicos al extremo, en lo real de la vociferación moral. Como un padre que mantiene una rectitud cívica inquebrantable, hasta el extremo de ponerse en peligro y a su familia. Una inquebrantable moral que pone “en suspenso” la seguridad de los hijos al poner por encima la “ética de la ciudad” al cuestionar en actos desafiantes la moral del amo perverso. Es una de las fuentes principales de la neurosis obsesiva, en la que pueden desarrollarse fuertes ideales morales y al mismo tiempo odio (soterrado) hacia esa “raja-dura” de la ley, a su arbitrariedad. “Es que ya estoy harta”, “ya no puedo aguantar más”, “estoy a punto de reventar”, se dice. Es el superyó como denuncia al Otro por su inconsistencia, por sus fallas, y que llevado al extremo hace al “infierno el deber”<sup>386</sup>. No es que dicho padre sea absolutamente incuestionable en las otras dimensiones “existenciales-clínicas”. No, existe así en la realidad. Se trata de una lógica de sometimiento moral. Es el padre intachable en lo imaginario. El Nombre-del-Padre llevado al extremo al que el sujeto parece someterse. Puro *significante-voz*. Es el emparentamiento del *objeto a* con el *Nombre-del-Padre*, que tanta tinta hizo correr entre los lacanianos. Es el *a-voz-del padre*.

Esta modalidad, como las demás, se fusiona “topológicamente” con otras en un mismo sujeto. Son las mezclas, la polifonía, las modalizaciones clínico-existenciales. Como los animales imaginarios de Borges y Toledo. Por ejemplo, el *Baldanders*: [...] que toma las formas de un hombre, de un roble, de una puerca que es un hombre, un árbol, una puerca, un salchichón, un prado cubierto de trébol, de estiércol, de una flor, de una rama florida, de una morera, de un tapiz de seda, de muchas otras cosas y seres, y luego, nuevamente de un hombre. *Baldanders* es un monstruo sucesivo, un monstruo en el tiempo”.<sup>387</sup> O bien, *Peritio*:

---

<sup>386</sup> Lachaud, D. *El infierno del deber. El discurso del obsesivo*. Barcelona, Del Serbal, 1998.

<sup>387</sup> Toledo, F., "Baldanders", En: Toledo, F. y Borges, J.L., *Zoología fantástica*, México, Galería Avril, 1999, p. 112.

“Los peritios habitan en la Atlántida y son mitad ciervos y mitad aves. Tienen del ciervo la cabeza y la patas. En cuanto al cuerpo es un ave perfecta con sus correspondientes alas y plumaje... Su más asombrosa particularidad consiste en que, cuando les da el sol, en vez de proyectar la sombra de su figura, proyectan la de un ser humano, de donde algunos concluyen que los peritios son espíritus de individuos que murieron lejos de la protección de los dioses... se los ha sorprendido alimentándose de tierra seca [...] ellos (los peritios) son temibles enemigos del género humano. Parece que cuando logran matar a un hombre, inmediatamente su sombra obedece a su cuerpo y alcanzan el favor de los dioses”.<sup>388</sup>

Vaya analogías posibles con los *nombres del padre*, son los *Baldanders* y los *Peritios* de Borges, que son animales y muchos otros seres a la vez, que tienen múltiples facetas y rasgos que no sólo pueden ser diversas sino extrañas y antagónicas entre sí pero que conviven en uno solo. Es lo que vemos en la siguiente frase, que hace alusión de modo muy condensado al padre “santo”, en sentido figurado, claro. Es la potencia de la frase, del lenguaje, de la analogía, de la metáfora, de la *paráfrasis* del lenguaje<sup>389</sup>. Es la esclarecedora frase: “mi padre cara de santo, es nulo, cero, él sí era capaz de dejar que me pase algo, él nunca hace nada, pone cara de santo”.

Se trata de las caras diversas que cambian con el sol y con el tiempo. Padre santo, pero nulo, inútil, “que deja que les pasen cosas a sus hijos”. Es una posición ética radical donde el padre es opuesto a eso que se espera de él: su responsabilidad y proximidad (Levinas).

---

<sup>388</sup> Toledo, F. Borges, J. L. “El peritio”. *Zoología fantástica*, México, Artes de México, 2013, p

<sup>389</sup> Sobre la paráfrasis puede verse el texto de Raymundo Mier: “La paráfrasis: juego, acción enunciativa y reconocimiento”, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales: *Discurso, teoría y análisis*, Núm. 32, Año 2012.

Puede haber también en esto una vertiente “perversa” enlazada a esta faceta. Es la combinación de un hombre aparentemente santo, sumiso, pura bondad, “cordero”, pero que es un tipo abusivo, “toqueteador” o más.

Es el sujeto al que denominamos también, dada la multivocidad de su situación sintomática: “padre-basura”, “padre-cordero”, porque a la vez que se presentaba como padre “modelo”, “sumiso”, “bondadoso”, “recto”, de “incuestionable reputación”, etc., era un abuelo tocador, paidofílico. Vaya contraste, como en los animales de Borges. Es el “padre basura”, para enfatizar ese costado oculto, retomando la expresión de su propia esposa que decía que “los hombres son como la basura, hay que sacarlos temprano”. Sacarlos sí, de la jugada edípica. Mascarada de la madre fálica, no por masculina, sino por su costado atrapante, incluso enloquecedor, como se pudo observar entre las hijas de esa madre que habían desarrollado estructuras sintomáticas fuertemente vinculadas a los síntomas de ella. Padre-“Cordero-basura”: blando pero perverso.

En la vertiente del padre “santo”, pura “bondad” podemos traer a colación otro ejemplo -aunque sin poder entrar a demasiados detalles por razones de confidencialidad. El de una mujer que nos habló de su padre, al que nosotros bautizamos de “santo”, precisamente, por ser un padre en extremo “bueno”, generoso, “dadivoso” comprensivo, “puro” (dar). Se trata de una familia de buen status socioeconómico producido por la gran entrega del padre. Pero también, de una estructura familiar muy religiosa. Sin entrar a los detalles clínico- estructurales diremos tan sólo que dos de las hijas se volcaron a la vida religiosa. Otra, haciendo “síntoma del padre”, contrajo matrimonio con un hombre que fue absolutamente congruente con esas prácticas del padre, es decir, trabajaba para sus negocios y recibía excelentes ingresos para el buen nivel de vida de la familia. Al cabo del tiempo este hombre fue descubierto de haber tenido relaciones amorosas con otras mujeres de la familia ampliada y, al final, tocamientos con las propias hijas cuando fueron muy pequeñas.



Nos preguntamos por los efectos de este padre “santo”, demasiado bueno. Como no se trató de un caso clínico no pudimos entrar a investigar y trabajar las diversas tramas significantes en lo *real* del síntoma “paterno-familiar”. Pero podemos decir en términos muy vagos quizás, que se trate del padre bueno que no hace corte simbólico, que no introduce límites al goce imaginario “extático”, por lo cual las hijas quedaron expuestas a la “consagración” al Otro. Otro absoluto que aquí colinda también con la locura de un Goce Otro, místico y también, con un costado perverso. Como Lacan mismo lo refiere a la *pereversion*: “una versión del padre, aquella que más se asemeja a la posición de un creyente, de alguien sostenido por la fe” <sup>390</sup>

### El “padre-light”

Es la serie con la que queremos ejemplificar a los padres que si bien se alejan del padre terrible, siguen estando también muy lejos de la función simbólica, pero instalados también en la órbita de lo imaginario. Y aunque se trate de padres “amigos”, “buena onda”, no dejan de tener afectaciones sobre la subjetivación y la sexuación. Es el padre “amigo” que llega a menoscabar la función simbólica en aras de mantener una relación amistosa con sus hijos al evitar los conflictos, y otorgando amplias concesiones con objeto de mantenerlos contentos. “Para que no se vayan a frustrar”. “Porque yo no voy a ser con mis hijos como mis padres fueron conmigo”, suele decirse. Es la dificultad de asumir el lugar de autoridad simbólica. ¿Cómo interpretar esto? No podemos decir demasiado porque se trata de una clínica profunda del caso por caso. Pero asoman diversos elementos, entre ellos de modo muy particular la evitación de la culpa. La culpa de introducir la ley simbólica, de no querer herir el narcisismo de los hijos. Pero también la de “cuidar su imagen”, su idealización respecto del padre. Y su propia circunstancia frente a la castración en el sentido de que cuando es citado a ponerla en juego, esa

---

<sup>390</sup> Ibid. A éste respecto véase la cuestión en el Seminario 16 de Lacan, Clase 23/6/69, subrayada por Eidelsztein: “El perverso es aquél que se consagra a obturar ese agujero en el Otro que, hasta un cierto punto [...] diré que está del lado de que el Otro existe, que es un defensor de la Fe”.

prueba lo intimida y retrocede un tanto. Cuánto y hacia dónde, cómo, etc., es algo que no podemos decir sin incurrir en demasiada generalización.

Pero los hijos esperan algo más que amistad de sus padres, buscan la dirección de ellos, sus límites. La castración, precisamente. Los ejemplos sobran. Son los padres ¡"de hoy"! Los padres actuales hijos de padres de una generación que quiso hacer romper con la autoridad y tradiciones simbólicas de sus padres y abuelos desde mediados del siglo pasado. Se trata de una transmisión blanda de la ley. Como los relojes blandos de Dalí. Son los padres "be light", "be cool", "don't worry, be happy", muy permisivos respecto de las reglas y demás observancias necesarias para una convivencia social respetuosa y menos hedonista e individualista. Estos padres actuales son más amigos de sus hijos en el sentido de padres en lo *imaginario* que padres en lo *simbólico*. Donde de lo que se trata es de la satisfacción narcisista del hijo (¡y de los padres! como diría Freud en "Introducción del Narcisismo"<sup>391</sup>). Esta condición narcisista promovida en la familia durante casi 40 años ha producido ese individualismo de nuestros días y el goce que lo acompaña. El individualismo esencial a ese goce del "just party", del "party harder", del "que no pare la fiesta", etcétera, etcétera. Padres-amigos que han incidido en que la autoridad simbólica no tenga la misma fuerza, donde los mismos padres son tratados a su vez como amigos, como iguales, llegando incluso a la humillación.

Este modo de relación que permea en la familia actual se ha vuelto un modo de *vínculo social* que apunta a la mezcla de una suerte perversión y locura generalizadas de nuestros días.<sup>392</sup> No se trata de las entidades clínicas clásicas, sino *modos de relación*, donde lo que menos aparece ya es la neurosis, pues como afirma Dufour (ya citado), el sujeto kantiano del deber y el sujeto freudiano de la culpa de los siglos XIX y XX parecen haberse esfumado en la posmodernidad. Sin entrar ahora a las diferenciaciones que Eidelsztein señala

---

<sup>391</sup> Freud, S., "Introducción del narcisismo". *Obras Completas, Vol. XIV*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

<sup>392</sup> Ver: Milmaniene, J. E., *Clínica de la diferencia en tiempos de la perversión generalizada*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2010.

muy bien respecto de las concepciones comunes acerca de la perversión, hay un costado en la perversión como:

“una falla en el funcionamiento de la ley o, como un deficitario cumplimiento de la función simbólica del Nombre-del-Padre” [...] donde los perversos quedan asociados a los psicópatas, los transgresores, los desafiantes de la autoridad o la ley” [...] o que creen que en la perversión se trata del funcionamiento del inconsciente o de la pulsión “a cielo abierto”.<sup>393</sup>

Lo cierto es que la época actual está atravesada por ese eje en el vínculo social. Por nuestra parte, recogemos la estafeta del costado perverso bajo sus diversas modalidades, como *voluntad de goce*. Los posmodernos no dejan de creer en Dios. Creen que el Otro no tachado existe s(A), colmando “su” -en sentido reflexivo- falta vía el fantasma que los hace creer en esa inversión.<sup>394</sup>

Es si se quiere pensar así, el delirio de infatuación del individualismo moderno de la locura de la era moderna. El delirio de infatuación podríamos pensarlo con esa posición de creerse ser el ombligo del mundo, que el mundo cambia al antojo de la propia ley del corazón. Es una contradicción: “Esto es el delirio de infatuación. O sea, un delirio, una locura de presunción o infatuación, que surge como consecuencia de depositar afuera la contradicción que es locura en sí, producto de la ley del corazón y el alma bella” (Eidelsztein, 2001)<sup>395</sup>

Infatuación, locura de sí puesta afuera. Y la infatuación del sujeto moderno, como engreimiento, auto-insuflación, autosuficiencia imaginaria, omnipotencia, narcisismo galopante, sentirse dueño de sí. Creencia “imaginaria” pero existente. Como en el “you only live once”, el famoso YOLO de nuestros días que los

---

<sup>393</sup> Eidelsztein, *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*, op. cit., p. 200.

<sup>394</sup> Ibid.

<sup>395</sup> Eidelsztein, *ibidem*. p. 91.

jovencitos usan como “principio” ético. Pura ética del goce, utilitarista, pragmática, como nos lo plantea Saettele.<sup>396</sup>

Es el narcisismo infantil (Freud) llevado al extremo, que los padres mismos instalaron en sus hijos por su pobre narcisismo desilusionado. Los padres contribuyeron al fracaso mismo de la autoridad simbólica. Qué paradoja de nuestros días. Las rajaduras de lo simbólico en lo real de la pseudo-autoridad actual.

Y ni qué decir de la tecno-ciencia que ha contribuido a subrayar la supuesta falta de actualidad de los padres a partir de una supuesta obsolescencia tecnológica. Eso ha producido que los abuelos y las personas mayores se sienten cada vez más segregados de los mercados que Lacan ya señalaba. “De los servomecanismos”, de los gadgets” que proliferan cada vez más y frente a los cuales resulta imposible estar suficientemente al día. Los modelos identificatorios se multiplican por todos lados en los medios de comunicación desplazando los antiguos ideales, los *grandes relatos* ancestrales propuestos por el Otro simbólico a lo largo de toda la historia. Y esto genera desesperanza, angustia, depresión, melancolía, locura, ambigüedad, inestabilidad, falta de piso simbólico que permita al sujeto sentirse apoyado, con dirección, etc. Son los grandes diagnósticos epocales que se han elaborado desde el psicoanálisis lacaniano y los sociólogos de la modernidad, por mencionar sólo algunos. Parece entonces que a los padres actuales no les queda más remedio que adecuarse a las demandas de “placer y goce” de los hijos. De ahí el: “es que si no los dejas van a parecer desadaptados”. Los puntos cardinales del orden simbólico se han invertido, “per(e)vertido”. Adaptación hoy es lo que antes era desadaptación. Hay una gran incertidumbre y una sensación de perplejidad por parte de los padres que no saben qué hacer frente a estos fenómenos. De ahí que a veces no les queda otra modalidad que hacerse “aliados”, “amigos”, “cuates” de sus hijos, pues de lo contrario corren el

---

<sup>396</sup> Saettele, Hans, “Ética y psicoanálisis”. En: Vargas, I.L.E. *Territorios de la ética*, México, UAM Xochimilco, 2004.

riesgo de verse excluidos. “Prefiero estar cerca para saber qué hacen” se dice frente a estas situaciones complejas.

### **Del padre blando -al- “padre humillado”**

Es una serie que muestra ese costado demasiado blando del padre que puede llegar hasta la posición de humillación. Sí, hasta el padre *humillado*, maltratado. Del padre tratado como objeto de desecho, como objeto “dejado”, “padre-basura” en sentido literal, realista. La pulsión en sus diversas transformaciones tiene aquí lugar como nos lo señala Freud en “Pulsión y destinos de pulsión”. El “hacer-se”, el “dejar-se” hacer, que llega y viene de lejos, del modo en que cada hombre pudo hacer algo respecto de la castración. De los modos y las vicisitudes que ahí tuvieron lugar. Y de sus destinos para convertirse en hombre. Estas vicisitudes impiden vectorizar el síntoma por un solo costado, unilinealmente. No se puede hablar de un costado sin incluir al otro. En este caso, de un lado la humillación, del otro lado el goce masoquista, la pasividad. Es para decirlo de un modo coloquial recurriendo al discurso ordinario que busca dar cuenta de ello: el “mandilón”, el “gutierritos”, tal como se estilaba decir hace varias décadas en nuestro país a los padres manipulados por sus esposas. Como sabemos, se trata del personaje de la Telenovela del mismo nombre, de Valentín Pimstein, cuyo personaje central era precisamente un tal: “Ángel Gutiérrez”. Léase ahí: el “padre-ángel” en una nueva torsión al extremo del “padre-bueno”, hombre muy “amable”, “comprensivo”, “dulce”, que “ama demasiado a su esposa”, “humilde”, etc. Ama entre comillas porque lo que está de por medio son los modelos parentales en torno del narcisismo, el Edipo y la castración. Y por qué no, los modos en que ese hombre tuvo que dar muestras de su modo de serlo en la pubertad, ¡y después! De la *prueba de la intimidación* como la llama Assoun siguiendo a Freud.<sup>397</sup> Acaso hombres-falo de la madre sin llegar al punto de la homosexualidad. Precisamente, “harto-amable”. Que ama y odia su amabilidad, ¡y a su esposa! He ahí la mezcla pulsional. Porque incluso en su aparente docilidad y masoquismo desata la ira y la

---

<sup>397</sup> Assoun, P.L. *Lecciones psicoanalíticas sobre masculino -femenino*, op. cit...

angustia del Otro y del otro, del partenaire-síntoma.<sup>398</sup> Su “habilidad” para amar por la vía masoquista. Vaya lógica amorosa de por medio. La degradación de sí mismo y del partenaire al colocarlo en un costado aparentemente sádico. Dicho sea, aunque el otro del síntoma se coloque ahí también de buena gana. Se trataría así de su partenaire “la reina”, la “reina-madre”. Darle “todo” a la esposa, su dinero y hasta su dignidad. Y esa otra del amor, rechazando lo que aquél le da, pues de eso se trata en las complejas y degradantes lógicas de la vida amorosa como Freud nos hizo ver.

¿Y los hijos? En ese melodrama televisivo, claro, “Julio César” y “Lucrecia”. Vaya personajes. Representan a los hijos crueles, engreídos, a esos a los que el padre no pudo despegar de la madre-reina, fálica. Los hijos del narcisismo acendrado, “que no respetan a su padre, por consejo de su madre quien les ha hecho creer que es un mediocre bueno para nada [...]”.<sup>399</sup>

Esta blandidez deja huellas profundas en la subjetivación y la sexuación que avientan al hijo al reino de lo imaginario. Genera estructuras narcisistas, individualistas, como las de los hijos de nuestros días, preocupados por su propio bienestar. La falta de autoridad simbólica firme, homóloga a la castración simbólica en la metáfora paterna, deja al hijo librado a un narcisismo a ultranza que se regodea en el goce materno o en su ley caprichosa. Pudimos entrevistar en varias ocasiones a un hombre de edad “madura” que poseía una alta calificación profesional pues era Asesor a nivel Internacional a nivel Latinoamérica en su materia. El gran problema con este distinguido hombre era que su esposa lo golpeaba, lo cual era para él muy penoso e inconfesable. Este hombre nos relató los episodios donde aquélla además de humillarlo verbalmente, lo golpeaba. Esta mujer había contraído ya matrimonio con otro hombre desde hacía años. A pesar de esto, la mujer seguía golpeándolo e impidiéndole ver a su hija. Esta situación tiene bastante presencia en nuestros días, con sus matices claro está, pues los hombres esconden dicha condición que es contraria a la ideología

---

<sup>398</sup> Miller, J.A. *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires, Paidós, 2008.

<sup>399</sup> Véase: [es.m.wikipedia.org/wiki/Gutierritos](http://es.m.wikipedia.org/wiki/Gutierritos).

fálica que pesa sobre ellos. A qué obedece esta condición, es algo que debe responderse en el caso por caso. La condición estructural acaso sea, como escribimos hace un momento, a su vez, el modo en que se jugó la función paterna en su infancia. La manera de subjetivarse la castración y sus desenlaces en la relación con el Otro sexo. Las pruebas de intimidación a las que esos hombres tuvieron que enfrentarse bajo sus propias condiciones psíquicas particulares. En ocasiones estos hombres y padres blandos tienen problemas anatómicos u orgánicos específicos. Pero en todo caso, es su imagen corporal inconsciente la que comanda en buena medida el modo de conducirse al respecto. No hay equivalencias universales. Tomadas en su condición de real, las vicisitudes frente a la castración y su imagen de sí, los lleva a pensarse indignos, impotentes, inferiores, etc., para ejercer sus tareas frente al Otro sexo, a la familia o incluso a nivel laboral y en el lazo social. Esto los pone en una gran desventaja respecto de la condición histórica que busca un Gran Otro para “reinar sobre de él” (Lacan). Cuanto y más esto. O acaso, hacer síntoma con ello.

Estos padres blandos o humillados hacen que la estructura y la disciplina familiar sea como los “relojes blandos” de Dalí, que son en sí un contrasentido, o como los “Monstruos blandos en un paisaje angélico” (de 1977<sup>400</sup> , en donde se ven totalmente vencidos.

No hay reglas en la familia que se sostengan sin cierta consistencia de la autoridad, si no hay ciertos principios y hábitos que se hagan seguir por los hijos de un modo más o menos “admisible”. Son los padres que muy difícilmente pueden decir ¡no! a sus hijos y a sus esposas, por las razones que sean, porque están asustados o sobrepasados por ellos o su mujer. No hay allí el “no(m)” del padre del que habla Lacan. La función simbólica es demasiado blanda.

---

<sup>400</sup> Dalí, S., "Monstruo blando en un paisaje angélico" (1977), En: Peinado, R.M. *Universo Dalí, 30 recorridos por la vida y la obra de Salvador Dalí*, Barcelona, Lunwerg Editores, 2003, p.41.

Como se muestra en el caso<sup>401</sup>, en el que a un joven de 16 años “intentaban contentarlo en todo. El aprendió que no tenía que esperar cuando quería algo y que todos, de una manera u otra, se adecuaban a sus necesidades... Mamá o papá sólo atinaban a decir: “Ay Juanito, por qué eres así hijo, no tienes que gritar... cuando intentaban ponerle límites, estos nunca fueron consistentes... le daban otra oportunidad... Oscilaron en darle fuertes castigos y levantarlos antes de que se cumplan o se contradecían a la hora de poner los límites”.

En nuestra época esto está bastante generalizado. Muchos hombres están en esa problemática. Incluso existen asociaciones de hombres “golpeados”. Los hombres viejos son la constatación más fehaciente. Son hombres olvidados, tratados como muebles que estorban. Hombres que se vuelven intolerables e intolerantes por su enojo frente a la humillación de que son objeto. Hombres “melancólicos”, “nostálgicos”.

Nos relataron el caso de un abuelo, hombre de edad avanzada que “tenía dentro de su habitación su propio ataúd”. Vaya modo de vivir. Tuvimos también el relato de una mujer adulta acerca de su padre de edad avanzada, que decía: “se la pasa peleando con su esposa, con mi mamá”. El llamaba a la esposa “la reina”, precisamente. Toda su vida se había dedicado “a complacerla”. Pero, al final, ya no la soportaba. Y para “desquitarse”, como él decía, le escondía por días o semanas ciertos utensilios de la casa o de ella (ollas, licuadora, perfumes, etc.) para hacerla repelar. Cuando aquélla le preguntaba dónde estaban, él contestaba: “no sé”. Vaya ¡“métodos blandos e infantiles”! Cuando es interrogado por las razones que se da acerca de ello, decide no volver a ser entrevistado. O el de otro hombre mayor, con una muy buena trayectoria profesional en el campo de la medicina y vida académica, quien también había dedicado su vida a satisfacer a su mujer y a la familia, luego de tantos años, dice ya no aguantar más a su mujer que se la pasa en la exigencia y no tolera que él ya no pueda seguir sosteniendo

---

<sup>401</sup> Chong, G. N. [www.rincondelospadres.blogspot.com/.../padre...](http://www.rincondelospadres.blogspot.com/.../padre...) “Padres que temen a sus hijos”, del 22 de marzo de 2012.



sus demandas. Al igual que en el ejemplo anterior, cuando le preguntamos acerca de los motivos de esto, decide no colaborar más con otros encuentros.

Están también los casos de hombres que habiendo sido directores ejecutivos en sus lugares de trabajo, luego de perder su empleo, se vienen abajo y se hacen blanco de malos tratos por la esposa y los hijos. O los de aquellos que no encuentran empleo por mucho tiempo y se convierten en una especie de "mueble", de "estorbo", se dice. O como el caso de una joven hija que dijo de su padre: “he sido la gestora de mi padre, para que mi padre sea reconocido porque no hablan de él [...] me la he pasado en la venganza, en la venganza de mi padre [...] pero no tengo que estar en la revancha y me doy cuenta que estoy metida hasta la nariz” [...]

Los padres-maridos buenos, por su parte, son reconocidos por su gran “bondad”, pero “en lo más íntimo de su conciencia”, reconocen llevar o haber llevado una vida muy insatisfactoria y hasta desdichada. Una mujer altamente complacida por aquél durante toda su vida matrimonial dijo: “es que su *hobby* era yo, su familia... toda su vida la dedicó a nosotros, no tenía vida propia”. ¡Vaya alabanza!

Pero nos parece necesario establecer una diferencia esencial entre el “buen padre” y el “padre bueno”. Acaso el primero sea uno más “balanceado” en sus “virtudes”, normalizador, pacificador en el sentido de la angustia edípica, incluso en cierto sentido permisivo sin llegar a los extremos de la gran complacencia a los hijos y a la mujer-reina como el segundo. Pero cuando esto falla, el reconocimiento se viene al suelo, al bote de basura.

### **“El padre-desterrado”**

Es una serie muy emparentada con la anterior, del lado de lo imaginario, del padre en su dimensión imaginaria. Pero aquí entran en juego también otros elementos. Se plantea acá la cuestión de la “ausencia” del padre en sentido radical. No se

trata de una condición abstracta ni de algo que de por sí produzca determinados resultados. La “ausencia” puede obedecer a múltiples condiciones y con ello generar efectos subjetivos diferenciados y singulares. No es lo mismo el caso del padre que tiene que emigrar a otras ciudades o países para buscar mejores retribuciones para el sostenimiento de la familia, que hacerlo por mantener relaciones fuera del núcleo familiar, etc. O como cuando el padre ha sido excluido, “desterrado” radicalmente de la familia por parte de la madre. Incluimos un par de casos donde hubo una exclusión radical al padre de la vida familiar por parte de la esposa donde los hijos muestran ya ciertos descalabros y hasta una verdadera tragedia. Ciertos detalles en los casos anteriores mostraron esto en alguna medida. Los “padres desterrados”, como los hemos denominado nosotros, nos parecen una figura extrema de los rompimientos radicales de la vida familiar. Es quizá una versión muy actual, “el otro lado de la película” de los divorcios como nos lo comunicó recientemente una colega. Es algo que se ve ahora muy frecuentemente. Son los padres que no pueden vivir más con la familia y ni siquiera pueden ver a sus hijos a pesar de que se trate de hombres que estuvieron o están muy involucrados en ella. Esa condición los obliga a tener que recurrir a medios legales o argucias de todo tipo para lograrlo. Son esas situaciones donde las “madres” tienen a los hijos bajo una especie de secuestro, de coaptación. Son las madres “Medea”, dispuestas a matar “psicológicamente” a sus hijos con tal de hacer sufrir profundamente al marido o exmarido, habida cuenta del interés de estos por aquéllos.

Así como tomamos el término “Hors-Père” de Lacan para referirnos a esas figuras donde el padre no asume una cierta posición propicia a su función, del orden del “deber-ser”, o “deber- hacer” (Greimas y Courtés)<sup>402</sup>, sino que actúan desde una posición opuesta, también se puede acuñar otro término para el caso de las madres que están muy seguras de su incuestionable título de Madre como gran Otro y de su trono de “madre-diosa”, llevando a cabo acciones que empeñan el futuro y el bienestar psicológico de sus hijos. Acaso sea más bien el de “madre-

---

<sup>402</sup> Greimas, A.J. y Courtés, J., *Semiótica. Diccionario Razonado de la teoría del lenguaje*, Gredos, España, 2ª reimpresión, 2006, pp. 262- 264.

Medea”, “*madre-o-diosa*”, haciendo alusión a dicho mito que mata a sus hijos en venganza por los engaños del marido. Dicha condición cierra el paso a toda posibilidad de acción del padre, sea al nivel de la vida cotidiana o a nivel incluso de la subjetivación y la sexuación, como veremos enseguida, a pesar del sufrimiento o los síntomas mostrados por los hijos y del pedido de auxilio de su parte.

Tenemos un caso comunicado por una colega, donde un padre tuvo un hijo con una mujer que le negó todo acceso y toda posibilidad de verlo e incluso de transmitirle el apellido, aún a pesar de haber recurrido a toda clase de recursos legales e incluso genéticos para demostrar que se trataba de su propio hijo. Y aún a pesar de que éste mostraba un gran interés por ellos y de que les ofrecía condiciones excepcionales de vida. Aunque en este caso no pudimos observar los efectos subjetivos de tal posición materna, sí se puede llegar a intuir una serie de posibilidades que no parecen muy deseables para los niños.

En otro caso, esa misma situación se da después del divorcio originado por la fuerte dominación por parte de la mujer de toda la escena familiar y de su gran indiferencia sexual hacia él durante años. Él hizo todo lo posible por conservar una buena relación con ellos en todos los ámbitos pero ni aun así. Dado el gran odio y la guerra de baja intensidad de la mujer hacia él, le fue cerrando todos los caminos, llegando incluso a poner totalmente a los hijos contra de aquél y a establecer un conjunto de medidas prácticas para impedirle verlos. Los efectos aunque aún no son suficientemente visibles, pueden observarse ya un conjunto de manifestaciones alusivas, como por ejemplo, fuerte aislamiento social, acendrado sometimiento a la ley materna caprichosa (Morel) y gran arremetida contra el padre. Es muy probables que estos transmitan a su vez dicho síntoma a sus hijos, si llegaran a tenerlos.

Y en otro mucho más dramático, trágico, el padre vivía separado de la familia por haber sido literalmente “corrido”, expulsado por la esposa. Aquí no medió un divorcio. Sobrevolaba un fantasma de abuso sobre uno de los hijos que no se

alcanzaba a visualizar adecuadamente y que se prestaba a toda clase de sospechas y acusaciones. Ello produjo una situación invivible que llegó a la expulsión radical de él por parte de ella, al punto de que él no podía pasar por ninguna razón a la casa a visitar a los hijos ni de verlos bajo ninguna circunstancia. Él tenía que aguardar a que ella no estuviera en casa para, literalmente, brincar la barda a escondidas para poder verlos un momento. Sobre el fantasma de abuso no pudimos obtener más elementos para aclararlo, dado el dispositivo de trabajo del que partimos en este proyecto. Pero la situación era realmente espeluznante por razones que los padres no alcanzaban a visualizar. Preparémonos a escucharlo. Lo que realmente sucedía nos fue confesado por el jovencito: el mantenía desde hacía cuatro años, desde sus siete años de edad, relaciones sexuales anales con niños de su escuela. Y de esto los padres “no sabían nada”, pues andaban por las nubes en sus disputas de dignidad familiar. Cualquiera hubiese sido la “causa” del síntoma terrible del niño, observamos que ambos padres aún arrastraban su propia estructura edípica no resuelta, pues mantenían inquebrantables vínculos cotidianos con sus propios padres, etc. Ninguno pudo introducir la función simbólica. Por el contrario, lo incestuoso parecía circular en las familias de ambos, y dicho fantasma estaba puesto en acto en el hijo. Lo que podemos destacar también, es cómo el jovencito se quejaba de que la madre no permitiera al padre visitar a la familia. Era un modo velado de solicitar “a gritos” la intervención de la función simbólica. Pero la ley de la madre - de la que ya hemos hablado aquí anteriormente- lo impedía.

El relato sobre Medea de la mitología griega ilustra perfectamente también ésta condición. En el cuadro de Eugène Delacroix (1862), se observa que la madre mantiene “secuestrados” a sus hijos, dentro de una cueva, abrazándolos, y con un gran puñal en la mano por si alguien quisiera acercarse a arrebatárselos. Es justo la alegoría de la madre que está dispuesta a matar y a matar a sus hijos, para que no se los quiten, por despecho frente al engaño del esposo. Para efectos de nuestro análisis, la analogía es perfecta en tanto que a ese tipo de madres no les interesa que sus hijos resulten seriamente perjudicados con tal de vengarse y hacer ver su suerte al padre. Conocimos otros ejemplos donde el destierro del

padre no se dio tal cual, pero sí la separación física, y los hijos muestran fuertes sentimientos de angustia, tristeza, añoranza, e incluso de inestabilidad que las madres no alcanzan a contener por sí solas.

**El “padre del reventón”:**

**“borracho, mujeriego y jugador”: ¡lotería!**

“Lo mío, lo mío, lo mío [...] lo mío... es chupar” nos dijo un hombre con gran sentido del humor y trato social. Este hombre simpático, es muy responsable y afectuoso con la manutención y el cuidado de su familia. Sin embargo, “por mi trabajo, dijo, no perdía oportunidad para la fiesta y salir de viaje de vez en cuando para poder tener mis movidas”. Hasta que por fin, luego de años de andanzas, “¡mi esposa me descubrió en una movida y que me pide el divorcio!”. El pleito no había terminado aún para el momento en que se nos relató esto, así que las consecuencias definitivas no tuvimos ocasión de saberlas a detalle. Pero por informaciones casuales supimos que “no nos divorciaron”. “Me perdonó”. Este tipo de situaciones parece ser una gran constante donde por un lado, el deseo masculino está puesto afuera y la esposa tratada como objeto prohibido del lado del amor, como Freud nos mostró en las lógicas de degradación de la vida amorosa, y por otro, parecen acabar así pues la mujer termina “perdonando” al partenaire para salvar su propio fantasma del Otro paterno y su identificación al goce materno, donde además hay muchos intereses familiares en juego. “Perdón” que no deja de traducirse en gran malestar y síntomas en ellas y la familia en general. A veces en descalabros, dramas o tragedias. Estos hombres “del reventón” y el engaño, no son necesariamente desobligados para con la familia. Muchos son muy responsables. Otros no por supuesto. Son las facetas de las versiones paternas.

Conocimos otro caso donde, relataba la mujer, conoció en su juventud a quien iba a ser su futuro esposo. En ese momento él tenía gran fama de gustarle el trago, de haber estado con muchas mujeres y amantes antes de hacerse novio y casarse

con aquélla; y de, además, vivir bajo el cobijo de su madre. Cuenta ella que durante años se resistió a casarse con él a pesar de las fuertes presiones sociales y de los denodados esfuerzos de él por lograr convencerla de que no incurriría más en esas prácticas. ¡Terminó aceptándolo! Y después de casarse, aquél volvió pronto a esas andanzas. Ella terminó corriéndolo de la casa y él, ¡de irse a vivir nuevamente con la madre! Las hijas quienes durante varios años habían sobrellevado la situación del padre, en los últimos tiempos habían empezado a desarrollar síntomas y problemas escolares importantes.

En otro caso, se trataba de un hombre con una ideología muy “liberal” bajo la cual había conducido a la familia y por lo que siempre hubo una gran permisividad en todos los terrenos, incluido el sexual. La esposa siempre consintió y disfrutó esa condición por considerar que era una familia “moderna”, “actual”. Luego de los años, los hijos fueron mostrando los efectos de esa ideología liberal en prácticas igualmente liberales. Más tarde este hombre dio un paso definitivo al abandonar a la mujer y a la familia para irse a vivir con la amante. Hoy la mujer se encuentra en una gran depresión, y los hijos, efecto de esa ideología liberal siguen los pasos del padre.

Otro hombre, gran empresario, mantuvo a su familia en un altísimo nivel de bienestar durante muchos años. Este hombre pasó toda su vida en la “bohemia”, en la parranda<sup>403</sup> con amigos, socios y oros ámbitos. Gran seductor llevó una existencia bastante disipada en el terreno de las relaciones sociales y amorosas. Cuidó muy bien de su mujer y su familia pero sólo en el terreno del bienestar -“ley del bienestar” (Phillipe Jullien). La mujer parecía vivir bajo un contrato de conveniencia y complicidad pues simulaba no importarle las andanzas de aquél a cambio del gran nivel de vida que les procuraba. Pero más allá del bienestar, en el terreno de la función simbólica y la sexuación, en el de los complejos entrecruzamientos identificatorios en materia de lo sexual, la acción de él tuvo desenlaces importantes. Al cabo del tiempo, la falta de una labor en este otro terreno, produjo que en dos de las hijas se constituyera una posición homosexual.

---

<sup>403</sup> Acaso se pueda descomponer el término en las parrandas del “parre”, “andanzas del padre”.

Desafortunadamente, hoy, ese hombre exitoso, seductor, de "la fiesta", llega al final de su vida en la quiebra, en el quebranto aquejado por los excesos de una vida sin límites.

### **El padre "sin sistema"**

Es socialmente el "último" grado de la serie del padre imaginario. Nos parece. El "padre cero", no en sentido absoluto como Lacan lo refiere al campo de la psicosis como: (Po) como forclusión del Nombre-del-Padre que sería la ausencia radical de su inscripción. Aquí no vamos a abordar esa estructura porque se requiere de otro tratamiento teórico que no hemos construido para los efectos de este proyecto. De cualquier modo, aquí tenemos una versión no muy lejana como función bastante nula del padre, pero que no es esencialmente la función "cero" de la psicosis. Aquí sí hubo inscripción del Nombre-del-Padre que impidió un anclaje en la psicosis y permitió, más bien, un viraje hacia una neurosis con un cierto rostro matizado por la perversión en sentido débil. Colinda también con otras versiones como las del padre "nulo", "inútil", "cara de santo". Pero aquí de manera muy clara, donde la función simbólica se encuentra en sus niveles más bajos. El padre "real" como pura imagen difusa de lo simbólico en sentido lato. El padre simbólico es una especie de idea vaga, un puro significante sin anclaje en el padre real.

Tenemos el caso de un jovencito de cerca de 20 años que se había quejado con su mamá de no haber podido tener relaciones sexuales con su novia recientemente -más grande que él. La madre se había separado del marido porque él "jamás pudo hacerse cargo de nada", ni del trabajo, ni del hijo, ni de ella. El padre, no trabajaba, vivía con su padre -el abuelo- y se la pasaba fumando marihuana con él, viendo TV y haciendo "quién sabe qué cosa quién sabe a qué se dedica", decía el joven. El muchacho vivía con ellos. El abuelo tampoco tenía empleo ni actividad clara pero se encargaba al menos de algunas cosas prácticas que el padre del muchacho no hacía. La madre del padre -la abuela- era quien sostenía a todos pero no vivía más con ellos. Incluso ella disculpaba y justificaba

ampliamente a ese hijo-padre. Lo defendía y lo disculpaba de los reclamos de la exesposa. La madre del joven, por su parte, se había cansado de la situación y se separó de aquél pero siguió aportando algunos recursos para la manutención del hijo. La novia, con una posición socioeconómica acomodada, también le brindaba bastante apoyo al joven. El muchacho había podido mantener un desempeño escolar adecuado hasta que eso empezó a empeorar cada vez más hasta el punto en que el joven tenía casi que abandonar el bachillerato, porque, como el padre y el abuelo, se dedicaba a hacer nada, a fumar marihuana y estar con la novia. En una entrevista el muchacho alcanzó a decir: “es que mi padre no tiene sistema, yo se lo doy”. En efecto, no había “sistema” simbólico. El padre-abuelo no aportó el “sistema”, el padre tampoco y, por tanto, el hijo se encontraba a la deriva. Eran las mujeres quienes introducían cierta regularidad. Era un ejemplo casi calcado del “padre bribón” como en la película de Demi Waterhouse que hemos citado. A excepción de que el padre del muchacho no se dedicaba a actividades ilícitas como aquél. Pero al menos el padre-bribón las tenía y ello le permitía una sobrevivencia existencial “autónoma”. Pero aquéllos, en lo absoluto. Los padres no tenían sistema, sino solo un conjunto de actividades encaminadas a sobrellevar una existencia precaria de puro placer. Como los padres del puro reventón de los que hemos hablado antes. Al menos esos padres reventados se hacían cargo de sus familias e introducían ciertos elementos de la función simbólica. Pero los “padres-sin-sistema” evidentemente no lo hacían. Qué habían introducido estos, nos preguntamos, que el muchacho había encontrado un modo fuera de la ley para allegarse de recursos.

El hijo no había recibido las insignias simbólicas del padre, ni siquiera las fundamentales para la supervivencia digna. Al menos en un cierto nivel que pudiese decirse decoroso. Y al parecer las sexuales de modo muy precario, en la medida en que cuando tuvo que dar muestras de ello, quedó expuesto. No es el caso de los padres que aunque muy instalados en la función imaginaria o aún en la “perversión” aportan ciertos elementos que permiten a los hijos desarrollar una existencia autónoma y medianamente decorosa. En cambio en este caso parece haber muy poco “sistema”. Otras frases parecen testimoniar también algo cercano



a eso: “a mi padre no lo acabo, no lo acabo... no puedo acabar de formarlo”. En efecto, el hijo formando al padre en sentido literal.

### **“Maestro de la desaparición”**

Ausencia o desaparición del padre. Figuras en la realidad y de lo real. ¿Qué efectos comportan estas modalidades? ¿Tienen el mismo estatuto? Veamos algunas expresiones. Dice L, un joven de 26 años frente a la pregunta de qué significa ser padre: “mi padre falleció desde hace, cuando yo tenía 4 años... pues hígole, como de ahí no tuve mucho que, o sea, por ejemplo yo padre ahorita como padre de mi hijo, puta madre, pues se siente a toda madre, ¿no? ¡yo siento que es todo! ¿No? o sea yo te puedo hablar más, [pero] yo de mi padre no te puedo decir gran cosa, y para mí significa una necesidad que tuve, ¿no? la necesidad de tener un padre, que me regañara, me dijera no, me enseñara muchas cosas, ¿no?”

Interesantes afirmaciones sobre aspectos que hemos comentado. Dice respecto de ser padre, por ejemplo, “puta madre, se siente a toda madre”. Sobre su idealización dice: “es todo, ¿no?”. Sobre el hecho de haberlo tenido por poco tiempo dice: “de ahí no tuve mucho”... “de mi padre no te puedo decir gran cosa”. E inmediatamente añade: “significa una necesidad que tuve” “La necesidad de tener un padre, que me regañara, me enseñara muchas cosas”. El sujeto reconoce su importancia.

Que no se le haya visto o no se haya vivido mucho con él, o haya muerto, no significa un balance igual a cero, aunque los sujetos digan: “de eso mejor ni hablamos”. O, “de mi padre no te puedo decir nada porque no lo conocí”. O también, “no te puedo decir porque no vive con nosotros”. O: “no tengo mucho que decir porque no tengo o no he tenido buenas relaciones con él”. Etcétera. El sujeto cree que no hay nada qué decir o prefiere no hablarlo porque el argumento psicólogo de la presencia o la ausencia física le dicen que cuando algo no está no hay mucho qué pensar al respecto. Hay en el imaginario materialista ingenuo la

creencia de que por no haberlo conocido o no haber vivido con él habría que “callar”. ¡Frente a lo que no se puede decir habría que callar! No, el psicoanálisis busca el medio-decir alrededor de la verdad aunque sea semblante y en ese trayecto el sujeto va descubriendo diversos vectores de su deseo, su goce y su síntoma.

Pero lo que es más llamativo, es que se piensa que eso es sin efectos. El sujeto sabe en el fondo que “de eso tuve una necesidad”. Y en efecto, la ausencia, radical o no, deja un hueco que el sujeto no alcanza a visualizar ni a definir bien, pero de eso el balance es una falta, un saldo negativo. No es que no haya nada como el sujeto cree. Es que no lo puede llegar a sopesar en sus alcances. Como cuando se dice que “se acostumbró a vivir sin él”, sin eso. El punto es qué tipo de armadura se constituyó en torno a esa “falta” en el ternario RSI. Qué clase de síntoma pudo dar cierta consistencia a las dimensiones paternas. Es justo el síntoma que viene a suplir la inconsistencia real-simbólico-imaginaria en torno al padre. Aquí encontramos una gran gama de casos. Desde aquéllos padres que aun estando dentro de la “escena” familiar se mantienen a relativa distancia de ella, hasta aquéllos que se desentienden casi totalmente inclusive en lo relativo al sustento cotidiano.

Como ejemplos de los primeros están esos aparentemente “simples”, donde el padre viaja mucho y está poco tiempo en el hogar y poco atento a las dinámicas que tienen lugar. O aquellos que, como lo dice la queja de la esposa y los hijos: es que “él no hace nada”; “no se hace cargo de nada de la casa”, “nunca juega con los niños”, “siempre llega y se pone a ver la televisión y se queda dormido”; en vez de salir se pone a ver el fútbol los domingos”. O aquellos otros, más comprometedores, en que el tipo sólo daba para “el gasto” lo que correspondía a su propio consumo. O esos donde no se sabía qué hacía el padre, en qué trabajaba, pero que “eso sí, es muy deportista”. Estos casos aparentemente inocuos denotan verdaderas posiciones existenciales (“ek-siste”: “ex-siste”) donde el padre se mantiene distante o ajeno no sólo a los procesos y condiciones relativos a la subsistencia cotidiana sino a los procesos simbólicos que dejan a los

hijos abandonados a sus propios recursos, frente a la angustia y frente a la angustia y el síntoma materno.

Están también los desafortunados casos en que el padre o la madre, o ambos, tuvieron que alejarse de los hijos para ir a otras ciudades o incluso a otros países para encontrar trabajo. Algunos de estos padres mantienen vínculos con los hijos eventualmente y envían recursos, pero otros, llegan a hacer vidas totalmente independientes, e incluso nuevas familias, descuidando totalmente a la primera. Como ese caso que hemos citado donde el sujeto dice: “es que de mi padre sólo tengo el olor de su camisa”, pues la familia no sabía bien a bien ni la situación del padre ni el futuro que les esperaba, etc.

O aquél otro donde una niña dice que “[...] tengo una foto de él con su familia [...] aún espero que mi padre recapacite y regrese y se interese en mí, porque él tiene otro hijo y dice que para él sólo puede tener un hijo” [...] a él sí le da juguetes [...] pero a mí no me da nada [...]

### **Los “padrillos-padrotes”**

Esta serie se ubica también en la dimensión de lo imaginario que predomina sobre lo simbólico pero donde el costado del goce del padre hace su aparición de un modo mucho más determinante.

### **Los “*da(n)dis*”**

Son aquéllos padres y hombres que se presentan como “dandis”, “caballeros”, sólo preocupados por su imagen y su goce. Son los “galanes”, que buscan conquistas sexuales frecuentemente y que no se ensucian las manos con los problemas y asuntos de la mujer y de los hijos y los abandonan pronto a su suerte, para irse con otras mujeres.

### Los “padrillos”-“padrotes”

“Dícese del animal que no ha sido castrado, y que por lo tanto es apto para la reproducción. Sin.: cojudo, entero, garañón, padrillo, padrote. Fig. Persona o animal macho de gran capacidad sexual. <sup>404</sup> Ej.: “Mi marido en la cama es un verdadero semental”.

Como ese caso que podemos calificar de “ejemplar”, “extremo”, sí, por lo exorbitante de la situación. Es un “padrillo”, suerte de semental, “que tuvo más de 20 hijos con diversas mujeres y no se sabe bien... con unas diez mujeres... tampoco supe... estaba con una, le hacía uno o dos hijos y estaba uno o dos años y luego se iba con otra...”

U otro donde un "padre" tuvo seis hijos con cinco mujeres pero a la mayoría de ellos no los reconoció legalmente. Al que sí, lo vio en muy pocas ocasiones pues además falleció. Hoy este joven hijo vive en una gran angustia e inestabilidad existencial y con una gran dificultad para tener novia o convivir con el Otro sexo.

Como también en ese donde un hombre había contraído ocho matrimonios y tenido tres hijos. "Es un abogado... que sabe llevar los procesos legales a su conveniencia", nos relató una exesposa.

Aunque haya "pocos" casos raros en que sucede esto con tal magnitud, no es poco común el hecho de que hay muchos hombres que tienen “hijos” con diferentes mujeres o diversas familias y los abandonan pronto. La “casa chica”, es la expresión común para referirse a esto. Las dificultades subjetivas y existenciales para “amoldarse” a estas situaciones suelen ser muy fuertes. No hay “buena adaptación” al respecto, sino por el contrario, se abrigan toda clase de resentimientos, odios y celos. Fuertes problemas en torno a la identificación y la convivencia con el padre, los padrastros o las madrastras, los medios hermanos, etc.

---

<sup>404</sup> *Diccionario A-z*. Fast Wombat, LLC. Apple. AppStore

En esta línea se encuentran también los que se van sin dejar huella o los que retornan fugazmente como cuerpos celestes. A esto alguien lo denominó “maestro de la desaparición”: pues se aparecía muy de vez en cuando y se desaparece por meses o años”.

Y algo que es verdaderamente ridículo y descarado en muchos de esos casos, es que luego de desaparecer por temporadas, quieren visitar o reincorporarse a la vida familiar y ser recibidos con gran afecto y admiración. Pero como no suele ser así, se indignan o se deprimen, “porque no se les trata como se merecen”. ¡Y hasta lloran por sus hijos!

### **Padre muerto y suplencias del padre**

Otra cosa es la muerte del padre o el padre muerto. Evidentemente, tiene otro estatuto que el de la ausencia, temporal o definitiva.

Una mujer hablaba de su marido como “el muerto”, no porque hubiese fallecido sino por referirse a él en un sentido absolutamente despectivo, porque quería hacer como si no existiera o no hubiese existido ya que había abandonado a la familia muy tempranamente pues se había ido con otra mujer. Pero esto tiene otras significaciones.

En el caso de la muerte del padre es distinto porque ahí es colocado en el lugar del *padre muerto* en sentido freudiano. Se convierte en una especie de figura mistificada de padre simbólico-imaginario según los lugares que cada hijo pueda darle. En general, el padre fallecido suele recibir las atribuciones a que nos hemos referido a lo largo del trabajo a partir de Freud y Lacan, como el padre simbólico, el “padre muerto”.

Veamos algunos ejemplos. Una mujer relató que su padre fue hijo de un militar. Que toda su vida había sido un tipo cruel, autoritario, arbitrario con la familia y con

ella. Que ella misma había sido tartamuda toda su infancia. ¡Hasta que él murió! Desde el momento en que éste murió ella dejó de serlo, recuperó la palabra. Pero habría que ver cómo se dio su muerte. El tipo, ese “padre”, tuvo el desplante sádico e inhumano, de pegarse un tiro en la cabeza frente al hijo e indirectamente frente a ella, ya que aquél preparó la escena de tal modo que ella pudo observar desde lejos el momento y el acto. Qué clase de “padre” es ese. No pudimos saber mucho más de la situación. Lo que ella nos comentó es que recuperó la fluidez verbal, pero que su hermano no había podido llevar una vida matrimonial satisfactoria desde entonces y había sido mantenido totalmente por la madre acumulando grandes deudas. La deuda impagable por la muerte del padre.

Tenemos otro caso donde se muestra la ausencia pero a partir de cierta suplencia: “bueno, al menos en mi caso, no tengo así, no tengo una imagen paterna real se podría decir, porque mi mamá es soltera, yo no conocí a mi papá, sólo lo llegué a conocer sí en foto, soy idéntico a él, pero nunca forjé una imagen de lo que tenía que ser un tipo de papá, porque tenía a mi mamá, tenía a mis tías, a mis tíos, que siempre me cuidaban, me daban el cariño... Dice: “me han estado dando ganas de ir a buscarlo no para reclamarle nada sino para decirle oye ¿tú eres...? No pues sí, qué crees, soy tu hijo, y que me diga, tú: hijo, ¡sí, tu hijo! ... yo soy tu hijo, y conocerlo así, pero no, para qué hablar mal de él, pues no, al contrario, darle un apretón de manos... en cambio así como en mi mamá, pues mi mamá es mi todo... estoy perfecto, nunca me faltó cariño, mis abuelitos, mis tíos, todas mis siete tías que tengo es como si fueran mis siete mamás, y pues no, nunca sufrí esa carencia, pero sí es un poco extraño así... y no sé, dices como una broma, ah, yo nací del huevo, o cualquier cosita, pero, hasta ahorita no he sentido así tan profundo lo que es...”

Vaya mixtura caótica hecha síntoma de lo imaginario-simbólico alrededor de la ausencia casi absoluta del padre. “Nunca me forjé una imagen” [... porque] tenía a [...] nunca me faltó [...] nunca sufrí [...] no he sentido tan profundo [...]”. En efecto, hubo una carencia radical del padre real que el sujeto advirtió y sufrió, pero donde pudo darse cierta suplencia que algo alcanzó a establecer y le permitió no

resentirlo demasiado, al menos aparentemente. Porque nunca puede haber una sustitución total.

De algún modo todos los registros tuvieron alguna consistencia y eso permitió una cierta suplencia que vino a meter ciertas prótesis en torno de la carencia. Los sujetos en general quieren creer que la ausencia del padre no deja huellas ni forja representaciones, imágenes, etc. Pero por el contrario, su falta deja un hueco incolmable, sobre todo cuando las suplencias son muy precarias. En el ejemplo, el sujeto busca ni más ni menos que su reconocimiento por el padre, constatar su filiación. Que lo oiga, que le diga, que lo nombre, ¡que lo reconozca! Que le ratifique su lugar, que le confirme ser un hijo del deseo del padre y no quedar a la deriva del desasosiego. Pero es también llamativo que el sujeto diga “pero no para reclamarle o hablar mal”. O sea de algún modo están ahí “debajo” los reclamos y los odios reprimidos al padre, pero el sujeto se conforma aparentemente con verlo y ser reconocido. Es la fe en el padre sin importar sus fallas, aunque el sujeto haya sido objeto de fuertes descalabros subjetivos y quedado a la deriva. Siempre subsiste una inquietud acerca de saber quién es el padre y cómo es. Pero sobre todo, saber qué se significa para el Otro. Si se es ama o no por él. Qué lugar tengo en su deseo. Si soy demandado o no para brindarle mis “ofrendas”. Y es allí donde se vienen encima como en cascada todas las desilusiones.

Como una jovencita que en la pubertad conoció a su papá y a la familia de éste. Pero terminó muy desilusionada al darse cuenta de la indiferencia de aquél que no la recibió como esperaba. “Para qué voy a buscarlo”. “Mi abuela me regaló un suéter y unos tenis viejos”. Esa abuela algo trató de compensar, infructuosamente.

En la línea de la suplencia que suelen ejercer los abuelos, a la pregunta de qué significa para ti ser padre, alguien contestó: “mi abuelito, porque siempre estuvo ahí y pues sí, otra cosa de mi padre pues no. No sé. Es alguien que te debe apoyar, que está contigo, que en algún momento difícil, él te estuviera apoyando...” La función paterna no puede no pasar sino por el “estar ahí”, por alguien que la encarna, que la asuma, y que la suplencia no alcanza a llenar. La

pura presencia algo alcanza a instalar, así fuese una representación muy inconsistente como en el caso del “padre sin sistema”. Saber que anda por ahí cerca produce determinado sostén y anudamiento significativo que puede corregir en determinado punto la estructura. Por lo menos en torno de la filiación, que tan importante es como para no sentirse sin lugar en el mundo o anclado en una gran angustia difusa.

Como en el caso de aquella mujer de edad avanzada que toda su vida había sentido la angustia de ser abandonada por sus hijos y su marido, pues ella no había conocido a su padre ya que había sido producto de una relación pasajera de su madre con él y porque esa madre no se hizo cargo de ella sino los abuelos, y que nos dijo: “es que yo creo que ese señor era mi padre porque me regaló unos duraznitos”. Ese detalle insignificante de los duraznitos algo le significaba como para no sentirse totalmente a la deriva, aunque por supuesto nunca le fue suficiente. Afortunadamente al quedar al cuidado de los abuelos, algo pudieron introducir del orden de la suplencia.

De los padres “sin sistema”, “terribles” o “mono-pólicos,” “santos”, etc., algo se instala y se puede predicar. Ello puede llegar a impedir el estancamiento del lado de la psicosis. El sujeto dice al respecto frases como: “pero era mi padre”, “así era”, “no lo acabo pero...”, etc., lo cual permite inscribir al menos al sujeto en la cadena generacional y del orden del deseo y la afirmación simbólica. Es una apreciación general, claro.

Al respecto de la condición de la muerte prematura del padre o de su ausencia total, se puede decir también que algo del orden de la suplencia se establece, no sin que tenga ciertos efectos que a veces pueden ser graves. Es el caso de la jovencita que nos dijo “es que de mi padre sólo tengo su nombre” pues éste la abandonó cuando ella tenía apenas un par de meses de edad. Por lo cual ella y su madre tuvieron que refugiarse con los abuelos y los tíos maternos, y estos algo alcanzaron a inscribir, aunque con bastante deficiente por cierto, pues no la libró de quedar atrapada en una gran agresividad especular entre la madre y ella,



desasosiego y negativismo que se expresarían más tarde en forma violenta de crisis y episodios del orden de la psicosis.

Visto así, ni la “ausencia” ni la muerte del padre pueden ser reducidas a epifenómenos del orden social o psicológicos. Las suplencias instalan algo que permite el interjuego de las dimensiones del padre que posibilitarán una vida más estructurada y estable para el sujeto. La categoría de “proximidad” de Levinas permite dar cuenta de la importancia de lo paterno para la vida de los hijos. Preferimos recurrir a ella que al término de “ausencia” que representa un gran reduccionismo de los amplios y profundos procesos que tienen lugar allí. El término de “ausencia del padre” remite a la presencia en sentido físico, como si a ello pudiese reducirse la función sintomática paterna. La ausencia es así pensada en un sentido psicológico “ingenuo”, superficial, como conciencia actual que sólo da crédito a contenidos presentes evidentes. De ello dan cuenta los comentarios de los sujetos que han carecido del padre, por muerte, divorcio, separaciones, etc. como cuando afirman: “Es que de mi padre no puedo decir nada porque no vivió con nosotros, se fue...” etc.

La proximidad por su parte tiene que ver con la responsabilidad y otros procesos fundantes, no solo con la distancia o la presencia física, pues hay padres que aunque estén presentes en el ámbito familiar, su función deja mucho que desear. Por el contrario, hay padres que aún divorciados, por cuenta propia o no, mantienen con sus hijos fuertes vínculos. Que no es el caso de los que desaparecen por semanas, meses, temporadas o años y no mantienen con sus hijos relaciones de ningún tipo. Son los “maestros de la desaparición”.

### **Las *Estirpes* del padre perverso**

Como hemos dicho ya, se trata aquí de las estirpes en sentido literal. De la estofa verdaderamente terrorífica del padre perverso. No ya, quizá, como una condición aislada y emparentada con otras, sino en un sentido mucho más estructural. La

imagen de Max Ernst (1937) "Los Bárbaros", aporta una imagen muy alusiva a esto monstruoso.<sup>405</sup>

### **Los padres monstruosos. El monstruo de Amstetten**

Nos hemos referido ya al caso "Fritzl" de Austria, el llamado "padre monstruo de Amstetten", "Das Inzest-Monster", el monstruo incestuoso. Es un caso paradigmático. "El" caso muy probablemente. Como se sabe, encerró a su hija en un subterráneo de la casa durante 24 años y abusó sexualmente desde que ella tenía 11 años, período durante el cual dio a luz siete hijos, "e inclusive tuvo un pareja de gemelos, uno de los cuales murió poco después de nacer y fue incinerado por el propio padre-abuelo". "El mantuvo aislada a su hija desde que tenía 18 años".<sup>406</sup>

La puesta en escena del tal Fritz que hizo de su hija una madre para sus "hijos" (hermanos en última instancia) pudo inducir algo de estructuración en torno del Nombre-del-Padre, al menos durante cierto tiempo en los hijos que no sabían de ello. Pero el descubrimiento por parte de los hijos de esa tragedia no dejará de ser una catástrofe innombrable que podría inducir a la locura o a la psicosis en tanto no hubo allí sino un monstruo, un pseudonombre. Eso podría derribar el precario sistema simbólico que se erigió. Si se dio. Jacques-Alain Miller dice que lo que sorprende del caso, lo excepcional, es la tenacidad, la constancia, la resistencia. "Él era a la vez un Padre severo, el Padre de la ley [...] un Padre gozador, fuera de la ley [...] era sin duda un estafador [...] el caso presente se distingue por su atmósfera de obediencia ciega [...] Fritzl: criminal quizá, pero

---

<sup>405</sup> Ernst, M. "Los bárbaros (1937), en: *Surrealismo*, Visual Encyclopedia of Art, Italy, Scala Group, 2009, p. 131.

<sup>406</sup> Ver: [es.wikipedia.org/wiki/Caso\\_Fritzl](https://es.wikipedia.org/wiki/Caso_Fritzl)

Korreet ante todo. En regla. Ni una vacilación. Sin inconsciente. Sin sentimiento de culpabilidad [...] <sup>407</sup>

Sin llegar a analizar el caso en un sentido biográfico, asunto por lo demás interesante<sup>408</sup>, queremos resaltar aquí las paradojas del caso que muy bien pone al descubierto Miller. Tenemos la estofa que apunta hacia el Padre ideal terrible: el “Padre” *severo*. También al *Padre de la ley*, subrayándolo, que nosotros llamamos el padre orangután. El Padre *Korreet* una especie de *padre-santo-pederasta* como veremos a continuación. El Padre *Gozador* el padre monopólico que goza de la mujer y las hijas. El Padre *estafador*, que al mismo tiempo subrepticamente burla todas las reglas. Vaya mezcla explosiva:

“Lo que sale de lo común, dice Miller, es la regularidad invariable de un acto inmundo, el método, la minuciosidad y el espíritu de seriedad investido en el cumplimiento solitario de un crimen único que se extiende durante un cuarto de siglo. Ni un error, ni un paso en falso, ni un acto fallido. Total quality [...] cualidades eminentes tradicionalmente atribuidas al carácter germánico”<sup>409</sup>

Sin inconsciente, sin culpa. Pero dado el “extremo dominio de sí en el crimen y de la duración del delito, la irresponsabilidad no va de suyo”, dice nuevamente el autor. No se trata simplemente de actos en sentido general, como podría ser para otras *versiones*, sino de un verdadero crimen de un sujeto colosal. Es un caso paradigmático sobre todo por el cálculo y la magnitud del crimen. No es un crimen cualquiera. Tiene tintes muy particulares, pero se puede poner en cierta continuidad con otros casos que comentaremos ahora.

---

<sup>407</sup> El caso Fritzl. Entrevista a Jacques-Alain Miller (Paris), Blog del Psicoanálisis lacaniano en España, 17 de mayo de 1908, [www.blogelp.com/index.php/el\\_caso\\_fritzl\\_entrevista\\_a\\_jacques\\_alain\\_miller](http://www.blogelp.com/index.php/el_caso_fritzl_entrevista_a_jacques_alain_miller).

<sup>408</sup> El caso Fritzl: El monstruo de Austria, Revista Digital de Humanidades, Octubre de 2011. [www.redh-udemmm.blogspot.com/2011.../el-caso-fritzl-el-monstruo-de-austria-html](http://www.redh-udemmm.blogspot.com/2011.../el-caso-fritzl-el-monstruo-de-austria-html)

<sup>409</sup> Miller, *ibid.*

Podríamos mencionar aquí una serie de casos y de estadísticas a nivel nacional e internacional para ejemplificar la dimensión del fenómeno como el del libro de Rodiles que hemos citado, pero nuestro interés no es hacer periodismo ni sociología, pero mucho menos compasión mórbida. Tan sólo mencionaremos un par de ejemplos. En uno se dice que en estadísticas recientes de la UNICEF, se observa que hay 150 millones de niñas y 73 millones de niños que han sido víctimas de algún tipo de abuso sexual antes de cumplir los 18 años, además de que el abuso sexual y el incesto es la forma más común en el 65% de los casos y los agresores más frecuentes son el padre o padrastro (28%), el tío (18%), el hermano (12%), el sacerdote, maestro o abuelo.<sup>410</sup> El otro es un Cuadro Estadístico de la Dirección de Estadística de la Presidencia del Tribunal de Justicia del Distrito Federal, que va de 2011 a 2013, sobre diversos casos de abuso sexual y explotación infantil.<sup>411</sup> Se dice sobre los Delitos y la Violencia en la familia en México, que entre 2009 y 2011 se denunciaron 33, 795 casos. Entre los delitos más denunciados se encuentran: las categorías de “Incumplir obligaciones de asistencia y convivencia familiar” (casi la mitad de los casos). Están también los de Violencia intrafamiliar; los “Delitos de Corrupción de Menores e Incapaces”, “Abandono de Familiares y Sustracción de Menores e Incapaces”, El resto está tipificado en las de: “Estupro”, “Explotación sexual de menores e Incapaces”, “Incesto y Exposición de Menores e Incapaces” entre otros<sup>412</sup>. El incesto es cometido en el noventa por ciento de los casos por familiares.

Por nuestra parte hemos recogido a lo largo de años diversos casos vinculados a la faceta incestuosa del padre, del padre “abusador, del padre “marrano”, pero para no incurrir en la “banalidad” que caracteriza a nuestra época, pero sobre todo por respeto a las personas implicadas, no los detallamos aquí. Tuvimos noticia personal de “padres” que abusaron durante años de sus hijas. Y las madres lo

---

<sup>410</sup> [www. Reporte.com.mx](http://www.Reporte.com.mx) reporte 98.5 fm. 4 de mayo de 2013

<sup>411</sup> Ver [www. Infodf.org.mx](http://www.Infodf.org.mx) Comunicado de prensa. Boletín DCs/220/13. 24 de noviembre de 2013. “TSJDF Debe entregar estadísticas sobre delitos cometidos contra menores de edad”.

<sup>412</sup> Excélsior, 5 de Marzo, 2013, p. 23

sabían y no lo denunciaron jamás, como suele suceder en la mayoría de las veces.

**Las santos-padres-pederastas:  
"sacer-dotes" y "sa-cerdotes"**

Esta *estirpe* en particular debe llamar nuestra atención en la medida en que se trata de los supuestos "representantes de la moral en el mundo", de los "macarras de la moral". Los "padres de la iglesia": los sacerdotes pederastas de la iglesia católica. Son los sumos "sacer-dotes", o mejor, los "**sa-cerdotes**" pederastas. Son verdaderos crímenes por su costado inconcebible e indecible.

Un caso ejemplar, como sabemos, es ni más ni menos que el del "Patriarca" de los Legionarios de México: "Marcial Maciel, acusado de haber cometido diversos delitos de carácter sexual durante décadas". Otro de reciente aparición: el de un tal Eduardo Córdova, sacerdote de San Luis Potosí, quien es acusado de "multi-violador, con cerca de una veintena de niños: "Abuso sexual calificado, corrupción de menores, y privación ilegal de la libertad", prófugo de la justicia y, quien "lleva 30 años abusando de niños y jóvenes, en todas las instituciones en donde ha trabajado"<sup>413</sup> Es la ley en su costado perverso, gozante, que puede llegar a proteger y encubrir, como sabemos, los atropellos más flagrantes.

Son los "padres-sacos-cerdos". No nos confundamos. No alcanzan nuestro epíteto alegórico de "padre-santo-síntoma". Es una de las más flagrantes contradicciones en torno a la paternidad. No le dedicaremos espacio aquí, para no hacer de esto un asunto banal. Requiere ser abordado en otro contexto con parámetros mejor delineados que los que hemos preparado para nuestra presentación.

---

<sup>413</sup> Univisión Noticias. The Associated Press, Junio 01, 2014, 10:20 am.

***Padre simbólico. "Especie en extinción"***

Como planteamos desde el capítulo uno, el padre simbólico es el padre de la ley, el padre ordenador, normalizador, "pacificador". Es aquél cuyo Nombre, cuyo No(m) permite organizar, estabilizar los intercambios. Aquél cuya operación metafórica en torno del goce materno puede, al menos medianamente, operar la traslación del encierro en las fauces incestuosas al mundo del deseo por el otro sexo. En la medida que él está en el reino de lo simbólico funciona como referencia, como institución reguladora del lazo social.

Ello no quiere dar a entender ninguna apología o nostalgia por el retorno de figuras autoritarias de la cultura: líderes autocráticos, soberanos, padres funestos. Aunque de hecho se da y se reclama de muchos modos. Es el discurso político por excelencia. Pero ese padre Uno está agujereado por su goce. La historia de la humanidad da cuenta precisamente del movimiento constante de sus excesos, su descenso y de su cuestionamiento, su insuficiencia.

Por eso Lacan al final de la obra pondrá de realce lo real, en la medida en que lo real no deja, no ayuda, es imposible para lo simbólico. El lenguaje rodea lo real, sólo permite cercarlo. Lo real del síntoma se impone, lo real del padre se impone, permítasenos subrayarlo, en tanto que el goce en lo real no puede ser extirpado simbólicamente, apenas medio-drenado, medio-dicho. Y lo imaginario no deja de colarse en eso que el fantasma hace creer ver para el sujeto. Lo imaginario que tiene estatuto de real en el fantasma vela el goce del Otro.

La función pacificadora del Nombre-del-Padre en el Edipo permite acotar la angustia vinculada al incesto y a la castración, y a la locura de la madre, a su "ley". Cuando los hijos están expuestos al goce incestuoso, a la "locura" materna, a la "ley de la madre" (Genevieve Morel) muestran fuertes síntomas motorizados desde esa angustia.

Tal como nos lo decía una madre cuyo esposo había fallecido en el terremoto de 1985 en la Ciudad de México. “Es que lo que más se siente es mucha angustia para educar a los hijos”, nos relató.

Tenemos que tener muy presente que el padre simbólico, si existiera Uno, no se presenta sino a través del padre real, que lo encarna. El padre real es su representante y gestor. Pero el padre real se juega desde las marcas de su propia historia y sus posibilidades estructurales.

Decimos “especies en extinción” porque parece que asistimos cada vez más a una suerte de destitución, a una desinstitucionalización de lo simbólico (Dufour), a un orden simbólico “que no es más lo que era” (Miller), a una sociedad del goce. En ese sentido, la autoridad simbólica que encarnaba en diversas figuras, parece estar cada vez menos presente. Podríamos decir que hoy no se trata del padre simbólico sino del padre del goce. En todo caso, del padre-goce, del goce-padre. El organizador es el goce, que de ningún modo implica pacificación sino locura y perversión generalizada, esquizofrenización, depresión y melancolía. Diagnósticos de la subjetividad actual. La dimensión simbólica paterna ocupar hoy un lugar bastante secundario en la escena familiar pues el placer narcisista inmediato y el goce permanente ocupan la primera fila.

### **Dios-Padre - Padre Simbólico**

“Papá, por qué Dios está fuera del mundo”, le preguntó una niña a su padre. ¿Gran intuición infantil o constatación? Qué responder ante semejante enigma. Enigma eterno. Es la excepcionalidad, incluso de lo simbólico respecto de la realidad y lo real en última instancia. Esta observación podríamos articularla con el planteo nietzscheano del “dios ha muerto”; o con los de Bataille del “Dios está fuera de la casa”; o los de Lacan acerca de que “dios es real”, es decir, ex-siste, “ek-siste”, existe fuera, es decir, es imposible.

El padre simbólico está fuera del alcance. No está entre nosotros sino como significante, como significante puro: sin un nombre único que le sea conveniente. De ahí sus nombres diversos, (in)distintos a la vez. El gran Otro simbólico se retiró a las alturas. Nunca desciende. Que allá se quede para que siga sirviendo de referencia. Incluso no habla. Es voz pura. Significante que sólo puede tomar cuerpo a partir de las otras dimensiones. Lo simbólico quiere "ex-presar" lo real pero no se agota por él. Lo imaginario inmerso en lo simbólico lo deja suspendido en una y mil significaciones posibles.

Tenemos los *nombres-del-padre*, que no están al mismo nivel que el Nombre-del-Padre. Los *nombres del padre* son "pseudónimos" en el pleno sentido de pseudo. No son aquél. Son suplencias que responden por aquél, pero que no pueden hacerse cargo por sí solos de todo el peso de la demanda simbólica de la que se les hace depositarios. Pura nominación que no alcanza a dar cuenta en lo real de la función. Él tiene que permanecer indeterminado, oculto, pues si se dejara descubrir se le "con - fundiría" con lo humano, se haría objeto de las denuncias de la falla de su función, de su inconsistencia. De allí que el sujeto haga votos por mantenerlo intachable no suponiéndole ningún goce. Sus sacrificios lo mantienen en las alturas simbólicas. Es la *pereversion*.

Pero hoy, "dios no es más lo que era", parafraseando la frase de Miller: "el *Orden simbólico* no es más lo que era" porque vivimos en el "desorden de dios" (Bataille), en el desorden de lo simbólico. Este desorden es representativo de su falta de consistencia. Vaya precariedad. Tenemos que habérnosla con verdaderos remiendos de la función. Con suturas. Eso es lo que representan los nudos en Lacan. Amarraduras artificiosas que no terminan de absorber y reabsorber el goce.

Tenemos en lo real de la función, a los papás, a los *atta*, a la gama de los padres de los cuales hemos dado algunas muestras. Nadie está a la altura de dicha función. De ahí que las debilidades humanas sean proyectadas sobre el supuesto poder del Dios supremo.



El padre simbólico que se encarna en el *padre real* en el *Seminario Las formaciones del Inconsciente*, si nunca fue suficientemente consistente, hoy lo es... mucho menos. Es la escena cotidiana posmoderna del goce del padre. El *padre real* del *Seminario El Sinthome* es el padre real pero en tanto imposible en su dimensión simbólica. El *sinthome* es, precisamente, un modo de “re-funcionalizar” al sujeto, dada la falta de consistencia del Nombre-del-Padre y de los *nombres del padre* con los que se pretende suplir su función.

Entonces, ¿qué tenemos del padre simbólico en la vida cotidiana? Pues papás que se acercan a una suerte de regulación, pero *no-toda*, con todas las tensiones que ahí se dan cita. Como el padre simbólico-ideal brilla por su ausencia el sujeto vive en continua inestabilidad, en una interrogación interminable sobre lo real. Estamos enfermos de real dice Lacan. Podríamos redondear este punto diciendo con Lacan que la función paterna, que el padre, el Edipo, la realidad psíquica: “El complejo de Edipo es como tal un síntoma. Todo se sostiene en la medida en que el Nombre del Padre es también el Padre del Nombre, lo que vuelve igualmente necesario el síntoma” <sup>414</sup>

### **La *pereversion* del padre**

Como hemos venido remarcando, no se trata del padre perverso en sentido clínico estructural. No es perversión declarada. Es lo que le atrae. Es el reverso del goce neurótico. En sentido estricto se trata, desde Lacan, de la fe en el padre, la creencia en el padre como ser intachable que sostiene y puede sostener, al mundo, al sujeto, al mundo del sujeto. Es el amor al padre aunque no el respeto, al menos no necesariamente. Hay las versiones.

Pero dado el caso, puede producirse una versión perversa. Otra versión. Situación posible en la medida en que puede haber cierta “inducción” del proceso perverso si se diera lo que Joël Dor (1987) llama la “ambigüedad parental”, donde la

---

<sup>414</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 23

castración simbólica no es puesta en funciones y el padre se juega en la indiferencia e incluso en una cierta complacencia perversa precisamente y, la madre, inmersa en un goce incestuoso, como el que se dio en el caso que nos presenta donde el niño:

“fue objeto de una adoración materna tan precoz como inextinguible [...] el padre no tenía casi ocasión de turbar este idilio maternal idólatra [...] este hombre no había conservado ningún otro recuerdo de su padre que el de su ausencia constante [...] al contrario, se acordaba con mucha nitidez de los numerosos intercambios corporales que mantenía con su madre en esa época. No solamente ella no tomaba nunca baños sin invitarlo a compartir sus abluciones, sino que toda ocasión parecía propicia para que se desvistiera en su presencia. Los cuidados corporales que le prodigaba, largamente, con una generosidad sin reservas, lindaban frecuentemente en la indecencia. En nombre del amor, caricias y toqueteos recíprocos eran la cuota cotidiana de este niño cuya madre, en tales ocasiones, no dejaba de decirle que él se mostraba muy sensible a ellas”.<sup>415</sup>

De modo entonces que la *pereversion* y la perversión se distinguen entre sí estructuralmente. La primera tiene que ver con las tendencias del padre y la creencia neurótica de su sostenimiento y la segunda con la entidad clínica en sentido estricto. Sólo que para la primera una acendrada indiferencia del padre y una cierta complacencia respecto de los juegos incestuosos que ahí tienen lugar pueden ser la condición inductora de la perversión. La *pereversion* está formulada estrictamente en el Seminario RSI como ese lugar donde el padre toma a la mujer como su *objeto a* ( $\$ \leftrightarrow a$ ). Es la derivación que ya estaba formulada antes. Ello impediría de cierto modo la posibilidad de que la madre y el hijo entren en esos juegos de complicidad. En ese sentido la *pereversion* no es la perversión necesariamente en tanto la mujer es tomada como el propio objeto sexual y las posiciones que ahí tienen lugar no se caracterizarían necesariamente por aquéllos otros propios de la estructura perversa donde el perverso se coloca en posición de

---

<sup>415</sup> Dor, J., *Estructura y perversiones*, Argentina, Gedisa, 1987, pp. 107 - 108.

objeto a. Al revés precisamente: (a <> \$). Las fórmulas de la sexuación en el capítulo sobre la Carta de Almor en el Seminario 20 dejan ver claramente esos lugares. En la perversión, la mujer como sujeto no está colocada en posición de objeto a, sino el otro perverso. "Kant con Sade" de Lacan y "Sobre Kant con Sade" dan cuenta de este posicionamiento<sup>416</sup>.

Ahora, el nivel, el grado o el punto de perfecto equilibrio entre los nudos R-S-I no existe. No hay anudamiento perfecto. No hay equilibrio en las dimensiones ni entre ellas. Y mucho menos equilibrio absoluto, sino en lo imaginario. No hay estructuras sin síntoma. "El síntoma es nuestro partenaire". Es lo que permite mantener unidas las dimensiones. Es lo normal, lo no(r)-mal, la norma. Se trata de dimensiones reales, en movimiento, no estáticas, impasibles. Y no habíamos destacado suficientemente esto. Cada una de esas dimensiones es en sí *real*. El nudo tiene un estatuto de *real*. Y el nudo de lo real abarca, representa en sí a todo el nudo en última instancia. Es lo que afirma Porge en relación al ternario paterno. Son reales en términos de que es imposible un nivel absoluto, ideal. Cada una de las dimensiones se mueve por sí misma pero anudada borronicamente a las otras. Tenemos predominancias, tendencias, versiones, tensiones en las dimensiones. Lo normal es la *pereversion* según Lacan. Sólo si hace de su mujer el objeto que causa su deseo puede mantener el padre a un nivel "conveniente" el oleaje de lo familiar. No hay la función simbólica ideal, la estabilidad absoluta, sólo en lo imaginario. Lo imaginario por su cualidad misma es imposible, pero existe. No hay grado en lo imaginario que pudiese ser considerado absoluto en relación con las demás dimensiones. Es lo *real*. Es *imposible*.

Visto así, lo que tenemos es la función de sutura del sinthome, un zurcido "a medida". Es lo que nos hizo pensar una joven que nos decía: "que el padre debe saber adaptarse para no entorpecer demasiado la vida". Su padre era precisamente un sastre. La paternidad absoluta no existe. La paternidad es imposible. La función paterna en lo real es imposible. La familia es una especie de

---

<sup>416</sup> Lacan, J., "Kant con Sade", en: *Jacques Lacan Escritos 2*, México, Siglo XXI, 2009. Y: Miller, J.-A., "Sobre Kant con Sade", en: *Elucidación de Lacan, Charlas brasileñas*, Argentina, Editorial Paidós, 1998.

imposible, de relación imposible. El *sinthome* es lo real. El síntoma es el *partenaire* que viene a suturar las fallas de las dimensiones, con toda su relatividad.

Hay un ideal de la *pèrefection*, sí, pero en nuestro imaginario. Y nos confrontamos y nos medimos con él todo el tiempo. Pero lo normal es la tensión contenida por el síntoma que anuda. Lo normal es el síntoma como decíamos desde Jacques-Alain Miller más atrás.

Por tanto el padre normal, pensamos, es aquél que normaliza a través de su *pereversion*. Pero ello supone introducir la castración y el deseo en la medida de la relación con el objeto causa del deseo. Cuál es en cada caso.

### **El padre orientado**

Este parece existir en lugares muy recónditos del acotado dominio de lo simbólico. ¿Qué podrá significar un supuesto virtuosismo en el contexto de la tensión que atraviesa lo familiar?

El imaginario social y una multiplicidad de discursos suponen una suerte de relación familiar armónica ideal. Pero hay un delirio acerca de lo familiar afirma Eric Laurent (ya citado). La familia es un imposible como instancia de relaciones armónicas. En tanto el padre es un *sinthome* no se podría hablar en sentido estricto de un padre equilibrado, exento de goce. Si el padre es el padre-síntoma, no se podría hablar de familia ideal, asintomática. Es un imaginario.

El *sinthome* anuda los "errores" y demás desfasajes entre las dimensiones. Pero ello no implica que dicho anudamiento elimine su falta de equivalencia. No equilibra la estructura en un sentido ideal. Es una suerte de corrección que no debe entenderse en el sentido de generar una armonía sin falta. La función paterna es sintomática e inductora de formaciones sintomáticas que no dejan de

ser formas de compromiso entre el deseo y el goce. El padre es en todo caso un "santo síntoma" como escribimos anteriormente, pero síntoma al fin.

Por tanto la *pèrefection* es un imposible. Los padres equilibrados en sentido radical no existen. Es la perversión neurótica sobre el padre: creer que no está tachado:  $s(\bar{A})$ .

Pero entonces qué hay. Padres reales cuya versión, cuya *perversión* se oriente en conjunto hacia la normalización del goce pero en los que ciertas dimensiones no ser tan acordes a dicho propósito. Se puede hablar de padres *orientados* en esa dirección pero no necesariamente asintomáticos. Eso se puede observar. Puede haber padres en los que su orientación no presente grandes exacerbaciones o monstruosidades que incidan o hayan incidido rotundamente en la formación y el bienestar de sus hijos y la familia. Padres cuya estructura coadyuva a la formación de síntomas menos comprometedores.

Visto así, más que padres virtuosos o ejemplares en sentido absoluto, total, tenemos esa orientación, tendencias, hacia. Es *una* perversión, una orientación hacia. Se trataría entonces de padres *orientados* hacia la normalización y pacificación en la medida en que el deseo, el goce y los conflictos no dejan de estar presentes en la tensión dinámica de la familia. Su función podría ser una condición para ese procesamiento.

Un hombre de los que entrevistamos que no se caracterizaba necesariamente por un ejercicio virtuoso de su función decía: "es que a mí me llegan los problemas de todos... ellos creen que yo soy su sirviente".

En efecto, la *función paterna* es puesta en jaque todo el tiempo por las dimensiones existenciales. Es parte del oficio. No se trata solo de nominación ni de cuidados y manutención. Eso ya es bastante, pero puede ser tangencial al goce de la madre y de los hijos. Como en esos casos donde había padres que habían procurado excelentes condiciones existenciales pero su ejercicio en torno

del goce había sido sumamente exiguo, dejando a los hijos librados a ese goce pegajoso.

El padre es y hace *sinthome* si puede mantener unidas las dimensiones subjetivas. Como lo decía la frase: "su amor no alcanza a estar unido", precisamente. En todo caso, el padre "ejemplar" si así pudiese llamársele con todas las reservas posibles, no es un padre absoluto. Es, si puede, un *sinthome*, remedio, "medio de remedio", medio-remedio al goce, sin que ello signifique proporcionalidad o balance ideal entre las dimensiones ni al interior de ellas.

Pero eso no impide que haya padres con cualidades que pueden ser consideradas "templadas" o hasta "virtuosas" que podrían inducir estructuras relativamente estables, funcionales. No estamos hablando de "padres perfectos, obsesivos, rígidos, legisladores, etc.", que colindan más con la dimensión imaginaria en su costado duro de padre ideal-terrible, sino como lo dice esa atinada frase que lo refleja muy bien: "el padre debe saber adaptarse para no entorpecer demasiado la vida". El padre de esa mujer es *sastre*. En efecto, el *sinthome* sería una especie de "traje a medida" y el padre una suerte de artesano atento a los negocios familiares.

En ese margen pueden establecerse ya ejemplos y ejemplos. No serían ya abstractos y vacíos por ideales, ficticios. Son padres "reales", terrenales, ejemplos de la función en su acepción orientada hacia lo "nor-mal". Pero esto, precisamente, no deja de ser "real" en el sentido que aquí le hemos dado, es decir, arduo, espinoso, ¿irrealizable, imposible?

Hay estos hombres literalmente dedicados a la familia, a su bienestar en amplio sentido, que aman profundamente a sus hijos y a su mujer. Hombres fieles, socialmente y laboralmente solidarios y responsables. Como hemos dicho, sus virtudes no necesariamente empatan con las demás dimensiones. En todo caso hay una orientación hacia.

Tuvimos acceso a algún(os) ejemplo(s) como "garbanzos de a libra", pues como dice Serrat, "conozco un amigo que dice que tiene un amigo que dice tener un amigo que un día fue feliz".

Un hombre que ha orientado su vida totalmente a su mujer, su familia y el trabajo, donde existen relaciones muy cordiales y de afecto, y donde tampoco ha habido serios descalabros o grandes desórdenes familiares, existenciales o subjetivos.

Hay todavía muchos hombres así, afortunadamente. Pero ya no es la mayoría. "Family man", hombres de familia, dedicados a su familia, y donde las dinámicas que ahí tienen lugar pueden ser consideradas, comunes, normales, estables. Quizá se trate de hombres ejemplares en la medida que su esfuerzo está volcado en gran medida al bienestar general de la familia y donde los problemas se sortean con una actitud responsable, a más de una cierta función simbólica normalizadora que alcanza a conducir y regular en cierto modo los destinos del conjunto. No es necesario abundar mucho en esto. En todo caso es del orden de las peripecias que buscan resolver los diversos problemas de la cotidianidad.

Conocimos un hombre al que podríamos considerar "ejemplar", en la dimensión ética. Hombre con familia quien desde su juventud y hasta hoy mantiene relaciones de padrinazgo con niños -ahora jóvenes- en México y otros países centroamericanos, a quienes les asigna recursos y becas escolares mensuales aún hoy. Nos relató diversos actos suyos de gran humanitarismo y solidaridad en el contexto de los conflictos armados en Centroamérica en esa época. Este hombre es reconocido por su gran rectitud y consistencia cívica en materia de política y economía nacional y por una profunda solidaridad respecto de sus familiares, amigos y allegados. Pero es un hombre que al poner en primer plano la ética de la ciudad ha llegado a poner en riesgo su integridad y la de su familia en ciertos momentos. Esta condición no excluye, como hemos dicho, que otras dimensiones se encuentren en cierta desproporción respecto de ella. Pero también en materia "simbólica" (la metáfora paterna para decirlo sencillamente, etc.) su oficio puede considerarse "nor-mal" en términos generales, claro está. Cuando le

preguntamos por qué razones se realizaban dichas acciones, de padrinazgo, civiles, etc., el hombre nos contestó "porque soy yo".

No interpretaremos esto, sólo queremos articularlo ni más ni menos con la *responsabilidad pura frente al otro* que plantea Emanuel Levinas de la que hablamos más atrás.

Estas virtudes, digámoslo de modo sencillo, no dejan de ser y hacer síntoma. Es nuestro "partenaire" (Miller). El *sinthome* es eso, una estructura *ad hoc*, una morfología topológica viva, real, en movimiento, pero cuyas transformaciones conservan y reflejan una estructura constante y actualizada.

### **El padre ¿"héroe"?**

Nos surge una última reflexión que no teníamos cuando elaboramos nuestra "Tabla Comparativa". Se refiere a la cuestión del padre como héroe, que nos surge a partir de las reflexiones de Hans Saettele en su texto: *Ética y psicoanálisis*<sup>417</sup>:

"¿Debemos ser héroes en la vida cotidiana, cuando estamos frente al perjuicio, al daño que causa uno a otro, por medio de la ofensa, del rechazo, de la decepción? Se nos ocurre sólo esta respuesta: podremos estar libres respecto de la figura del héroe, libres frente a este mito que se piensa en nosotros sin saber, sólo con la condición de que reconozcamos que la Cosa es precisamente aquello que la culpa, que el sujeto "pone", trata de mantener en lo inalcanzable. La ley ética, que requiere de la "puesta" de la culpa, es lo que le indica al sujeto que debe mantener con la Cosa una relación a distancia, pero sin renunciar al intento de representarla en su deseo"<sup>418</sup>

---

<sup>417</sup> Saettele, H., "Ética y psicoanálisis", en: Vargas, I. L. E., *Territorios de la ética*, op. cit.

<sup>418</sup> Ibid, p. 161.



No es que lo proponamos sino que está ahí en el imaginario social, como cuando se refiere tal cual: "mi padre era mi héroe", o, "creía que mi padre era dios", etc. Por eso nos lo planteamos como algo que puede ser pensado en el sentido ético. Existe una tensión, una ambigüedad casi imposible de reducir entre mantener la Cosa a distancia y no dejar de mantenerla en el deseo. Pero esta tensión recorre tanto al sujeto como al padre. La Cosa y el Otro a distancia pero a los cuales el sujeto les rinde homenaje en el fantasma a través de la culpa, el sacrificio, la cesión, el don, el síntoma, la *perversión*. Qué tensiones recorren las relaciones fantasmáticas entre los padres y los hijos, he ahí las paradojas abiertas para cada uno.

### **El analista-padre**

¡Demasiado freudiano! Imposible ir más allá del padre Freud.

## Capítulo 6

### “Para concluir”

*Porque el único sentido oculto de las cosas  
es que no tienen sentido oculto alguno  
“Alberto Caeiro”*

*Habría que estar tan poco al corriente de todo  
como un ángel o un subnormal  
para creer que la calaverada humana puede acabar bien  
Cioran*

No hay El sentido, el significado Único, La verdad, la mirada *total*, son formaciones imaginarios acerca del Otro, de lo Universal, incluidos allí "el" Padre, "la" Mujer, "la" relación armónica entre los sexos, "la" Familia. Son semblantes de verdad, de lo real. Ese Gran Uno no existe sino tachado: s(A). Tenemos significantes que no alcanzan a dar cuenta de eso que falta. Tenemos lo parcial, los fragmentos de real que lo simbólico le logra arrancar.

En ese sentido nos preguntamos si hemos podido reducir, decantar, cernir, producir algo que pueda considerarse al menos una suerte de reflejo, de chispa de lo real que pudiese considerarse esencial acerca del padre. Después de todo este recorrido qué se puede decir si de algún modo ya ha sido enunciado en el proceso. ¿Se puede operar una reducción de todo ese material tan vasto? Qué resaltar si cada paso dado representa una especie de peldaño, de logro.

El proceso es en sí importante, no sólo el punto de llegada. Fue un ejercicio, la puesta en práctica de un modo de fundamentar el acceso a las versiones del padre a través del significante. Es una fundamentación en extenso del análisis y el uso del significante en el contexto de la problemática social e histórica de la *función paterna* en nuestra época. Modo de acceso que no se puede desarticular del discurso psicoanalítico que le da su validez y consistencia teórica y epistemológica. Sin esto sí sería una descontextualización insostenible. No se pueden pensar las frases sobre las versiones del padre como frases célebres aisladas para uso corriente.

No se puede decir que se trate de “conclusiones” en tanto que no hay tales juicios absolutos y en tanto que las verdades son semblantes de real. La verdad es una suerte de equivoco, de malentendido en la medida en que sólo podemos medio-decir lo real mediante una paráfrasis interminable que gira alrededor. Se trata de “arbitrariedades y conjeturas” para usar una expresión borgiana sustanciosa. No se trata del “final”, sino de otro desplazamiento como sucede con todo significante que remite a otro significante. Visto así, se trata más bien de un “après coup”, de un giro que nos remite al punto donde las preguntas iniciaron para pensar si hemos podido interrogar al enigma y obtener algo de él. Si hemos podido franquear al Otro paterno que configura nuestro “fuero-interno” como un velo que nos impide ver lo que lo atraviesa y que hace que sigamos creyendo en él y su creación a todos los niveles.

Lo que fuimos encontrando lo incorporamos al hilo del texto. No hay sentido oculto que mostrar. Diremos ahora sólo unas cuantas palabras adicionales para hacer el corte que pueda dar lugar a nuevas aproximaciones a los dilemas encontrados. Lo que alcanzamos a avizorar no tiene nada que ver con un final y mucho menos con un “final feliz” pues lo que atraviesa al Otro, atraviesa y constituye a todo el edificio social, la cultura, la historia en su funcionamiento estructural. De ello no se puede derivar necesariamente ninguna clase de “alternativas de solución” como el pragmatismo utilitarista espera.

El desorden de la familia es inmemorial e inextinguible, consuetudinario, sintomático, porque siempre hay el desorden del Otro simbólico. El Otro absoluto que no existe no puede dar cuenta de lo real del goce de su dimensión perversa, que atraviesa al sujeto y a la familia en su trasmisión. Por eso quisimos denominarla “*zoología fantasmática del padre*” que remite también al texto: “El idioma analítico de John Wilkins”, de Borges, que:

“[...] refiere al Emporio celestial de conocimientos benévolos. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en [...] He registrado las arbitrariedades de Wilkins, del desconocido (o apócrifo)

enciclopedista chino y del Instituto Bibliográfico de Bruselas; notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo".<sup>419</sup>

Se aprecia en los textos de Borges que hemos venido citando, esa especie de "exorcismo de estilos" al que hace referencia Cabrera Infante, donde por ejemplo en este último, Borges juega, conjuga y condensa el estilo científico, el estilo histórico y el estilo de la ficción si se nos permite plantearlo así. Y, por qué no habríamos de recurrir a una transmisión de lo que aquí visualizamos en un estilo también condensado. Recientemente observamos cómo se ironizaba el estilo usado en psiquiatría como si se tratara de recetas de cocina. Otro exorcismo. Así, ¿por qué no hacer nosotros analogías usando no sin humor las subdivisiones borgianas de los animales del "Emporio celestial" yuxtaponiéndolas a las "subdivisiones" de nuestra *zoología* del padre? ¿Por qué no? Hay una analogía más allá de cualquier posible imputación de biologismo, o sobre rigor histórico. Estarían así: 1. Los que "pertenecen al emperador" ... esto es los que son o se creen ser emperadores o soberanos... y los que le pertenecen, trabajan para él y aspiran a ser como él: representantes, súbditos, simpatizantes, acarreados, etc. Por ejemplo la estirpe de la clase política con sus cúpulas y sus huestes de... La analogía es poderosa. Y allí, también, los "orangutanes", los "mono-pólicos", etc. 2. Los que "de lejos parecen moscas". Podríamos decir "mosquitas muertas", o sea... Es la perversión con todos sus ropajes, máscaras, jugadas, movidas... Sobresalen los "corderitos", los "sacer-dotes" o si se prefiere "*sa-cerdotes*", los pederastas, violadores, incestuosos. Los padres-marranos con sus "fucking friends". Incluso los infieles con sus mujeres, que se hacen pasar por rectos y les hacen grandes escándalos a ellas por la *mascarada* que constituye al deseo femenino. En cierto sentido la *pereversion* no sale tan bien librada en la medida en que muchos hombres se aprovechan de su condición de "ex-cepcionalidad". Bueno, está bien, "no-todos" -para no herir susceptibilidades- son de ese pelaje. "Se ruega cerrar los ojos" a los pecados del padre. Es la *pereversion* precisamente. 3. Están también los "perros sueltos"... Diríamos nosotros los

---

<sup>419</sup> Borges, J. L. "El idioma analítico de John Wilkins". *Otras Inquisiciones*. Buenos Aires, Emecé, 2005.

errantes, los rabiosos, los perdidos, los maestros de la desaparición que se aparecen eventualmente o por temporadas, o los "padr(a)stros" que se aprovechan de su condición para jugar su función "ad libitum", esto es, según la libido del momento. 4. Los que "se agitan como locos". Podríamos decir, los "sin sistema", los padres del "just party y el party harder", los que se hacen pasar por enfermos para no afrontar su "función". 5. Otras especies "no incluidas en esta clasificación".

Nuestro recorrido es un intento para dar con lo real del padre más allá de esas clasificaciones que emparentan más con la administración o la idealización del padre. En todo caso para dar cuenta más bien del *Emporio celestial* de Borges del que nos hemos servido. Para acceder al "bestiario" del padre *real*. Como fue evidente nuestra "Tabla Comparativa" no puede ajustarse a la lógica taxonómica del discurso universitario porque las "especies" que la conforman tienen otra lógica más acorde con ese "emporio". Y eso espanta por la doble razón de que no puede ceñirse a los parámetros del método dominante de las ciencias y porque el goce que habita al padre nos parece inconcebible. Una vez más, el psicoanálisis teniendo que acompañarse de otros saberes sin poder ser él mismo buen anfitrión para ellos. Filiación extraña respecto del saber "universal". Como hemos dicho también, el psicoanálisis como síntoma del discurso científico. En todo caso el ordenamiento obedece más a una lógica "a la letra", a la equivocidad y polifonía del significante. A lo que realmente se dice del padre y a los posicionamientos enunciativos del sujeto respecto de ello. Como lo ejemplifica muy bien la Carta al Padre de Kafka con esas frases "incandescentes" sobre el hijo. Se trata de metáforas *vivientes* porque se trata del *viviente*, del *parlêtre*, del sujeto de la palabra y el goce. Doble dimensión inextricable.

En nuestro recorrido durante años por los senderos de la función paterna, hemos encontrado tantos ejemplos de la función como padres hay, y cada uno constituido bajo una lógica singular que no puede subsumirse en taxonomías del "para todos" de la lógica dominante. Se trata de una "modalización fantasmática" propia, podemos decir. Nos preguntamos si la reducción fenomenológica explica a *un*

sujeto pues lo real no es radicalmente reductible porque no es puro. Lo humano en tanto está atravesado por el lenguaje no se deja reducir como los objetos con los que traba la ciencia. Aislarlo no deja de ser una reducción imaginaria, como todo lo simbólico acerca de lo real.

Se trata de *versiones*, de *nombres del padre*, de "padre-versiones", no de Una que lo incluya todo. Que se encuentren constantes no implica que todos están constituidos ni actúan del mismo modo. Se trata cuando mucho de semejanzas, de *lo particular*, que no de lo estrictamente singular. Por eso ciertas constantes en los casos nos llevaron a establecer ciertos "tipos" si así pudiese decirse, porque en estricto sentido no se trata realmente de tipos, sino de proximidades, analogías, entrecruzamientos, equivalencias débiles. No de una misma fórmula generalizable a "todos", ni siquiera en un determinado nivel.

Las formulaciones teóricas freudianas y lacanianas sobre el padre son sólo ordenamientos, horizontes, continentes conceptuales para pensar el "uno por uno". Ni Freud ni Lacan ofrecen clasificaciones. Fuera del trabajo de Jacques Alain Miller sobre "Los Seres Sexuados"<sup>420</sup> que intenta darle cuerpo a las fórmulas de la sexuación de Lacan, no conocemos otra construcción que se arriesgue a hacer estas equiparaciones. Nosotros nos expusimos demasiado, esperamos no haber sido demasiado condescendientes.

De hecho lo que tenemos son los ejemplos en lo real, la totalidad, lo absoluto no deja de ser una suerte de entelequia, desafortunadamente. La existencia del goce, sin dejar de considerar por supuesto las "condiciones objetivas" de cada uno, lleva al sujeto a armar su propia respuesta, su propia salida, su propia armazón sintomática. Que sea en cierto modo ordenable en conjuntos no elimina lo propio.

---

<sup>420</sup> En: Miller, *El partenaire-síntoma*, op. cit., pp. 277 - 318. El habla ahí de "reparto de tonterías", precisamente, porque cuando se trata de especificar algo que es del orden de lo indeterminado, lo que de ahí se deduce no puede dar cuenta de todo lo que está ahí implicado.

No hay tipos "puros" en tanto existe el lazo social con todos los procesos que están allí implicados. Pero ello no implica necesariamente una radical subsunción que elimine ni las diferencias ni las semejanzas. Es la extimidad inevitable del sujeto y el lazo social. El padre *real* se juega en varias dimensiones en la medida que está atravesado tanto por las condiciones socio-históricas del lazo social como por ser sujeto del inconsciente que hace síntoma con el Otro. La *división subjetiva* como le llama Lacan es del orden del síntoma respecto del Otro en última instancia. Recordemos: "el inconsciente es el discurso del Otro", "es la política", decía. Y ya en ello, tenemos de síntomas a síntomas, de estructuras a estructuras.

Hoy nos encontramos en una sociedad del goce, bajo las "políticas del goce" que vienen del Otro, del capital y la ciencia. Sociedad de la perversión generalizada autorizada por el Otro del goce. Incluso de la "esquizofrenización y la locura", y demás.

El padre simbólico es aquello que no se puede alcanzar en lo real. El padre simbólico como un horizonte. El padre simbólico es algo (im)posible. Una "especie" im-posible Sus buenos oficios de buen padre en la sociedad actual, "en la vida cotidiana, cuando estamos frente al perjuicio, al daño que causa uno a otro, por medio de la ofensa, del rechazo, de la decepción" como dice Hans Saettele, son prácticamente imposibles.

El oficio del padre respecto de la subjetivación y la sexuación están atravesados por esas condiciones pero también por el goce materno y del sujeto. En ese panorama, la *función paterna* se encuentra fuertemente aquejada y no se vislumbra bien a bien hacia donde nos dirigimos.

## **Sobre la familia venidera**

Y entonces, ¿"mañana qué"?

Nos preguntamos por la familia venidera en la medida en que el lazo simbólico se ha aflojado, reblandecido. Las fibras simbólicas del lazo social en tanto dimensión imaginario-simbólica tienen otro estatuto desde finales del siglo XX. Filósofos y sociólogos de la posmodernidad hablan precisamente de la naturaleza "líquida" de diversas dimensiones de lo social. Esto ha conmovido fuertemente las estructuras y los cimientos de la familia actual. Las exigencias de libertad de antaño se han convertido en demandas y voluntad de goce. No es lo mismo. No es nostalgia, es una radiografía. Este goce se halla generalizado a lo largo y ancho de la cultura actual por la gran diseminación a través de los "servomecanismos" (gadgets, redes sociales, televisión, etc.)

La familia nuclear moderna heredera de la familia tradicional implicó en su momento un giro respecto de los vínculos socio-simbólicos de ésta. Pero hoy, aunque aún tiene bastante vigencia, ha sido trastocada por los nuevos estándares pseudo-simbólicos.

La familia nuclear "clásica" aunque aún tiene cierta vigencia ya no constituye una referencia en términos simbólicos pues otros modelos han venido a diversificar y a trastocar los principios simbólicos que la atravesaban.

Los lazos simbólicos que aún subsisten en la familia son fuertemente cuestionados por los niños y los jóvenes actuales. Hay series televisivas norteamericanas que muestran no sin ironía su virulencia. Nos preguntamos por los modos del lazo simbólico en la familia venidera. ¿Qué se avizora?

El "desorden" que había caracterizado a la familia a lo largo de la historia ya no se puede pensar igual. Hoy no se trata, pensamos, de inercia "gradual". De simple acumulación. La subjetividad actual parece haber dado un giro sustancial hacia



otro estado de cosas. Nos parece que se trata de un trastocamiento de lo simbólico. Qué se espera de los efectos radicales desatados por la tecno-ciencia en el campo de la biología de la reproducción, de la mutación ambiental, etc. Aún no se puede dar cuenta de ello. Cómo impactara nuestra frágil subjetividad, nuestro débil pensamiento, nuestra “debilidad mental”. La familia y la función paterna son, a final de cuentas, significantes, cuyo sentido está abierto al caso por caso. La familia y la función del padre han dado un giro radical en las últimas décadas y no se puede determinar bien a bien su destino. La familia en el sentido armónico no es más que una entelequia producto de los discursos más ingenuos pero también de los más radicales. La familia es un imposible. Las relaciones familiares armónicas no existen. Nunca han existido. El síntoma que se arma desde de ahí sutura las contradicciones de su estructura. El *sinthome* es un intento de amarrar las dimensiones subjetivas en desarmonía. Tenemos familia, tenemos familias, tenemos modos de “relación” (que no hay). Tenemos padres cuyos *nombres* son diversos y no hay Uno que le venga totalmente. Tenemos *versiones* del padre.

Una última “re-flexión”, “a-posteriori”, “para concluir”. Se refiere a la posibilidad del diálogo del psicoanálisis con otros saberes. Nuestro trabajo arroja un modo de pensar la función paterna y la familia más allá de concepciones ambientalistas e incluso ingenuas que apelan, unas a los efectos de lo social sobre las estructuras familiares y el sujeto como si se tratara de objetos inertes y, otras que siguen soñando en su relación armónica.

El sujeto se “afantasma” (Borges) con lo que le viene del Otro, hace síntoma. No hay relación de pura determinación. Y la *diferencia sexual* y la tensión del deseo y el goce que estructuran al sujeto provocan modos de relación altamente complejos. No hay relación, hay tensión.

Nuestro modo de abordaje y los hallazgos en torno de la *pèreversión*, el *síntoma* y el *goce* pueden contribuir a pensar más allá de los modelos de las ciencias sociales atravesados por esas concepciones. Las políticas sobre la familia y la “igualdad de género”, para decirlo de manera breve, no pueden basarse en

lecturas reduccionistas acerca del sujeto, de la familia el padre y la sexualidad femenina. Es necesario considerar las fantasmáticas gozantes que las atraviesan.

Las políticas utilitaristas y urgencialistas y los reduccionismos tecno-científicos hacen gran alianza e impiden abordajes más ajustados a la naturaleza de los fenómenos en cuestión.

El goce generalizado de la sociedad actual no puede seguir siendo leído ni enfrentado bajo los mismos parámetros de los discursos reduccionistas del amo y de la ciencia.

El trabajo del psicoanálisis aporta una mirada Otra acerca del goce de nuestros días que conviene ser considerado por otros ámbitos de reflexión de las ciencias sociales.

**Apéndice**  
**“Ex–cursus” sobre la *reducción fenomenológica***  
**y los nombres del padre<sup>421</sup>**

Es la categoría de *reducción fenomenológica*, de la fenomenología de Husserl la que nos permite hacer el recorte y fundamentar epistemológicamente la aproximación al objeto que nos hemos propuesto estudiar.

Aunque lo formulamos inicialmente de manera intuitiva, incluso si se quiere como una *reflexión natural*<sup>422</sup>, y lo apuntalamos después desde el psicoanálisis y ciertas

---

<sup>421</sup> Hemos querido poner como “excursus”, nuestra investigación documental sobre la *reducción fenomenológica* de Husserl, porque en principio queremos dejar constancia de nuestro paso por esa problemática. Pero también, porque si bien en un primer momento nos significó una posibilidad muy valiosa para dar cuenta de las versiones “decantadas”, reducidas, sobre el padre, a partir del método husserliano de la reducción fenomenológica, luego de avanzar en nuestro proceso teórico, llegamos con Lacan a las categorías de *Goce, Real, Nombres del padre, Perverción* y *Sinthome*, entre otras no menos centrales, que nos permitieron ver, como ya lo comentamos en el texto mismo, que no puede haber una especie de “reducción última”, total. Que lo simbólico no puede dejar de estar ahí respecto de toda concepción del objeto, en su juntura con lo Real y lo imaginario, y en ese sentido que lo real no puede ser agotado por lo simbólico, ni despojado de él. Es una pretensión interesante pero imposible por la naturaleza misma de lo real en sentido lacaniano. No en tanto se trata de fenómenos, ni en sentido husserliano por supuesto, sino de lo real imposible de reducir según Lacan. Por ello, de algún modo, lo dejamos ahora “fuera”, no sin valorar la riqueza conceptual y la apertura que en su momento nos aportó. Pero que ahora ya no nos resulta suficiente para dar cuenta por ejemplo de esa irreductibilidad de lo simbólico, la autoridad y el padre que tan indisolublemente ligados se encuentran, por mencionar aquí tan sólo un ejemplo no poco importante, y que da lugares a fuertes debates de orden incluso político y ético en la actualidad. Ahora pensamos, que si pudiese haber una reducción fenomenológica de la paternidad, de los nombres del padre, de sus expresiones fenoménicas, esa la darían las reducciones operadas por Freud y Lacan a partir de la experiencia y el discurso psicoanalítico en torno a la *perversión*, el padre como *sinthome*. Justo como no hay nunca reducción total, lo que hay es síntoma, “reducción sintomática”, “reducción fenomenológica sintomática”, en tanto lo imposible en lo real. Vale mencionar que a lo largo de nuestro proceso “investigativo” pudimos haber dejado de lado, como en el caso de la reducción fenomenológica, otras temáticas que nos parecían insolubles, como la de la Autoridad, que incluimos arriba, aún desde la perspectiva de Kojève, pues contiene ese nudo imposible de soltar entre lo simbólico y lo paterno. Pero las dejamos en sentido *éxtimo*, como algo que opera simultáneamente dentro y fuera.

<sup>422</sup> Schèrer, R., “Husserl”. En: *Historia de la filosofía*. Yvon Belaval (Dir.). México, Siglo Veintiuno editores, 2002, p. 69.

perspectivas del campo de la lingüística y la filosofía del lenguaje, esto parecía no bastar para su explicitación desde una perspectiva que concibe al *objeto* como *percepto* en su materialidad más aparente. Avanzamos sustancialmente al enfocar el problema que nos ocupa como un objeto general en el sentido que Husserl le asigna.

No es un objeto aislado, como una cosa, “singular o últimamente individualizado”<sup>423</sup> –como lo denominaría Husserl-, en el sentido del empirismo ingenuo, como cuando se dice por ejemplo “una casa”, “el” objeto, o “algo” definible. Sino un *objeto general* que comporta una *unidad sintética* mayor en sentido *trascendental*, es un *tipo estructural* de objeto, un *conjunto* unitario, un conjunto de *tipos especiales*. Que se construye a través de aproximaciones sistemáticas, no por deducción sino por la especificación clara de su esencia en sentido fenomenológico.

Pensar al padre, es un tipo de objeto general como lo serían otros objetos en sentido reflexivo o en sentido espacial. Acá en particular se trata de un tipo *subjetivo* de objeto que hay que construir fenomenológicamente.

Así que nuestro objeto es el padre como objeto general. Pensarlo así desde un principio nos ha llevado a querer especificarlo como un tipo estructural, no que “incluye” subtipos, en tanto no se trata de simple subsunción como Husserl lo plantea, sino de un tipo general que sería el resultado de un trabajo sintético de construcción.

Ahora bien, ese abordaje se ha hecho *a partir* de, los meros ejemplos dados, como “naturales” en un primer encuentro, luego de lo cual fuimos definiendo lo que nos parecía ser lo esencial que los recorría.

El modo de abordaje que realizamos como se planteó desde un principio fue a partir de lo que se dice del padre, esto es del lenguaje. No como vehículo sino como dimensión constituyente de lo humano, como hemos dicho. El sujeto es ser hablante y el lenguaje lo expresa. De ese modo los dichos del padre dan la materia de lo que esencialmente es el padre. El enunciado lo muestra pero el decir lo presenta esencialmente luego de un análisis del lenguaje y del sujeto, no como si el lenguaje fuera transparente en lo que se dice. *Lo dicho* sobre el padre constituye la puerta de entrada, no es en sí el objeto, aunque es el acceso. “Lo que se dice”, los discursos *dados* sobre el padre, desde la reflexión fenomenológica, donde:

Hay que avanzar hacia las **cosas mismas**.<sup>424</sup> Esta es la regla fundamental del método fenomenológico. Hay que entender por “cosas” sencillamente **lo dado**, aquello que vemos estar delante de nuestra conciencia. Esto dado se llama fenómeno en el sentido de que es [...] de que aparece, es patente a la conciencia. La palabra no quiere decir que se esconda tras el fenómeno algo desconocido. La

---

<sup>423</sup> Véase: Husserl, E. *Meditaciones Cartesianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004. En particular los Parágrafos 15 y 21, de las Meditaciones Segunda y Cuarta.

<sup>424</sup> Subrayados nuestros.

fenomenología no pregunta por esto, se encamina únicamente a lo dado, sin pretender decir si esto dado es una realidad o un mero fenómeno: en todo caso, está, es dado. El método fenomenológico no es ni deductivo ni empírico. Consiste en **mostrar** aquello que se halla presente y en esclarecer esto que se nos da. No explica mediante leyes ni deduce a base de principios, sino que ve, inmediatamente, lo que se halla ante la conciencia, su objeto. Por consiguiente, tiene una tendencia orientada totalmente hacia lo objetivo. No le interesa el concepto subjetivo, tampoco una actividad del sujeto directamente (si bien esta actividad también puede convertirse en objeto de la investigación), sino aquello que es sabido, dudado, amado, odiado, etcétera. Aún en los casos en que se trata de una pura imaginación, tenemos que distinguir entre el imaginar y lo imaginado [...] <sup>425</sup>

No nos aproximamos naturalmente a los discursos y al decir sobre el padre “sin” partir explícitamente para un primer abordaje de algún referente particular. Evidentemente que no, lo hemos explicitado en múltiples ocasiones. Si bien queremos aproximarnos con una cierta sensibilidad fenomenológica a los discursos dados, es para justificar su abordaje como algo que está allí y puede ser investigado. Pero el análisis y la interpretación no los haremos siguiendo una perspectiva ni sólo inductiva ni sólo hermenéutica, tratando de construir o encontrar la esencia compartida o suprasensible de la cual se pueda deducir la comprensión. El análisis y la interpretación será de naturaleza eminentemente discursiva, anclándola en los referentes histórico – discursivos y el corpus psicoanalítico sobre el padre. Es llevar el decir y los discursos sobre la función paterna a sus referentes discursivos más amplios, en un sentido teórico por supuesto, pero también en su pertenencia histórica.

El matiz fenomenológico que le damos a nuestra aproximación metodológica, se basa en la categoría de *reducción fenomenológica*, en la manera de acotar el objeto, de ponerlo bajo la mira, de despojarlo de los ropajes que lo eclipsan, de la *puesta entre paréntesis* de ciertos elementos:

La fenomenología pone entre paréntesis ciertos elementos de lo dado y se desinteresa de ellos. Podemos distinguir varias clases de reducciones. En primer lugar, la *epoché* histórica prescinde de todas las doctrinas filosóficas, al fenomenólogo no le interesan las opiniones de otros, sino que arremete con la cosa misma. Después de esta eliminación preparatoria tenemos la reducción eidética, mediante la cual “se pone entre paréntesis” la existencia individual del objeto estudiado y se elimina de este modo, porque a la fenomenología no le interesa más que la esencia. Al eliminar la individualidad y la existencia, se

---

<sup>425</sup> Bochénski, I. M. “Filosofía de la esencia”. Husserl. En: *La Filosofía actual*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 156 – 157.

eliminan también todas las ciencias de la naturaleza y del espíritu, sus observaciones de hechos no menos que sus generalizaciones [...] a esta *reducción eidética* se añade otra que lleva el nombre de *reducción trascendental*. Consiste en la “puesta entre paréntesis no sólo de la existencia sino de todo aquello que no sea correlato de la conciencia pura. Como resultado de esta última reducción no queda del objeto más que aquello que es dado al sujeto.”<sup>426</sup>

O en los términos del mismo Husserl:

Si comenzamos nuestra reflexión, nos encontramos, en la actitud de la consideración natural del mundo, como seres humanos en un entorno determinado, ejecutando múltiples actos psíquicos determinados en cada caso; nos encontramos percibiendo, fantaseando, juzgando, etc. Ahora llevamos a cabo una reducción fenomenológica global, desconectamos toda trascendencia en el sentido de la posición natural de la existencia. No queremos hacer uso de juicio alguno sobre ningún existente que llegue a dársenos *naturalmente*; por lo demás, no dudamos ni sospechamos de él en modo alguno. Para nuestra investigación actual excluimos básicamente como premisa y comprobación teórica cualquier juicio empíricamente fundado [...] toda experiencia permite una doble reducción: primero, la que lleva la *experiencia misma* al ver puro inmanente y, por otra parte, la que se ejerce en el contenido y objeto intencionales de la experiencia. Así, hay una reducción fenomenológica que se ejecuta en el contenido intencional y en el objeto de la rememoración.<sup>427</sup>

En nuestro caso, no es que no haya o no partamos de consideraciones filosóficas o discursos disciplinarios acerca del objeto. Se trata de su puesta en suspenso para acceder al objeto. Al aplicar la reducción fenomenológica queremos plantear que, es genuino, perfectamente justificable, que partimos de *lo existente* en el mundo, partiendo de una *actitud natural* frente a lo dado, para luego excluir “como premisa y comprobación cualquier juicio empíricamente fundado”, es decir, lo sustraemos de una posición natural explicativa que parte de la experiencia frente al mundo. Es decir, se opera una doble reducción fenomenológica para llegar al “ver puro inmanente” deslindado del contenido y objetos intencionales. En el caso que nos ocupa, no se trata de la *cosa padre*, como padre real. Esa *cosa* no es nuestro objeto. No es él, sino “del” padre. A lo que queremos acceder, y como lo hemos planteado antes, es a “lo dado” en el habla sobre el padre, “lo que se dice” del padre, sin importar en un primer acercamiento (primera reducción) los discursos en sí mismos como objetos de análisis (histórico, filosófico, lingüístico, ideológico, etc.), incluso hasta la *cosa padre*, para poder hablar de que “no queda del

---

<sup>426</sup> Bochénski, op. cit., pág. 158.

<sup>427</sup> Husserl, E. *Problemas fundamentales de la fenomenología*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 109 - 113.

objeto más que aquello que es dado al sujeto". "Del padre se trata, y no del padre es" (como decía incluso Lacan), como mero sujeto de carne y hueso, aunque es a partir de él y del sujeto que lo habla. Del padre como objeto para la investigación, donde se busca pensar lo que está allí, lo que está dado como un existente y que llama, nos llama a saber. Llama a una búsqueda, a una exploración.

Ahora bien, iremos ir más allá, arribando a una segunda fase, trascendiendo el momento de la reducción, para luego poner a jugar la subjetividad misma. Para pensar ya no sólo lo del padre como objeto discursivo, sino los efectos de los discursos y los mecanismos de subjetivación que se ponen en acción en la familia a través de los juegos y procesos de la paternidad. Efectos discursivo - subjetivos del padre sobre el sujeto, que inciden también en los modos en que el sujeto se posiciona, aún sin saberlo, frente al otro, los otros, lo social - cultural, la historia, el *Otro*.

### Referencias bibliográficas

- Abbagnano, N., *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1980.
- Agamben, G. *Hommo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*. USA, Stanford University Press Stanford California, 1998.
- Ariès, P. y Duby, G., *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2003.
- Assoun, P-L., *Lecciones psicoanalíticas sobre Masculino y Femenino*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.
- Assoun, P.L, *Freud y las ciencias sociales*, Barcelona, Del Serbal, 2003.
- Auster, P., *Creía que mi padre era dios*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Austin, J. L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós Studio, 2004.
- Balmès, F., *Dios, el sexo y la verdad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.
- Balmès, F., *El nombre, la ley, la voz. Freud y Moisés: Escrituras del padre 2*, España, Del Serbal, 1999.
- Barthes, R., *Introducción al análisis estructural del relato*, en: Barthes, R., Greimas, A.J. y otros, *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán, 2004.
- Barrios, P. J., *La función paterna en el acto creador*, India, Editorial Fénix, 1993.
- Bedacarratx, V., "Implicación e intervención en la investigación social", en: *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, Núm. 18 - 19, junio/diciembre 2002, UAM Xochimilco, México.
- Benveniste, E., *Le vocabulaire des institutions Indo-européennes*, Paris, Les editions de Minuit, 1969.
- Benveniste, E., *Problemas de lingüística general II*. México, Siglo Veintiuno, 1999.
- Benveniste, E., *Problemas de Lingüística General I*, México, Siglo veintiuno, 2004.
- Bercovich, S., "La dicha en la esclavitud". En: *Me cayó el veinte, Revista de Psicoanálisis*, México, No. 12, 2005.
- Beristain, H., *Diccionario de Retórica y Poética*, Porrúa, 2006.
- Basz, S., "Lo singular en el síntoma: un principio clínico", *Virtualia*, Febrero – Marzo, 2004.
- Bochénski, I. M., "Filosofía de la esencia", Husserl. En: *La Filosofía actual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.



Borges, J. L., "El idioma analítico de John Wilkins", *Otras Inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 2005.

Borges, J. L., *El libro de los seres imaginarios*. Barcelona, Editorial Destino: 2007. *Reedición*

Bourdieu, P., *El oficio de sociólogo*, España, Siglo XXI, 1988.

Buber, M., *Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*, México, CFE, 2014, 89.

Burguière, A., Klapisch – Zuber, C., Segalen, M. y Zonabend, F., *Historia de la familia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Cabrera Infante, G., *Exorcismos de Esti(l)o*, Colombia, Editorial Retina, 1987.

Cueto, E., "Entrevista a Pura Cancina", [www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-pura-cancina/8708](http://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-pura-cancina/8708), *elSigma.com Letra Viva, Imago Agenda*, 08/11/2005.

Cancina, P., *La investigación en psicoanálisis*, Argentina, Homo Sapiens, 2008.

Cardenal, Ernesto., "Padrenuestro Latinoamericano", *Derribando Muros:"Padrenuestro Latinoamericano"*,

[www. Correconloslobos.blogspot.com/2009/07/padrenuestro-latinamericano.html](http://www.Correconloslobos.blogspot.com/2009/07/padrenuestro-latinamericano.html)

Castoriadis, C., "Freud, la sociedad, la historia", En: *El ascenso de la insignificancia*. Madrid, Frónesis, 1998.

Caso Fritzl, *El monstruo de Austria*, Revista Digital de Humanidades, Octubre de 2011.

Cicceli. P. C. y Cicceli, V., *Las teorías sociológicas de la familia*, Buenos Aire, Nueva Visión, 1999.

Clot, Y., "La otra ilusión biográfica", en: *Historia y Fuente Oral*. Núm. 2, Memoria y Biografía, Publicacions Universitat de Barcelona, 1991.

CNN, [www.cnn.com](http://www.cnn.com) sábado 20 de marzo de 2010.

Cottet, S., "Pienso donde no soy, soy donde no pienso", en: Miller, G. *Presentación de Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1988, p. 23.

Charadeau, P. y D., Maingueneau., *Diccionario de Análisis del Discurso*, México, Amorrortu Editores, 2005.

Chemama, R., *Diccionario del psicoanálisis*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995.

Chemama, R., *El goce. Contextos y paradojas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Chemama, R., "La pèrversion". "¿Un padre violador?". "Suplencias", en: Depresión. *La gran neurosis contemporánea*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

Chong, G., N., [www.rincondelospadres.blogspot.com/.../padre...](http://www.rincondelospadres.blogspot.com/.../padre...) "Padres que temen a sus hijos", 22 de marzo de 2012.

De Certau, M., *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

De Certau, M., *Historia y psicoanálisis*, México, Universidad Iberoamericana, 1995.

De Certau, M., *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Derrida, J., *Positions*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.

Derrida, J., *Dar la muerte*, Barcelona, Paidós, 2000.

Derrida, J., *Lo imposible más allá de una soberana crueldad*, en: *Estados generales del Psicoanálisis*, Argentina, Siglo XXI, 2005.

Derrida, J. y Roudinesco, E., "Familias desordenadas", en: *y mañana, qué...* Buenos Aires, Paidós, 2003.

Devereaux, G., *De la ansiedad al método a las ciencias del comportamiento*, México, Siglo XXI, 1987.

Díaz de la Serna, I., *Del desorden de Dios. Ensayos sobre Georges Bataille*, México, Taurus, 1997.

*Diccionario Az*, Fast Wombat, LLC. AppStore

*Diccionario Océano, Compact Diccionario*, Langenscheidt. 2000.

*Diccionario de Psicoanálisis*, [www. Tu Analista.com](http://www.TuAnalista.com).

Didier-Weil, A., *Los tres tiempos de la ley*, Argentina, Homo Sapiens, 1997.

Dor, J., *Estructura y perversiones*, Argentina, Gedisa, 1987.

Dosse, F., *El arte de la biografía*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

Ducrot, O. y T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo Veintiuno, 2003.

Dufour, D., *El arte de reducir cabezas*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

EFBA, *Lacan Textual* v 3.2, inédita de: Lacan, J. El Seminario, Libro 22, RSI. Inédito, 17 de diciembre de 1974.

Eidelsztein, A., *El padre en psicoanálisis. Seminario*, Psicomundo, Buenos Aires, Inédito, 1999.

Eidelsztein, A., *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol. 1*, Buenos Aires, Letra Viva, 2001.

Eidelsztein, A., *Los nombres del padre, Seminario*, Psiconet. Inédito, 2003.

Esteinou, R., “*La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad*”, México, CIESAS – Porrúa, 2008.

[es.m.wikipedia.org/wiki/Gutierritos](http://es.m.wikipedia.org/wiki/Gutierritos).

Evans, D., *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Excélsior, 5 de Marzo, 2013.

Fierens, Ch., “Un père hors Père. Père-fiction, père-dition, père-version”, en: Pirard, Regnier. *La Clinique Lacanienne. Des perversions, Revue Internationale. N° 16*, Editions érès, 2010.

Filinich, M. I., *Enunciación*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

Fleischer, D., “Familia”, en: *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?*, Scilicet, Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Scilicet, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2012.

Focchi, M., “Cinismo”, en: Scilicet, *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?*, Scilicet, Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2012.

Focci, M., “Una declinación femenina de la autoridad”, en: *El orden simbólico en el siglo XXI*, Volumen del VIII, Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Buenos Aires, Grama Ediciones, 2012.

Freud, S., “Tres ensayos de teoría sexual”, Vol. 7, *Obras Completas, Vol. VII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, *Obras Completas, Vol. XI*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., “Mi interés por el psicoanálisis”, *Obras Completas, Vol. XIII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., “Tótem y Tabú”, *Obras Completas, Vol. XIII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., "Pulsión y destinos de pulsión". *Obras Completas, Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., "Introducción del narcisismo". *Obras Completas, Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., "Lo ominoso", *Obras Completas, Vol. XVII*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., "Más allá del principio del placer", Vol. XVIII, *Obras Completas, Vol. XI*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos". Vol. XVIII, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., *El porvenir de una ilusión*, *Obras Completas, Vol. XXI*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Freud, S., *Moisés y la religión monoteísta*, *Obras Completas Vol. XXIII*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

Gerber, D., *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*, Argentina, Editorial Lazos, 2006.

Gerez A.M., *Las voces del superyó. En la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 1991.

Gerez, A., M. *Entre deudas y culpas: Sacrificios*, Argentina, Letra-Viva, 2008.

Gonzalbo, A. P., *Historia de la Vida Cotidiana en México*, México, El Colegio de México 2005. 5 Vols.

Grawitz, M., *Métodos y técnicas de las Ciencias Sociales, Vol. I*. Barcelona, Hispano Europea, 1975.

Greimas, A.J. y Courtés, J., *Semiótica, Diccionario Razonado de la teoría del lenguaje*. Gredos, España, 2ª reimpresión, 2006.

Gutierrez Tibón, *Diccionario Etimológico Comparado de los Apellidos Españoles, Hispanoamericanos y Filipinos*", México, CFE, 1992.

Harari, R., *¿Qué sucede en el acto analítico?*, Argentina, Lugar Editorial, 2000.

Haro, J., "No me hallo", en: *No me hallo*, Discos Pentagrama, México, 1988.

Hayden, L., "Aislamiento", en: Auster, P. *Creía que mi padre era dios*, Barcelona, Anagrama, 2004.

Heidegger, M., *De Camino al habla*, España, Del Serbal, 1987.

- Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Husserl, E., *Problemas fundamentales de la fenomenología*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- Husserl, E., *Meditaciones Cartesianas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Julien, P., *Dejarás a tu padre y a tu madre*, México, Siglo veintiuno, 2002.
- Juranville, A., *Lacan y la filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.
- Kafka, F., *Carta al padre*, México, Ediciones Coyoacán, 2003.
- Kojève, A., *La noción de autoridad*, Buenos Aires, Nueva visión, 2005.
- Kristeva, J., *El lenguaje, ese desconocido*, Madrid, Fundamentos, 1999.
- Lacan, J., "El mito individual del neurótico", *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1985.
- Lacan, J., "Función y campo de la palabra", *Escritos 1*. México, Siglo veintiuno, 1989.
- Lacan, J., "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.
- Lacan, J., "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", En: *Escritos 2*, México, Siglo Veintiuno, 1988.
- Lacan, J., "Posición del Inconsciente", *Escritos 2*. México, Siglo Veintiuno, 1988.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro I. Los escritos técnicos de Freud*, Argentina, Paidós, 1992.
- Lacan, J., *El Seminario. Libro 4. La Relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós, 1994
- Lacan, J., *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*, Argentina, Paidós, 1999.
- Lacan, J., *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Lacan, J., *El Seminario. Libro 9. La Angustia*, Buenos Aires, Paidós,
- Lacan, J., *El Seminario. Libro 10. La Identificación*, Buenos Aires, Inédito. EFBA. Clase del 6/12/61.
- Lacan, J., *De los nombres del padre*, Paidós, Argentina, 2005.
- Lacan, J., *El Seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1986.

Lacan, J., *El Seminario. Libro 12. Problemas cruciales del psicoanálisis*, Inédito.

Lacan, J., *El Seminario. Libro 17, El Reverso del Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, Clase del 18 de Febrero de 1970.

Lacan, J., *El Seminario Libro 20 Aún*, Buenos Aires, Paidós, 1981.

Lacan, J., *El Seminario. Libro 21. Les non dupes errent*, Clase del 19/3/74, Buenos Aires, EFBA, Inédito. Ficha 8, Serie I.

Lacan, J., *El Seminario. Libro 22. RSI*, Versión mimeografiada de la Escuela Argentina de Orientación Lacaniana.

Lacan, J., *El Seminario. Libro 23. El Sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Lacan, J., "Kant con Sade", en: *Jacques Lacan Escritos 2*, México, Siglo XXI, 2009.

Lachaud, D., *El infierno del deber. El discurso del obsesivo*, Barcelona, Del Serbal, 1998.

Laurent, E., "Parejas de hoy consecuencias para sus hijos", *Revista Carretel 2, El padre Hoy*, 1999.

Laurent, E., *Síntoma y Nominación*, Argentina, Colección Diva, Edigraf, 2002.

Laurent, E. ¿Puede el neurótico prescindir del padre?, en: Miller, J.A. y otros. *Del Edipo a la sexuación*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Laurent, E., "Intervención", en: Laurent, E. y Brodsky. G. *Coloquio-Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan El sinthome*. Buenos Aires, EOL – Grama, 2007.

Lebrun, J-P., *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*, Barcelona, Ediciones Del Serbal, 2003.

Le Gaufey, G., *La evicción del origen*, Barcelona, Edelp. 1993.

Le Gaufey, G., "Padre ¿no ves que ardes?", en: *Del padre*, Littoral, Escuela lacaniana de psicoanálisis, Editorial la torre abolida, Córdoba, Argentina, 1990.

Le Gaufey, G., *El notodo de Lacan*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007.

Levinas, E., *De Otro modo que ser. O más allá de la esencia*, España, Ediciones Sígueme, 1987.

Levinas, E., *El Tiempo y el Otro*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1995.

Levinas, E., *Ética e Infinito*, España, A. Machado Libros, 2000

Levinas, E., *Descubriendo la existencia con Husserl y Heidegger*, Madrid, Editorial Síntesis, 2005.

Levi – Strauss, C., “Prefacio”, en: Burguière, A., Klapisch – Zuber, C., Segalen, M. y Zonabend, F. *Historia de la familia*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Liotard, J. F., *La fenomenología*, Buenos Aires, Paidós, 1989.

Mangueneau, D., *Términos clave del análisis del discurso*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

Major, R. y otros, *Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio*, Argentina, Siglo XXI, 2005.

Maleval, J.C., *La forclusión del nombre del padre: el concepto y su clínica*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Marotta, M., “Violencia”, En: Scilicet. *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era, ¿Qué consecuencias para la cura?* Buenos Aires, Ediciones Grama, 2012.

Matet, J. D., “Autoridad”, En: *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?*, Buenos Aires, Ediciones Grama, 2012.

Mazzuca, R., “El primer concepto de sinthome”, En: Laurent, E, Brodsky, G. y otros, *Coloquio – Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan El sinthome*, Buenos Aires, EOL – Grama, 2007.

Melman, Ch., *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio. Entrevista con Jean-Pierre Lebrun*, Argentina, UNR Editora, 2005.

Mier, G. R., "Cualidades y tiempos del vínculo: identidad, reflexividad y experiencia en la génesis de la acción", en: *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales, El devenir de los grupos*, Núm. 21, UAM Xochimilco, México, julio - diciembre 2003.

Mier, G. R. "Éticas locales: fragilidad y memoria", en: Vargas I. A.L. (Comp.), *Territorios de la ética*, México, UAM Xochimilco, 2004.

Mier, G. R., “La paráfrasis: juego, acción enunciativa y reconocimiento”, en: *Discurso, teoría y análisis*, Núm. 32, Año 2012, UNAM, México, pp. 11 - 44.

Miller, J.-A., *Lógicas de la vida amorosa*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1991.

Miller, J.-A., "Sobre Kant con Sade", en: *Elucidación de Lacan*, Charlas brasileñas, Argentina, Editorial Paidós, 1998.

Miller, J.-A., “Observaciones sobre padres y causas”, en: *Introducción al método Psicoanalítico*, Paidós, México, 2001.

Miller, J.-A., “El padre síntoma”, en: Miller, J. A. y otros, *Del Edipo a la sexuación*. Argentina, Paidós, 2005a.

- Miller, J.-A., "Breve Introducción al Más Allá del Edipo", En: Miller, J. A. y otros. *Del Edipo a la Sexuación*, Buenos Aires, Paidós, 2005b.
- Miller, J.-A., "Una fantasía", en *Revista Lacaniana de Psicoanálisis* n° 3, Escuela de Orientación Lacaniana, Buenos Aires, 2005.
- Miller, J.-A., *El partenaire-síntoma*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Miller, J.-A., "Comentario del Seminario inexistente", *Desde Lacan Conferencias Porteñas Tomo 2*, Buenos Aires, Paidós, 2009a.
- Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, Argentina, Paidós, 2009b.
- Miller, J.-A., *Extimidad*, Buenos Aires, Paidós, 2010.
- Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, Argentina, Paidós, 2011.
- Miller, J.-A., "Lo real en el siglo XXI", en: *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, n°13, Escuela de Orientación Lacaniana, Año VIII, Número 13, Noviembre de 2012.
- Miller, J.-A., "El desorden simbólico", en: *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, N° 13, Escuela de la Orientación Lacaniana, Año VIII, Noviembre de 2012.
- Miller, J.-A., *El ultimísimo Lacan*, Paidós, Argentina, 2012.
- Millot, C., *Nobodaddy. La histeria en el siglo*, Nueva Visión, Argentina, 1988.
- Milner, J. C., *El amor de la lengua*, Madrid, Visor, 1998.
- Milner, J.C., "De la lingüística a la linguistería", en: Milner, J.C., Aubert, J. y otros, *Lacan, escrito e imagen*. México, Siglo XXI, 2001.
- Milmaniene, J. E., *Iluminaciones Freudianas. El psicoanálisis en la sociedad de consumo*, Buenos Aires, Biblos, 2014.
- Milmaniene, J. E., *Clínica de la diferencia en tiempos de la perversión generalizada*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2010.
- Monsiváis, C., "Toledo y Borges: las zoologías complementarias", en: Toledo, F. y Borges, J.L., *Manual de zoología fantástica*, México, Artes de México - Galería Arvil, 2013.
- Morales, H., "Introducción", en: Morales, H. y Gerber, D. *Las suplencias del nombre del Padre*, México, Siglo Veintiuno.
- Morel, G., *La ley de la madre*, Argentina, FCE, 2012.
- Nancy, J.L., *El "hay" de la relación sexual*, España, Síntesis, 2003.
- Nasio, J. D., *Cómo trabaja un psicoanalista*, Buenos Aires, Paidós, 1997.



- Nasio, J. D., *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*, Argentina, Paidós, 2010.
- Nepomiachi, R., "Alienación", en: *El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?*, Scilicet, VIII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2012.
- Ortega, S. P., "Agresividad", en: Scilicet. El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. Consecuencias para la cura, Gramma ediciones, Buenos Aires, Argentina, 2011.
- Osorio, J., *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, México, UAM Xochimilco - FCE, 2001.
- Perret, M., "L' Enonciation en *gramaire du texte*", Paris, Nathan, 1994.
- Pimentel, L.A., *El Relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México, UNAM – Siglo veintiuno editores, 2005.
- Porge, E., *Los Nombres del Padre*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.
- Porge, E., *Jacques Lacan, un psicoanalista*, Madrid, Síntesis, 2000.
- Porge, E., *Trasmitir la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- Portillo, R., "Las metamorfosis del padre", *Revista Electrónica de la Nueva Escuela Lacaniana*, Bitácora Lacaniana, El Psicoanálisis hoy. Nº 1 – Mayo 2006.
- Rabinovitch, N., *El Nombre del Padre. Articulación entre la letra, la ley y el goce*. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2005.
- Rodiles, J., *Esclavitud sexual*, México, Editorial Trillas, 2013.
- Rojas, O.L., *Paternidad y Vida Familiar en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, 2008.
- Roselló, S. E., "Reseña de Sin distancia. Familia y tendencias historiográficas en el Siglo XXI", en: *Historia Mexicana*, octubre - diciembre, año/vol. LV, número 002, El Colegio de México, A.C. Distrito Federal, México.
- Roudinesco, E., *La familia en desorden*, México. Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Saad, D. S., *La transfiguración de la demanda: voces el malestar en la cultura*, México, UAM Xochimilco, Tesis Doctoral, 2012.
- Saal, F., "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos", en:
- Saal, F., *Palabra de Analista*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 33 - 34.
- Saettele, H., *Ética y psicoanálisis*, en: Vargas, I.L.E. (Comp.), *Territorios de la ética*, México, UAM Xochimilco, 2004.

- Saettele, H., "Análisis discursivo: un esquema para las ciencias sociales", *Revista Versión, Estudios de comunicación y política*, no. 14, UAM - Xochimilco, México, 2005a.
- Saettele, H., *Psicoanálisis y silencio*, México, UAM Xochimilco, 2005b.
- Saettele, H., "La voz imperativa y la idea de Dios", en: *Concepto y problema de Dios. Una reflexión filosófica*, México, UAM Xochimilco, Centro Gramsci y Plaza Valdés, 2001.
- Saettele, H., "El último caso de Sigmund Freud", *Nicenet*, México, 2007.
- Saussure, F., *Curso de Lingüística General*, México, Fontamara, 1998.
- Schèrer, R., "Husserl", en: Belaval, Y. (Dir.). *Historia de la filosofía*, México, Siglo Veintiuno editores, 2002.
- Searle, J., *Actos de habla*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.
- Serrat, J.M., "De vez en cuando la vida", *Cada Loco con su tema*, Ariola, 1983.
- Sokurov, A., (2003) *Padre e Hijo*, Rusia, Tarántula Films, Film.
- Toledo, F. Borges, J. L., "El peritio". *Zoología fantástica*, México, Artes de México, 2013.
- Valade, B., "Psicoanálisis e historia", en: Kaufmann, P. *Elementos para una Enciclopedia del Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Vázquez, M. A., *Manual de zoología fantástica de Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero*, [www.babab.com](http://www.babab.com) No. 4 - Septiembre 2000
- Vincent, G., "¿Una historia del secreto?", Taurus, 2003, En: Ariès y Duby, *Historia de la vida privada*, op. cit.
- Wajcman, G., *El objeto del siglo*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 2001.
- Wajcman, G., *El ojo absoluto*, Buenos Aires, Manantial, 2011.
- Waters, R., "Another brick in the wall", *The Wall*, Columbia Records, CBS, 1979.
- Waterhouse, R., *Je regle mon pas sur le pas de mon père*, Epithete Films Polygram Audiovisual, 2006.
- Wikipedia. [es.wikipedia.org/wiki/Caso Fritzl](http://es.wikipedia.org/wiki/Caso_Fritzl).
- [www.es.wikiedia.org/wiki/Caso Fritzl](http://www.es.wikiedia.org/wiki/Caso_Fritzl)
- [www. Infodf.org.mx](http://www.infodf.org.mx) Comunicado de prensa. Boletín DCS/220/13. 24 de noviembre de 2013. "TSJDF Debe entregar estadísticas sobre delitos cometidos contra menores de edad". [www. Reporte.com.mx](http://www.Reporte.com.mx) reporte 98.5 fm. 4 de mayo de 2013.

[www.redh-udemmm.blogspot.com/2011.../el-caso-fritzl-el-monstruo-de-austria-html](http://www.redh-udemmm.blogspot.com/2011.../el-caso-fritzl-el-monstruo-de-austria-html)

Yerushalmi, H., *El Moisés de Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

Zafiropoulos, M., *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938 – 1953)*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

Zlotnik, M., "Anudamiento Lazo Sinthome", en: *Coloquio-Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan El sinthome*, Buenos Aires, EOL – Grama, 2007.

### Otros materiales

Dalí, S., "Canibalismo" (1934), En: Peinado, R.M. *Universo Dalí, 30 recorridos por la vida y la obra de Salvador Dalí*, Barcelona, Lunwerg Editores, 2003, p. 49.

Dalí, S., "Monstruo blando en un paisaje angélico" (1977), En: Peinado, op. cit., p. 41.

Ernst, M. "Los bárbaros (1937)", en: *Surrealismo, Visual Encyclopedia of Art, Italy*, Scala Group, 2009, p. 131.

Rubens, P.P. (1636 - 1637), *Saturno devorando a sus hijos*. En: Levinas, E., *Ética e infinito*, op. cit., Portada.

Toledo, F., "Baldanders", En: Toledo, F. y Borges, J.L., *Zoología fantástica*, México, Galería Abril, 1999, 112.

